

2ª edición

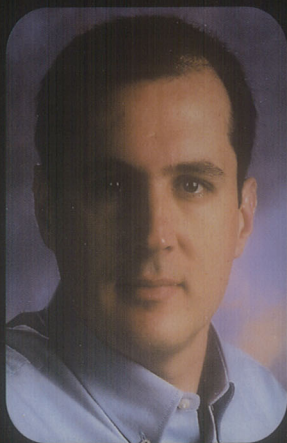
ESPASA  HOY



NADIE OLVIDA A UN BUEN MAESTRO

Raúl Cremades

Prólogo de Federico Mayor Zaragoza



Raúl Cremades nació en Tibi (Alicante) en 1966, aunque muy pronto se trasladó a Málaga, donde cursó estudios en el Colegio de los Hermanos Maristas. Estudió Magisterio en la Universidad de Alcalá de Henares, Filosofía y Letras en la Universidad de Málaga, y Literatura Española e Hispanoamericana

en la New York University. Desde muy joven compagina el mundo de las letras y el periodismo con una intensa labor educativa, trabajando durante los últimos años como profesor en España, Bolivia y Estados Unidos. Entre 1993 y 1996 colaboró en las páginas de opinión de *Diario 16* y *Expansión*, y en 1997 publicó su primer libro: *Ni el día ni la hora*, biografía de uno de los misioneros españoles asesinados en Zaire en 1996.

En la actualidad, además de colaborar en la revista *Leer*, se dedica a la literatura y el periodismo de investigación.

**NADIE OLVIDA A
UN BUEN MAESTRO**
**RECUERDOS ESCOLARES DE TREINTA
PERSONALIDADES ESPAÑOLAS**


Raúl Cremades

**NADIE OLVIDA A
UN BUEN MAESTRO**
RECUERDOS ESCOLARES DE TREINTA
PERSONALIDADES ESPAÑOLAS

Con la colaboración de Manuel Vela Cabrera

Prólogo de Federico Mayor Zaragoza


ESPASA

ESPASA  HOY

Directora: Pilar Cortés

Editora: Olga Adeva

Primera edición: noviembre, 1999

Segunda edición: marzo, 2000

© Raúl Cremades, 1999

© Espasa Calpe, S. A., 1999

Diseño de cubierta: Tasmanias

Realización de cubierta: Ángel Sanz Martín

Ilustración de portada: J. Martínez León / Press Images

Foto del autor: Enrique García

Ilustraciones de interior: Miguel Zavala (Julio Anguita), Casa de su Alteza Real la Condesa de Barcelona y EFE (Condesa de Barcelona), Reebok (Fermín Cacho), Gyenes y Saez (Leopoldo Calvo-Sotelo), Gilberto Villamil (Luis Martí Mingarro), Crismakolor (Rafael Navarro Valls) y Eduardo Peón González (Gregorio Peces-Barba)

Depósito legal: M. 10.886-2000

ISBN: 84-239-7793-5

Reservados todos los derechos. No se permite reproducir, almacenar en sistemas de recuperación de la información ni transmitir alguna parte de esta publicación, cualquiera que sea el medio empleado —electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, etc.—, sin el permiso previo de los titulares de los derechos de la propiedad intelectual.

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: sugerencias@espasa.es

Impreso en España/Printed in Spain

Impresión: Huertas, S. A.

Editorial Espasa Calpe, S. A.

Carretera de Irún, km 12,200. 28049 Madrid

ÍNDICE

PRÓLOGO de Federico Mayor Zaragoza	9
--	---

NADIE OLVIDA A UN BUEN MAESTRO

INTRODUCCIÓN.....	17
CARMEN ALBORCH	25
CRISTINA ALMEIDA.....	37
JOSÉ MARÍA AMUSÁTEGUI	49
JULIO ANGUITA.....	61
FERMÍN CACHO	73
LEOPOLDO CALVO-SOTELO.....	83
CARLOS CANO	89
JAIME CARVAJAL.....	99
LUZ CASAL.....	117
JUAN LUIS CEBRIÁN	127
CONDESA DE BARCELONA.....	141
MANUEL FRAGA.....	147
ANTONIO GARRIGUES WALKER.....	165
FERNANDO JÁUREGUI	177
ANTONIO LÓPEZ	191
JOSÉ LUIS MANZANARES.....	211
LUIS MARTÍ MINGARRO.....	229
LORENZO MILÁ	243
RAFAEL NAVARRO VALLS	259

JOSÉ LUIS OLAIZOLA	271
ANDRÉS OLLERO	283
LOYOLA DE PALACIO.....	305
GREGORIO PECES-BARBA.....	317
AMPARO RIVELLES	327
MIQUEL ROCA	339
JUAN CARLOS RODRÍGUEZ IBARRA.....	353
FRANCISCO RUBIO LLORENTE.....	369
FERNANDO SCHWARTZ.....	383
ELÍAS YANES.....	401
THERESA ZABELL.....	411
EPÍLOGO.....	423

PRÓLOGO

Las enormes transformaciones sociales, políticas, económicas y tecnológicas ocurridas en nuestra época han puesto de relieve la importancia decisiva de la educación para asegurar el desarrollo moral y material de la humanidad en los años venideros. La consolidación de la democracia, el fomento de la prosperidad y el arraigo de la convivencia pacífica solo podrán lograrse en el nuevo siglo mediante la mejora y la ampliación de los sistemas docentes, de manera que ofrezcan educación para todos y a lo largo de toda la vida.

En este empeño, la reflexión sobre los métodos pedagógicos empleados hasta ahora resulta de suma utilidad, con miras a perfeccionar las técnicas de formación que se aplican en todos los niveles de la enseñanza. Por eso este libro tiene una importancia indudable para la didáctica española actual y futura. La recopilación de vivencias y valoraciones que en sus páginas nos ofrecen treinta destacadas personalidades, organizada en torno a las imágenes de los maestros que orientaron sus primeros pasos en la escuela, permite un análisis de la realidad socio-cultural de los últimos años y subraya los aciertos y las carencias del sistema educativo.

De la lectura de este libro se desprenden varias conclusiones, por demás evidentes. Yo solo quisiera hacer hincapié en dos de ellas: la necesidad de evitar que el sistema educativo se convierta, por su propia dinámica, en un mecanismo de exclusión, y la urgencia de no olvidar el papel esencial del maestro en la educación integral de las nuevas generaciones.

Respecto a la primera, es obvio que muchos ciudadanos quedan al margen de la educación formal, desde muy temprana edad, por causas

diversas que no siempre son de índole económica. Debemos, por lo tanto, reformar la enseñanza, de manera que la «exclusión educativa» no se añada a la marginación existente por razones geográficas, culturales, lingüísticas, políticas, de sexo o de nivel de ingresos. La rigidez del sistema tradicional de estudios y diplomas, la marginación de lenguas y culturas autóctonas, la imposición de normas y modelos ajenos han contribuido a esta función segregatoria de la enseñanza oficial. Una educación que conceda prioridad a su dimensión integradora será un instrumento cabal para el desarrollo armónico de los ciudadanos de mañana.

En cuanto al papel del maestro, es urgente plantear su revalorización, ahora que gana terreno cierto fetichismo por la electrónica y los nuevos instrumentos de comunicación social. La televisión, los ordenadores, los sistemas de transmisión por vía satélite y la informática abren un universo de posibilidades inéditas a la creatividad y la iniciativa. Pero ninguna herramienta, por muy perfecta que llegue a ser, alcanzará a suplantar al afecto y la palabra orientadora del maestro. Porque no hay mejor pedagogía que la del amor y el ejemplo.

Espero que este libro, tan rico en sugerencias didácticas, encuentre lectores atentos y perspicaces. La entidad del tema y el acierto con que su autor lo plantea acreditan una meditación de largo aliento, que podría redundar en enfoques renovadores para la educación en España.

FEDERICO MAYOR ZARAGOZA
Director general de la Unesco

NADIE OLVIDA A UN BUEN MAESTRO

*A nuestros padres.
A los Hermanos Maristas,
nuestros maestros y educadores.*

R. C. y M. V. C.

«Sus esfuerzos, su trabajo y el corazón generoso que usted puso en ello continúan siempre vivos en uno de los pequeños escolares que, pese a los años, no ha dejado de ser su alumno agradecido.»

Palabras que el escritor Albert Camus escribió a su profesor de primaria en Argelia cuando recibió el premio Nobel de Literatura en 1957

INTRODUCCIÓN

Durante los años de mi niñez oí en numerosas ocasiones a mi padre hablar con respeto, cariño y admiración del que fue su maestro en el municipio alicantino de Tibi: un señor llamado don Enrique. Entonces yo no tenía capacidad suficiente para calibrar la importancia de la influencia de un maestro en la vida de un niño de pueblo en los años de posguerra. Mi madre, que procede de la misma localidad, se solía sumar al homenaje añadiendo cualidades y comentando hechos concretos que hablaban siempre a favor de don Enrique; aunque ella no había sido su alumna, más de una vez le tocó pasar alguna mañana entera bajo su tutela cuando la maestra de turno faltaba a la escuela de las niñas.

Don Enrique era un maestro vocacional, preocupado de verdad por el aprendizaje de sus alumnos; un auténtico profesional, que luchó denodadamente contra uno de los principales problemas educativos de la época: el absentismo escolar. En más de una ocasión se le vio enfrentarse a algún padre de familia que consentía que su hijo faltara a la escuela con tal de que trabajara para aumentar los ingresos familiares. Incluso llegó a pagar de su propio bolsillo el dinero que el alumno se suponía que iba a ganar, para que así no faltara a clase. Era un hombre entregado a su tarea, que sembraba con la paciencia del que sabe que los frutos educativos no son inmediatos. Para él las horas no contaban. Además de su dedicación a la escuela, siempre estaba dispuesto para alentar cualquier iniciativa cultural que surgiera en el pueblo. Por ejemplo, preparaba en su propia casa, haciendo horas extra y sin cobrarles nada, a los poquísimos alumnos que entonces optaban por es-

tudiar bachillerato por libre y tenían que presentarse a los exámenes en el instituto de Alicante.

Seguramente don Enrique tendría defectos y habría conocido en más de una ocasión el desaliento. No es extraño que en situaciones extremas se le pasara por la cabeza algo parecido a lo que decía el maestro Juan de Mairena —el insigne heterónimo literario de Antonio Machado— en sus momentos de mal humor: «un pedagogo hubo; se llamaba Herodes». Pero con el paso del tiempo he ido comprendiendo y valorando la fascinación y la gratitud que mi padre sentía —y siente todavía— por la persona de alguien que dedicó los mejores años de su vida a los chicos de un pequeño pueblo, y que además lo hizo con honradez y generosidad. Es lógico que lo tenga idealizado. Don Enrique ha sido el único profesor que ha tenido en su vida. Le impartió clases de todas las materias durante todos los años que entonces duraba la enseñanza elemental. Para mi padre el concepto de *maestro* está irremediablemente ligado al nombre de don Enrique. Lo mismo le ocurre a la mayoría de los muchachos de su generación; prueba de ello es el homenaje que el pueblo entero le brindó en 1967, a sus treinta y cinco años de dedicación docente, y el busto suyo que con motivo de aquel reconocimiento público se colocó en los jardines de la Glorieta con la siguiente inscripción: «La villa de Tibi con gratitud a don Enrique Gosálbez Ramón.»

De igual manera que yo aprendí a valorar la labor de los educadores mediante el recuerdo de uno de ellos con rostro y nombre propios, hemos querido en este libro rendir homenaje a la figura del maestro rescatando del anonimato a personas concretas que influyeron mediante el ejercicio de la docencia en la vida de las treinta personalidades entrevistadas.

Según los historiadores, la primera escuela de la que se tiene noticia estaba en la ciudad de Mari, en la Alta Mesopotamia, en torno al año 2000 a. C. En ella los maestros adiestraban a niños de la clase oligárquica para que se convirtieran en escribas. Desde entonces, y posiblemente también antes, han existido en todos los pueblos personas dedicadas a instruir a los niños y a los jóvenes, cuya labor ha resultado determinante para el presente y el futuro de dichos grupos humanos. A pesar de la importancia de la actividad a la que se dedicaban, los

maestros, especialmente los encargados de los niños más pequeños, han gozado de un prestigio social muy escaso y han estado deficientemente remunerados en casi todas las épocas de la historia. Incluso en la Grecia clásica, donde la instrucción era ciertamente valorada y el número de analfabetos muy reducido, no eran infrecuentes los casos de padres avaros e ingratos, como un tal Teofrasto, quien decidió por su cuenta no pagar al maestro los días que sus hijos faltaban a la escuela por encontrarse enfermos.

No obstante, ha habido situaciones excepcionales en las que algunos pueblos han reconocido explícitamente la importancia del trabajo realizado por sus educadores. Es el caso de aquella frase que se hizo tan popular en la Alemania del siglo XIX: «La batalla de Sadowa la ganó el maestro de escuela prusiano.» Con ella la sociedad prusiana reconocía que el espíritu y la formación que sus jóvenes habían recibido en las escuelas fueron el factor decisivo en la victoria de Sadowa frente a los austriacos, que tuvo lugar el 3 de julio de 1866, en la que estos perdieron cinco veces más hombres que los prusianos.

Por desgracia, la ingratitud generalizada hacia los educadores ha sobrevivido hasta nuestros días. Incluso en la sociedad española actual no faltan quienes piensan que los maestros y maestras son profesionales de segunda categoría, simples cuidadores de niños, o incluso personas que no habiendo podido llegar más lejos en su preparación científica o en su carrera profesional han optado por un mal menor: la enseñanza. Afortunadamente estas concepciones tan reduccionistas y perjudiciales para la tarea docente son minoritarias, y cada vez más los que suscribimos la contundente afirmación que el filósofo Fernando Savater escribió en el prólogo de su libro *El valor de educar*: «Vaya por delante que tengo a maestras y maestros por el gremio más necesario, más esforzado y generoso, más *civilizador* de cuantos trabajamos para cubrir las demandas de un Estado democrático.»

A nuestro entender, rescatar del olvido a los primeros maestros de una serie de personas, y contextualizar sus recuerdos en el entorno familiar, escolar y social en que vivieron, no supone una simple evocación romántica o un vano ejercicio de nostalgia, sino un acto de justicia con esos hombres y mujeres que dedicaron —y dedican hoy día— su tiempo y su afán a educar a nuestros niños y jóvenes, profesionales si-

lenciosos que siguen colaborando de manera decisiva en la construcción de nuestra sociedad.

En las biografías de personalidades de cierto relieve a menudo se obvia o se reduce inexplicablemente el estudio de su primera etapa de formación; a veces sus autores se contentan con mencionar la localidad o, en el mejor de los casos, el centro educativo donde el protagonista recibió su primera instrucción. Pero rara vez aparece el nombre y las cualidades docentes de la persona que le enseñó a leer y a escribir, o del maestro que le guió en los primeros pasos de su aprendizaje. Excepcionalmente, algunas de estas personalidades han reconocido públicamente la influencia decisiva de tal o cual educador en su propia vida y en sus logros profesionales, como es el caso del escritor francés Albert Camus, que abre este libro con el agradecimiento a su maestro de primaria; o el de Severo Ochoa, premio Nobel de Medicina en 1959, cuyas palabras de gratitud hacia el joven profesor que despertó su interés por las ciencias naturales están immortalizadas en una placa situada en el patio del instituto de bachillerato Vicente Espinel, de Málaga: «Jamás olvidaré las enseñanzas de algunos de mis maestros, en particular D. Eduardo García Rodeja a quien tanto debo.» Por lo tanto, con este trabajo queremos también reivindicar algo que hoy día ningún estudioso de la pedagogía pone en duda: la extraordinaria importancia de los primeros años de formación y su influencia en el desarrollo del resto de la vida de cualquier persona.

Entre la época de escolarización del entrevistado de mayor edad y el más joven hay casi sesenta años de diferencia. Durante esas seis décadas en España se han sucedido diversas formas de gobierno que han afectado, inevitablemente, a la organización de la educación formal en todos los niveles; además de una cruenta guerra civil, que cambió de forma radical el panorama social de nuestro país. Por medio de las vivencias de nuestros entrevistados hemos logrado rescatar una parte muy significativa —quizá la más extraoficial— de la historia educativa española del siglo XX.

Además de exponer sus propios recuerdos, las personalidades entrevistadas han tenido la oportunidad de reflexionar y analizar desde su experiencia la situación de la educación en la actualidad, y de mirar hacia el futuro. Porque la escuela no es un laboratorio que nada tiene

que ver con la sociedad en la que está inserta. La organización de cualquier reforma educativa debe someterse a los criterios y valoración no solo de los políticos, pedagogos, psicólogos y demás técnicos que la han gestado, sino también a los de la sociedad en general, a la que sirve y de la que forma parte. Por ello, en este libro hemos querido otorgar la palabra a personas que, por su protagonismo y responsabilidad social, tienen mucho que aportar en el terreno de la educación formal, desde la perspectiva de sus variadas dedicaciones profesionales.

Personalmente he vivido la elaboración de este libro como una experiencia muy enriquecedora, que se ha desarrollado en tres fases bien distintas. La primera consistió en elegir a las personalidades a entrevistar y contactar con ellos. A una primera selección realizada por nosotros mismos siguió una segunda y definitiva en función de la disponibilidad de los propios candidatos. Algunos de ellos accedieron a colaborar con nosotros por razones de amistad o cercanía, mientras que el resto decidieron buscar un hueco en sus ocupadísimas jornadas laborales porque el proyecto que les remitimos les pareció que merecía la pena. En esta fundamental tarea he de agradecer en especial la colaboración material y el apoyo incondicional de mi hermano Javier Cremades, joven y ya prestigioso abogado especializado en telecomunicaciones, que desde un principio ha participado de manera muy activa en este proyecto. Asimismo agradezco la valiosa ayuda recibida de José Luis Gutiérrez, periodista, escritor y también editor de la revista cultural *Leer*; de Juan Gil Aguilar, de Arancha Calvo-Sotelo y de César Antonio Molina, escritor y director del Círculo de Bellas Artes de Madrid.

En la segunda fase tuvo lugar la realización de las entrevistas. Sin duda alguna, ha sido la parte más gratificante. La mayoría de los personajes accedieron gustosos a sentarse y charlar cara a cara con nosotros, siempre con el enemigo del escaso tiempo de que disponíamos. El desafío era evidente: tratar de conseguir que la persona entrevistada se sintiera cómoda y fuera rescatando de forma paulatina sus vivencias infantiles, recuerdos que forman parte de esa faceta tan personal que normalmente no aparece en los medios de comunicación y que muchos de ellos tratan de preservar como un verdadero tesoro. En la mayoría de los casos el resultado fue muy satisfactorio: el entrevistado en-

traba en materia sin prisa y a los pocos minutos el brillo de la nostalgia o las sombras de los fantasmas —y a veces ambos— comenzaban a aparecer en sus ojos; de alguna manera conseguían volver a ponerse en la piel del niño o la niña que fueron. Al acercarse el momento de concluir casi todos hacían lo imposible por prorrogar el tiempo establecido, cosa que nosotros aceptábamos encantados. Varios de ellos llegaron a contarnos detalles tan íntimos que cuando los vieron negro sobre blanco nos indicaron que preferían recortar ese o aquel párrafo, a lo cual nosotros por supuesto siempre accedimos con el mayor respeto. Las experiencias diversas que vivimos en cada una de las conversaciones y nuestra impresión de las personas entrevistadas aparecen reflejadas en las introducciones que dan inicio a cada uno de los capítulos. Agradezco la colaboración de Juan Alfonso Merlos, joven estudiante de periodismo al que desde estas páginas auguro un excelente futuro profesional, que ha estado presente y ha participado activamente en algunas de las entrevistas. También considero de justicia dejar constancia de la extraordinaria labor desempeñada por la mayoría de los jefes o jefas de prensa, de gabinete o de secretaría de las personalidades entrevistadas; sin su buen hacer todo hubiera sido mucho más arduo. Vaya también mi agradecimiento para ellos y ellas.

La tercera y última etapa del trabajo consistió en la preparación del texto definitivo. Previamente hubo que transcribir muchas horas de grabación, para lo cual hemos contado con la inestimable ayuda de Marisa García, Juan Alfonso Merlos, Pilar Almendros y Francisco José Castro. El último reto fue la tarea de conversión del lenguaje oral de nuestras conversaciones en texto escrito. En dicho proceso hemos intentado respetar al máximo el vocabulario usado por el entrevistado y el tono más o menos distendido de la entrevista, de modo que el lector pueda sentirse testigo presencial de nuestros diálogos y a la vez disfrute leyendo un texto no excesivamente coloquial. Para la recopilación de documentación acerca de las personas entrevistadas he de agradecer de nuevo la colaboración de Juan Alfonso Merlos. En la lectura del primer borrador agradezco a Marisa García sus valiosas aportaciones. Gracias a César Martín por la cita que abre el libro; a Francis Fontecilla y a José García Berenguer, director del instituto de bachillerato Vicente Espinel, de Málaga, por el testimonio sobre Severo Ochoa.

Mención especial en el capítulo de agradecimientos merece la aportación de mi amigo y colaborador Manuel Vela Cabrera, autor del epílogo e inspirador de muchas de las ideas de este proyecto. Su presencia en la mayoría de las entrevistas y su trabajo en varios de los capítulos han redundado muy positivamente en el resultado final del libro. Manuel, que realizó estudios de Magisterio y de Filosofía, es un experto en temas pedagógicos y educativos; ha colaborado con asiduidad durante varios años con la Cadena Ibérica en Madrid y ha ocupado cargos de responsabilidad en diversos centros escolares de Andalucía y Extremadura.

También agradezco de corazón a Federico Mayor Zaragoza, quien, a pesar de sus múltiples ocupaciones como director general de la Unesco, ha aceptado encantado colaborar con nosotros y ha escrito un magnífico prólogo para este libro. Todos sabemos que Federico es un gran humanista que lleva muchos años trabajando de manera muy eficiente por el progreso de la humanidad, y que apuesta decididamente por la universalización de una educación de calidad como uno de los pilares básicos para la construcción de un futuro mejor.

Quiero terminar expresando mi gratitud una vez más a las treinta personalidades entrevistadas, que de manera tan generosa nos han ofrecido su testimonio para este libro y nos han facilitado el material gráfico que lo ilustra.

RAÚL CREMADES

CARMEN ALBORCH

«Mis profesoras decían que yo tenía buen corazón,
pero que me hacía falta mucha disciplina»



Carmen Alborch Bataller (Castellón de Rugat, Valencia, 1947).
Diputada del Grupo Socialista. Presidenta de la Comisión de Control
Parlamentario de Radiotelevisión Española. Profesora titular de
Derecho Mercantil en la Universidad de Valencia. Ha sido ministra
de Cultura entre 1993 y 1996. Fue decana de la Facultad de Derecho de
la Universidad de Valencia y directora del Instituto Valenciano
de Arte Moderno (IVAM). Entre otros reconocimientos, ha recibido
la cruz de honor de San Raimundo de Peñafort y el premio Dédalo
a la mejor labor en la promoción de jóvenes artistas. Además de
diversas obras de carácter jurídico, ha publicado recientemente el
libro *Solas*, un ensayo sobre la mujer en la sociedad actual.

Con su inconfundible melena cobriza y rizada, sus gafas de pasta y su seductora sonrisa, aparece por el fondo del pasillo y se acerca hacia nosotros con paso rápido y decidido. Es Carmen Alborch, la mujer que como ministra de Cultura llevaba cada viernes un soplo de aire fresco al Consejo de Ministros de los últimos gabinetes socialistas, la escritora que en el año 1999 ha monopolizado el primer puesto de las listas de libros más vendidos con su obra Solas. Nos ha citado en el edificio nuevo del Congreso de los Diputados. Tras pedir disculpas por un leve retraso, Carmen nos advierte que cuando suene el monótono timbre de aviso tiene que regresar al hemiciclo para votar. No hay tiempo que perder. Comenzamos la entrevista. Entre bondas chupadas al cigarrillo de hierbas medicinales —ha logrado, a base de voluntad, dejar de fumar—, con movimientos suaves de la mano para recolocarse la melena, Carmen nos habla de una niña valenciana contestataria pero feliz, de una joven estudiosa y preguntona, y de una universitaria que tuvo la suerte de encontrar en Manuel Broseta a un auténtico maestro.

¿Qué recuerdos tiene de sus primeros años de escolarización?

Durante mi infancia la mayor parte del tiempo lo pasaba en el colegio de las Esclavas del Sagrado Corazón de Jesús, que está en la Alameda, en Valencia. Un colegio precioso. Nos recogía un autobús por la mañana, y nos dejaba en casa ya bastante avanzada la tarde. También recuerdo mucho las excursiones con mis padres y sus amigos. En mi casa hacíamos mucha vida de familia, éramos lo que se podría llamar una familia muy integrada. Por ejemplo, cuando yo llegaba del colegio mi madre estaba siempre en casa para recibirme. Creo que mi infancia estuvo muy marcada por la presencia de mi madre. Mi padre viajaba con cierta frecuencia, pero vamos, también ha estado ahí siempre muy

pendiente de nosotros, y cuando llegaba el sábado o el domingo cogía a sus niños y nos íbamos a dar una vuelta. Incluso si mi madre estaba cuidando del más pequeño y no podía venir, íbamos mucho con mi padre. Por eso siempre hablo muy bien de mi familia y la valoro mucho. Somos cuatro hermanos. Yo soy la mayor, después viene un chico, luego una chica y el pequeño es otro chico. Además de la familia, mi vida infantil giraba fundamentalmente en torno al colegio, al estudio, a las amigas del colegio, y también a las mil travesuras que hacíamos.

¿Cómo era la niña Carmen Alborch?

Bastante traviesa. Las monjas repetían constantemente que yo tenía muy buen corazón, pero que me hacía falta mucha disciplina. También decían que vivía mucho de rentas, que era una lástima que no estudiara más. En esto tenían razón, porque yo estudiaba según me parecía, según las épocas o las asignaturas. Nunca tuve dificultad para aprobar, o sea, que no repetía ni suspendía para septiembre; pero no era una empollona. Había veces que me daba un poco de miedo llevar las notas a casa porque había más de un pinchazo. También era bastante contestataria, una niña rebelde, que siempre preguntaba el porqué de las cosas, y muy habladora. En definitiva, creo que de niña era como soy ahora, más o menos.

¿Qué tipo de travesuras podía hacer una niña rebelde como usted en un colegio de monjas de aquella época?

Mi rebeldía tenía su origen en una inquietud ante situaciones que yo consideraba inaceptables. Por ejemplo, si se castigaba a una niña injustamente, yo siempre saltaba: «pues no me parece bien por esto o por lo otro». Recuerdo que entre las compañeras nos poníamos nombres de títulos de obras de teatro clásicas, y a mí me llamaban *A buen juez, mejor testigo*, porque era la que siempre me rebelaba ante las injusticias. También nos poníamos nombres cuando dábamos clases de inglés: yo era *However*, no sé por qué; otra se llamaba *Sometimes*; eran juegos de crías, supongo que nos gustaba cómo sonaban esas palabras. Yo también era muy preguntona, en clase de religión preguntaba constantemente; las respuestas que me daban casi siempre se fundamentaban en la fe y no me dejaban del todo satisfecha.

¿Ese colegio de las Esclavas del Sagrado Corazón fue el único centro escolar al que asistió?

No; a los tres años fui a otro colegio religioso que estaba al lado de casa y cuando terminé el bachillerato estudié un año de Arte y Decoración en una escuela privada; posteriormente cursé el preu en el colegio Guillem Tatay, un centro privado laico.

Después de tantos años, ¿está usted satisfecha con la educación que recibió en el colegio?

En términos generales diría que sí, aunque eran tiempos en los que la disciplina era un elemento primordial y la educación era bastante autoritaria y represiva. Pero como tengo una cierta tendencia a buscar siempre los aspectos más favorables, creo que era importante que nos incitaran a esforzarnos, a ser estudiosas, lo cual en aquella época tenía para nosotras, siendo chicas, un valor especial. Quizá lo más negativo era el sentido de la culpa, del castigo, del pecado, que nos inculcaban, y un cierto elitismo, muy de la época.

¿Cuáles eran sus asignaturas preferidas?

Siempre me han gustado mucho las humanidades: la historia, la literatura y la filosofía. No tuve la suerte de tener unas profesoras que me enseñaran bien matemáticas ni física, y me parece que es un mundo muy interesante que me he perdido. Creo que, además de tus propias inclinaciones e intereses y de lo que ves en casa, la profesora o el profesor de una asignatura siempre te influye y puede hacer que la materia te resulte más accesible, más interesante, puede suscitar en ti una mayor curiosidad. También me gustaban muchísimo el latín y el griego. Me lo pasaba muy bien traduciendo. Pero ya digo, no he tenido acceso a todo ese mundo de las ciencias y tengo la sensación de que me he perdido algo.

¿Recuerda a alguna profesora que le marcara especialmente?

Pues no. Quizá un poco la madre Francisca Lus, que fue jefa de estudios una temporada, porque cuando había algún problema ella era la que hablaba con mis padres y tenía más contacto con mi familia;

pero no creo que hubiera ninguna madre o profesora que dejara en mí una huella profunda.

¿Les mandaban muchos deberes para casa?

Lo normal. Recuerdo que cuando llegaba a casa me ponía a hacer los deberes y a la vez intentaba escuchar todas las conversaciones de mayores que podía. Normalmente estudiaba un ratito todos los días. Cuando llegaban los exámenes me levantaba bastante temprano por la mañana y me ponía a estudiar. Mi madre me recordó hace poco que, cuando yo estudiaba la carrera, después de cenar nos quedábamos toda la familia en el comedor o en la sala para ver la televisión, y con mucha frecuencia yo me quedaba un rato dormida con la cabeza apoyada sobre el brazo encima de la mesa, y cuando los demás se iban porque se había terminado la programación y quitaban la tele, yo me despertaba y me ponía a estudiar. La verdad es que mi padre, muchos años después, me decía: «Ahora que eres ministra, ¿también tienes que estudiar?», con esa sensación de haberme visto toda la vida con libros en la mano, lo cual a él y a mi madre les agradaba mucho.

Su colegio era solo de chicas, ¿cómo vivían ustedes esa realidad?

Era lo habitual. Ni se nos pasaba por la cabeza que pudieran existir colegios mixtos. Había un colegio que a las monjas les gustaba mucho, el de los Jesuitas, porque la orden de las Esclavas del Sagrado Corazón era como la versión femenina de los Jesuitas. No nos condecoraban de la misma manera, no éramos princesas y todo eso, pero eran muy similares; por ejemplo, nosotras también hacíamos los ejercicios espirituales de san Ignacio de Loyola. Y había una cierta confraternización con los niños de ese colegio. Pero a nosotras nos gustaban más los chicos del Pilar, los Marianistas. Muchas veces venían a recogerlos y nos íbamos a los coches de choque de una feria que ponían de vez en cuando delante de nuestro colegio. Pero ni siquiera imaginábamos que pudiéramos llegar a ir al colegio juntos.

¿Todas las profesoras que tuvo fueron mujeres?

El único profesor varón que tuvimos fue el padre Corbin, que nos enseñó griego en sexto curso.

¿Había diferencias entre la educación en un colegio de chicas, como el suyo, y uno de chicos, como el de los Jesuitas o el Pilar?

Creo que nosotras recibíamos la educación que se consideraba más adecuada para cumplir con nuestros respectivos papeles en la sociedad, en la familia, ser madres y esposas, que no excluía que fuéramos algo ilustradas, incluso que estudiáramos alguna carrera universitaria, pero no era lo más frecuente. Mientras que a los chicos se les educaba para que fueran «alguien», buenos profesionales, además de ser padres y esposos católicos y responsables. Nos formaban en la obediencia, la pasividad, el refinamiento, con una especial preocupación por la «pureza», el cumplimiento estricto del sexto y noveno mandamientos. Con los chicos había mayor permisividad, la mirada social era diferente. En otro orden de cosas, a las chicas nos daban clases de «labores», y aunque había posibilidad de practicar muchos deportes, no nos apasionábamos como los chicos ni la valoración era la misma.

¿Y en casa, también había diferencias entre chicos y chicas?

En cuanto al estudio las exigencias eran las mismas. Las chicas debíamos aprender ciertas tareas domésticas y colaborábamos en ellas, aunque fuera excepcionalmente, mientras que los chicos no se preparaban ni el cola-cao. Nosotras teníamos menos libertad de movimientos que ellos, menos permisividad en las relaciones con el otro sexo, los horarios más estrictos... Había una mayor preocupación por lo que nos pudiera suceder, por las apariencias, los convencionalismos; el código social era más rígido para las chicas.

En la actualidad, según el libro de la socióloga Sonsoles San Román

Las primeras maestras. Los orígenes del proceso de feminización docente en España, publicado el año 1999, el 70 por 100 del colectivo de magisterio son mujeres y el 99 por 100 en la especialidad de educación infantil. ¿Qué opina al respecto?

Precisamente por eso creo que las mujeres no podemos eludir la responsabilidad que tenemos en la educación de los niños y las niñas. Y si al menos en la primera etapa de la vida las educadoras son mujeres, fundamentalmente, deberíamos educar en la igualdad, en el respeto, en

el desarrollo completo de nuestras capacidades, procurar la autoestima, aumentar el grado de competencia emocional de las personas. Aunque, por supuesto, no estoy hablando de responsabilizar a las mujeres exclusiva y primordialmente, es importante que los hombres se impliquen y compartan las responsabilidades familiares. Y que los responsables políticos asuman el proyecto de construir una sociedad en la que existan seres humanos más libres, más solidarios y más felices.

¿Recuerda cuáles fueron sus primeras lecturas infantiles?

Recuerdo vagamente que leía algunos tebeos: el *TBO*, *Florita*, *El Hombre Enmascarado*, y por supuesto los cuentos infantiles tradicionales. También leía, habitualmente, los libros de *Guillermo el Travieso* y de *Antoñita la Fantástica*. Recuerdo la lectura de *Genoveva de Brabante*, algunas vidas ejemplares, y con especial placer *La vuelta al mundo en ochenta días*. *Platero y yo* era una de las lecturas obligadas.

¿Cuál fue su experiencia en el aprendizaje de idiomas?

Mi colegio era un poco especial en eso, porque así como en aquella época casi todos los centros docentes tenían como único idioma extranjero el francés, al menos en Valencia, sin embargo en el mío enseñaban inglés. Cuando entrábamos de pequeñitas ya empezábamos a cantar aquello de «pollito-*chicken*, lápiz-*pencil*», y le dedicaban bastante atención. Me costó superar el nivel que alcancé cuando salí del colegio, pero es que no tengo ninguna facilidad y sí mucho sentido del ridículo. Por otro lado, entonces no existía la costumbre generalizada de enviar a los niños a estudiar al extranjero. He seguido muchos cursos de verano en diferentes países, generalmente de inglés y alguno de francés, aunque en realidad el idioma extranjero que más me gusta y mejor conozco es el italiano. He vivido en Roma, incluso he traducido un libro. También estudié alemán, un año solamente.

¿Hablabas valenciano en el colegio con sus compañeras?

No, ¡qué va!, en el colegio eso estaba muy mal visto. El hablar valenciano era como una cosa «de pueblo», sobre todo en determinados grupos o pandillas, pero en general era visto de un modo despectivo. En casa mis padres sí que hablaban valenciano entre ellos, pero con

nosotros se comunicaban en castellano, algo que ha pasado mucho en Valencia. Más adelante aprendí y empecé a hablar valenciano como un compromiso, por convencimiento; aquello fue una actitud más política o más pública, pero ya a los veintitantos, y claro, de haberlo oído hablar a mis padres tuve menos dificultades cuando decidí aprenderlo.

¿Tenía claro desde pequeña que lo suyo era el Derecho?

No; a pesar de lo que he contado sobre mi sentido profundo de la justicia desde niña, en aquel entonces no sabía lo que iba a estudiar, aunque supongo que aquella actitud infantil sí ha estado muy ligada a que luego estudiara Derecho. Pero en aquella época creía que lo normal era que yo estudiara Filosofía y Letras, aunque luego lo pensé mejor.

¿Había en su familia alguna tradición jurídica?

No, salvo un hermano de mi madre que es notario.

¿Qué le hizo decidirse por Derecho y no por Filosofía y Letras?

Pues no lo sé; al final pensé que lo que estudiara en Filosofía y Letras lo podía aprender por otras partes, porque coincidía mucho con mis aficiones y mis curiosidades; supongo que fue por eso. Fue una decisión que tomé cuanto tenía solo diecisiete años y tampoco creo que la sopesara en profundidad. Simplemente pensé que para tener una profesión prefería estudiar Derecho.

¿Qué recuerda de sus profesores universitarios?

En la universidad tuve unos profesores en general magníficos. Fue una gran suerte. En mi curso se decía que habíamos entrado masivamente las mujeres; éramos diecinueve chicas sobre un total de doscientas veinte. Tuvimos profesores tan buenos como Luis Díez Picazo, Fairén Guillén, Córdoba Roda y el que luego sería mi maestro, Manuel Broseta, catedrático de Derecho Mercantil. La verdad es que me hubiera gustado especializarme también en Filosofía del Derecho o Derecho Político, pero justamente en esas dos asignaturas los catedráticos no eran precisamente con quienes mejor conectaba. El Derecho Mercantil me interesaba y además el catedrático era una persona que nos enseñaba una manera no solo de estudiar, de trabajar y de prepararte,

sino también de ser universitario, que es muy importante. Él personificaba ese concepto de maestro, de alguien que no solo te enseña una determinada disciplina, sino muchas cosas más, incluso unos determinados valores.

¿Qué valores aprendió de su maestro, Manuel Broseta?

De mi maestro aprendí a tratar a los alumnos como personas, porque así lo hacía con nosotros, y eso era muy importante en la universidad de aquella época donde predominaba el aprendizaje memorístico y había mucha distancia entre el profesor y el alumno. Él impartía clases dialogadas y nos transmitió su método a nosotros, que seguimos haciéndolo así. A mi promoción le tocó un plan especial que solo se estudiaba en Sevilla y en Valencia, y a partir de tercero nos dividimos en grupos reducidos de alumnos por especialidades. En lugar de ir a un aula grande, íbamos a un seminario de un departamento y preparábamos temas. O sea, que era un aprendizaje mucho más activo, de hacer funcionar la cabeza, de acostumbrarte a pensar cómo debes resolver los problemas más que a memorizar. Lo cual nos dio la oportunidad de tener un contacto muy directo con Broseta. Él era una persona muy comprometida con la universidad; fue una temporada decano de la facultad. Durante muchísimos años tuvo dedicación exclusiva a la facultad, cosa que en Derecho Mercantil es bastante excepcional y ciertamente ejemplar, porque es una disciplina con la que se puede ganar mucho dinero. Más adelante ya tuvo despacho propio donde ejerció la profesión. Lo digo porque también nos transmitió esa idea del trabajo, del esfuerzo, del compromiso con la propia universidad.

Es decir, que era coherente y predicaba con el ejemplo.

Sí, mostraba gran dedicación a sus alumnos; al menos esa fue mi experiencia y la de muchos de mis compañeros. Cuando me dirigió la tesis doctoral, además de que revisaba y discutía el esquema inicial con mucho detenimiento, recuerdo que la corregía con muchísimo interés. Había folios donde te ponía un interrogante porque no lo entendía, otras partes donde te decía «esto habría que desarrollarlo más» o «esto sería prescindible». Lo recuerdo como un verdadero maestro. Luego ya él se dedicó a la política y al despacho de forma más intensa, pero a

nosotros nos vino genial el hecho de que durante un tiempo trabajara exclusivamente en la universidad, nos beneficiamos mucho de eso. Cuando publiqué mi tesis se la dedicaba a mis padres, pero también explicitaba un agradecimiento especial a él. Hace unos meses, en el proceso de escritura de mi libro *Solas*, me acordaba mucho de algo que él me repetía: que era muy importante tener clara la columna vertebral, es decir, un esquema inicial bien pensado, coherente y detallado que sirviera de base para todo el trabajo posterior. Hay cosas que yo todavía repito de él y que él a su vez repetía de su maestro, Joaquín Garrigues, o sea, que había una idea de escuela y de transmitir una manera de aprender y de enseñar. Por ejemplo, yo digo todavía muchas veces eso de que «la claridad es la cortesía del profesor», es decir, que no hay que utilizar lenguajes crípticos, sino que lo importante es esforzarse en hacer entendible todo aquello que sabes, porque a veces hay profesores a los que nadie entiende y no les preocupa porque parece que dicen cosas más importantes, y Broseta insistía en que no, que había que hacer el otro esfuerzo, porque si a los alumnos les cuentas discursos confusos, lo que introduces es confusión.

Por lo que cuentan, también era una persona muy exigente consigo mismo y con los demás.

Sí, sí, completamente. Yo tuve la suerte de estar dos años sin dar clases, dedicada a mi tesis, y recuerdo que cada día, cuando nos íbamos al mediodía para comer durante una hora y media o dos, él se empeñaba en que bajáramos las persianas de nuestros despachos para que el sol no le diera a los libros; decía que los libros eran de todos y había que cuidarlos para que no se estropearan. Y yo le comentaba: «Pero, don Manuel, si dentro de un momento vamos a volver a estar aquí otra vez.» «Da igual —respondía—; los libros son patrimonio de todos y hay que cuidarlos.» Era una persona muy exigente y con un gran sentido de la responsabilidad. A mí me reñía a veces porque decía que yo era un poco ácrata, pero luego me tenía en mucha consideración. Cuando le dije en cuarto curso que me quería quedar en la facultad para hacer la tesis y después preparar cátedra y todo eso, él se puso muy contento y además lo comentó enseguida a los profesores que había por allí. Claro, entonces los catedráticos conocían personalmente a sus alumnos y alumnas.

Aunque podríamos deducirlas de sus comentarios sobre Manuel Broseta, ¿podría decirnos qué cualidades considera imprescindibles en un buen maestro?

A mi entender hay una idea fundamental, pero para todo en la vida, que es el respeto. Pensar siempre que estás educando a seres humanos, y que por tanto merecen todo tu respeto. Y eso abarca desde tu preparación científica hasta tu actitud y tu dedicación, el esfuerzo por transmitir los conocimientos.

¿Le gustaría volver algún día a la enseñanza cuando deje de tener responsabilidades políticas?

Siempre pienso que en algún momento volveré, aunque mis compañeros no me animan mucho. En definitiva, es la profesión que elegí; a veces echo de menos una vida más tranquila, más centrada en el estudio, y también el contacto con la gente joven, que resulta muy estimulante.

CRISTINA ALMEIDA

«Yo era muy traviesa y habladora; imitaba con frecuencia a las monjas»



Cristina Almeida Castro (Badajoz, 1944). Abogada, socia del bufete ABA Abogadas. Presidenta del Partido Democrático de la Nueva Izquierda. Diputada del Grupo Mixto. Fue miembro fundador de la coalición Izquierda Unida. Ha sido concejala en el Ayuntamiento de Madrid, vicepresidenta de la Asociación de Derechos Humanos y vocal en el Consejo Rector del Instituto de la Mujer en el momento de su creación. Entre otros, ha recibido el premio Comadre de Oro de Gijón 1989 y el premio Solidaridad y Tolerancia 1997.

Son las tres y media de la tarde y ella todavía no ha tenido tiempo de almorzar. ¿De dónde sacará la energía esta mujer tan luchadora? Después de terminar nuestra entrevista, Cristina Almeida tiene que recibir a un grupo de estudiantes que la esperan junto con su profesor. La mañana ha debido de ser trepidante para Cristina: asuntos de su bufete, reunión en su partido, sesión plenaria en el Parlamento, encuentro con alguna ONG. A pesar de todo, nos recibe con serenidad, como si fuera lo único que tuviera que hacer en todo el día. Después de recuperar el aliento perdido por los interminables pasillos del Congreso, comienza a responder a nuestras preguntas. Ni lo hace con monosílabos ni se extiende excesivamente. Tiene tablas. Afila su verbo como si estuviera en una tertulia televisiva de Hermida y habla de su infancia sin concesiones a la nostalgia, desde su militancia de izquierdas, desde su acendrado feminismo. Con la misma convicción de su primer discurso que evitó su expulsión del colegio, con la misma calidez y cercanía con la que enseñaba a leer a las muchachas que servían en su casa familiar de Badajoz. El teléfono móvil nos interrumpe varias veces, pero Cristina no se altera.

¿A qué edad comenzó su escolarización?

A los tres años. En un colegio de monjas de Badajoz que se llamaba El Santo Ángel. Era una de las niñas más pequeñas. Conservo perfectamente en la memoria a una monja muy alta que el primer día de clases me cogió en brazos y dijo: «¡Mirad qué personajillo tenemos en el colegio!» En ese centro, donde estudiaban también dos hermanas mías, estuve hasta los once años. Después, cuando nos vinimos a vivir a Madrid, continué en otro colegio de la misma congregación hasta los dieciséis años. De ahí pasé ya a la universidad. La idea de ir al cole

siempre me gustó, me encantaba encontrarme con gente de mi edad y vivir ese sentido de compañerismo que me permitía ser más independiente que cuando me quedaba en casa.

¿Recuerda el nombre de la monja que la cogió en brazos?

Sí, era la hermana San Efrén. A mí me pareció altísima; a lo mejor no lo era tanto. Recuerdo también nuestro «horripilótico» uniforme negro con una franja morada; por eso a las niñas del Santo Ángel nos llamaban *las obispas*. Yo era de las alumnas más traviesas; no es que fuera mala, pero sí muy traviesa. Tenía cierto liderazgo entre mis compañeras. Con las monjas tenía una relación de respeto y cariño; yo las imitaba con frecuencia y les hacía reír.

¿Aprendió a leer antes de ir al colegio?

Sí. Y todavía recuerdo la sensación tan agradable que me produjo el reconocer las primeras letras. En aquella época saber leer era algo que estaba muy bien visto. La gente decía: «Mira qué lista es la niña, ya sabe leer.» Había tanta prisa que me parece que se aprendía de forma prematura, y no se respetaban los procesos que recomienda la pedagogía hoy. En cualquier caso, aprender a leer fue para mí un descubrimiento impresionante. Recuerdo también que mientras vivíamos en Badajoz enseñé a leer a varias de las muchachas que teníamos en casa y que venían de los pueblos. Poder enseñarles a leer y a escribir me daba mucha satisfacción. Mientras estaban aprendiendo, yo me encargaba de escribirles las cartas para sus novios; de hecho todavía recuerdo muchas de las poesías de amor que se intercambiaban. Supe lo que imposibilitaba no saber leer ni escribir. Por eso he tenido siempre una tendencia a colaborar en programas de alfabetización.

¿Está satisfecha con la formación escolar que recibió?

Sinceramente, no. Tengo la sensación de que perdí bastante el tiempo. Por fortuna las monjas no me transmitieron un gran entusiasmo por lo que hacían; tampoco me dejaron grandes traumas, creo que yo les he dejado alguno más a ellas. Era una educación muy ajena, muy poco personalizada. Tengo la sensación terrible de que no me enseñaron a aprender cosas diversas, a investigar, a leer, a abrirme al

mundo de la cultura, a querer conocer. Aprendíamos las reglas de ortografía o los ríos de España cantando, de forma que si los canto, todavía me salen todos, incluso sus afluentes. Pero no teníamos una concepción geográfica del mundo, los mapas que nos mostraban estaban fragmentados. Estudiábamos el mapa de Asia por un lado, el de Europa por otro, de forma que yo no me podía explicar cómo la URSS tenía problemas fronterizos con China, hasta que me compré una bola del mundo para ver cómo se unía lo que había estudiado de pequeña. De mi etapa con las monjas recuerdo también algunos detalles cargados de mojigatería, como por ejemplo las proyecciones de películas en las que a la censura existente en la época las monjas añadían la suya propia colocando un delantal enfrente del proyector para que no viéramos las escenas con besos. En una ocasión en la que el beso duró más de lo habitual, cuando dejaron libre el rayo, y pudimos comprobar que no se había acabado la escena, se armó un revuelo tremendo en la sala. Nos transmitían un sentido extremo de peligrosidad y pecado en nuestra relación con los niños. Era algo tremendo. Yo creo que algunas de mis compañeras estaban convencidas de que si un niño les rozaba con el codo, se podían quedar embarazadas. Las monjas cubrieron una etapa de mi vida mal que bien, pero no despertaron en mí ninguna inquietud cultural. Una etapa por la que tenía que pasar, pero que no suponía una preparación para poder elegir luego. La vida del colegio era para disfrutar, para pasar de las monjas. Allí pasé trece años de mi existencia que limitaron mis posibilidades de futuro. El gran cambio en mi forma de pensar y percibir el mundo se produjo en la universidad, y no precisamente por su enseñanza, sino por otro tipo de experiencias que viví en esa etapa. Fui a la universidad gracias al empeño de mi madre. Ella no hizo estudios superiores porque no le dejaron, y tenía muchísimo interés en que mis hermanas y yo fuéramos universitarias.

¿Le hubiese gustado ir a un instituto público en vez de a un colegio de monjas?

Sí, era mi gran ilusión de pequeña, pero las niñas de clase media en una ciudad de provincias como Badajoz solíamos ir a uno de los tres colegios de monjas que había: el Santo Ángel, las Jesuitinas o las

Josefinas; y los niños, a los Maristas. Ir a un colegio religioso privado formaba parte también de la apariencia social, era lo bien visto. Los que tenían menos recursos económicos iban a los institutos y colegios públicos. Por otra parte, mis padres querían una educación religiosa para sus hijos, aunque para ello tuvieran que hacer un esfuerzo económico considerable, ya que éramos seis hermanos. Recuerdo también que en nuestro colegio había un grupo de alumnas a las que llamaban «las gratuitas», que entraban por otra puerta y llevaban un uniforme distinto al nuestro, cosa que entonces no nos llamaba la atención, porque era lo normal.

¿Qué tipo de estudiante era usted?

Era bastante corriente. Muy habladora y traviesa, por ese motivo a veces me quitaban puntos, pero aprobaba siempre; solo suspendí en segundo de carrera y fue porque en ese momento estaba aprendiendo otras cosas que me valieron mucho más en la vida. El hecho de sacar buenas notas no hizo de mí una alumna repelente, ni mucho menos. Por otra parte tengo que señalar que mi currículum no va a pasar a la posteridad. Tampoco he hecho ningún tipo de oposiciones; mi objetivo nunca ha sido ser funcionaria, siempre he ido por libre.

¿Se acuerda de alguna de sus travesuras en el colegio?

Podría contar muchas, pero me parece especialmente significativa una que casi supuso mi expulsión del colegio. Como ya he comentado, siempre tuve buen trato con las monjas y yo debía de ser una alumna simpática para ellas, porque a veces, cuando me castigaban, me llevaban a la zona de clausura y me pedían que las imitara, cosa que yo hacía bastante bien a juzgar por lo mucho que se reían. Pero un día entró en mi clase una monja muy pequeñita a la que yo imitaba muy bien, era profesora de piano o algo así, y se dirigió a una compañera nuestra: «¡Ferichola, póngase de pie!» Con lo pequeña que era la monja, le echó a Ferichola un rapapolvo tremendo, y lo mismo que había entrado se fue. Entonces yo me levanté y comencé a imitarla. De pronto, la monja volvió a entrar en clase y me pilló *in fraganti*. Me dijo: «¡Queda usted expulsada del colegio!» Cuando escuché aquello, me levanté y le respondí: «¿Qué pasa, que ahora no le ha gustado a usted que la

imite? ¿Solo puedo hacerlo cuando usted me lo dice y hacerle reír como si yo fuera un mono con guita? No, mire, yo imito porque me parece que no hago ningún desprecio ni insulto a nadie, solo reproduzco situaciones, y me parece injusto que me utilicen como un hazmerreír para que ustedes se diviertan en clausura, y ahora que lo hago con la misma intención, les parece mal y me cuesta a mí la expulsión del colegio.» Mientras yo soltaba aquel discurso algunas de mis compañeras empezaron a llorar. Entonces la monja me dijo: «Es la primera vez que me rebajo ante una niña para darle la razón. Te puedes quedar.» La clase entera se puso a aplaudir. Fue algo insólito en aquellos tiempos. Creo que fue mi primer discurso de convencimiento.

¿Recuerda con afecto a alguno de sus maestros?

Recuerdo a un profesor que era muy tímido. Nos daba matemáticas y tuvo que soportar alguna que otra vez nuestro descaró. Creo que se debe de acordar de mí; yo lo recuerdo con afecto. Estaba haciendo las milicias universitarias y uno de los días no debió de tener tiempo de cambiarse. Llegó al colegio con el uniforme y el pobre no quería entrar en clase por miedo a nuestra reacción. Al darme cuenta, salí a buscarlo y le hice pasar, diciéndole que estaba guapísimo. Me acuerdo también de la profesora de griego, me caía fatal. Creo que opté por ciencias por el poco aprecio que sentía por el griego y por esa profesora. Hubo también una monja que estaba enferma y encontró un diario que yo había perdido. Se lo leyó entero, y cuando se recuperó me llamó para comentarme que el leer mi diario le había hecho mucho bien. Me indigné y le dije que cómo había podido hacer una cosa así, que eso era un quebranto de mi intimidad. La pobre monja lo pasó fatal, pero luego siempre me ha querido y me ha protegido mucho.

¿Le inculcaron en el colegio la afición por la lectura?

No me acostumbraron a los libros. A mí, sin embargo, me gustaba leer, pero solo leía tebeos, cuentos de *Azucena*, de *Antoñita la Fantástica*, *Celia* y *Cuchifritín*, novelas de Escelicer. De vez en cuando leía también alguno de los *Episodios Nacionales* porque me lo mandaban en clase, pero me sonaba a lección y no a cultura. En el colegio nos hacían leer en voz alta para que no hablásemos en las clases de labor. Yo solía ser de las

lectoras porque tenía buena voz. Cuando llegué a la universidad estaba de moda Ortega y Gasset, y yo a lo máximo que había llegado era a Rabindranah Tagore, en mi época de adolescente enamorada. De ahí tuve que pasar a *La rebelión de las masas* y a *España invertebrada*. Fue un cambio sustancial. Al principio yo paseaba los libros para que vieses que también leía a Ortega. Recuerdo que me decían: «Tienes que empezar por los clásicos.» Entonces yo pensaba: «Si empiezo por los clásicos, cuando llegue a los modernos, ya soy vieja y además se han hecho viejos los modernos.» Esta situación me producía un desasosiego tremendo. Tenía compañeros que dominaban muchos temas, y yo, que tenía muchas ganas de aprender, les pedía que me contasen lo que supieran de la Revolución francesa o de la mexicana, porque en el colegio no estudiamos nada de eso. No estudiamos ni la República; pasamos de Primo de Rivera a Franco ya crecído. Yo no era consciente de que habíamos tenido una guerra civil. En mi casa eran todos de derechas, no se hablaba del tema y tampoco nos inculcaron ningún tipo de rencor. Cuando llegué a la universidad fui descubriendo y profundizando en todos estos acontecimientos, conocí los libros prohibidos, pude leer a muchos poetas, me abrí a otro mundo como consecuencia de mi compromiso social. En la universidad descubrí la libertad por primera vez en mi vida, pasé de un colegio donde tenía todo planificado a tener que programarme mis propias obligaciones, a relacionarme con los chicos que antes no podías ni ver, y ahora estaban todos allí, a tu lado. Fue un cambio personal muy importante para mí y tuve el sentimiento de que aquello me lo había perdido durante muchos años, que lo podía haber encontrado mucho antes con otro tipo de formación.

¿Las clases de idiomas en el colegio le han posibilitado manejar alguna lengua extranjera?

En el colegio estudié francés, y lo hablo, pero no tengo un gran nivel. Cuando voy a algún congreso a Francia y no hay traducción simultánea me esfuerzo, pero me produce cierta inseguridad no poder captar todos los matices de un discurso. De inglés no estudiamos nada; era una lengua que prácticamente no existía mientras «la pérfida Albión» no nos devolviese Gibraltar. El no dominar idiomas es una frustración para mí, porque soy una persona muy comunicativa y me gusta, a ser

posible, hablar con la gente en su propio idioma. Cuando voy, por ejemplo, a Cataluña, prefiero que utilicen el catalán; me gusta oírlo y, aunque no lo hablo, me esfuerzo por entenderlo. La importancia que se da hoy a los idiomas no tiene nada que ver con la de mi etapa escolar. Mis sobrinas hablan inglés desde pequeñas y también van a clases de alemán. Ahora existen unas relaciones internacionales y vamos hacia un mundo cada vez más intercomunicado. Cuando yo era estudiante, en España estábamos aislados, imperaba un chauvinismo que daba poca importancia a las lenguas extranjeras, estaban consideradas casi al mismo nivel que la gimnasia u otras asignaturas con poco relieve. No éramos conscientes del valor de los idiomas.

¿Cuál es su opinión sobre la coeducación?

La educación mixta me parece imprescindible, ya que no se debe dar pie a condicionar comportamientos aislados que deben ser vividos juntos por niños y niñas. Pero la coeducación es algo más, porque lleva un contenido implícito de valores en los que no hay espacio para la adjudicación de roles sociales. En este sentido ya se han dado algunos pasos en la revisión de los libros de texto, pero tenemos que avanzar mucho más, sobre todo en la formación del profesorado. El enfoque que aporta la coeducación es importantísimo en la formación de cualquier persona, sea hombre o mujer. Se basa en valores universales, sin adjudicación por sexos, sino con relaciones distintas.

¿Qué piensa usted de la enseñanza confesional?

Que hemos acabado todos bastante hartos de ella; que la obligación que conlleva hace que se pierdan valores. Pienso que a todos nos quedan reflejos de ese tipo de educación. Me acuerdo de que, en un congreso sobre Chile, Cortázar me comentó que lo malo de las dictaduras es que cada año pasa una generación que se educa en unos valores que perduran tanto como la propia generación, porque es casi imposible deseducar a la gente o quitarles ciertos tics.

¿Se refiere a Julio Cortázar, el escritor?

Sí; aquello fue hace muchos años. Yo le tenía muchísimo afecto porque me decía cosas muy acertadas; por ejemplo, esto de las dicta-

duras. El dictador pasa, pero la enseñanza sobrevive. En España todavía tenemos tics que tienen mucho que ver con la falta de libertad que tuvimos en nuestra etapa de formación. Todo lo que era confesional nos impuso una forma un tanto intolerante, que nos hacía más radicales para romper con el catolicismo y con todo lo que tuviese que ver con la etapa anterior. Aunque la religiosidad en la que yo me eduqué estaba muy adaptada a mí, lejos de los ritos y las iglesias, era un catolicismo bastante libre. Yo nunca en mi vida he tenido conciencia de pecado, excepto la primera vez que dejé de ir a misa: creí que me iba a morir esa misma noche. Superar la idea de Dios por la idea de los hombres me pareció lo más libre que he hecho en mi vida. Por ello creo que una educación obligatoriamente confesional es lo peor que puede haber para un país, aunque a mí no me dejara traumatizada. La educación debe ser laica, con valores de convivencia y ciudadanía, que son universales. Hay que desterrar de la educación la intolerancia. Creo que la religión debe ir al ámbito de lo privado. Si la familia lo desea, debe darse en la escuela información sobre las religiones, información histórica, información libre, pero que no condicione. La escuela no debe formar en una religión concreta, y no lo digo porque entienda que se transmiten valores negativos, sino porque no son valores totales. La religión en la escuela obedece a la presión ejercida por determinada Iglesia. Desde la ética se puede dar una visión más amplia de los valores morales, que deben ser aceptados en todas las culturas. Quizá muchos profesores no tengan esta visión, pero para eso está la formación permanente. El perfeccionamiento del sistema educativo debe estar por encima del gobierno que ejerza el poder. Por desgracia, en la actualidad los intereses ideológicos son intereses económicos y estamos viendo cómo repercuten en el mundo de la escuela.

¿Qué opinión tiene de las diferencias entre la enseñanza privada y la pública?

Respeto la enseñanza privada como un negocio o como una opción religiosa. No estoy por desterrarla, pero desde luego creo que la obligación de un Estado es apostar por una enseñanza pública que sea la mejor, la más laica, la que haga mejores personas, la que cree más igualdad. Creo que educar en la convivencia pacífica y en la igualdad

es la mejor inversión para el verdadero desarrollo de un país. Admito el mercado de lo privado, pero desde luego no financiado desde lo público. Los recursos de la ciudadanía deben ir a la escuela pública para que esta oferte la mejor calidad de enseñanza.

¿Cree usted que la escuela tiene la capacidad de transformar las estructuras sociales, o más bien la sociedad se sirve de ella para poder perpetuarse?

No creo que exista tanto determinismo, al menos cuando se hace la enseñanza con un sentido de servicio público. Quizá la enseñanza privada pueda condicionar más al individuo. Una escuela libre y obligatoria genera posibilidades, quita obstáculos sociales y posibilita una mejor calidad de vida. Por ejemplo, el haber hecho obligatoria la escolaridad de las niñas ha significado un cambio social importantísimo que no hubiera sido posible hace unos años cuando yo empecé, que incluso teníamos prohibido el acceso a determinadas carreras. El fundamento de la escuela es hacer ciudadanos libres, críticos y capaces de decidir su futuro. La escuela debe tener sentimiento de libertad, de comprensión, de diversidad cultural, de respeto; debe terminar con la ignorancia social. Hoy no quedan analfabetos de los de antes; sin embargo, hay analfabetos funcionales incapaces de relacionarse con el mundo en el que viven. Se dice desde la publicidad que «una imagen vale más que mil palabras», y existen muchas personas que no tienen mil palabras para explicar una imagen. La escuela no debe perpetuar estas carencias, debe formar a la persona en su totalidad; no solo debe dar conocimientos, sino trabajar la transversalidad propia que se desprende de cada asignatura.

¿Qué visión tiene usted de la actual ley de educación, la LOGSE?

Me parece que en principio es una ley progresista, capaz de cambiar los valores y promover un nuevo impulso educativo en nuestro país. Por otra parte creo que tiene algunas deficiencias, como, por ejemplo, la falta de financiación para la educación infantil, desde el nacimiento hasta los seis años. Creo que el proceso educativo de la persona requiere actuación desde el comienzo de su vida, pues ello va a hacer ciudadanos más integrados. Quizá lo peor de la LOGSE es

que la está gestionando en la actualidad alguien que no cree en este proyecto.

¿Qué cualidades, según su criterio, debe tener un buen profesor?

Debe ser alguien que transmita confianza, coherencia y comprensión; alguien que no quiera imponer sus conocimientos, sino que enseñe a aprender a los alumnos. Debe estar inmerso en el tiempo en que vive y emplear técnicas actualizadas. El profesor o profesora debe entender que el proceso que están viviendo sus alumnos es muy distinto al que ellos vivieron cuando estaban escolarizados. El educando debe recibir pautas de sus maestros para descubrir y entender el futuro que se les avecina.

JOSÉ MARÍA AMUSÁTEGUI

«Tuve como maestro a uno de los mejores profesores universitarios del siglo en España»



José María Amusátegui de la Cierva (San Roque, Cádiz, 1932).
Copresidente del Banco Santander Central Hispano (BSCH).
Abogado del Estado. Fue profesor ayudante de la Cátedra de
Derecho Civil de la Universidad Central de Madrid. Ha sido
vicepresidente del INI, presidente de Intelsa, presidente de Astilleros
Españoles, vicepresidente del Instituto Nacional de Hidrocarburos,
presidente de CAMPSA, presidente del Banco Urquijo Unión,
presidente del Banco Hispano Americano, vicepresidente
de Telefónica, presidente de Unión Eléctrica Fenosa, presidente del
Banco Central Hispanoamericano y presidente del Banco
Vitalicio de España. Posee, entre otras condecoraciones, la gran cruz
del Mérito Civil y la encomienda de la Orden de Mayo al Mérito
de la República Argentina.

Mientras caminábamos pudimos contemplar magníficas obras de arte de diversas épocas. Pintura, escultura, tapices, cerámica. No era un museo, sino la zona noble de las oficinas del Banco Central Hispano en la madrileña plaza de Canalejas. Por fin llegamos al amplio y soleado despacho de José María Amusátegui. Cuando nuestros cuerpos casi se hundieron entre los mullidos cojines del inmenso sofá de terciopelo estampado, esperábamos encontrarnos ante un hombre de empresa, un tiburón de las finanzas, que nos hablara del balance de su educación y de la suma de sus matrículas de honor y premios extraordinarios. Y así fue. Pero también pudimos conversar con un ser humano de saberes enciclopédicos, al que le habría gustado nacer en el Renacimiento, con un niño despierto y curioso que empezó en el colegio con ventaja sobre sus compañeros porque su tía Manolita le había enseñado a leer en casa. Puede que aquella ventaja fuera decisiva en la trayectoria profesional de uno de los protagonistas de la última gran fusión de la banca española.

¿Quién le enseñó las primeras letras?

Aprendí a leer en mi propia casa antes de ir al colegio. Me crié con mis abuelos porque a mi padre lo mataron al principio de la guerra civil, en el año 1936, cuando yo tenía solo cuatro años. Mi abuelo era notario de La Línea (Cádiz), y yo vivía allí con ellos y con sus hijas, la mayor de las cuales, mi tía Manolita, era maestra superior y se encargó de enseñarme las primeras letras. Era como una institutriz de gran lujo para mí, porque además también era licenciada en Derecho, una mujer sumamente inteligente. Había hecho incluso algo de política en la época en la que mi abuelo era notario en Cuenca, y estuvo a punto de hacerse allí diputada para defender sus ideas religiosas, porque ella

había sido monja. Esta mujer extraordinaria fue mi primera maestra, la que me enseñó bien a leer, a escribir, pero también a pensar; siempre, eso sí, dentro de unas ideas muy integristas. La parte religiosa, jesuítica sobre todo, estaba muy presente. Eran muy rigurosos en mi casa.

¿Cuándo empezó a asistir al colegio? ¿Qué recuerdos tiene?

A los seis años ya empecé en el colegio de monjas de La Línea. Eran unas monjitas muy simpáticas y cariñosas, y allí, debido a la educación que me habían dado mi tía y mi abuelo, yo era siempre el que respondía a todo, el primero de la clase. Me acuerdo de que la monja que tuve en el primer curso siempre decía: «A ver, que lea Amusátegui, que es el único que sabe leer.» Más tarde, cuando tenía ocho años vinimos a Madrid. Estuve varios años en un centro dirigido por antiguos alumnos de los Jesuitas, el Colegio de San Ignacio, y allí hice hasta el curso de ingreso. Ese colegio, que estaba muy cerca de mi casa, era privado, y entre los directivos había algunos amigos de mi padre. Después pasé al Colegio de Huérfanos de la Armada, el famoso CHA, fundado por Alfonso XIII en los años veinte, que entonces estaba a las afueras de Madrid, en la calle Arturo Soria. Había que ir allí en un autobús que salía de la plaza de la Cibeles. Dependía del Ministerio de Marina y era un excelente centro con magníficas instalaciones. Allí estuve los siete años del bachillerato.

¿Qué ambiente se respiraba en un centro docente tan peculiar?

Era un colegio donde estábamos doscientos y pico alumnos, todos ellos huérfanos de oficiales y jefes de la Armada, y el ambiente era muy acogedor porque ninguno tenía la sensación de haber sufrido una desgracia especial, ya que nuestros padres eran hombres que habían entregado su vida por algo superior, por una causa que ellos pensaban que era justa y noble, y en cierto modo habían sido auténticos héroes. Allí recibíamos una enseñanza muy familiar. Casi todos estaban internos, unos tenían su familia en Madrid y otros en los distintos departamentos marítimos. Yo era de los pocos mediopensionistas; dormía siempre en casa, igual que mi hermano Antonio, que es gemelo mío y con el que he compartido todos mis años de colegio y de uni-

versidad. El CHA, que sigue existiendo en la actualidad, era un colegio de la familia de la Armada, donde estábamos muy a gusto, y el director —que había sido probablemente compañero de mi padre— era como un abuelito, encantador y cariñoso. Se llamaba don Ángel y le llamábamos *el Chato* porque tenía una nariz muy larga.

¿Tenía su colegio un buen nivel académico?

Muy bueno. Era un colegio bastante disciplinado y obligaban a estudiar seriamente; las clases eran muy poco numerosas, estábamos dieciséis o diecisiete por curso, y me acuerdo perfectamente de que te preguntaban todos los días. Pero estaba orientado más hacia la técnica que hacia las humanidades, con la idea de que luego la mayor parte de los alumnos fuéramos militares, fundamentalmente marinos. Nos preparaban muy bien para que pudiéramos superar con éxito el Examen de Estado al final del bachillerato. La enseñanza de las matemáticas y el latín, que en aquella época eran dos claves del Examen de Estado, eran muy rigurosas. En las humanidades la formación era inferior, aunque el que tenía afición y le gustaba, por ejemplo, la historia podía adquirir unos notabilísimos conocimientos. Como yo siempre he sido un hombre muy inclinado a las humanidades, he echado de menos que en ese colegio no se hubieran fomentado más, pero yo me dedicaba a leer todo lo que caía en mis manos, o sea, que personalmente no me afectó para nada; al contrario, despertó mi curiosidad. También noté la falta de algo de lo que carecíamos por completo: la formación artística. No teníamos formación musical ni artística, salvo lo que era historia del arte, pero más bien introducida dentro de la historia general.

O sea, que usted era un muchacho despierto y no era precisamente de los últimos de la clase.

Al contrario, hice un bachillerato muy bueno, con unas notas magníficas, y terminé fácilmente; me dieron incluso premio extraordinario en el Examen de Estado, pero me acuerdo de que tres compañeros más de mi clase también obtuvieron dicho premio, y éramos solo diecisiete; bueno, algunos más, porque venían a prepararse para el Examen otros chicos que eran también de la Armada pero que no estaban en el colegio; venían el último curso allí porque preparaban muy bien.

¿Qué asignaturas le interesaban más y cuáles menos?

La verdad es que no tenía muchas preferencias, aunque claramente me inclinaba más por las ciencias. Las ciencias de la naturaleza siempre me han gustado mucho, la física y la química muchísimo, y también las matemáticas. Cuando terminé el bachillerato hubo un primer planteamiento de hacerme ingeniero, pero entonces las academias eran un poco caras y yo no quería poner a mi familia en ese aprieto. Mi abuelo era notario y había una tradición de juristas en la familia, pero era tal la facilidad que tenía para las matemáticas que lo lógico era que la hubiera aprovechado para hacerme ingeniero. Mi otro abuelo era ingeniero naval, de manera que podría haber seguido esa línea. Tampoco quise hacer la carrera de marino porque me parecía que tenía poco porvenir. Tanto a mi hermano Antonio como a mí el colegio nos facilitaba libros y nos ayudaba a hacer la carrera que escogiéramos, y los dos decidimos hacernos abogados. En cambio, mi hermano Enrique, que era más joven que nosotros y había estudiado con los Agustinos en El Escorial, se vino al CHA y cuando acabó el bachillerato se hizo marino. Después del colegio pasé entonces a la Universidad de Madrid, donde estudié Derecho; me gustó mucho la carrera y saqué muy buenas notas. Me licencié en 1954 y me concedieron el premio Montalbán. Tuve la suerte de tener un maestro excepcional: don Federico de Castro, uno de los dos o tres mejores profesores universitarios que ha habido en España en el siglo. Estuve trabajando con él desde el segundo año de carrera, y después fui ayudante de cátedra suyo durante bastantes años, al mismo tiempo preparé las oposiciones de abogado del Estado y pocos años después las gané.

¿En qué momento de su vida comenzó su afición por la lectura?

Aunque ya leía mucho en mi época colegial, me aficioné en mayor medida durante la universidad. Prácticamente leía todo lo que caía en mis manos, y no solo la literatura española, sino la francesa, porque aprendí francés y hablaba mucho mejor francés que inglés, aunque tenía también buenas nociones de este; pero no para leer, porque me llevaba mucho más tiempo. El conocimiento del francés me permitió leer mucha literatura liberal y, en muchos casos, libros prohibidos en España en aquella época. Las primeras lecturas de las que guardo un recuerdo

consciente fueron las de Ortega y Gasset, que me pareció entonces muy liberal y avanzado. Me gustaba el castellano tan rico que tenía, lo ingenioso que era; realmente era un gran maestro. Los primeros libros, *El espectador*, por ejemplo, lo leí cuando tenía diecisiete o dieciocho años, al inicio de la carrera, y me causó una grata impresión como método de pensar, de discurrir, de profundizar en la filosofía. Y luego he leído de todo, fundamentalmente teología, filosofía, pero más que nada novela y teatro nacional e internacional, fundamentalmente el teatro clásico europeo, aunque también me gustaba mucho la generación perdida de los americanos: Steinbeck, John Dos Passos, Faulkner, Hemingway. Me formaron mucho porque proponían un tipo de aproximación a una realidad en verdad interesantísima, la del mundo moderno en que vivimos, que había hecho crisis ya. Luego profundicé en la literatura hispanoamericana, que era particularmente enriquecedora para un español porque claramente había superado en cantidad y calidad a la española. En España había muy pocos maestros, quizá sofocados por la falta de libertad de una dictadura muy prolongada.

¿Qué factores han motivado en usted ese interés continuo por beber intelectualmente de fuentes tan variadas?

Sobre todo la curiosidad, que jamás ha cesado en mí y que ha sido de tipo enciclopédico. A mí me habría gustado nacer en la época del Renacimiento, donde se podía cultivar un conocimiento bastante entretenido y variado, y sin embargo en la época actual ya no es posible: ahora el conocimiento se diluye en tanta noticia y hechos de toda índole, disciplinas... es imposible. Ahora solo se puede abarcar un conocimiento general, pero, a pesar de todo, sigo teniendo preferencia por una formación enciclopédica y no especializada.

¿Cree que debe haber libros y autores de obligada lectura en la enseñanza de la literatura?

La palabra *obligada* me molesta. Creo que hay unos libros que son básicos y sirven de referencia, y esos libros se deben leer, si no enteros, sí comentar partes de sus textos. *El Quijote*, por ejemplo. No se concie-

be que en lengua española, en los estudios de literatura, no se hagan comentarios de *El Quijote*. Ahora, a mí me parece excesivo que se obligue a los chicos a leer *El Quijote* de cabo a rabo. En mi colegio no se hacían comentarios, solo alguna descripción general de lo que era el libro, pero sin haberlo abierto siquiera. Luego, al llegar al bachillerato, se entraba en la parte memorística sin pasar por la parte conceptual y doctrinal, y ni siquiera por la estilística. La literatura se debe enseñar leyendo y comentando. Es imposible que alguien pueda tener un conocimiento de la pintura clásica si no va a ver unos cuantos museos; por ejemplo, ¿cómo puede saber lo que es la pintura si no ha visto los velázquez del Museo del Prado?

¿También le interesa el estudio de los idiomas?

Muchísimo. En el colegio los aprendíamos de una manera memorística, tanto los clásicos —el latín y el griego— como los modernos. Estudiábamos sobre todo gramática y vocabulario, con una enorme obsesión por la tercera persona del singular del pretérito pluscuamperfecto... Además los profesores, excepto el de francés, no eran nativos y sabían relativamente poco, y los métodos de enseñanza de idiomas eran muy primitivos y elementales. Recuerdo que dimos siete cursos de francés, pero no aprendimos francés, sino gramática francesa. Aunque tenía una buena base, los idiomas los fui perfeccionando poco a poco después de sacar la oposición de abogado del Estado. El francés, porque fui destinado a Gerona y tuve muchas ocasiones de practicarlo, y la verdad es que tengo un dominio bastante considerable de esa lengua. Luego, al mismo tiempo estudié alemán e inglés. El alemán me interesó mucho porque era muy disciplinado y lo estudié con un profesor magnífico que tenía allí en Gerona, pero la necesidad de utilizar el inglés constantemente en aquella época y de procurar avanzar en su conocimiento tapó mucho al alemán, que ha quedado en el trasfondo, y no tengo ya tanta agilidad al usarlo. Y del resto, manejo el italiano y el portugués porque son idiomas muy próximos y se puede uno comunicar en ellos bastante bien, aunque cometiendo algunas faltas, pero entendiéndose perfectamente a poco que se hable con suavidad.

¿Cree usted que el estudio de las lenguas clásicas sigue siendo importante hoy día, a las puertas del siglo XXI?

Las lenguas clásicas están muertas y bien muertas. Lo cierto es que tienen una utilidad residual; pueden servir sobre todo para dar ciertas explicaciones y profundizar en el conocimiento de las lenguas como mecanismos de comunicación. Descubrir cómo se han formado los idiomas modernos es muy importante, dentro de algo que a mí me parece sustancial, que es el conocimiento del ser humano, la antropología. Cuando me preguntan qué me gustaría ser, siempre digo que antropólogo, y en realidad eso es lo que soy, un antropólogo. Me he entretenido en conocer cómo somos los seres humanos, y la lengua es un distintivo absolutamente decisivo del ser humano, es una manera de comunicar muy compleja e interesante, y tiene un desarrollo que conviene seguir para saber hacia dónde va. En ese sentido sí me interesan mucho las lenguas, también las clásicas.

¿En qué medida cree usted que la formación recibida en su infancia y juventud ha influido en sus posteriores logros profesionales?

Sí que ha influido, y mucho. Siempre he tenido —sea por mi forma de ser o adquirido por mis contactos con el medio que me rodeaba— una curiosidad despierta, activa y múltiple. No hay ningún tema del que pueda decir: «esto no me interesa». Hasta la contabilidad me interesa, y mira que hay que tener paciencia. Además de las de abogado del Estado, también me preparé, y saqué posteriormente, unas oposiciones a contador de la Armada. Lo digo porque esa circunstancia me permitió aprender contabilidad, y esos conocimientos me han resultado utilísimos a lo largo de mi carrera. De manera que todo, desde las lenguas hasta las más variadas disciplinas, todo me ha interesado. Por eso me gustan mucho los viajes, no solo leer sobre sitios, sino verlos. Es una curiosidad probablemente innata. Mi padre y mis tíos eran gente muy estudiosa, pero no lo hacían por erudición, sino por curiosidad. A mí la erudición siempre me molestó mucho; fui un estudiante más bien rebelde y no me satisfacía aprenderme las cosas de memoria, y nunca me gustaba fiarme ciegamente de un libro. Cuando algún compañero me decía: «Esto lo pone en mi libro», yo le respondía: «Pues

será en el tuyo, porque como yo tengo tres o cuatro no sé en cuál lo pone.» Desde muy jovencito me di cuenta de que los libros ponían cosas distintas y, por lo tanto, no había que creer en ellos de una manera tan confiada. En las asignaturas que manejaba siempre me buscaba otros libros además del que nos daban en el colegio, para compararlos.

¿Qué opina del sistema educativo actual español?

No lo conozco bien porque mi hijo más pequeño está estudiando ya una carrera. Creo que aún estamos lejos de tener una realidad educativa que nos permita ser verdaderamente competitivos. El problema más grande es, sin duda, el de la masificación, porque la educación debe alcanzar un nivel adecuado de división de los grupos de estudiantes. Una clase de más de veinte o veinticinco alumnos ya no es practicable. Otro problema es que no solamente los alumnos deben recibir una buena educación, sino que los profesores deben estar formados para darla, y me temo que en este país el nivel de formación medio de los profesores no es tampoco como para exhibirlo. Transmitir la enseñanza, que es la función del profesorado, pero al mismo tiempo ayudar a la formación de la persona y desarrollar el espíritu de innovación e investigación en los alumnos desde pequeñitos. El niño, el muchacho o el señor mayor nunca deben estar satisfechos de lo que saben; siempre deben continuar perfeccionando sus conocimientos y sus capacidades. Efectivamente, el aspecto de la formación para integración en una sociedad avanzada tiene tanta o más importancia que la pura ilustración o capacidad científica de cara a los objetos. «Salvar el cuerpo espiritual», aquello que decía santa Teresa, pues ¿de qué te sirve tener muchos conocimientos si no sabes integrarte en una sociedad o si al final eres un ser desgraciado y deprimido?

Entonces, ¿cuál sería para usted el perfil de un buen docente?

Lo primero que hay que tener es ciencia; como es natural, si no se sabe, poco se va a transmitir. Además tiene que tener una particular capacidad docente, vocación, aptitud. Y luego, esa satisfacción que tienen los profesores —yo la he tenido, he sido profesor muchos años— de ver cómo fructifica la enseñanza en los alumnos más allá de la transmisión del conocimiento. Se le transmite al alumno para que sea supe-

rior al profesor; como no van a ser todos, por lo menos que haya un grupo de alumnos que pronto sepa más que sus profesores.

Pero ¿no cree usted que la familia también desempeña un papel importante en la educación del individuo, que debería existir una buena relación entre los padres y el profesor?

Buena relación, sí; pero yo diría que juntos, pero no revueltos. Cuando las familias empiezan a meterse demasiado en los colegios redundan en detrimento de la enseñanza. Hay que dejarle a cada uno su función. Si quiere usted enseñar al niño, pues no lo lleve al colegio; pero si lo confía al centro educativo, deje que el niño se las arregle en ese medio. Apoyarlo me parece bien; si el colegio desarrolla relaciones con los padres, también; pero no que haya una obsesión por estar encima de los niños, hay que dejarlos sueltitos. Luego, en casa, hay que estar siempre vigilante, no en el sentido de limitar al niño, sino de tenerlo en un ambiente que despierte su curiosidad. No he visto a nadie que estudie a la fuerza, no es posible; al que no hay manera de hacerle estudiar y supone para él un sufrimiento, que se le oriente hacia las ciencias aplicadas, que son muy satisfactorias. Antes, si no tenías un título superior, eras un ciudadano de segunda clase; ahora no es así.

JULIO ANGUITA

«Fui un niño solitario, pero nunca me aburrí porque siempre tenía el pensamiento y los libros»



Julio Anguita González (Fuengirola, Málaga, 1941). Coordinador general de Izquierda Unida. Diputado por Madrid desde 1989. Diplomado en Magisterio y licenciado en Historia Moderna y Contemporánea. Ha sido alcalde de Córdoba, secretario general del Partido Comunista de España y candidato a la Presidencia del Gobierno por IU.

No ha sido fácil conseguir esta entrevista con Julio Anguita. Mientras esperamos en una de las salas de la nueva sede de Izquierda Unida en Madrid, su jefe de prensa nos repite lo que ya nos advirtió por teléfono: «A Julio no le gusta perder el tiempo; más de una vez ha salido enfadado de una entrevista porque las preguntas le han parecido inconsistentes.» Ya lo sabemos. Tenemos una ventaja: Julio es maestro de profesión y de vocación. El tema le interesa muchísimo. Así lo percibimos desde el primer minuto de la entrevista. Nos pide en repetidas ocasiones que le tuteemos, puesto que somos colegas; pero no nos resulta nada fácil tomarnos esa confianza con uno de los políticos más carismáticos de este país. Julio Anguita goza de buena memoria, y vuelve a su infancia con agrado. En ella están los pilares que sostienen al hombre de hoy. Julio fue un niño despierto, reflexivo y amante de la lectura. Sus profesores, algunos de ellos antiguos republicanos, pusieron en él la semilla de su inconformismo intelectual, de su futura militancia de izquierdas. Julio conversa con nosotros como si estuviera en la cafetería del colegio durante el recreo, aunque no duda en criticar duramente algunas de las actitudes de sus compañeros de la enseñanza pública. Está claro que su insistencia en hacer de «pepito grillo» no es solo una pose política.

¿En qué circunstancias se desarrolló su escolarización?

La primera vez que fui al colegio fue en Villagarcía de Arosa (Pontevedra). Aunque yo ya había aprendido a leer en casa; me enseñó mi abuelo. Después, cuando nos trasladamos a Córdoba hago todo el bachillerato en un colegio llamado La Academia Hispana. Posteriormente estudio Magisterio por libre en la Escuela Normal de Córdoba y durante los primeros años de docencia alterno el trabajo con los estudios,

también por libre, de Historia Moderna y Contemporánea en la Universidad de Barcelona. Ejercí de maestro durante dieciséis años, y el día 18 de abril de 1979 doy mi última clase, porque al día siguiente tomaba posesión como alcalde de Córdoba. A partir de ahí soy un excedente.

¿Qué tipo de colegio era La Academia Hispana?

Un centro privado no religioso. El equipo docente estaba formado principalmente por profesores represaliados por haber sido republicanos.

¿Recuerda a algunos de sus profesores de manera especial?

De entre mis profesores destacaría a uno, don Rafael Ponferrada, que era maestro de la República, y sabía muchísimas matemáticas; creo que todavía vive. Era un excelente profesor. Tenía esa capacidad didáctica y también el conocimiento. Porque, claro, para hacer las cosas fáciles hay que dominarlas. También recuerdo a otros muchos, como don Manuel Tomás, que nos enseñaba francés; José Cuadros; Vicente Serrano, un insigne librepensador; Presentación Garrido, que era hija de un fusilado en la guerra civil; don Dionisio Ortiz Juárez, profesor de filosofía, o Ricardo Molina, un poeta y flamencólogo importante que tiene en Córdoba un pequeño monumento. Él nos hablaba de los dioses griegos y de Lorca, dejando asomar todo un mundo de paganismo y de contestación. A mí me gustaba lo que decía; no lo entendía en toda su profundidad, pero algo captaba que me atraía. Él había pertenecido al grupo Cántico, un grupo poético cordobés posterior a la generación del 27. También recuerdo a Albendea, profesor mío en Magisterio, y más tarde catedrático en Orense, que enseñaba filosofía como hay que hacerlo, ligándola a la evolución del pensamiento, y a sus consecuencias.

¿Qué valores recibió en la escuela en su primera etapa de formación?

Fundamentalmente, que había que estudiar para saber. Era una especie de deificación del conocimiento. Estábamos en una sociedad en la que no había la dispersión que hay ahora, ni siquiera había radio en mi casa. Ahora un niño con los videojuegos, la televisión y todas esas co-

sas tiene más dificultades para concentrarse. Puedo decir que sé perfectamente lo que es degustar el saber por el saber, el inquirir en todos los aspectos del conocimiento, desde la resolución de una ecuación bicuadrada hasta indagar acerca de cómo se forman las cadenas de los aldehídos.

¿Tuvo predilección por alguna asignatura en especial?

Me gustaba sobre todo la asignatura de historia, que entonces era fundamentalmente descriptiva, aunque llevaba su connotación ideológica en los libros que utilizábamos, y los profesores siempre orientaban algo. Recuerdo a mi profesor de historia, don Vicente Serrano, cuando hablaba de las satrapías del Imperio persa. Después me he dado cuenta de que él iba intentando en cierta medida explicarnos la dimensión ideológica de los acontecimientos. A mí me gustaba la historia porque me explicaba el porqué de los hechos. Y si yo paseaba por Córdoba, incluso cuando era niño, veía las piedras, y entendía que allí había vivido más gente, y que éramos herederos en cierta medida de todas las civilizaciones que habían pasado por mi ciudad.

¿Cómo era su vida de estudiante?

Fui un niño solitario, pero nunca me aburrí porque siempre tenía el pensamiento y los libros. Fui el único hijo en mi familia hasta los dieciséis años, y siempre me ha gustado inquirir, saber, conocer. Los que estudiábamos entonces éramos una minoría privilegiada —aunque, en mi caso, con muchos esfuerzos por parte de mi familia—, y significaba la posibilidad de tener acceso a ciertas cosas que no tenían los demás. Yo era muy buen estudiante, nunca me suspendieron en el colegio, solo recibí algún suspenso cuando estudiaba por libre en la universidad. En mi casa había ambiente de estudio. Mi abuelo era bibliotecario del Círculo de la Amistad, el club señorial de Córdoba, situado donde se hallaba el antiguo convento de las Nieves, que tenía una biblioteca bastante buena para la época, y él me llevaba allí con cierta frecuencia. Recuerdo haber leído allí la *Divina comedia* o el *Fausto*. Me gustaba aquello, aunque había cosas que no entendía, porque tenía solo catorce añitos. Me llamaban mucho la atención aquellos libros ilustrados con grabados.

¿Por qué eligió la profesión de maestro?

Estudí Magisterio porque en mi casa no se podía costear otra carrera. Pero cuando me enfrenté por primera vez a los alumnos, me di cuenta de que por azares del destino esa era la profesión de mi vida, mi auténtica vocación.

¿Le ha ayudado en su carrera política el hecho de proceder del mundo de la escuela?

Por supuesto. En los actos políticos me gusta tener un guión y ser muy didáctico. Nosotros, los líderes políticos, tenemos que socializar conocimientos, esa es mi idea. Cuando ves que alguien te sigue, te va comprendiendo, que vas abriendo camino, es algo que a mí me gratifica. En mis encuentros con los militantes de Izquierda Unida, siempre me gusta que organicen una asamblea de cuadros donde yo expongo durante veinte o veinticinco minutos y ellos preguntan; luego hay un primer resumen para llegar después hasta la síntesis de lo que queremos decir. En política hay que tener mucha didáctica; si no, estás perdido.

¿Cree que la escuela es una plataforma desde la que se puede cambiar la sociedad?

Creo que la escuela, en el sentido amplio de la palabra, más que transformar, refleja la sociedad en la que está inserta. Los profesores pueden hacer algo, pero en condiciones heroicas. Es una lástima, pero la mentalidad de mercado y las prisas son valores que también predominan en la escuela. Para mí la televisión es el enemigo público número uno. Yo cuando la veo lo hago de forma crítica, con un cuaderno en el que voy apuntando cosas. Por otro lado, también tengo que decir que no creo en la escuela ideológicamente neutra. Donde hay un ser humano hay una propuesta de mundo, aunque él a veces no se dé cuenta de que la tiene. Me voy a permitir contar un chiste al respecto. Había un profesor muy anticlerical que daba clase a los alumnos mayores de un colegio religioso y aprovechaba cualquier ocasión para atacar a la Iglesia. Por este motivo, el equipo directivo decidió encargarle de dar clase de matemáticas a los alumnos pequeños, creyendo que

desde esa materia no podría influir y proyectar su ideología. Al cabo de un tiempo va el director y lo ve en clase diciéndole a uno de sus alumnos: «A ver, Juanito, si tú tienes nueve manzanas, llega el cura y te roba cuatro, ¿cuántas te quedan?»»

¿Le parece prematura la especialización que contemplan los programas educativos en el bachillerato?

Creo que el sistema actual está pensado en función del mercado y la competitividad. Lo cual ya comenzó con la «ley Villar» en 1970, que supuso la adaptación al relanzamiento del capitalismo moderno en nuestro país. El sistema educativo actual está orientado a formar especialistas que entiendan que es una desgracia saber latín o filosofía; y así nos va. Lo que se está buscando realmente es formar a alguien que se incorpore al mercado y que no pregunte, que obedezca, y punto. La filosofía, en un sentido global y amplio —hablo también de historia, lenguaje, valores, pensamiento— sí que es subversiva. Pienso, además, que las asignaturas de ciencias y letras no se pueden separar. Creo que las llamadas ciencias exactas y su aplicación en el terreno de la materia necesitan de una explicación histórica, ya que por medio de ellas se han producido las averiguaciones y descubrimientos que han conformado nuestro pensamiento a lo largo de la historia. Por ejemplo, ligar la filosofía a la física de Newton me parece fundamental. Por eso creo que habría que crear asignaturas o cursos de tipo renacentista en la enseñanza obligatoria, mezclar todos los conocimientos básicos y dejar la especialización para después, porque con la esperanza de vida actual la gente puede seguir formándose durante más tiempo. Yo hice el bachillerato de ciencias, y en parte me pagué mis estudios de Magisterio dando clases particulares de integrales y diferenciales; a su vez, me gustaba la historia, la literatura, la química y el latín. Es decir, tenía esa mezcla de filias y de fobias que cruzaban las especialidades de ciencias y letras.

¿Qué piensa del proceso de implantación de la actual reforma educativa en España?

La puesta en práctica de un sistema educativo sin dinero suficiente es muy difícil. Ese es el drama de la LOGSE: se ha puesto en marcha,

pero a continuación hemos visto que no ha habido una financiación adecuada. Después está el tema del profesorado; seamos sinceros y admitamos que los profesores somos hijos también de la sociedad, y por tanto creo que ser un profesor como Dios manda —perdonen la expresión— implica ser un rebelde cultural, no digo político, sino cultural. Para ello hay que poner un especial cuidado en la formación del profesorado, y parece que no se está por la labor. Hace falta un revulsivo. En este país ya ha habido algunos, como el tema del 98, o la II República, que consiguió formar a unos profesores extraordinarios, que después con Franco fueron convenientemente eliminados.

¿Considera que el sistema educativo actual brinda oportunidades a todos y forma para convivir en la diversidad?

No puede brindar oportunidades a todos en la medida en que entre la escuela actual y la que yo viví como maestro hay una diferencia tremenda. Ahora todo se ha estandarizado, y los alumnos reciben la información como los coches que fabrica la SEAT. La enseñanza no puede ser así, no debe ser así. ¿Cómo aunar entonces lo que los tiempos exigen y lo que demanda la enseñanza? Pues hablando de horas de trabajo, de horas de permanencia en la escuela, o de más profesores y más actividades. Porque la escuela no pueden ser cinco horas y siempre disciplinas de tipo clásico, tiene que ser algo más; pero eso es una apuesta brutal, que afecta a lo que sería el «acimut» de una dirección educativa. Sociedad, por lo tanto. Opción.

¿Qué piensa de la polémica creada en torno al estudio de las humanidades? ¿No cree que nuestro actual sistema educativo puede caer en un «provincianismo» incapaz de dar una visión global y objetiva en la que nos podamos ver reflejados el resto de los españoles?

Como en este país pasamos siempre del cero al infinito, regresamos del infinito al cero y no nos centramos, pues... Lo que ha pasado con el catalán es que cuando el poder cae en manos de quienes no entienden la universalidad, sino simplemente «mi mundo pequeño y muy estrecho», transforman la defensa del catalán en leyes y decretos contra el castellano, vulnerando la Constitución, para empezar. Es una po-

lítica en la que, con el pretexto —y es verdad— de que fueron en cierta medida perseguidos, ellos hacen con el castellano exactamente lo mismo que le achacaron a la época franquista. En el País Vasco ha habido casos de niños que han pedido ir a hacer pis en el colegio y no se les ha dejado porque no sabían pedirlo en vasco; eso me lo han contado a mí compañeras maestras. El nacionalismo exacerbado es una «enfermedad» que tenemos ahora y que afecta a toda Europa. En muchos casos se debe al miedo ante lo que está ocurriendo en el mundo, que va tendiendo a la unidad en lo económico, político y social. Ante ese miedo se refugian en la estrechez provinciana de su *cultureta*, y lo digo en el sentido despectivo, que no es lo mismo que cultura, que la tienen. Cuando yo estudiaba en Córdoba sabía quién era Wifredo el Velloso y Ramón Berenguer IV, y quiénes fueron los condes de Barcelona, ¿por qué un catalán no va a saber quién fue el gran Abderramán III o Alhakem II? Creo que un alumno medio de mi época de estudiante era mucho más culto que cualquiera de los de ahora, que nada más entiende del pasillo de su casa. En el fondo los nacionalismos son muy estrechos y provincianos. Pero supongo que algún día remitirán.

¿Es cierto que cuando usted llegó a Madrid desde su Andalucía natal tuvo algún problema con el lenguaje que usaba en sus declaraciones?

Sí. Cuando llevaba poco tiempo aquí en Madrid y tenía que hacer comentarios a la prensa, seguía utilizando el mismo tipo de lenguaje que usaba en Andalucía: esa visión barroca que a veces se traduce en penetraciones lúcidas en los conceptos, esas metáforas tan elocuentes, esas alusiones eclesiásticas cargadas de ironía. Pero cuando me di cuenta de que los periodistas en Madrid no conectaban con mi forma de expresión y después me ponían unos titulares deformados, tuve que esforzarme por hablar de una manera más plana. Porque nosotros, los andaluces, hemos recreado el castellano; el andaluz es como una manifestación luminosa del castellano y habría que reivindicarlo, pero sin pasarse a locuras, sino como hacemos los andaluces las cosas: somos como somos, pero lo incorporamos al acervo universal. De hecho, cuando los andaluces hablamos el castellano, somos los que lo hacemos mejor, porque no consonantizamos, y vocalizamos mejor.

¿Qué opina de las diferencias entre la enseñanza pública y la privada?

Enseñanza pública y privada. Pero ¿hablamos de eficacia? Creo que lo que no pueden los profesores de la enseñanza pública —ya que tanto hablan algunos de que su profesión es una especie de sacerdocio— es estar con el reloj en la mano porque van a dar las cinco, y lo lamento por mis compañeros, pero eso no es así. Ni decir: «Bueno, a mí me engañarán en el sueldo, pero en el trabajo no»; es una indignidad. De modo que los ilustres cuerpos de profesores de la enseñanza pública tienen una parte de responsabilidad; y sé que al decir esto me voy a ganar la enemistad y voy a perder votos, pero me da igual, porque es verdad y siempre en este tema me he enfrentado a mucha gente. Porque en la otra parte, en la enseñanza privada, y concretamente en el sector religioso, hay personas que lo están haciendo por sus ideas y son mucho más consecuentes. Claro que arriman el ascua a su sardina, faltaría más, y ¿cuál es la tuya? La tuya es que no tienes sardina. Y no digo que haya que oponerse a la otra sardina, sino emular, y esto es lo que está fallando. Hay que asumirlo así. No vale con echarle la culpa al gobierno, al que sea; tampoco la tienen solo los profesores, hay otros muchos factores. Entiendo que el sueldo no es una maravilla, pero hasta que yo pedí la excedencia en el cuerpo no se había superado en salario relativo el famoso duro diario que ganaban los maestros en la República, y ahora ya lo hemos superado. No estoy diciendo que ahora haya un sueldo justo, pero relativamente, y a tenor de lo que estamos viendo —desempleo, contratos basura, etc.— el profesorado está mejor pagado que nunca. Por eso cuando me hablan de la excelencia de la enseñanza, a veces creo que me lo están contando unos cuantos hipócritas, porque si es tan excelsa —y estoy convencido de que lo es— debes exigir por tu parte una contraprestación en el trabajo independientemente del salario; y si no estás de acuerdo, vete, te apuntas a una central sindical y quemas el ministerio —es una manera de hablar—, pero estos no se molestan, se quedan en su casa tomando café mientras otros llevan la cerilla. Evidentemente, estoy haciendo una autocrítica, pero esto hay que decirlo. En fin, yo no tengo más que dieciséis años de experiencia, pero en ese tiempo he pillado la época de Lora Tama-

yo, con el director general Artigas, que tenía que haber sido director general de la Guardia Civil y no de Enseñanza Primaria, porque era tremendo; y a otros muchos hasta la primera experiencia que se hizo de elecciones en Magisterio, con Robles Piquer. Quiero decir que he tenido una actividad docente movida. Y hemos constatado que cuando decían: «No, es que las teresianas...» Pues sí, efectivamente, yo no pido que un digno funcionario tenga que sentirse perteneciente a ninguna orden y por tanto vinculado a un cuarto voto, pero lo que no puede es entrar en contradicción con la función que está desarrollando. Es decir, el trabajador de la SEAT dice: «Las siete, no pongo un tornillo más.» Bueno, pues si haces lo mismo te tratarán como al trabajador de la SEAT. Después no me hables de las diferencias. Este es el discurso tramposo que la gente tiene que saber.

¿Qué cualidades, según su criterio, debe tener un buen profesor?

La cualidad esencial de un maestro es que le guste; a partir de ahí ya puedes edificar. Después hay que dar bien las clases; por ejemplo, para explicar correctamente la historia, es necesario relacionar los acontecimientos, indagar sobre el porqué de los hechos, e ir descubriendo su lógica, porque somos un precipitado histórico. Y no pretender que los alumnos te repitan las fechas y los nombres como si fueran papagayos. Lo cual implica profesores enamorados de su profesión, con el inconveniente que eso tiene para el alumno, porque son muy pejugeras, muy pesados; pero a la larga el fruto obtenido es mucho mayor. A mí ese profesor que respeta tanto al alumno que no se preocupa me parece un farfante. Pasa como con el político que se pasa todo el día diciendo: «Lleváis razón, hijos míos; ay, lo que diga el pueblo.» Claro, pero con el pueblo hay que tener también sus más y sus menos. Porque las relaciones, cuando hay cariño y voluntad, siempre son conflictivas.

Teniendo en cuenta que la escuela es la responsable de la formación inicial de los profesionales que prestarán sus servicios en la sociedad, ¿nos podría decir qué perfil, según su criterio, debería tener un buen político?

Para empezar, el político tiene que creer en la humanización. Tengo un concepto de la política muy clásico. El político tiene que ser una

especie de hombre renacentista. No estoy hablando de nivel de conocimientos, porque por ejemplo en Andalucía he conocido a algunos campesinos que son *sénecas*, con un sentido común extraordinario. Hombre, si tienen información y estudios, mejor, no vayamos a despreciar esto; pero lo fundamental en un político es que sepa pensar por su cuenta, y me da la impresión de que hoy, con la presión de los partidos, se piensa poco individualmente. El político actual procede en función de los titulares de los periódicos, como la experiencia de Pavlov: dice el titular de prensa y contesta al titular de prensa. En el fondo es un diálogo al absurdo entre una minoría que se va separando cada vez más de la mayoría. Y no se trata de que el político esté todo el día dando manos, sino simplemente de que vea las cosas como son, que las reflexione, porque eso es ser político.

Después de tantos años en política, ¿no echa de menos el ejercicio del Magisterio?

Echo de menos al alumno, echo de menos el poder relacionarme con seres humanos. En política también tienes esta suerte, aunque a veces está un tanto deshumanizada. Recuerdo a un compañero, Enrique Sánchez, que se fue de Magisterio a una caja de ahorros porque le pagaban mejor, y después tuvo el valor de regresar a la enseñanza. «Cuando descubrí que los balances que yo hacía iban a parar al sótano —comentó—, decidí que me volvía a Magisterio aunque ganara tres veces menos.» Era quizá un caso excepcional de un hombre que había entendido el valor de la educación. Los niños cansan mucho, es una profesión durísima; pero tiene sus gratificaciones, las tiene.

FERMÍN CACHO

«Me apunté a mi primera prueba de atletismo para librarme de dos horas de clase de colegio»



Fermín Cacho Ruiz (Ágreda, Soria, 1969). Medalla de oro en atletismo (1.500 metros lisos) en los Juegos Olímpicos de Barcelona (1992) y de plata en Atlanta (1996). Dos veces subcampeón del mundo, dos Copas de Europa, una vez campeón de Europa, siete veces campeón de España. Récordman de Europa y de España de 1.500 metros lisos y de 3.000 metros lisos en pista cubierta. Récordman de España de 1.000 metros lisos. En 1998 fue nombrado mejor atleta español de todos los tiempos por la Federación Internacional de Atletismo (IAAF).

Mientras esperamos a Fermín Cacho en la cafetería de un céntrico hotel de Soria nos preguntamos qué se sentirá al ganar una medalla de oro en unos Juegos Olímpicos, qué pasará por la cabeza cuando sube la bandera y suena el himno de tu país en tierra extranjera ante millones de espectadores. Apuntamos la pregunta para que no se nos olvide hacérsela a Fermín. La cafetería está completamente vacía. Nos acercamos a la barra para pedirle a la camarera que baje ligeramente el volumen de la música ambiental porque tenemos que grabar. Aquí llega Fermín, en traje de faena: chándal, zapatillas deportivas y un amplio chubasquero. Nos cuenta, entre otras cosas, que su primera carrera no la ganó en un gran estadio ni ante un público especializado, sino en su colegio. Le sacó tanta ventaja al segundo clasificado que los profesores creyeron que había hecho trampa. Basta con charlar un rato con Fermín para comprender que lo suyo no es la trampa, sino la lucha y el coraje. En sus ojos brilla la sed de triunfo, pero también se reflejan muchas horas de entrenamiento en la sombra. Es un competidor nato que nunca se da por vencido, y tiene muy claro que las carreras se empiezan a ganar antes del disparo de salida.

¿Tiene buenos recuerdos de su infancia?

Sí, tengo unos recuerdos muy gratos, aunque salí siendo muy joven del domicilio familiar: me tuve que venir a Soria por motivo del deporte, ya que aquí había mejores instalaciones y mi entrenador, el que me condujo hacia el camino del atletismo, estaba también aquí en Soria. Pero hasta que me vine de mi pueblo, Ágreda, imagino que mi infancia ha sido igual que la de todos los niños que vivimos en pueblos pequeños. Una vida muy libre. Salías del colegio y prácticamente lo único que hacías era estar en la calle jugando con los amigos. Mi pue-

blo es pequeño y muy bonito, tiene unos 3.800 habitantes, aunque es uno de los más grandes de la provincia de Soria. Está situado en la falda del Moncayo, a unos 50 kilómetros de Soria y 100 de Zaragoza.

¿Cuándo empezó a ir al colegio?

Cuando tenía cuatro años comencé a ir a párvulos en el colegio público Sor María Jesús, de Ágreda. Allí hice toda la Educación General Básica (EGB). Tengo muy buenos recuerdos de aquella época, hice grandes amigos y tuve buenos profesores. Allí empecé a hacer deporte y a meterme un poco en el mundo del atletismo. Luego, al pasar al instituto se me torcieron las cosas en cuestión de estudios.

¿Era muy grande el colegio Sor María Jesús?

Relativamente grande, porque además de los chicos del pueblo venían diariamente alumnos de otros pueblos más pequeños de alrededor con el autobús escolar. Había dos clases en cada curso, y cada una tenía una media de treinta alumnos.

¿Recuerda con gratitud a sus profesores?

Sí. Recuerdo a casi todos con mucho cariño, y estoy muy agradecido por lo que hicieron por mí. Doña Maruja fue mi maestra en párvulos; doña Marina, en primero de EGB; Esther, Rosario y doña Paulina, en la primera etapa, y don Pepe, don José Antonio, Daniel, don José Vilda y Celestino de la Seca, en la segunda etapa. Algunos de ellos desgraciadamente ya han fallecido. Todos me apoyaron mucho cuando empecé a competir por el colegio en los juegos escolares. Con todos he tenido muy buena relación.

¿Vivían los profesores en el pueblo?

Normalmente, la mayoría de ellos, sí; había algunos que se desplazaban desde Soria todos los días, pero eran los menos.

Es decir, que la relación entre sus padres y los profesores era fluida.

Sí; los profesores de mi colegio solían tener una relación cercana con los padres de los alumnos y con los propios alumnos. Nosotros no veíamos al profesor como un 'ogro, ni muchísimo menos, sino como una per-

sona con la que se podía hablar, convivir y pasar buenos ratos también fuera de las aulas. Pero cuando llegaba el momento de exigirnos, también lo hacían, y con la conciencia tranquila pensando que era por nuestro propio bien. Mis padres en concreto no iban demasiado por el colegio, pero cuando se encontraban a los profesores por la calle, lo cual ocurría con cierta frecuencia, les preguntaban por mis dos hermanas y por mí.

¿Qué asignaturas se le daban mejor?

La que más me costaba era lengua y literatura; el resto se me daban bien. Las ciencias naturales me gustaban mucho.

¿Le gustaba la educación física?

Por supuesto que sí. Siempre he sido una persona muy activa, y me encantaban todos los deportes. No es que fuese muy bueno, pero prácticamente en todos destacaba. Tenía muy buena coordinación y eso hacía que asimilara bien los conceptos del deporte, por eso no me costaba obtener muy buenas notas en la asignatura de *gimnasia*, como se llamaba entonces. No había un profesor específico para la gimnasia; el tutor del curso se encargaba también de impartir esta asignatura.

¿Qué tipo de alumno era usted en cuanto al rendimiento académico y al comportamiento?

Mi comportamiento en clase siempre ha sido el más correcto. Normalmente estaba atento a las explicaciones, aunque a veces hablaba más de la cuenta con el compañero y de vez en cuando nos echaban una pequeña bronca, nada de importancia. En cuanto al rendimiento académico, tampoco era malo, como ya he dicho; en ocasiones se me atragantaba un poco la asignatura de lengua y literatura, pero en el resto sacaba buenas notas, y los profesores estaban muy contentos conmigo.

¿Dedicaba mucho tiempo al estudio en su casa?

No sé si era mucho o poco; empleaba el tiempo que yo consideraba necesario para aprobar todas las materias. Recuerdo que nunca estudiaba en mi habitación porque enseguida me quedaba dormido, así que prefería hacerlo en el comedor. Me cundía mucho más por la mañana que por la noche. Cuando mi padre se iba a trabajar, sobre las

siete de la mañana, yo me levantaba y me ponía a estudiar. Por otro lado, tengo que reconocer que no he sido de los estudiantes que preparaban los exámenes con mucho tiempo de antelación; yo estudiaba como máximo tres o cuatro días antes. Prefería estar en la calle jugando al fútbol con mis amigos a preparar un examen con tanto tiempo. Y ese método me daba buenos resultados.

¿Cuándo empezó a practicar el atletismo?

A los trece años, cuando estaba en octavo de EGB. Ocurrió de la siguiente manera: el colegio se había inscrito en unos juegos deportivos escolares y se organizó una prueba para elegir a los cinco o seis alumnos de cada categoría que debían representar al centro en dichos juegos. Inmediatamente pensé: «Voy a correr y así me ahorro las dos horas de clase del viernes por la tarde.» Me apunté, corrí y gané la prueba. Recuerdo que los profesores decían que yo había hecho trampa, que había atajado en alguna parte del recorrido, porque no era normal que hubiera hecho esa distancia sacándole tanta ventaja al segundo clasificado. Yo les respondía: «¡No, no, yo no he hecho trampa!» Finalmente me creyeron y me clasifiqué para representar al colegio. Esa fue mi primera carrera.

¿Y la segunda?

Fue en la fase comarcal de los mismos juegos deportivos escolares. También la gané. Después fui a la fase provincial y volví a ganar. Por último, participé en la regional y quedé tercero. Pero no le di demasiada importancia, porque yo seguía jugando al fútbol, que era lo que de verdad me gustaba. Jugaba en el equipo juvenil de Ágreda, y era bastante bueno. Luego apareció en mi vida mi actual entrenador, Enrique Pascual Oliva, que me convenció de que tenía muchas posibilidades en el mundo del atletismo y no tantas en el fútbol, donde, además de ser muy bueno, había que estar en un equipo de una ciudad grande para que se fijasen en ti. Enrique era el profesor de educación física del instituto de mi pueblo en aquella época.

¿Qué tal le fue en el instituto?

Eso ya es otra historia. Fue mi época oscura. Dejé de ser el niño bueno para convertirme en el adolescente medio rebelde que prefiere

correr o estar con los amigos paseando o jugando al mus antes que ir a clase. Los profesores casi no me conocían de la cantidad de veces que hacía novillos. Como ya no estaba en el colegio con los pequeños, me sentía más libre, más independiente. Esa situación me llevó a repetir primero de BUP. Después, en segundo de BUP, me vine ya a Soria, al instituto Antonio Machado, adonde habían trasladado a mi entrenador. Aprobé el curso y comencé a entrenar tan en serio y a competir a tan alto nivel que tuve que optar por dedicarme al atletismo al cien por cien. Fue la época en que gané el campeonato de España y participé en los europeos y los mundiales. Siempre pensé que me iba a salir bien y afortunadamente así ha sido. Nunca se me ocurrió que podía lesionarme, que no podría volver a correr, que hubiera sido mejor seguir estudiando. Lo que sí pienso y digo ahora es que en la medida de lo posible hay que saber compaginar el deporte con los estudios, y que los estudios siempre deben ser lo primero.

¿Dónde encuentra usted su motivación para la práctica del deporte?

Quizá mi motivación para el deporte sea superarme día tras día, ponerme metas concretas, y decir: «¿Hasta dónde voy a ser capaz de llegar?» Eso hace que siempre esté motivado; incluso cuando entreno, lo hago como si estuviese compitiendo. La competitividad siempre ha sido una de mis cualidades. Competir incluso conmigo mismo, superarme constantemente. En un deporte individual como el atletismo, esta mentalidad siempre te beneficia porque te motiva para querer estar por encima de los rivales, para comenzar la carrera con cierta ventaja mental. La disciplina deportiva y sobre todo las horas de charlas y preparación psicológica con mi entrenador también me han ayudado a desarrollar esta actitud.

¿En qué medida ha contribuido también su educación familiar a forjar en usted esa fortaleza mental?

En mi familia nunca ha habido tradición deportiva. Lo que sí es cierto es que ellos siempre me han apoyado, siempre han estado conmigo. Recuerdo que cuando me fui a vivir a Soria, siendo muy jovenito, me dijeron: «Vete y prueba; si te gusta y te encuentras bien, adelan-

te; si no lo haces luego te puedes arrepentir. Nosotros siempre te apoyaremos decidas lo que decidas.» Esa confianza de mi familia siempre me ayuda a seguir trabajando y luchando.

¿Qué cualidades tiene su entrenador como profesor de educación física?

Enrique conoce muy bien el mundo del deporte en todas sus facetas. Es licenciado por el Instituto Nacional de Educación Física (INEF) y en su momento fue campeón de España de salto con pértiga. Sabe motivar muy bien a sus alumnos haciéndoles comprender la importancia de la educación física en todos los aspectos de la vida de una persona. Conoce muy bien su profesión y sabe hasta dónde puede dar cada uno según sus capacidades. Pero lo más importante de todo es que sus alumnos confían en él.

¿Cree que la figura del maestro está suficientemente valorada en nuestra sociedad actual?

Creo que cuando la gente comenta eso de que los maestros tienen muchas vacaciones es porque realmente no saben el sacrificio que realiza un maestro. Es una profesión que agota, sobre todo psicológicamente. Yo lo veo en mi mujer, que es maestra de preescolar. Ella tiene veinticinco niños y niñas de tres años, y cuando se van acercando los períodos de vacaciones veo que realmente necesita ya un descanso, porque ha ido acumulando el agotamiento poco a poco.

También el atletismo es una profesión dura, ¿no?

Sí, pero yo tengo la ventaja de que no estoy sometido a un horario rígido y además entreno al aire libre. No tengo que *fichar* en ningún sitio todos los días a las ocho de la mañana. Puedo cambiar las horas de los entrenamientos, y si un día llueve puedo ir a entrenar cuando deje de llover.

¿Cuál ha sido el momento más gratificante de toda su carrera deportiva?

Soy consciente de que en Barcelona-92 fui campeón olímpico, pero el momento más feliz de mi vida deportiva fue cuando gané la

medalla de plata en los Juegos Olímpicos de Atlanta. Por un motivo muy especial: el año anterior, 1995, no había sido bueno para mí, porque mis expectativas no se habían cumplido y tenía la moral bastante tocada. Además, todavía me venía más abajo cuando oía los comentarios de los periodistas diciendo que yo ya estaba acabado, que lo mío de Barcelona había sido producto de la casualidad. Entonces, ir a Atlanta y ser subcampeón olímpico fue para mí un motivo de alegría y satisfacción, y mi manera de demostrar al público que ni antes era tan bueno, tan bueno, ni luego fui tan malo, tan malo, sino que son baches que tienen lugar dentro de una carrera deportiva y se pueden superar.

¿En qué piensa usted cuando está en un podio olímpico mientras sube la bandera y suena el himno de España?

Se piensan muchas cosas. Si eres el primero estás rebotante de felicidad y piensas: «¡Qué maravilla! Ha salido todo bien, todo el sacrificio que he hecho, todo el trabajo ha dado sus frutos.» Si eres medalla de plata: «¡Este tío me ha ganado!, me he equivocado en algo, si hubiese corrido de otra forma podría haber ganado.»

¿Qué consejo le daría al alumno que se acompleja en la clase de educación física porque cree que no tiene suficientes cualidades para hacerlo bien?

Que debe tratar de eliminar ese complejo, porque aunque sus cualidades físicas no sean tan buenas como las de otras personas, con el esfuerzo y la constancia se puede mejorar mucho. Que no se desmoralice y si un día le ha salido mal, que lo siga intentando, porque las cosas importantes se consiguen poco a poco.

¿Y al alumno que destaca en educación física y le ve a usted «abriendo» los telediarios después de un gran éxito deportivo?

Le daría varios consejos. En primer lugar, que lo más importante es que se esfuerce por terminar sus estudios y formarse bien. Segundo, una vez que ya se ha decidido por el deporte y está destacando, que sepa que no es oro todo lo que reluce, que para poder llegar arriba y ganar una carrera hay que perder muchas; eso hay que tenerlo muy

claro. Si hace atletismo le diría que no se dedique desde un principio a un solo tipo de prueba, sino que practique varias y se divierta haciendo atletismo, y luego opte por la que mejor se le haya dado. Pero sobre todo, repito, que tenga en cuenta que para ganar, para «abrir» un tele-diario, ha habido que perder muchas veces. Se lo digo por experiencia.

LEOPOLDO CALVO-SOTELO

«Mi madre completaba pacientemente en casa la enseñanza del colegio»



Leopoldo Calvo-Sotelo Bustelo (Madrid, 1926). Doctor en Ingeniería de Caminos, Canales y Puertos. Fue presidente del Gobierno de España desde febrero de 1981 hasta diciembre de 1982. Ha sido vicepresidente del Gobierno para Asuntos Económicos y ministro de Comercio, de Obras Públicas y de Relaciones con las Comunidades Europeas. Fue diputado por Madrid en las legislaturas de 1977 y 1982, miembro de la Asamblea Parlamentaria del Consejo de Europa y diputado del Parlamento Europeo. Fue presidente de Renfe, presidente de la Sociedad para el Desarrollo Industrial de Galicia y presidente de la Fundación José Ortega y Gasset. Autor de varios libros de análisis político como *Memoria viva de la transición* y *Papeles de un cesante*.

Leopoldo Calvo-Sotelo presidió el último gobierno de UCD durante casi dos años. Ahora, dieciocho años después, totalmente retirado de la política, goza de la tranquilidad de quien ve los toros desde la barrera, y del prestigio de quien supo hacer frente a situaciones realmente difíciles, como la violenta entrada de trescientos guardias civiles en el Congreso de los Diputados el 23 de febrero de 1981. De nuestros diversos contactos telefónicos con él hemos sacado la impresión de que es un hombre cuyo sentido del deber le ha enseñado a no improvisar para salir del paso. Por ello prefirió responder a nuestras preguntas por escrito. Así lo hizo, escueta pero cumplidamente, con una prosa austera y a la vez certera. Leopoldo Calvo-Sotelo tuvo la gran suerte de estudiar en uno de los centros educativos con mayor prestigio pedagógico en la España de la II República: el Instituto Escuela. En aquel colegio comenzó a intuir la diferencia entre profesores y maestros. Sus paredes también pudieron presenciar la primera vez que Leopoldo, con solo diez años, pronunció un parlamento en público. Calvo Sotelo nunca acudió a un colegio privado; la excelente formación que recibió en el Instituto Escuela y en los restantes centros públicos donde estudió han dejado en él una huella profunda e indeleble.

¿Dónde transcurrieron sus primeros años de escolarización?

Entre los cuatro y los diez años fui alumno del Instituto Escuela. El talante liberal de aquella institución, el respeto por la personalidad del alumno, el método, novísimo entonces, de enseñanza, me han dejado una huella profunda.

¿Qué tenía el método de novedoso?

En el Instituto Escuela nos acostumbraron desde la enseñanza primaria a trabajar por el sistema de fichas, que teníamos que redactar personalmente. Se rompía así con el sistema memorístico de libro.

¿Qué maestro o maestra de su infancia recuerda con mayor cariño?

Entre los maestros recuerdo a Ángeles Gasset, que luego ha sido también profesora de mis hijos en el colegio Estudio. Además de enseñar en el Instituto Escuela, daba clases de religión en Serrano, 50, donde yo también fui alumno suyo.

¿Qué tipo de valores pedagógicos o cualidades personales han hecho que usted recuerde tan especialmente a Ángeles Gasset entre sus maestros?

Ángeles Gasset es una mujer inteligente, en cuyo talante conviven sobriedad y afectividad.

¿Qué recuerdos tiene del ambiente escolar en que vivió?

El Instituto Escuela al que yo fui estuvo primero en el paseo del Cisne y luego en los Altos del Hipódromo, en el edificio que más tarde ocuparía el instituto Ramiro de Maeztu. La guerra civil dispersó a los alumnos de aquel centro; volví a encontrarme con alguno como Marcelo Jorissen, que murió muy joven, o Sofía Martín Gamero, a la que he visto siempre con mucha frecuencia. En el Instituto Escuela se preocupaban de que perdiéramos la vergüenza de hablar en público; la primera vez que me enfrenté a una sala (con un público benevolente, supongo que de padres de alumnos) fue cuando murió Rudyard Kipling: llevaba el texto escrito en una mano, pero creo recordar que lo recité de memoria.

¿Quién le enseñó a leer? ¿Es un recuerdo grato?

Aprendí a leer en el Instituto Escuela cuando tenía cuatro años. Recuerdo a mi madre que completaba pacientemente en casa la enseñanza del colegio. Yo también he colaborado con los colegios de mis hijos en la tarea de enseñarles a leer.

¿Recuerda cuáles fueron sus primeras lecturas?

Recuerdo la lectura del Romancero en ediciones de Menéndez Pidal.

¿Qué tipo de alumno era usted?

Creo que fui un buen alumno.

¿Qué papel desempeñó la escuela en el aprendizaje de las lenguas extranjeras?

Hablo, con distintos grados de imperfección, tres o cuatro lenguas extranjeras. Después del Instituto Escuela pasé por varios institutos nacionales de segunda enseñanza a lo largo del bachillerato; en ellos no se aprendían bien las lenguas extranjeras: completé el aprendizaje en otros centros, como el Instituto Británico. Mi madre hablaba bien francés e inglés, nos daba clase en casa. Entre los cuatro y siete años se ocupaba de nosotros una alemana, y la semilla que dejó en mí creció luego durante mi vida profesional.

¿Qué opina de la enseñanza mixta?

Tanto el Instituto Escuela como el instituto de Ribadeo eran mixtos. Siempre he sido partidario de la educación mixta.

¿Qué opinión le merece la enseñanza pública?

Nunca he ido a eso que se llama un colegio de pago. Mi experiencia de la enseñanza pública ha sido muy buena. En el instituto Cervantes, de Madrid, tuve excelentes profesores que me marcaron mucho: Antonio Mingarro, de física, y Manuel Cardenal, de filosofía.

¿Qué opina de la enseñanza confesional?

No he estudiado en ningún colegio religioso. Seguramente por estar yo en una institución pública me pareció siempre mejor esa enseñanza que la privada.

¿Qué tipo de relación mantenían sus padres con sus profesores y su centro escolar?

Mi padre murió cuando yo tenía siete años recién cumplidos. Mi madre nos llevaba y nos iba a buscar al colegio y hablaba con frecuencia con las profesoras.

¿En qué medida considera importante la organización del sistema educativo infantil en cualquier sociedad?

Creo que no hace falta decir que me parece extraordinariamente importante.

¿Considera que la oferta educativa actual brinda oportunidades a todos y ayuda a convivir en la diversidad?

Creo que sí. Pero mis hijos son ya mayores y me falta una experiencia directa de la situación actual.

¿Qué asignaturas fundamentales incluiría en el sistema educativo actual y cuáles suprimiría?

Soy de los que creen que debería enseñarse latín, como antes, en los cursos de secundaria. Y filosofía. Y que habría que insistir más en la enseñanza del español y de las matemáticas.

¿Por qué considera especialmente importante la enseñanza de esas asignaturas?

Creo, en efecto, que esas tres disciplinas obligan a un esfuerzo intelectual y su aprendizaje enseña a discurrir.

¿Qué sabe de la nueva reforma educativa (LOGSE) que aún se está implantando en España? ¿Cuál es su valoración personal de la misma?

Sobre la LOGSE no tengo una experiencia personal directa. No es bueno reformar constantemente la educación: solo eso me detiene a la hora de recomendar una nueva reforma de la LOGSE.

¿Según su opinión, qué cualidades deberían ser imprescindibles en un buen profesional de la enseñanza?

Me acostumbré a distinguir entre profesores y maestros. El maestro es aquel que suscita en el alumno un deseo de imitación y que le hace amar de verdad la disciplina que explica. Después de ir a las clases de Cardenal y Mingarro yo quería ser filósofo o físico.

CARLOS CANO

«La mayoría de los profesores me parecían gente muy estricta, muy dura»



José Carlos Cano Fernández (Granada, 1946). Cantautor. Autor e intérprete de diversos estilos musicales arraigados en el folclore español. Aunque destaca su dedicación artística a la copla, entre sus trabajos hay tango, rumba, habaneras, pasodobles, murga y chirigota. En 1975 publicó su primer disco: *A duras penas*. Desde entonces ha publicado 19 discos de larga duración. El último, *La copla, memoria sentimental*, ha visto la luz en 1999. Entre sus composiciones más célebres se encuentran *La murga de los currelantes*, *Habaneras de Cádiz* (con letra de Antonio Burgos) o *María la portuguesa*.

En los primeros compases de la entrevista Carlos Cano nos observa con su mirada tímida y su desconfianza granaína mientras responde brevemente, casi con sequedad, a nuestras preguntas en la recepción del hotel madrileño donde nos ha citado. Poco a poco se va sintiendo más cómodo en la conversación y comienza a extenderse en sus respuestas, a matizar sus frases con certeros adjetivos y elocuentes imágenes. Carlos fue un niño que ansiaba la libertad, que prefería estar por la parte de afuera de las puertas de su colegio. Para no perderse el espectáculo de la vida en la calle. Para escuchar las palmas de los gitanos en Plaza Nueva. Para alquilar los tebeos en el puesto de el Jorobao y de el Abuelillo. Aquel niño soñador es hoy un gran cantante popular que disfruta haciendo soñar a la gente, un gran artista que ama tanto la vida que afortunadamente para todos volvió a nacer en «Nueva York, provincia de Granada, un 25 de mayo de 1995».

¿Recuerda cuál fue su primer colegio?

Sí, una pequeña escuela pública para niños que estaba en el mismo edificio que la Escuela de Comercio de Granada. Tengo un recuerdo muy positivo de la profesora que me enseñó a leer y a escribir, la señorita Alicia. Era un encanto, y me quería mucho. Una persona muy didáctica, ella sola llevaba varias clases con mucha soltura. Nos hacía leer representando obras de teatro, y a mí me daba mucha vergüenza. En aquella escuela estuve hasta los siete u ocho años, después pasé al instituto Sagrado Corazón, situado frente al Museo de la Casa de los Tilos, junto a la entrada posterior de Capitanía General, en una plaza muy bonita; atravesando esa plaza y subiendo una cuestecita estaba la calle Rodrigo del Campo, donde nací y pasé toda mi infancia. En aquel instituto hice toda la etapa preparatoria al bachillerato, hasta los catorce

años. De ahí tengo peor recuerdo. De esa época me acuerdo más de la calle que del colegio. Después estudié electrónica y arquitectura interior, pero no acabé ni una cosa ni la otra. Por fin decidí dedicarme de lleno a la música y dejar todo lo demás.

En su libro biográfico El color de la vida usted comenta que tuvo una infancia dura, pero muy libre.

Es verdad. Me crié con mi madre y mi abuela, porque mis padres estaban separados. Pasaba mucho tiempo jugando en la calle, por la zona de Plaza Nueva. Creo que los niños suelen tener más problemas cuando se les mantiene encerrados. Tengo muy buenos recuerdos de mi infancia a pesar de que fue muy dura, porque en la calle se me iba la cabeza, me volaba, siempre estaba en las nubes, y eso me salvaba.

¿Qué era lo que no le gustaba del instituto?

La mayoría de los profesores me parecían gente muy estricta, muy dura. Íbamos con miedo al colegio. Recuerdo que nos hacían cantar canciones falangistas, y a mí aquello me humillaba, no tanto por lo que se decía, sino porque eso de cantar muchas personas a la vez me parece que tiene algo de gregarismo; ahora me pasa igual, no lo soporto, creo que hay que cantar solo. Soy muy ácrata y muy anarquista, pero no por convicciones, sino por naturaleza, y probablemente esa naturaleza ya estaba allí mostrándose. En aquellos tiempos, los profesores podían hacer lo que quisieran, en clase no se les podía discutir nada; además, muchas veces el ambiente hacía posible que en la propia casa defendieran una actitud bárbara de cualquier profesor. O sea, que te podían calentar dos veces: el profesor y después tu padre o tu madre. En general, digamos que tenían «licencia para matar», como James Bond, lo cual hacía que fuera un tipo de escuela bastante sórdida. Cuando hago esfuerzos por recordar esa etapa de mi vida, siempre me veo a mí mismo en las puertas del edificio de mi instituto, pero por fuera, nunca por dentro.

¿Cómo vivió usted el hecho de que su colegio no fuera mixto?

Era lo normal en la época. No me influyó en absoluto. Yo estaba con otra historia. Estaba como la pólvora, encendido siempre ante la

vida. Recuerdo ese asombro de cada día al despertarme preguntándome qué iba a pasar, con una curiosidad inmensa, los ojos como platos y una actitud como si acabara de nacer conscientemente. Esa actitud la mantengo hoy día, todavía no estoy muy escéptico, al menos para las cosas esenciales. En cuanto a la escolarización mixta, creo que es más natural que los niños y las niñas estén mezclados, es la única forma de acabar con posibles discriminaciones y con mitologías que a menudo son falsas; pero lo que realmente me interesa es la educación que se les da a las personas, porque también se puede recibir una formación reaccionaria en un aula mixta.

¿Era usted buen estudiante?

No era bueno. Suspendía a veces. Quizá en gran medida porque me aburrían los profesores. Cuando estos me estimulaban, yo respondía. Recuerdo que en el instituto odiaba la química y al cabo de los años tuve un profesor de química en Barcelona que me hizo amarla una barbaridad. Algo parecido me pasó con la historia del arte o con la literatura. Estoy convencido de que cualquier materia te puede llegar a gustar si te saben estimular, porque en general todas las asignaturas forman parte del conocimiento, que es maravilloso, pero es necesario que alguien que ama esa parcela del saber sepa transmitírtelo.

¿Recuerda algún profesor de esa época que le motivara a aprender?

Sí, tuve dos profesores magníficos. Uno se llamaba don Emilio y del otro no recuerdo su nombre. Muy buenas personas. Uno de ellos era paralítico. Me daban matemáticas e historia, respectivamente. Pero en general no me parecía que hubiera en mi instituto muy buenos profesores, salvo estos. Recuerdo que estábamos en clases muy numerosas, éramos cincuenta o sesenta.

¿Qué cualidades cree que debe tener un buen maestro?

En la pedagogía creo que es fundamental tener paciencia y esa clarividencia para saber contar lo esencial en pocas palabras y que los alumnos se queden cogidos. No es nada fácil. Se puede aprender, pero creo que hay gente que tiene esa capacidad y otra que no. Por ejemplo,

hay abuelas que saben contar cuentos de maravilla porque saben seducirte y contarte lo esencial. Sin embargo, hay profesores que son muy nerviosos, tienen poca paciencia y causan desasosiego en sus alumnos.

¿Tuvo algún tipo de ayuda complementaria fuera del colegio?

No. Era un lujo que mi familia no se podía permitir en esa época. En la guerra civil habían fusilado a mi abuelo materno por ser socialista, y a mi abuela, después de quitarle todo lo que tenía, le habían dado veinticuatro horas para salir. Así que teníamos una situación económica muy difícil. Mi madre fue de las primeras mujeres que acabaron el bachiller superior en Granada e iba a empezar medicina, pero tuvo que dejar de estudiar. Supongo que ella me ayudaría con mis deberes en casa, no lo recuerdo. La situación era muy dura para toda la sociedad española; eran los años cincuenta, en plena posguerra. Por eso, lo de *ayuda extra* ahora es algo habitual, pero en aquel tiempo era un privilegio que sonaba incluso un poco pedante.

¿Recuerda cuáles fueron sus primeras lecturas infantiles?

Recuerdo algunos libros que me fascinaban de niño, como *Geneveva de Brabante*, *Cyrano de Bergerac* o incluso *El Quijote*; me sabía sus historias de memoria. También leía con frecuencia los tebeos de *Superman* y los de *Hazañas Bélicas*. Había un sitio en Granada donde los alquilábamos. Los elegíamos entre los muchos que estaban colocados en un banco enorme. Me acuerdo incluso de los dos encargados del puesto de tebeos: a uno le llamaban *el Abuelillo* y al otro *el Jorobao*. Eran personajes absolutamente pintorescos que podrían haber vivido perfectamente en la Granada medieval.

¿Recibió algún tipo de formación musical en el colegio?

La educación musical que recibíamos en aquella época estaba en la calle, en Plaza Nueva, donde los gitanos tocaban muy bien las palmas por bulerías. No había música en el colegio.

Entonces, ¿se podría decir que su formación musical ha sido la de un autodidacto?

No, a mí las cosas no se me han aparecido como una revelación, algunas sí, pero muy poquitas; el resto lo he ido aprendiendo poco a

poco con ayuda de muchas personas. Creo que el autodidacto es el que se hace a sí mismo, y yo la verdad es que tengo que responsabilizar de mi formación a muchísima gente, vivos y muertos, desde Homero a Sócrates, o Cervantes. A todo lo que he leído y lo que he vivido. Aunque no haya sido en un lugar determinado y con un método concreto, sino por el propio interés que he tenido. Responsabilizo también a muchos amigos, artistas y escritores que me han ayudado tanto. A los libros que leí en el servicio militar, o a todo el *jazz* que aprendí. A mi propio interés adolescente por luchar por la libertad porque no me gustaba nada la dictadura. Esa lucha me hizo adoptar una actitud ética que me ha ayudado muchísimo a sobrevivir. En aquellos momentos cayó mucha gente, y yo me considero en ese sentido un superviviente. He sobrevivido a muchas dificultades en situaciones duras, lo cual se ha convertido con el tiempo en algo positivo, que me ayuda a poder defenderme muy bien del desconcierto que existe hoy día. Sigo creyendo en cosas en las que hoy muy pocos creen, porque vivimos tiempos de crisis. Creo en el hombre, creo en el progreso —pero no de la cantidad, sino de la calidad—, creo en el poder del amor, que es superior a las personas. Y creo sobre todo en el poder de la emoción y de los sentimientos cuando estás desconcertado.

¿Cree que la música debe ocupar un lugar importante en la formación integral del ser humano?

Me parece muy necesaria. Creo que la música es el lenguaje más abstracto que se conoce. Nos ayuda a ordenar los elementos más subjetivos que tenemos, que son las emociones y los sentimientos. Nos ayuda también a tener sentido del ritmo, del orden, a saber medir. Por eso el poder de la música popular es tan grande. La música puede viajar a la velocidad de la luz y armonizar los sueños individuales y colectivos. Pero enseñar música no es solamente enseñar la técnica, sino todo esto que acabo de comentar. Y los niños, desde muy pequeñitos, pueden y necesitan ir asimilando todo lo que la música les aporta. Ellos tienen que aprender divirtiéndose, sin darse cuenta, como los idiomas. Mi hijo Pablo, que tiene ahora tres años, conoce ya una cantidad considerable de palabras en inglés, y las ha aprendido prácticamente jugando. Sin embargo, ponerse a estudiar un idioma con quince

o veinte años es muy difícil. Yo he intentado aprender inglés de mayor y la verdad es que me tendría que dedicar solo a eso, olvidarme de todo y que me apuntaran con una escopeta: «¡Oye!, no te muevas de ahí.» Pero los niños tienen una capacidad de aprendizaje impresionante.

¿A qué edad comenzó usted a hacer canciones?

Con la adolescencia ya pasada, a los dieciocho o diecinueve años. Las hacía para mí. Me las guardaba, pero siempre había un amigo que lo sabía y se lo decía a otro, o tú te sentías muy a gusto algún día y te animabas y la cantabas en la calle con un amigo. Así empecé a probar y me di cuenta de que mis canciones gustaban a la gente. Recuerdo concretamente que mi primera canción se llamó *La miseria*. Está grabada en mi primer disco. La hice en una época en la que parecía que me refería a la miseria material, y sin embargo hablaba de la miseria mental de mi ciudad, de una mentalidad retrógrada y oscura.

¿Cuándo decidió hacer de la música su profesión?

No he tenido nunca una actitud profesional. El hacer canciones surgió en mí como herramienta para poder defenderme de la realidad y analizarla, como una ayuda, como un bastón para un ciego. Ahí me aferré; me sentía fuerte e hice mi terapia con la música, que me ayudó a combatir a los fantasmas. Ahora mismo miro hacia atrás y me parece imposible todo lo que me ha ocurrido porque nunca me metí en esto con una voluntad profesional. Es maravilloso, porque en el fondo me pagan por aquello que yo pagaría. Nunca me he arrepentido de dedicarme a la música, pero no por los resultados, sino porque soy lo que parezco, algo que no es tan frecuente en la actualidad; soy un cantante popular, y hago canciones. Parezco eso y soy eso. Sé cuál es mi lugar en la sociedad. Soy como el mago de la tribu, el que cuenta historias, alguien que sueña y hace soñar a los demás.

¿En qué aspectos cree que ha mejorado la educación actual con relación a la que usted vivió?

Hay cosas que están mal hoy, por ejemplo, la pérdida de las humanidades o del concepto de la utopía como una actitud de búsqueda de

la sabiduría. Hoy existe una concepción mucho más práctica de la formación, se la contempla como una posibilidad de encontrar un buen puesto de trabajo. Pero, en general, lo de ahora no tiene nada que ver con lo que había en mi época; aquello era algo sórdido donde de vez en cuando podía haber algún personaje interesante, pero no dejaba de ser una enseñanza basada en el miedo. Ahora todo eso ha cambiado; hay miedo, pero de otro tipo; miedo a la calle, a ser libre; por eso muchos jóvenes prefieren vivir con sus padres.

¿Piensa que está suficientemente valorada la figura del maestro en nuestra sociedad actual?

La figura del maestro, como la del médico de cabecera, desempeña un papel esencial en las sociedades pequeñas y ahora por desgracia está desapareciendo poco a poco. Creo que la gente necesita conocer, hablar sin prisas y recibir los consejos de *su* médico o de *su* maestro. Lo contrario redundaría en detrimento de la salud de los pacientes o de la educación de los niños. Mi hijo, por ejemplo, que está en un colegio privado, de vez en cuando se equivoca y en lugar de decirme papá me llama con el nombre de su profesor de inglés. Eso significa que se lo debe pasar muy bien en las clases con ese profesor, lo cual me parece magnífico. Supongo que por muchos años que pasen, mi hijo no olvidará ni el nombre ni la capacidad didáctica de su profesor de inglés.

¿Cree que su hijo Pablo es consciente de que tiene un padre famoso que se dedica a la música?

No lo sé. Él sabe que tiene un padre distinto al de los demás. De vez en cuando me divierte con él jugando a hacer música. Tiene una batería pequeña y le digo: «Venga, vamos a tocar. ¡Una, dos y tres! Ahora voy a entrar.» Otras veces cantamos juntos. Para mi asombro, se sabe de memoria alguna de mis canciones; por ejemplo, algunas letras surrealistas del *Diván del Tamarit*, que a mí casi se me olvidan. Supongo que mi hijo escucha más música que otros niños de su edad, porque yo aplico mis conocimientos y los elementos de mi mundo para expresarme y divertirme con él. Alguna que otra vez lo llevo a mis recitales, lo dejo corretear a su aire mientras ensayamos, y se queda fascinado con todo aquello.

¿Le gustaría que siguiera sus pasos en el mundo de la música?

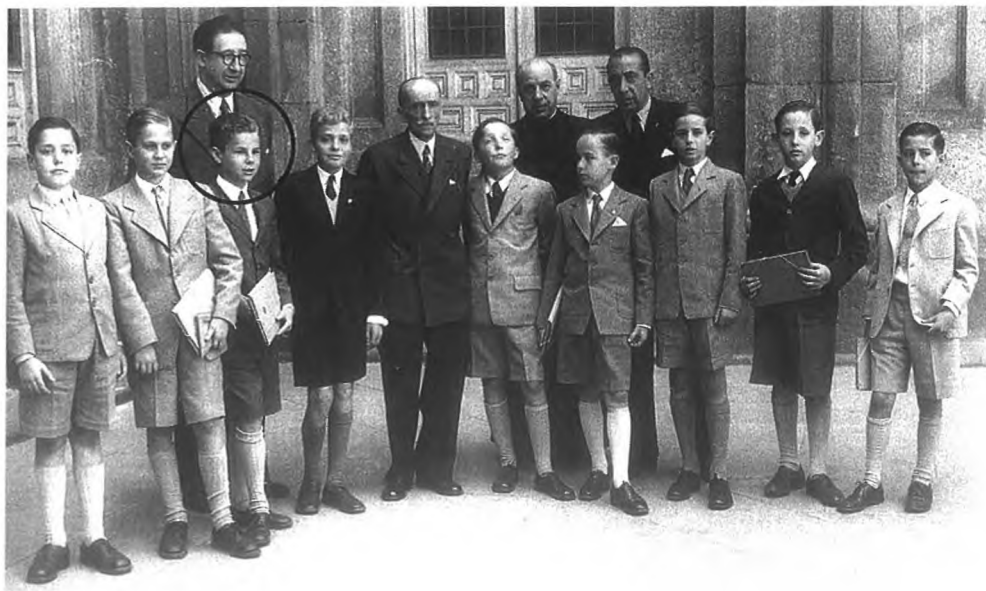
Ni sí ni no. Quiero que siga sus propios pasos, entre otras cosas porque no me gusta que nadie me siga. Es un tema que no me preocupa en absoluto. Posiblemente, los niños son los únicos que pueden estar dando vueltas como las veletas. ¡Déjalo, ya se parará en algún sitio!

¿Qué criterios tuvo en cuenta para elegir el colegio de su hijo?

Primero, la información de amigos y conocidos, y después, mi propia impresión personal. Una de las cosas que me gustó del colegio de mi hijo es que tienen muy claro que el niño viene a casa a jugar, a recibir afecto, a pasarlo bien y a estar relajado. Los niños no traen deberes a casa; estudian en el colegio y se acabó. Me parece angustioso que los padres tengan que sustituir a los profesores. ¿Y qué haces si tu hijo te pide ayuda en matemáticas y tú no tienes ni idea? Que le ayuden en el colegio, ellos son los profesionales. Tampoco me gustan esos colegios en los que los padres tienen que estar en contacto muy frecuente con los profesores. Me parece una exageración. La responsabilidad que tenemos los padres es de otro tipo: moral, ética, afectiva, pero no científica.

JAIME CARVAJAL

«Convivir con el actual Rey de España durante los años de colegio fue para mí un enorme honor y una experiencia inolvidable»



Jaime Carvajal Urquijo (Llodio, Álava, 1939). Presidente del Grupo Dresdner Bank para España y Portugal, de Ford España y Ericsson, S.A., y del Consejo España-Estados Unidos. Miembro del Patronato del Museo del Prado, de la Comisión Trilateral y del Patronato Príncipe de Asturias. Ha sido senador por designación real y presidente del Banco Urquijo, del Banco Hispano Industrial y de Iberfomento.

Como buen ejecutivo, Jaime Carvajal es un hombre eficiente. Los trámites para nuestra entrevista han sido sencillos y ágiles. Ya estamos en el palacete de la calle López de Hoyos, de Madrid, donde tiene su oficina. Nos recibe con puntualidad. Como buen aristócrata, Jaime Carvajal es a la vez exquisito en sus modales y discreto en sus apreciaciones. Acabamos de conocerlo y tenemos la sensación de que somos viejos amigos. ¿Será la luz indirecta de un amplio despacho casi en penumbra? ¿Será la atmósfera de confidencialidad que consigue crear la memoria rescatada? Jaime fue uno de los acompañantes del príncipe Juan Carlos de Borbón en gran parte de su peculiar periplo educativo, y habla de ello sin presunción, con cautela. Sus palabras dejan entrever el profundo respeto, cariño y admiración que siente por la figura del actual Rey de España. Jaime es consciente de la inmensa fortuna de haber sido no solo testigo, sino también partícipe de una página importante de la historia oficial de nuestro país. Nos enseña con nostalgia y orgullo varias fotos de la época que jalonan distintas mesas y repisas de su despacho. De vez en cuando un sonido breve y agudo nos devuelve de golpe al siglo XXI. Jaime nos aclara que son mensajes de correo electrónico que acaban de llegar a su terminal informática.

¿En qué colegios estudió usted?

Yo nací en el lugar donde mis padres pasaban habitualmente sus vacaciones de verano, Llodio, un bonito pueblo de la provincia de Álava, cerca de Bilbao, de donde procedía la familia de mi madre. Pero siempre he vivido en Madrid. Mi primer colegio fue el Pilar, un centro religioso regentado por los Marianistas donde también estudiaba mi hermano mayor. Empecé el curso de párvulos en el año 1946.

Estuve allí dos años y después cambié totalmente porque me fui a estudiar a un colegio nuevo que se organizó con motivo de la venida a España del actual Rey de España, don Juan Carlos de Borbón, entonces todavía príncipe de Asturias. De manera que mi escolaridad transcurrió en dos etapas, dos años en el colegio del Pilar y seis años en este colegio creado *ad hoc* para la educación del Príncipe y después también de su hermano don Alfonso.

¿Qué recuerda de su paso por el colegio del Pilar?

De aquello hace ya la friolera de más de cincuenta años y, por lo tanto, tengo recuerdos muy lejanos. Era un colegio como los de aquella época, solo de chicos, claro, porque no se concebía que los centros fueran mixtos. Bastante estricto, con un nivel de exigencia y de formación académica muy bueno; la prueba es que de allí ha salido gente muy bien preparada. Hacíamos mucho deporte, estábamos todo el día dando patadas al balón. En general, mis recuerdos son muy positivos. Un colegio disciplinado pero con muy buen ambiente. Los Marianistas eran una orden de origen francés y quizá un poco más evolucionada de lo que era normal para la época.

¿Se acuerda de algún profesor especialmente?

Sí, recuerdo a un tal don José, una persona encantadora, no me acuerdo de su apellido; tenía un trato magnífico con los alumnos. Pero recuerdo quizá a algunos compañeros más que a profesores. Por cierto, hace unos meses, en una recepción en la embajada de Estados Unidos aquí en Madrid con motivo de la visita de Pedro Duque, el senador Glenn y el resto de la tripulación del *Discovery*, se me acercó un compañero de colegio de aquella época y me dijo: «¿No te acuerdas de mí? Me llamo José Antonio Balbás.» «Claro que me acuerdo de tí», le respondí. Me quedé muy impresionado al ver a mi compañero de siete u ocho años convertido en todo un vicealmirante. Tuvimos una conversación encantadora y entrañable recordando los viejos tiempos y poniéndonos al día porque no nos habíamos visto desde el año 1947.

¿Puede hablarnos de las circunstancias en que se creó aquel colegio especial para la educación del Príncipe?

Lo que ocurrió fue que un buen día mi padre recibió una llamada de don Juan de Borbón, conde de Barcelona, preguntándole si tenía un hijo de la edad del Príncipe que pudiera estudiar con él en una casa a las afueras de Madrid. «Bueno, mi primer hijo es tres años mayor y el segundo es un año y pico menor», le respondió mi padre. «Ah, pues que venga el más cercano», le dijo don Juan. Así fue como me eligieron para ser uno de los nueve alumnos de este nuevo colegio que se estableció en Las Jarillas, una finca a unos 20 kilómetros de Madrid que un tío mío, Alfonso Urquijo, cedió para tal efecto. Fue una experiencia muy interesante, por el escaso número de alumnos —solo nueve—, por la calidad de los profesores y, sobre todo, por las especialísimas circunstancias que rodeaban la venida a España del Príncipe. Cuando llegamos allí no nos conocíamos. Yo solo conocía a uno de los que iban a ser mis compañeros, Alonso Álvarez de Toledo, que era primo mío.

¿Cuáles fueron los criterios de selección de los ocho «afortunados»?

El conde de Barcelona fue llamando a otros amigos suyos y haciéndoles la misma pregunta que a mi padre. Supongo que el único criterio era que sus familias gozaran de la confianza y el afecto del padre del Príncipe. Mi padre cumplía ese requisito porque era consejero político de don Juan y estaba muy próximo a él. Otro de los elegidos fue un primo hermano del actual Rey, el infante don Carlos de Borbón-Sicilia. También vino José Luis Leal, cuyo padre era marino y había sido compañero del conde de Barcelona en la Escuela Naval de Marín.

¿Cómo se organizó el colegio de Las Jarillas?

El colegio, como ya he dicho, empezaba por completo de cero y constaba de una sola clase. En teoría eran unas clases particulares, pero en la práctica funcionaba como un auténtico colegio interno. En el curso 48-49 hicimos ingreso y primero de bachillerato a la vez, y fuimos a examinarnos oficialmente al instituto San Isidro en Madrid. Cuando el conde de Barcelona comenzó a buscar un director para el colegio, acudió al duque de Sotomayor, que en ese momento era el jefe

de su Casa, y este le habló de José Garrido Casanova, un granadino que dirigía un colegio para recoger y educar a niños sin hogar, el colegio de La Paloma, que dependía del Ayuntamiento de Madrid. Sotomayor tenía una gran confianza en Garrido, quien le ayudaba por las tardes en temas de administración, e incluso había sido preceptor de sus hijos. Era una persona encantadora, muy liberal y con unas ideas muy modernas sobre pedagogía porque era discípulo de uno de los mejores educadores que ha habido en España, el padre Manjón. Sin duda, Garrido influyó mucho en todos nosotros y desde luego creo que muy positivamente en la persona del Príncipe, con un estilo educativo muy avanzado para la época.

¿En qué actividades concretas se reflejaba ese estilo educativo tan revolucionario?

Por ejemplo, hacíamos habitualmente comentarios de texto, cosa que yo no he visto hacer en otros colegios hasta muchos años después. Estudiábamos ciencias naturales en el campo, íbamos a recoger plantas y a analizarlas en el medio natural, porque en Las Jarillas había una finca grande. Estudiábamos literatura leyendo las obras. Recuerdo que a lo largo del bachillerato cada uno de nosotros nos fuimos haciendo con algunas obras clásicas de literatura de la colección Austral, que era la más barata en aquella época y la única que facilitaba que ese tipo de libros estuviera a disposición de los estudiantes. A lo mejor cada uno llegamos a tener unos veinte o treinta libros, lo cual era una colección interesante para un chaval de doce o trece años.

¿Qué otros profesores componían el claustro de ese peculiar colegio?

José Garrido invitó a formar parte de su equipo a otra persona que él conocía, Juan Rodríguez Aranda, un abogado que también era poeta, y que se convirtió en su número dos y en nuestro profesor de literatura. Él tuvo mucho que ver con el nacimiento y el desarrollo de nuestras aficiones literarias. Se incorporó también un sacerdote jesuita, don Ignacio de Zulueta, como profesor de religión y director espiritual. Era una bellísima persona, pero muy distinto al resto de los profesores en su manera de pensar. Su estilo educativo era mucho más integrista y conservador, de la vieja escuela. Recuerdo que nos decía que la música

moderna era obra del diablo. Íbamos diariamente a misa, y si no ibas a comulgar un día, tenías que darle explicaciones. En el ambiente del colegio se palpaba que había un contraste permanente entre las dos escuelas, la de Garrido y la de Zulueta. A nosotros, por supuesto, nos gustaba más la primera. Para enseñarnos francés vino una profesora que se llamaba Aurora Delgado, que actuaba además como la responsable de la casa y se ocupaba con mucho cariño de todos nosotros. También tuvimos un profesor de gimnasia, Heliodoro Ruiz Arias, que era muy famoso en la época porque tenía un gimnasio importante. Había sido boxeador y era fortísimo, aunque en aquella época tendría unos setenta años por lo menos. Para nosotros fue un personaje muy simpático y entrañable. El resto de profesores eran catedráticos del instituto San Isidro que venían esporádicamente a supervisar nuestros estudios y darnos algunas clases sueltas. Recuerdo, por ejemplo, a Núñez Cobos, catedrático de ciencias naturales, una persona encantadora y un excelente profesor. También venía un gran matemático que se llamaba Puig Adam. Y un catedrático de literatura apellidado Tamayo. Así estuvimos el primer año, y, como ya he comentado, al final del curso fuimos a examinarnos al San Isidro. Los exámenes eran orales y públicos, con la asistencia de numerosas personas en la sala, sobre todo familiares y curiosos que querían ver al Príncipe, lo cual no era muy agradable para nosotros, pero nos fuimos acostumbrando a ello con el tiempo.

¿Tuvo Franco algo que ver en la elección del profesorado o en las decisiones sobre la organización interna del colegio?

En absoluto. Don Juan acomete la creación del colegio después de un acuerdo con Franco para que el Príncipe, al que en aquella época llamaban don Juanito, se educara en España. O sea, que cuando el Príncipe llega por primera vez a España en 1948 procedente de Estoril, lo hace con la plena aprobación de Franco. Pero este no interviene en absoluto en la educación del Príncipe, ni en el nombramiento de los profesores ni en el régimen del internado.

¿Durante cuántos años estuvieron en Las Jarillas?

Solamente uno, el curso 1948-1949. Porque el año siguiente hubo un desencuentro importante entre Franco y don Juan y nos quedamos

sin colegio. Todo volvió a cambiar radicalmente para nosotros. El Príncipe volvió a Estoril y para el resto de nosotros se organizaron unas clases particulares en casa de un compañero, Fernando Falcó, actual marqués de Cubas. Pero cada uno vivía de nuevo en su propia casa. Algunos de nosotros pasamos temporadas en Estoril con el Príncipe, quien recibía clases particulares de profesores españoles; algunos iban desde Madrid y otros vivían en Lisboa. No sé si también tuvo algún profesor portugués. Y así transcurrió ese segundo año, al final del cual nos volvimos a examinar en el San Isidro, pero en realidad no tuvimos un colegio propiamente dicho.

¿Cuánto duró esta situación de interinidad? ¿Qué solución se le dio?

De nuevo solo un año. Se arreglaron de nuevo las cosas entre Franco y don Juan y en 1951 nuestro colegio inicia de nuevo sus actividades, pero esta vez con sede en San Sebastián. Nos instalamos en un ala del palacio de Miramar, una residencia de verano que seguía siendo propiedad privada de la Familia Real. El equipo docente era prácticamente el mismo que en Las Jarillas. Es decir, José Garrido, don Ignacio de Zulueta, Juan Rodríguez Aranda y Aurora Delgado. También se incorporan algunos profesores de San Sebastián, por ejemplo, Carlos Santamaría, una persona encantadora que era entonces director del observatorio meteorológico y después llegó a ocupar un cargo político de responsabilidad en el primer gobierno vasco. Nos daba clases de matemáticas. También vino una profesora de inglés, y uno de gimnasia que era comandante del Ejército, y en lugar de gimnasia hacíamos prácticamente instrucción militar todos los días. Aunque el tipo de educación seguía siendo el mismo, aquello era distinto a Las Jarillas. Estábamos mucho más lejos de nuestras familias. San Sebastián es una ciudad maravillosa, pero en invierno a nosotros nos parecía bastante apagada, algo triste. Teníamos una vida más reclusa, casi monástica. Recuerdo que hacíamos mucho deporte.

¿Volvieron a San Sebastián los mismos alumnos que estaban en Las Jarillas?

No. Tres de nuestros compañeros dejaron el colegio por una serie de circunstancias, con lo cual de los nueve iniciales quedamos seis más

uno nuevo que se incorporó en San Sebastián; en total fuimos siete. Pero la principal novedad es que el hermano del Príncipe, don Alfonso, dos años menor que él, ya tiene edad escolar y se incorpora a nuestro colegio con ocho compañeros más. En total éramos dieciséis, nueve «pequeños» y siete «mayores». Seguíamos viniendo a Madrid todos los años para hacer los exámenes oficiales en el instituto San Isidro. Nunca tuvimos problemas para aprobar. Nuestros resultados en esos exámenes solían ser muy buenos. Claro, es que en el colegio estábamos muy centrados en el estudio.

O sea, que los métodos pedagógicos de don José Garrido funcionaban bien.

Creo que fuimos realmente unos privilegiados porque tuvimos la suerte de contar con un excelente plantel de profesores para una clase de siete alumnos. Sí, el nivel académico era alto, y sacábamos muy buenas notas en general como media. También estábamos muy dedicados al estudio porque, salvo practicar deportes, prácticamente no teníamos otra cosa que hacer. Por otro lado, nuestro director, un pedagogo tan fantástico como era José Garrido, nos ayudaba muchísimo en todos los aspectos, incluso personales. No solo nos enseñó literatura, historia o geografía, sino que también nos educó con su actitud tan positiva, tan abierta y tan liberal ante la vida. La misma actitud que yo siempre había vivido en mi casa con mis padres. Creo que su persona y su talante han sido muy importantes para todos nosotros, al menos yo lo recuerdo como un aspecto muy positivo de mi educación. Otro aspecto importante de nuestra formación en el colegio fue el ambiente de austeridad en que vivíamos. Hay que recordar que los padres del Príncipe en esa época no tenían demasiado dinero. No teníamos ni siquiera calefacción, solo había una estufa para cada uno de los pisos, y pasábamos un frío espantoso. Era un colegio muy austero en todos los sentidos. Creo que el hecho de estar lejos de nuestras familias, la buena formación académica, la actitud liberal de nuestro director y el ambiente de austeridad fue una magnífica conjunción de factores educativos de la que nos hemos beneficiado todos, y en primer lugar el actual Rey.

Además de ese excelente aprovechamiento escolar y de su dedicación a los deportes, ¿ustedes también harían travesuras propias de internado, como cualquier muchacho de su edad?

Por supuesto, éramos chicos normales. Recuerdo que a veces nos «perdíamos» por el enorme jardín que había allí para fumarnos nuestros primeros pitillos a escondidas. En otras ocasiones comprábamos cosas que se suponía que no podíamos tener en el colegio, o nos escapábamos a la ciudad aprovechando algún recreo. En fin, transgresiones normales en muchachos de nuestra edad que normalmente no tenían trascendencia mayor. El Príncipe era especialmente travieso, muy vitalista y muy bromista. Era todo corazón.

¿Recuerda cómo pasaban ustedes una jornada normal en el colegio?

Nos levantábamos muy temprano y teníamos que formar para izar bandera. Después hacíamos un poco de instrucción de tipo militar dirigidos por el profesor de gimnasia. Posteriormente acudíamos a misa, todos los días. El resto del día transcurría entre las clases, el estudio y los deportes. Practicábamos sobre todo dos deportes, por supuesto el fútbol y cada vez nos fuimos aficionando más al hockey sobre patines, incluso jugábamos con los equipos locales de estudiantes; recuerdo algún partido contra el colegio de los Jesuitas. El fin de semana comenzaba el sábado por la tarde, porque por la mañana había clases. El sábado por la tarde y el domingo solíamos salir todos juntos. Alguna vez íbamos al cine o a un concierto. En otras ocasiones hacíamos una visita a un museo o a una fábrica; recuerdo que siempre nos regalaban algo de lo que fabricaban, a lo mejor un tornillo o cualquier otra cosa insignificante, pero a nosotros nos hacía mucha ilusión. En aquella época muchas de las autoridades civiles no sabían muy bien cómo recibir al Príncipe, porque pensaban que su visita les podría ocasionar problemas con Franco. Lo cual hacía que a veces tuviéramos un recibimiento algo extraño en algunas de nuestras excursiones. Recuerdo incluso que algún gobernador civil se marchó de su provincia para no tener que recibir al Príncipe. Pero en general la gente del pueblo era muy cariñosa con nosotros.

¿Cómo era su relación de compañeros con la persona del príncipe Juan Carlos?

Muy normal. Él era uno más de nosotros. Sabíamos quién era pero lo tratábamos absolutamente igual que al resto de los compañeros, y además así quería él que fuera y su padre lo mismo. Nosotros le hablábamos de tú, por supuesto, y de don Juanito, «oye tú, don Juanito», y él a nosotros igual pero naturalmente sin el «don».

¿Eran ustedes conscientes de que estaban conviviendo con una persona que tenía posibilidades de convertirse en el sucesor de Franco, en el Rey de todos los españoles?

Pues sí y no. Sabíamos quién era don Juan Carlos de Borbón y de dónde procedía. No en vano nuestras familias eran monárquicas. Teníamos unas ciertas nociones de lo que significaba su presencia en España. Pero también notábamos que el clima en nuestro país, empezando por el Gobierno, era verdaderamente hostil a la restauración de la monarquía. No había más que leer la prensa para constatar la permanente campaña de desprestigio al papel que había jugado la monarquía en España hasta el exilio de Alfonso XIII en 1931. Por supuesto que sabíamos que había alguna posibilidad de que don Juanito llegara a ser rey, pero la verdad es que lo veíamos como algo bastante remoto.

Se supone que en un internado como el que vivieron se crean relaciones bastante estrechas. ¿Cómo han evolucionado esas relaciones o amistades con el tiempo?

Aquí tengo una foto que nos hicimos en 1998 los mismos alumnos de Las Jarillas, cincuenta años después del comienzo de nuestros estudios. Hemos conservado a través del tiempo una magnífica relación de compañeros. A Dios gracias, los nueve vivimos. Fue una enorme satisfacción el haber podido conmemorar el quincuagésimo aniversario del inicio de la escuela de Las Jarillas. Qué duda cabe que para todos nosotros fue un enorme honor y una experiencia inolvidable el haber convivido esos años con el Príncipe. Para mí fue particularmente enriquecedor compartir la misma habitación con él durante todos los años que estuvimos en San Sebastián.

¿Hasta qué año estuvieron en el colegio de San Sebastián?

Allí pasamos cuatro cursos completos, tercero, cuarto, quinto y sexto de bachillerato. En 1955 el Príncipe se vuelve a Madrid e inicia un año de preparación para su ingreso en las academias militares. El resto de los compañeros de nuevo nos quedamos sin colegio y se vuelven a organizar unas clases particulares, esta vez en mi propia casa porque en la de Fernando Falcó estaba viviendo el Príncipe tutelado por el duque de La Torre. Ese año hicimos el preu con una serie de profesores que nos prestan su ayuda, y a partir de ahí cada uno sigue su camino.

¿Qué asignaturas le gustaban más y cuáles menos?

Se me daban muy bien las matemáticas, aunque después no hice una carrera de ciencias. Me gustaba mucho también la literatura, las ciencias naturales y la física. La química, en cambio, no me gustaba tanto.

¿Recuerda cuáles fueron las primeras lecturas que le impresionaron especialmente?

En el colegio leíamos mucho a Azorín y a Galdós. De este último recuerdo que nos leímos todos los *Episodios Nacionales*. Por supuesto, también los clásicos del Siglo de Oro, como Lope de Vega o Calderón. Yo he leído también bastante sobre pintura, me aficioné porque en cierta ocasión nos mandaron hacer un trabajo sobre un pintor determinado; a mí me tocó El Greco. Recuerdo que al Príncipe le tocó Velázquez. Y cada uno tuvo que conseguir varios libros sobre el pintor que le había tocado y leérselos detenidamente.

¿Cómo vivía un niño de once o doce años el hecho de estar separado de su familia?

Era duro, porque no solo estábamos lejos sino bastante aislados de nuestras familias. En aquella época no existían las facilidades de comunicación que hay hoy día. Rara vez hablábamos por teléfono. Nos comunicábamos principalmente por carta. Con el tiempo esto fue una ventaja, pues hoy conservo las cartas mías de aquella época, que me dio mi madre años después.

¿Podían recibir visitas?

Sí podíamos, pero no eran habituales. El Príncipe sí recibía algunas visitas oficiosas, pero no muchas porque, como ya he dicho, la mayoría de los políticos de aquella época leían en la prensa la campaña de descrédito generalizado de la institución monárquica y tenían miedo de ir a visitar al Príncipe. A lo mejor venían algunos que tenían cierta tradición monárquica y estaban dispuestos a correr el riesgo. Pero nosotros prácticamente no nos enterábamos de aquellas visitas que no trastocaban en absoluto la vida ordinaria del colegio.

¿Cuál fue su experiencia en el aprendizaje de lenguas extranjeras en el colegio?

En los primeros años solo aprendíamos francés, como en la inmensa mayoría de los colegios españoles. No había llegado todavía la moda del inglés. El Príncipe ya dominaba varias lenguas desde pequeño. Además del español, hablaba muy bien francés, portugués e italiano. El inglés lo empezamos más tarde, pero la enseñanza de los idiomas en aquella época no estaba tan desarrollada como hoy día. Hasta tal punto que incluso en los exámenes oficiales tuvimos algunas dificultades con el inglés. Recuerdo que coincidía con la época en que la prensa atacaba al padre del Príncipe diciendo que realmente no era un príncipe español, que se había educado en la Escuela Naval británica y que prácticamente era un oficial de la Marina inglesa. ¡Al mismo tiempo su hijo casi suspende el examen de inglés! Una cosa bastante graciosa. Creo que fue la asignatura en la que tuvo más dificultades. Yo, con el tiempo, aprendí inglés, pero ya en una etapa posterior, cuando estuve estudiando en Inglaterra en la Universidad de Cambridge.

¿Por qué carrera se decidió usted después de acabar el preu?

A mí verdaderamente me gustaba mucho la economía, pero entonces la Facultad de Económicas de la Universidad Complutense de Madrid estaba empezando y mi padre me sugirió que estudiara Derecho porque, por una parte, tenía algunas asignaturas relacionadas con la economía, y, por otra, gozaba de una gran tradición con una magnífica escuela de profesores. «Y después si quieres te especializas en econo-

mía», añadió mi padre. Eso fue lo que hice. En octubre de 1955 empecé la carrera de Derecho en la sede de San Bernardo. Varios meses después, en febrero, hubo unos problemas gravísimos de orden público dentro de la facultad, ocasionados entre otras cosas porque una serie de gente del mundo sindical relacionados con la Falange —lo recuerdo perfectamente— aparecieron de repente e invadieron nuestra facultad. Hubo graves incidentes, incluso un estudiante muerto, y entonces cerraron la facultad y nos mandaron a estudiar por las tardes en el edificio de la Facultad de Farmacia en la Ciudad Universitaria. Ese mismo año se construyó lo que es el actual edificio de la Facultad de Derecho en la Ciudad Universitaria, que nosotros estrenamos el curso siguiente.

¿Recuerda a algún profesor que lo marcara especialmente durante su etapa universitaria?

Quizá el que más me marcó fue un gran catedrático de Derecho Romano que se llamaba Ursicino Álvarez. Sobre todo por su manera de explicar las cosas. Siempre utilizaba la pizarra y las cosas que iba contando las iba escribiendo allí de forma sintética. Eso a mí me ayudó muchísimo para coger mis apuntes y para ordenar las ideas de una manera mucho más organizada. Creo que es el mejor profesor que he conocido en mi etapa universitaria. Después, por supuesto, tuve otros profesores muy buenos. Hay que decir que en aquel momento la Facultad de Derecho contaba con personas de un extraordinario prestigio. Grandes catedráticos como Federico de Castro, Joaquín Garrigues, Nicolás Pérez Serrano, Antonio Hernández Gil, José María Naharro, Leonardo Prieto Castro y muchos más. La verdad es que la universidad en aquel momento tenía un prestigio social enorme que no tiene actualmente, no sé si es porque está masificada o porque la enseñanza ya no se cuida tanto. Para nosotros todos los grandes catedráticos que he nombrado eran personajes de un gran prestigio personal, y yo personalmente guardo un magnífico recuerdo de ellos. También tuve muy buenos compañeros en la universidad. Entre ellos estaban José María Álvarez del Manzano, José Luis Leal, Nicolás Sartorius, Juan Tomás de Salas, Jacobo Argüelles, Fernando Arias Salgado y muchos más. Entonces la Complutense era una universidad bastante pobre, tenía pocos medios. Recuerdo que por las calles de la Ciudad Universitaria no se veían apenas

coches, tan solo algunos que transportaban a los catedráticos, ni siquiera ellos tenían vehículo propio. Pero en general había buen ambiente entre los compañeros y un respeto casi reverencial por los profesores. Aunque, por otro lado, la vida universitaria estaba muy politizada, ya que había muy poca libertad de movimientos en la política oficial, así que la política se trasladaba a otras esferas.

¿Se especializó en economía después de terminar los estudios de Derecho?

Sí. Tras acabar la carrera de Derecho me admitieron en la Universidad de Cambridge, en Inglaterra, para hacer un máster en economía. El contraste fue total, porque pasé de una universidad muy basada en programas, en libros de texto, en el aprendizaje memorístico, a un sistema por completo distinto. Recuerdo que el primer día me preguntaron: «¿Qué quiere usted leer?» «No, si yo lo que quiero es estudiar», les respondí. Pensé que era una forma de hablar de los ingleses, pero a los pocos días me di cuenta de que cuando ellos decían «yo leo economía» es que verdaderamente leían sobre economía. Allí las clases eran un instrumento más de la enseñanza, pero no eran fundamentales. Lo fundamental era lo que llamaban la *supervisión*, que consistía en que un catedrático te recibía personalmente una vez a la semana y te encargaba un *paper* para el cual te facilitaba una lista de varios artículos y varios libros. Un *paper* era un trabajo de investigación con un enfoque novedoso sobre un tema determinado que te obligaba a relacionar ideas distintas y razonar; no se trataba de copiar un artículo o de sacar párrafos de un sitio y de otro. Cada semana le presentabas tu *paper* al supervisor, que lo leía y lo criticaba. Con los exámenes pasaba igual, no se trataba de aprenderse de memoria parte del programa, porque no había programa. Desarrollar un tema en un examen exigía aplicar tu capacidad de razonamiento y demostrar que habías leído muchas cosas sobre el mismo. Era muy difícil escaparse si realmente no habías estudiado.

¿Está también satisfecho con los profesores que tuvo en Cambridge?

Por supuesto. Tuve allí grandes profesores. Unos años antes había estado en Cambridge el famoso lord Keynes, y allí seguían todos sus discípulos. Entre ellos recuerdo a la señora Robinson, Kahn, sir Denis

Robertson, o Nicholas Kaldor. En aquella época —los años 1960-1962— la escuela de Keynes tenía una orientación bastante laborista e intervencionista; hoy día esas ideas han evolucionado muchísimo. Para mí fue una etapa fantástica de mi vida. Yo pertenecía a un *college*, pero como era ya licenciado, tenía el privilegio de poder vivir fuera del mismo y no estar sometido a la disciplina del *college*, que te restringía mucho la libertad de movimientos. Durante los dos años que duró mi estancia allí estuve compartiendo piso con un joven profesor indio de matemáticas. Al terminar el máster acabó, por así decirlo, mi etapa de educación formal.

¿A qué colegio envió a sus hijos? ¿Cuáles fueron los criterios que le llevaron a decidirse por él?

Mis hijos fueron a un colegio que se llama Rosales, que curiosamente fue creado por un grupo de padres de alumnos para dar acogida a don Alfonsito, hermano del Príncipe. Porque cuando en 1955 se cierra nuestro colegio de San Sebastián, don Alfonsito vuelve a Madrid y se incorpora a este colegio recién creado que luego se desarrollará muchísimo con el paso del tiempo. Cuando mis hijos llegaron a la edad escolar, Rosales seguía siendo un buen colegio, con un talante abierto y liberal, y además mixto. Así que decidimos mandarlos allí, y a todos les fue muy bien. Después casi todos han pasado por alguna universidad extranjera, en concreto de Estados Unidos. No tengo nada en contra de las universidades españolas actuales, pero creo que están muy masificadas, lo cual inevitablemente afecta a la calidad de la enseñanza. Por otro lado, estudiar varios años en el extranjero ha sido para mis hijos una experiencia muy enriquecedora, por el tipo de educación que reciben, por el perfeccionamiento de los idiomas y, quizá lo más importante, porque cuando vuelven a España se sienten un poco más ciudadanos del mundo, más preparados para la vida. Creo que es una experiencia muy recomendable.

¿Qué tipo de relación mantuvo usted con el colegio Rosales mientras sus hijos estaban en él?

Una relación muy estrecha, incluso llegué a estar varios años en la junta directiva del colegio. Siempre me ha parecido importante estar

bien informado de lo que hacían mis hijos en el colegio y del tipo de enseñanza que recibían. Ellos tuvieron la suerte de tener un profesorado y un director magníficos, y tanto mi mujer como yo nos sentimos muy satisfechos de su experiencia allí.

¿Cree usted que el sistema educativo debe tender a crear especialistas o hacer mayor hincapié en la formación general?

Depende. Creo que lo fundamental, tanto en la universidad como en la educación obligatoria, es educar a los alumnos enseñándoles a pensar, a discutir, a analizar, a leer y escribir, a resumir, a sintetizar, a exponer. Eso es lo importante. La formación específica se puede adquirir posteriormente con cursos de especialización o mediante el propio trabajo. Por ejemplo, yo he tenido compañeros que han estudiado lenguas clásicas y después han sido unos magníficos empresarios. Lo importante es desarrollar unas condiciones personales básicas. Claro, con la excepción de algunas carreras, como Medicina o Arquitectura, que requieren una formación mucho más técnica.

¿Qué cualidades piensa usted que debe tener un buen maestro?

En mi opinión son muy importantes las cualidades personales, y no tanto el conocimiento teórico, que también debe tener su peso. Pero quien en realidad educa a un chico es alguien que sea un ejemplo para él, una persona digna, buena, que se preocupe verdaderamente por él, con quien pueda comunicarse, alguien abierto de ideas, justo en sus juicios, que no le castiga por fastidiar. Un educador debe tener además ciertas aptitudes para la enseñanza y conocimientos técnicos, pero sin esas cualidades humanas es muy difícil que un chico se deje arrastrar por un maestro; por lo menos eso fue lo que me pasó a mí.

LUZ CASAL

«Me rebelaba ante ciertos profesores que solo valoraban el hecho de que supieras de memoria una lección»



María de la Luz Casal Paz (Boimorto, La Coruña, 1958). Cantante. Aunque comenzó interpretando música *rock* en grupo, con los años se ha ido consolidando como una de las solistas melódicas más destacadas del panorama musical español. Su trabajo ha tenido una importante difusión internacional. En 1980 grabó su primer sencillo: *El ascensor*. Desde entonces ha publicado nueve discos de larga duración. El último de ellos en 1999, titulado *Un mar de confianza*. Entre los temas más célebres interpretados por Luz se encuentran *No me importa nada*, *Rufino*, *Piensa en mí* o *Un año de amor*.

Cuando en el colegio conjugaban el verbo avoir o declinaban el rosa rosae, Luz Casal aprovechaba los fines de semanas para echarse unos canchitos por las discotecas y fiestas de Asturias. Siempre tuvo muy claro que le apasionaba la música y que quería cantar. Su meta no era la universidad. Del colegio pasó al conservatorio, donde cursó estudios de solfeo, piano y conjunto coral. Pero pronto se dio cuenta de que la interpretación de la música que recibía no era la que ella buscaba para expresarse. Luz se sentía interpelada por Bob Marley y Peter Tosh, cuando en España todavía eran casi desconocidos. El acervo cultural de Luz Casal tiene mucho que ver con su actitud autodidacta, con su inquietud y tenacidad ante lo que le gusta y quiere. Es una mujer fuerte, capaz de transmitir su energía desde el escenario. No es producto del marketing. Lejos de los focos y las multitudes, Luz es una mujer cercana y natural, esa es la impresión que tuvimos cuando conversamos con ella en la cafetería de un hotel de Barajas. Nos dispensó un trato amigable. No podía ocultar su satisfacción al recordar su infancia en Gijón y Avilés, evocando con una sonrisa constante las primeras clases que recibió de su maestra y vecina: la señorita Pura.

¿Cuál fue su primer contacto con el mundo de la escuela?

Mi primera experiencia escolar está relacionada con las circunstancias laborales de mi familia. Mi padre —que en paz descanse— trabajaba en el puerto de Avilés. Vivíamos en un grupo de edificios de la empresa y los hijos de los trabajadores teníamos nuestras escuelitas propias, una para los chicos y otra para las chicas.

¿Recuerda quién le enseñó a leer?

Sí, una vecina que era maestra: doña Pura, una mujer morena y bellísima de la que tengo muy buenos recuerdos. No soy nada mitómana,

pero si tuviese que definir cuál es mi ideal de mujer, tendría que hacer referencia a la señorita Pura; creo que ese ideal se acerca más a ella que a nadie. Me enseñó a leer y a escribir. Fue la primera persona que me abrió la mente a muchas cosas nuevas. Me gustaba escucharla contar cosas, también a sus hermanas, que eran parecidas a ella. Hablaban con frecuencia de un viaje que hicieron a Sudamérica. Tengo recuerdos muy vívidos de aquella época. A doña Pura y a sus hermanas tengo mucho que agradecerles porque despertaron en mí inquietudes en un lugar con pocas posibilidades culturales y en una época muy difícil.

¿Cuánto tiempo estuvo en aquella escuela con doña Pura?

Calculo que unos cuatro años, pues a los ocho pasé al colegio Paula Frasinetti, de las Madres Doroteas en Avilés. También guardo buenos recuerdos de esa etapa escolar. No me resultaba pesado ir a misa todos los días, porque me reconozco creyente. Me acuerdo que llevábamos un uniforme diferente para cada época del año. Cuando hacíamos gimnasia parecíamos señoritas del siglo XIX, era una cosa arcaica a tope. Todas mis compañeras, excepto dos, tenían un nivel económico muy superior al mío. Cuando llegaba la rifa de Navidad, yo aportaba un regalito modesto y las niñas «superpoderosas» de apellidos contundentes aparecían con frigoríficos o cosas similares. Había unas diferencias muy evidentes, y cuando eres una niña las percibes de forma cruel. Recuerdo que cuando acudía a los cumpleaños de muchas de mis compañeras nos atendían empleadas con cofia y yo no sabía si comer o echar a correr. Las monjas también trataban de forma diferente a las niñas con determinados apellidos. Pero tengo que decir que yo no guardo ningún resentimiento. Creo que en ese colegio aprendí bastante y descubrí cosas que me han servido mucho en la vida. Lamentablemente, a mitad de curso, tuve que dejar el colegio porque mi familia tuvo que mudarse de Avilés a Gijón. Allí me matriculé en un centro mixto: el instituto Jovellanos.

¿Por qué tuvieron que trasladarse?

Porque una noche el edificio de enfrente al nuestro se vino abajo y todos los vecinos corríamos peligro. Fue algo que nos afectó drásticamente a todos. Me vi despojada de unas circunstancias que me gus-

taban, como mi colegio o mis amigas. Mi madre no quiso dejarme interna en las Doroteas, así que no tuve más remedio que cambiar de centro.

¿Qué edad tenía cuando se produjo ese cambio?

Debió de ser a los doce o trece años. En el cambio me hice mujer. Todo comenzó a ser más crudo, una pesadez. Comenzaron los interrogatorios por parte de mis padres: «¿Dónde vas? ¿Por qué? ¿Con quién te juntas? Llevas el pelo demasiado corto o demasiado largo.» Un sinvivir. De esa época, que me marcó porque desde entonces tengo miedo a los cambios, no guardo buen recuerdo. Fue un año y medio muy duro. En cuanto a los estudios, pasé de estar muy protegida y llevarlo todo muy bien a meterme en una clase junto con veinte chicos, de los cuales me gustaban dieciocho y con los dos restantes me llevaba fatal. Fue demasiado. Ahí empecé a meterme más en la música. Me desmadré bastante. Después de año y medio, dejé el Jovellanos y me matriculé en otro instituto peor. Logré acabar el bachillerato elemental con bastante esfuerzo. Dejé de tener interés por estudiar y me metí de lleno en la música. Mis padres no me forzaron a seguir estudiando; si lo hubieran hecho creo que hubiera sido un desastre, habría tirado por lo tremendo, que es el camino que tomo cuando me siento agobiada.

¿Aparcó entonces definitivamente los libros?

Sí. Empecé a trabajar y a actuar justo cuando me trasladé a Gijón. Y aquello fue imparable. Creo que despertar a lo que a uno le gusta forma parte de la esencia del ser humano. Lo mismo puede ocurrir en la pintura, en la escritura o en cualquier otra cosa. Descubrí que cantando y escuchando música me ponía de una manera diferente. Y fui indagando guiada por una *lucecita* que iba diciendo: «¡Tú por ahí!»

¿Qué tipo de estudiante era usted?

Siempre fui una alumna atenta en clase, pero cuando no me interesaba lo que estábamos dando, no me esforzaba demasiado. Nunca se me dieron bien algunas asignaturas como física, química o matemáticas, porque no formaban parte de mis intereses. Recuerdo que al fina-

lizar un examen de matemáticas en tercero de bachillerato le puse a la profesora la típica frase de «solo sé que no sé nada». Me llamó y me puso en evidencia delante de toda la clase. Tardé tres años en aprobar su asignatura. Lo pasé mal con algunos profesores del instituto. Hay que tener en cuenta que mientras mis compañeras de clase casi seguían jugando a las casitas, yo ya me había subido a un escenario, ya me habían aplaudido e incluso habían pagado algunas pesetas por verme. Por eso me rebelaba ante ciertos profesores que solo valoraban el hecho de que supieras de memoria una lección, cuando para mí la vida era mucho más que eso, y lo más interesante estaba fuera de las cuatro paredes del instituto.

¿Está satisfecha con la formación que recibió?

Quizá el bachillerato elemental sea poca cosa, pero mi problema fue que no había nada que me interesara salvo trabajar y estudiar música. Estudié solfeo, conjunto coral y algo de armonía y piano, pero tenía muy claro que no quería ser profesora de canto, ni concertista de piano. Ahora hay más opciones y más posibilidades. En cierta medida he sido autodidacta porque siempre me ha gustado aprender e investigar por mi cuenta en el mundo de la música. Cuando saqué mi primer disco en 1980, yo ya estaba familiarizada con el *reggae* —que aquí apenas se conocía— y me encantaban Bob Marley y Peter Tosh. No he echado en falta una formación más académica, aunque me hubiese gustado aprender a hablar bien inglés y tener mayor fluidez en francés. Por otra parte, suelo leer bastante, y esto en cierta manera complementa mi formación.

¿Cuándo se aficionó a la lectura?

De niña. Recuerdo que mi habitación estaba completamente llena de libros y de discos. Igual que mi casa actualmente. Mi padre leía habitualmente el periódico y oía la radio. Creo que los libros y la música te posibilitan una manera diferente de viajar en el tiempo y en el espacio. Hay muchos escritores que me gustan, por ejemplo, Miguel Delibes, por citar alguno; su libro *Señora de rojo sobre fondo gris* me pareció bellísimo, maravilloso. La lectura es una de las actividades con las que más disfruto.

Volviendo al colegio, ¿recuerda a algún profesor o profesora de manera especial?

Sí, la señorita Bonilla. Me daba la asignatura de francés. Recuerdo que cuando nos hablaba nos miraba subiendo mucho las cejas. Tenía muy buen rollo conmigo, aunque yo siempre iba bastante pegada a los exámenes y solía aprobar por los pelos. Un día, mientras actuaba en el Centro de La Habana en Oviedo, la divisé entre el público y pensé: «¡Ostras!, ¿qué hace aquí la Bonilla?» Creí que no me conocería, porque yo en el escenario me transformaba bastante, pero cuando acabó la actuación vino a saludarme y me presentó a su marido. Pasé una vergüenza tremenda porque no estaba acostumbrada a tratar a los profesores fuera de clase, y menos en esas circunstancias.

Es de suponer que con tantos desplazamientos al extranjero por motivos de trabajo habrá tenido oportunidad de poner en práctica el francés que le enseñó la señorita Bonilla, ¿no?

Precisamente ahora he vuelto a coger los libros para repasar. Voy a hacer un vídeo en Sevilla con una productora francesa y echaré mano del francés que aprendí en aquella época. Por fortuna algunas personas del equipo que me acompaña se desenvuelven en ese idioma mucho mejor que yo. Con el inglés tampoco tengo mucha soltura; a veces me agobio, tengo miedo de emplear mal un tiempo verbal, no quiero meter la pata y me retraigo, hasta que me harto y suelto lo primero que se me viene a la cabeza, sea en inglés, español o francés; algunas veces me ha pasado incluso en las entrevistas de radio o televisión. La verdad es que ahora lamento no haberme puesto mejor las pilas y haber sacado mayor rendimiento de las clases de idiomas en el colegio. Aunque procuro seguir estudiando. Pronto iré a Inglaterra a grabar y me llevaré mis libros y mi diccionario. Aprovecharé los descansos en la grabación para ampliar mis conocimientos de inglés.

¿Qué piensa del estudio de los idiomas clásicos en el colegio?

Creo que forman parte de nuestra cultura y habría que buscar la manera de no perderlos e incluso de potenciarlos. Yo estudié un poco de latín, llegué al *rosa rosae* y poco más. Quizá entonces teníamos la

impresión de que estábamos estudiando algo que no nos iba a servir para nada. Sin embargo, ahora cuando voy a Londres y entro, por ejemplo, en una iglesia donde utilizan el latín, tengo la impresión de que me entero de algo. Me resulta curioso que haya gente que quiera quitar el latín de los planes de estudio, con el afán que existe por recuperar y potenciar otras lenguas como el vasco, catalán, gallego o incluso el bable.

¿Qué valores cree que debe transmitir la escuela a través de las asignaturas que se imparten en ella?

Considero imprescindible que se posibilite una buena convivencia y que se inculque a los alumnos el respeto a los demás. El respeto debería ser la asignatura esencial en cualquier colegio. Me sorprende ver cómo esos niños que van a buenos colegios, que se supone que están bien educados, que tienen padres con cierta cultura, de repente no solo tiran el papelito del chicle al suelo, sino que no respetan a las personas mayores o a sus propios abuelos. Acumular muchos contenidos de historia o matemáticas sin una base de respeto, tolerancia y buena convivencia me parece una formación incompleta.

¿Qué piensa de la coeducación?

Estoy convencida de que la educación básica ha de ser una, la misma para el hombre o la mujer. Hacer distinciones como, por ejemplo, la utilización del color azul para el niño y rosa para la niña me parece una cosa absurda. Por otra parte, considero que como mujer tengo mis peculiaridades y no debo seguir el canon marcado por los hombres ni resignarme a un rol establecido para nosotras. Es una injusticia que yo misma he padecido en más de una ocasión. Los primeros años en los que yo salía al escenario, recuerdo que tenía que llevar una falda bien corta, porque si me ponía pantalones la gente enseguida pensaba: «Algo raro tendrá.» Es terrible, porque sabes que estás trabajando igual que tus compañeros hombres, y sin embargo encuentras muchas más dificultades por tu condición de mujer. Desde la escuela hay que hacer algo por remediar cualquier tipo de discriminación en este sentido. Yo odié el color rosa hasta hace muy pocos años.

¿Qué cualidades o virtudes cree usted que debe tener un buen maestro o maestra?

Sin ningún género de dudas, enseñar con el ejemplo. Si un alumno no ve que su profesor de dibujo se transforma ante un cuadro determinado, creará que lo que le está enseñando es una imposición, algo que tiene que ver solo con el trabajo y nada más. ¿Cómo puede enseñar bien literatura un señor que no es un buen lector? El maestro debe saber proyectar en sus alumnos lo que siente ante lo que enseña. Debe saber inculcar con el ejemplo el gusto por la materia que imparte. Debe tener también mucha paciencia, y por último, creo que debe saber proyectar bien la voz para que en un aula grande con muchos alumnos todos puedan oírle bien; parece un detalle sin importancia, pero no lo es.

JUAN LUIS CEBRIÁN

«Yo estaba enchufado con muchos
de mis profesores»



Juan Luis Cebrián Echarri (Madrid, 1944). Periodista y escritor. Consejero-delegado del grupo PRISA. Miembro de la Real Academia Española. Miembro del Club de Roma. Participó en la fundación de la revista *Cuadernos para el Diálogo*. Fue redactor jefe y subdirector de *Informaciones*, director de los Servicios Informativos de Televisión Española, director fundador de *El País* y presidente del Instituto Internacional de Prensa. Entre otros galardones, ha obtenido el premio Víctor de la Serna de Periodismo, el premio Nacional de Periodismo, la medalla de la Libertad de Expresión de la Roosevelt Freedom Foundation y la medalla de oro de la Universidad de Misuri. Es caballero de la Orden de las Artes y las Letras de Francia. Autor de diversos libros de ensayo y ficción.

La primera dificultad ya la conocíamos. Venimos a hablar del pasado con un hombre que apuesta decididamente por el futuro: Juan Luis Cebrián, cuyo último libro, La Red, versa sobre cómo cambiarán nuestras vidas los nuevos medios de comunicación. Todo lo que tenemos ante nuestros ojos nos confirma su mentalidad avanzada, desde la decoración de su despacho en la Gran Vía madrileña hasta su moderno traje gris. Antes de comenzar la entrevista nos topamos de frente con la segunda dificultad; Juan Luis nos «arregla» el título del libro: «Es cierto que nadie olvida a un buen maestro, pero tampoco a uno malo.» Su experiencia escolar no ha sido especialmente positiva. En general no guarda buenos recuerdos de sus maestros. Sin embargo, nos admira su capacidad para hablar de ello sin resentimiento, sin amargura, sin nombres propios. Juan Luis Cebrián fue un niño que siempre quiso ser mayor. Su mente y su capacidad crecían más rápidamente que su cuerpo. Un niño que nació con el periodismo corriendo por sus venas. Desde sus primeros años de colegio sentía verdadera pasión por la letra impresa, por la noticia fresca, por la opinión valiente y controvertida. Y no paró hasta llegar a la dirección de El País. Mientras avanza nuestra conversación nos damos cuenta de que gracias al talante de Juan Luis Cebrián las dos dificultades iniciales se han desvanecido como el humo y de que hemos logrado conectar con el adolescente incomprensido y comunicativo que ahora ocupa la silla «V» de la Real Academia Española.

¿Cuáles son sus primeros recuerdos escolares?

La verdad es que a estas alturas de la vida se me ha pasado cualquier resabio, pero no guardé un buen recuerdo inmediato del colegio. Fui al colegio del Pilar en Madrid, el mismo donde estudió mi padre.

Nací en 1944 y entré en el Pilar en 1950, con seis años, e hice allí todo el bachillerato y el preuniversitario, pero en mi caso se daba la peculiaridad de que entré en un curso más avanzado del que me correspondía. Por las razones que fuera, aprendí a leer muy temprano; creo que con cuatro años —según me cuenta mi padre— ya leía con cierta fluidez y medio escribía, por eso me matricularon en un curso superior, de modo que cuando hice el ingreso en el bachillerato no me pude examinar con mis compañeros, y lo hice el año siguiente de ingreso y de primero a la vez. Además yo cumplí los años en octubre, así que era el más joven con mucho de mi clase; había otros dos o tres que también iban un curso adelantado, pero que cumplían mucho antes que yo. Por eso con muchos de mis compañeros me llevaba año y pico de diferencia, y en algunos casos, casi dos años.

¿Le influyó de manera decisiva el hecho de ser el más pequeño de su clase?

Esa circunstancia me hizo sufrir mucho en algunos momentos de mi estancia escolar. Claro, a los seis años eso no se nota apenas, pero a los once, doce, trece, sí. Cuando yo todavía no había entrado en la pubertad, la mayoría de mis compañeros de clase eran ya adolescentes. Mi desarrollo físico era siempre inferior al de ellos, y eso me generaba algunos problemas de relación. Hice el bachillerato bien; no era un empollón, pero tengo que reconocer que era un estudiante de los buenos, un estudiante apreciado, y era *aspirante, congregante* y todas estas cosas, de los preferidos de la clase. Pero también tuve muy malas experiencias en el colegio. Desde intentos de ataques de contenido homosexual por parte de algún profesor —que nunca comenté a mis padres, lo resolví yo solo como pude—, hasta los problemas que tuve con algunos de los curas y con el director cuando dirigí la revista del colegio, *Soy Pilarista*.

¿No suspendió nunca ninguna asignatura?

En todo el bachillerato tuve un solo suspenso; fue en primero, aquel año que me examiné de ingreso y primero fuera del colegio, en el instituto. Me catearon en lo que se llamaba *formación del espíritu nacional*, que era la educación política del régimen, lo cual también fue

un problema porque mi padre era director del diario *Arriba* y muy relacionado con la Falange, y que su hijo suspendiera precisamente en eso, llamaba la atención. Lo cierto es que a mí no me habían enseñado nada de la asignatura en el colegio y tampoco me interesaba mucho. Al mismo tiempo que era un poco del círculo de los distinguidos o de los «meapilas», tuve, como ya he dicho, malas experiencias en el colegio y con el tiempo llegué a tomar una doble decisión: primera, que nunca llevaría a mis hijos a un colegio *de curas*, y segunda, que siempre los enviaría a un colegio mixto. He tenido seis hijos en dos matrimonios diferentes, han ido a toda clase de centros por una razón u otra, pero desde luego nunca han ido a uno religioso y siempre a colegios mixtos.

¿Antes de entrar en el Pilar asistió a algún otro colegio?

Sí. De pequeño fui al jardín de infancia a un colegio de monjas que llamaban «las damas negras», cosa que recuerdo vagamente; debía yo de tener cuatro o cinco años. Y luego durante un curso fui a otras monjas que tenían el colegio enfrente de mi casa, en el barrio de Salamanca, en la calle Núñez de Balboa. Pero eran colegios de jardín de infancia; la enseñanza reglada para mí empieza y termina en el Pilar, donde estuve, si mal no recuerdo, diez años, desde 1950 a 1960.

O sea, que en general sus recuerdos escolares no son positivos.

Tampoco son totalmente negativos. Vuelvo a decir que tenía buenas notas y estaba enchufado con muchos profesores. Era muy religioso yo, de misa diaria, formaba parte de la élite de la clase. Hay que decir que el Pilar no era un colegio tan represivo como otros de la época, pero, sin embargo, yo guardé inmediatamente una conciencia represiva quizá por esas cuestiones que he comentado de intentos homosexuales por parte de un profesor, y los conflictos que tuve por publicar algunas cosas en la revista del colegio. Me acuerdo de que tuvimos un problema muy serio porque en la revista abrí una sección de críticas al funcionamiento del colegio y una vez publicamos que no había calefacción en las clases de preuniversitario y pasábamos mucho frío. Se montó un pollo tremendo. Otra vez, en una de las portadas de la revista de febrero o de marzo aparecía un dibujo de un alumno que representaba una especie de baile de carnaval en la entrada del colegio. Chorradas

de ese género que a mí me hicieron la vida bastante imposible. Todavía durante un par de años o tres después de mi salida del colegio pertenecí a una congregación universitaria muy famosa que se llamaba la CUMI, donde coincidimos una serie de estudiantes de filosofía y de derecho y formamos un grupo de amigos. Éramos cinco fundamentalmente, cada uno hacía un curso diferente en la universidad; el mayor era Gregorio Peces-Barba, luego estaban Ignacio Camuñas, Javier Rupérez, Julio Rodríguez Aramberri y yo, que era el menor del grupo. Y todos nosotros, salvo Gregorio Peces-Barba, habíamos ido al Pilar. Ignacio Camuñas y Javier Rupérez habían dirigido también la revista del colegio. De ese grupo nació en gran medida la creación de *Cuadernos para el Diálogo*, porque Peces-Barba era ayudante de cátedra de Ruiz-Giménez. Hacíamos una mezcla de vida política y religiosa. También fui un miembro muy activo de la Asociación de Antiguos Alumnos durante un par de años, de la que me fui también, por el método más efectivo: dejé de pagar las cuotas. Estuve en la junta durante algún tiempo, y rompí porque aquello me parecía una asociación de reaccionarios al servicio de los mismos intereses y la misma ideología que representaba el colegio.

¿Cuáles fueron los motivos de esa ruptura tan radical?

En 1964 obtuve una beca de la Fundación March para ir a estudiar y a hacer prácticas de periodismo en París y en Londres durante un año. Ya entonces ese grupo de amigos del que he hablado antes formábamos una parte de la democracia cristiana española, que trataba de ser de alguna manera disidente. Ha sido la única etapa de mi vida en la que he militado en algún partido político. Teníamos relaciones con la democracia cristiana italiana y con grupos similares de América latina. Entonces empezamos a separarnos del colegio, pero no respecto a lo fundamental que habíamos aprendido allí; de hecho manteníamos cierta ligazón con los Marianistas a través de su congregación universitaria. Por aquella época también contactábamos con otros grupos afines de diversas ciudades españolas, como el de Manuel Jiménez Fernández en Sevilla, al que pertenecía Felipe González. Mi padre era un hombre del régimen, el padre de Peces-Barba había estado condenado a muerte por el franquismo, es decir, que lo nuestro era una especie de

inicio previo de la transición a pequeña escala. En esa época yo experimenté una ruptura curiosa y paradójica con ese grupo. Una ruptura más bien religiosa y personal que política. Por un lado, con la excepción de Javier Rupérez, este era un grupo muy misógino, muy aferrado a la moral ortodoxa católica y con tendencias a veces un poco extrañas. Por otro lado, era un grupo también muy tradicional respecto a distintas formas de cultura. Por ejemplo, de vez en cuando yo enviaba tanto desde París como desde Londres algún artículo para *Cuadernos para el Diálogo*; así que, cuando se estrenó la primera película de la serie Bond, *James Bond contra el doctor No*, con Sean Connery y Ursula Andress, me gustó muchísimo, me pareció divertidísima, y escribí un artículo diciendo que por fin había llegado la imaginación al cine, que era una gran película y que iba a marcar una era en la historia del cine moderno. No me las quiero dar de profeta, pero creo que el tiempo me ha dado la razón. Sin embargo, aquel artículo, que no se publicó, me originó una bronca fenomenal, concretamente con Javier Rupérez, que era el otro cinéfilo del grupo, porque decía que yo estaba loco, que aquello era una frivolidad, que era una película que fomentaba el consumismo y una forma de vida superficial. En aquel cruce de cartas con Javier se reflejó la ruptura cultural que yo sufrí en mi interior, porque yo pensaba que se podía opinar que aquella película era mala o buena, pero lo que no me parecía bien era sublimar en contra de los valores de una nueva cultura que estaba surgiendo, efectivamente basada en el consumismo, en el neoliberalismo si se quiere, pero que aportaba una novedad estética. A partir de ahí se generó una reflexión mía en torno a los valores religiosos, morales, de todo tipo. También era una época de cambios en la cultura occidental, porque aunque todavía no había pasado Mayo del 68, ya habían asesinado a Kennedy, y Castro y el Che —al que conocí en París en el estreno de un ballet cubano— eran ya las grandes estrellas de la revolución cubana.

¿Había acabado ya entonces sus estudios universitarios?

Los de periodismo, sí; pero la carrera de Filosofía pura nunca llegué a acabarla, me quedé en cuarto. Yo había empezado esa carrera con la idea inicial de que, como a lo mejor me iba a ir al seminario para ser cura, así ganaba tiempo en mis estudios. Pero luego me decanté

por el periodismo, en el que comencé con cierta ventaja. Entré en la redacción de *Pueblo* para hacer prácticas en el verano de 1962, en el viejo *Pueblo* de Narváez; en aquella época casi ningún compañero hablaba idiomas, y yo tenía un cierto nivel de inglés y francés. Casi nadie había pasado por la universidad, yo estaba estudiando dos carreras. Tenía mis contactos políticos con sectores de la oposición al régimen. Además era muy jovencito, diecisiete años para cumplir dieciocho, y tenía mucho tiempo libre, porque vivía con mis padres y por tanto no necesitaba trabajar para ganarme la vida. En aquella época el periodismo renovador era sobre todo del corazón, con Tico Medina y Yale. Así que no me fue difícil destacar en cierta medida entre una gran cantidad de periodistas que estábamos en aquella redacción. Muchos de ellos eran periodistas de esos que llamaban *patrióticos*, que habían ganado la guerra y no tenían gran nivel cultural, lo cual a mí y a otros compañeros de mi generación nos ayudó muchísimo. Había muchos que no habían hecho ni el bachillerato, eran auténticos autodidactos. Yo respeto mucho a los autodidactos, hay algunos verdaderamente excelsos, pero la acumulación de autodidactismo en nuestra redacción era excesiva. Acabé periodismo con diecinueve años, dos años después, a los veintiuno, me casé por primera vez. Y después ya me fui a *Informaciones*. Pero, en fin, ya nos hemos apartado un poco de la escuela.

Pues volvamos a ella. Usted comentaba que normalmente obtenía buenos resultados académicos. ¿Cómo lo hacía? ¿Cuál era su método de trabajo?

No recuerdo de pequeño haber sido un empollón. Siempre he tenido una gran facilidad de aprendizaje. Me daba grandes atracones fundamentalmente en los exámenes finales. Recuerdo que desde que tenía diez u once años siempre me ha gustado participar en las revistas o periódicos murales que hacíamos en clase. En eso empleaba mucho tiempo, más que en estudiar, y tenía mucha relación con los profesores. Nunca fui deportista, lo cual quizá estaba relacionado con esa mayor endebles física respecto a mis compañeros por la diferencia de edad. Tampoco se vivía un ambiente de deporte en mi casa. Me gustaba mucho más leer. A partir de quinto o sexto de bachillerato, cuando

entró en mi casa el primer tocadiscos, solía estudiar con música clásica, sobre todo con las sinfonías de Beethoven, que me llegué a aprender casi de memoria. Me facilitaban mucho el estudio porque me ayudaban a concentrarme.

¿Qué asignaturas le gustaban más?

Sobre todo me gustaba la literatura. Las ciencias humanas me llamaban más la atención que las ciencias exactas. Era muy bueno en latín y en griego. Y eso me ha ayudado luego a manejarme mejor con los idiomas. En preuniversitario entonces, no sé cómo será ahora en COU, tenías unas asignaturas, pero fundamentalmente te atribuían temas, y a mí me tocó estudiar dos cosas, la historia de los Concilios de la Iglesia católica, porque se había anunciado el Concilio Vaticano II, y *El Quijote*. Estuvimos durante todo un año leyendo *El Quijote*, lo cual me permitió hacerlo de forma exhaustiva, analizándolo, subrayándolo y entendiéndolo mucho mejor. Con ambos temas aprendí muchísimo, lo cual es algo que tengo que agradecer a los planes de estudio de entonces.

¿Cuáles cree que fueron las claves de su afición a la lectura?

En mi familia se leía mucho, pero hay que tener en cuenta que cuando la televisión entra por primera vez en mi casa yo tengo ya trece o catorce años, o sea, que toda mi infancia transcurre sin ella. Existía la radio, donde se pusieron de moda fundamentalmente las radionovelas, que eran las equivalentes a los culebrones de ahora. Había algunas «no toleradas» que no me dejaban escuchar, como una muy famosa llamada *La segunda esposa*. Entonces triunfaba el famoso cuadro de actores de Radio Madrid, con Pedro Pablo Ayuso, Matilde Conesa, etc. También había radionovelas más orientadas a los jóvenes, conscientes de que los niños las escuchábamos a las seis o las siete de la tarde, con las tatas, las mamás o las abuelas. Me acuerdo de tres muy famosas, una por supuesto *El Coyote*, que formaba parte ya en los tebeos y en los cómics de la cultura de mi generación. Porque aparte del *Pato Donald*, la cultura del cómic en mi generación era básicamente española, con *El Guerrero del Antifaz*, *Roberto Alcázar y Pedrín*, luego un poco más tarde *El Jabato*, y *El Coyote*. Las otras dos radionovelas famosísimas que recuerdo son *Dos hombres buenos*, que era del Oeste, y *Diego*

Valor, que era sobre el espacio. He hecho intentos de recuperarlas para Radio Madrid, pero me dicen que se han quedado muy viejas. Sigo creyendo que tendría un sentido recuperarlas de alguna forma. Recuerdo también un famoso programa titulado *Cabalgata fin de semana*, de Bobby Deglané, donde había un cómico argentino muy famoso que se llamaba Pepe Iglesias *el Zorro*; contaba chistes y en aquellos años tuvo una popularidad inmensa. Todo esto me hace pensar en lo efímera que es la popularidad que generan los medios de comunicación, porque lo de Pepe Iglesias fue una cosa tremenda. Pero luego había que leer para no aburrirse, porque no había otra forma de pasar el rato. Inicialmente, cuando yo era muy pequeño, mi hermano mayor y mis padres me orientaron algo en las lecturas. Había una colección muy famosa que se llamaba Juvenil Cadete, donde estaban todos los grandes clásicos: *Ivanhoe*, *Robin Hood*, *Mujercitas*, *Hombrecitos*, Julio Verne, *Dick Turpin*, *Guillermo Brown*. Más adelante, en la adolescencia, los profesores también me aconsejaban lecturas. Recuerdo que había en la biblioteca del colegio un libro muy gordo titulado *Qué se puede leer y qué no se puede leer* que yo consultaba con cierta frecuencia. Era el «Índice» de libros prohibidos, aunque con otro nombre distinto. Curiosamente casi todo lo que me interesaba en esa época no se podía leer, por ejemplo, Unamuno. Se me ocurrió leer *La incógnita del hombre*, de Alexis Carrel, y ¡bueno!, cuando fui al «Índice» me di cuenta de que estaba yo en pecado mortal permanente. Me acuerdo muy bien de otro libro pequeñito que se titulaba *¿Es pecado bailar?* Y lo único que no era pecado era bailar jotas o la sardana, aunque la sardana estaba muy mal vista por cuestiones políticas entonces, pero los bailes agarrados, empezando por el vals, eran pecado grave. En la portada había una chica bailando con un chico que tenía cuernos, orejas y rabo de diablo, que seguramente se iría directamente al infierno después de marcarse aquel bailecito. Ese era el ambiente en el que nos educamos. Tengo hermanas que nacieron a mediados de la década de los cincuenta, y que han conocido una España completamente distinta. Lo que cambia España a partir de los años sesenta, que es cuando yo salgo del colegio, es tremendo, no tiene nada que ver con el país en el que yo me eduqué.

De todos los profesores que ha tenido, ¿se podría salvar alguno?

No sé. Bueno, sí, hubo uno al que tuve cierto aprecio, que luego se hizo cura. Se llamaba José Antonio Romeo Ordinsky, su madre era polaca. Era un hombre de bien. Me cuesta recordar si me llegó a dar clase, creo que no, pero lo conocí en el colegio porque estuvo con nosotros en la congregación universitaria, y luego también lo traté en la universidad. Era un hombre abierto, relativamente tolerante; creo que fue lo mejor que conocí en ese colegio con mucho. Luego en la universidad tampoco tuve maestros, excepto uno, que fue Aranguren. No me llegó a dar clase porque se tuvo que exiliar, pero asistí al famoso seminario de Aranguren sobre filosofía, que lo cerró la autoridad competente. Traté mucho a Aranguren entonces, y después he tenido muchísimo contacto con él, hasta su muerte. Quizá como maestro intelectual ha sido el que más me ha impresionado, no solo con su actitud vital, sino con sus lecturas. Tuve otro maestro en la profesión, que fue Jesús de la Serna, con el que he trabajado durante casi cuarenta años. Pero en general no guardo buenos recuerdos de mis maestros. Por eso me parece muy bien el título de este trabajo, porque un buen maestro no se olvida nunca, pero yo añadiría que uno malo tampoco. A mí me hicieron bastante daño mis maestros. Me enseñaron algunas cosas, por ejemplo, a hablar francés, y la historia de España y esas cosas; era un buen colegio el Pilar, no digo lo contrario, pero sin embargo lo hicieron muy mal con algunas cosas importantes para mí.

¿Qué cualidades cree usted que son imprescindibles en un buen maestro?

Es muy difícil ser un buen maestro, yo por ejemplo creo que sería malísimo. Por otro lado, me parece que los niños aprenden más por lo que ven o por lo que les rodea, que por lo que se les dice o enseña. Su capacidad de aprendizaje se ejercita mucho más por ósmosis que por transmisión directa. En definitiva, supongo que un buen maestro es aquel que escucha, más que aquel que explica, el que está dispuesto a aprender de sus alumnos. Esa es una actitud muy difícil de encontrar en los maestros. No me cabe la menor duda de que si alguien tiene la suerte de encontrar a un verdadero maestro, sea su profesor, su padre,

su amigo, alguien que sea capaz de escucharle —sobre todo en momentos difíciles—, lleva mucho ganado en la vida. Para mí la adolescencia fue especialmente conflictiva, y creo que es una etapa muy difícil para cualquier chico o chica. En mi caso, recuerdo, no ya la sensación de incomprensión típica de todo adolescente, sino que la falta de aproximación a los problemas reales de entonces por parte de la sociedad en general, de los padres y los educadores, era absoluta. Y además en un momento en el que los problemas eran menores, no había drogas, no había los conflictos con la sexualidad que ahora existen, digamos que era una época en principio menos conflictiva para los jóvenes. A pesar de eso, recuerdo un mundo de incomprensión y sobre todo de falta de atención muy grande por parte de las familias en general —empezando por la mía—, de los educadores, del mundo institucional, una tensión sobre lo prohibido verdaderamente muy alta.

¿Qué diferencias básicas encuentra entre la educación que usted recibió y la que reciben sus hijos en la actualidad?

Mis hijos menores, uno tiene diez años y la otra tiene seis, van al Liceo Francés, por lo tanto están sometidos a un sistema educativo especial. Mi impresión es que en conjunto la educación ha mejorado en España, sobre todo en los últimos años. También pienso que quizá les exigimos demasiado a los niños, les atiborramos con toda clase de actividades deportivas, culturales, aprenden no sé cuántos idiomas, van a no sé cuántos campamentos. Yo concretamente no puedo decir que tuviera una infancia desgraciada, no pasé hambre ni privaciones, pero tampoco recuerdo mi infancia como un período de felicidad soñada y arcádica. Desde luego no me gustaba ser niño, siempre tenía unas enormes ganas de crecer e incorporarme al mundo de los adultos. Nunca he pensado siendo niño que eso fuera una ventaja, incluso si me apuran, tampoco lo he pensado siendo joven, lo cual es malo, porque indica que en cierta medida me perdí algunas cosas buenas de la juventud.

¿Cree que la figura del maestro está suficientemente valorada actualmente en España?

Tengo una hija que es maestra de preescolar y primaria, y que está muy satisfecha con su profesión, pero creo que la figura del maestro

está muy desprestigiada, supongo que en gran parte la culpa la tienen los propios maestros. Hablo del maestro de escuela, que creo que ha sido muy importante en otras épocas, por ejemplo durante la República. Probablemente estamos ahora en un camino de retorno. He estado hace unas semanas en Inglaterra visitando un colegio al que voy a enviar a mi hijo de diez años, y tuve la ocasión de hablar con alumnos y con profesores, y pensaba: «No sé si en España ha habido alguna vez un colegio así.» Probablemente los colegios ingleses son demasiado estrictos en la disciplina, pero una de las cosas que pude observar enseñada es que la figura del maestro sigue siendo muy respetada por la sociedad inglesa, y también por los alumnos, cosa que no sucede en el sistema educativo norteamericano, por ejemplo. Me parece muy importante que los chicos crean en los maestros, confíen en ellos, y al mismo tiempo los respeten y comprendan su autoridad. Pero, claro, para que la autoridad sea comprendida y respetada, no debe ser arbitraria, ni represiva, y fundamentalmente tiene que saber escuchar.

¿No cree que los medios de comunicación y las nuevas tecnologías deberían estar más presentes en los programas educativos?

Creo que nuevamente el problema son los maestros; cuantos programas se han hecho para llevar el periódico a la escuela han fracasado porque los que no leían los diarios eran los propios maestros. Ahora nos está pasando con Internet y las nuevas tecnologías algo muy parecido. ¿Es conveniente llevar una computadora a cada aula? Sí, pero el problema es que el maestro está aterrado de que los alumnos le enseñen a él cómo funciona el cacharro. La revolución del 68 en contra del autoritarismo de los profesores, a favor de la igualdad y la autogestión de los alumnos, ha producido sin duda algunas cosas buenas, pero también ha contribuido un poco al terror de los enseñantes. Tenemos que hacer un esfuerzo —la industria, las autoridades políticas, los intelectuales— para que las nuevas tecnologías gocen de la comprensión de los maestros, que no tienen que convertirse en expertos, sino comprender el cambio que suponen para la sociedad. Tienen que ser conscientes de que hoy día la información le llega a sus alumnos por múltiples canales, no solo en las aulas. Sin embargo, estoy convencido de que la escuela y el profesor deben seguir desempeñando un papel cru-

cial en la educación. No creo en el famoso grito de «la escuela ha muerto»; no ha muerto, sino que se ha difundido, se ha extendido. Vivimos en la sociedad de la información y del aprendizaje, y la enseñanza reglada tiene sus funciones, una de las cuales quizá sea ayudar a asimilar el autodidactismo en el que vivimos permanentemente.

CONDESA DE BARCELONA

«Tengo un recuerdo especialmente cariñoso
de mi profesora la madre Ignacia»



María de las Mercedes de Borbón y Orleans* (Madrid, 1910).
Condesa de Barcelona. Tercera hija del segundo matrimonio del infante don Carlos de Borbón y Borbón, príncipe de las Dos Sicilias, con la princesa doña Luisa de Orleans. Infanta de España por concesión de Alfonso XIII y princesa de las Dos Sicilias por nacimiento, en 1935 contrajo matrimonio con el entonces príncipe de Asturias y posteriormente conde de Barcelona, don Juan de Borbón y Battenberg. Madre del actual Jefe del Estado español, el rey Juan Carlos I.

* La condesa de Barcelona falleció el 2 de enero de 2000, en Lanzarote, entre la primera y segunda edición de este libro, por lo que esta fue una de sus últimas entrevistas.

Quizá sea doña María de las Mercedes de Borbón y Orleans una de las personas menos conocidas de la Familia Real española. La viuda de don Juan, el conde de Barcelona, ha llevado una vida discreta; su protagonismo siempre estuvo al amparo del de su marido. Le ha tocado vivir en una época donde pertenecer a la realeza no era un privilegio, sino un servicio. En su vida se han dado cita las alegrías, el dolor, la felicidad y la tristeza. Ha tenido que afrontar acontecimientos ante los que otra persona sin su fortaleza, educación y sentido del deber habría claudicado con facilidad. Los principios que han orientado su vida tienen su base en la educación que recibió. Ella ha accedido amablemente a responder a nuestras preguntas por escrito y así dejar constancia de su gratitud a sus educadores. Doña María de las Mercedes fue una niña despierta, a la que el rey Alfonso XIII llamaba María la Brava. Su infancia transcurrió rodeada del cariño de sus padres y hermanos. No tuvo una niñez llena de caprichos ni grandes lujos. Sus padres fueron estrictos en su educación y, sin ser beatos, le inculcaron un sentido trascendente de la vida. La madre de nuestro Rey recibió la formación apropiada para desempeñar con soltura la misión que la historia le tenía reservada.

¿En qué colegios estudió usted?

La época fundamental de mi educación fue en Sevilla, en el Colegio de las Irlandesas en Castilleja de la Cuesta, en unión de mi hermana Dolores que era la más próxima a mí en edad. Todo ello coincidiendo con la estancia de mi padre en Sevilla como capitán general de Andalucía.

¿Recuerda a alguno de sus maestros con especial cariño?

En general todos los que han sido mis profesores en el Colegio de las Irlandesas; no obstante, tengo un recuerdo especialmente cariñoso de la madre Ignacia.

¿Cree que la educación escolar que recibió en su infancia ha influido de una manera decisiva en su vida?

La formación que yo he recibido, dirigida por mis padres, ha estado orientada fundamentalmente en dos caminos: el primero, el sentido religioso de la vida, y el segundo, en el amor a la Patria.

¿Está satisfecha de la educación religiosa que recibió en el colegio?

Estoy muy satisfecha de haber estudiado en un colegio religioso, por la formación que recibí y que llenó de contenido mi vida.

¿A qué edad aprendió a leer?

Tenía la edad normal, como cualquier otro niño, y mis primeras lecturas las tuve en Madrid, cuando residíamos en el palacete de Castellana, 3.

¿Habla alguna lengua extranjera? ¿Cómo la aprendió?

En la formación que recibí era fundamental e imprescindible el dominio del inglés; no obstante, por la influencia de mi familia materna, Orleans, también poseo el francés.

Su colegio era solo de chicas. ¿Qué opinión le merece la enseñanza mixta?

En aquella época no era corriente la educación en colegio mixto; no obstante, y sin menospreciar la forma anterior, con la evolución del tiempo y las costumbres, ahora considero apropiada la coeducación en un sistema mixto.

¿En qué medida considera importante la organización del sistema educativo infantil en cualquier sociedad?

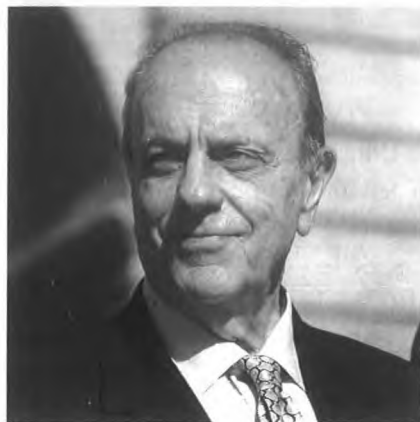
Fundamental. La semilla que prende en los hijos es decisiva para toda la vida, tiene la mayor importancia y de ella depende en cada caso su futuro y el de la sociedad en que influye.

Según su opinión, ¿qué cualidades deberían ser imprescindibles en un buen maestro?

Para un buen maestro son imprescindibles: vocación para la enseñanza, honradez personal, ejemplo para sus alumnos y total sentido de la responsabilidad.

MANUEL FRAGA

«Los profesores del instituto nos enseñaban
a un nivel prácticamente universitario»



Manuel Fraga Iribarne (Villalba, Lugo, 1922). Presidente de la Xunta de Galicia desde 1989. Presidente fundador del Partido Popular. Catedrático de Ciencias Políticas y Sociología en la Universidad Complutense de Madrid. Miembro de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas, de la Real Academia Gallega y de la Academia Gallega de Jurisprudencia y Legislación. Doctor *honoris causa* por varias universidades y autor de más de setenta libros. Ha sido ministro de Información y Turismo, embajador de España en el Reino Unido, vicepresidente del Gobierno y ministro de la Gobernación. Fue uno de los siete ponentes de la Constitución de 1978.

Son las nueve de la mañana. El día ha amanecido lluvioso en Santiago de Compostela. Cuando llegamos al edificio de la Presidencia de la Xunta de Galicia nos percatamos de que la maquinaria ya está funcionando con precisión, cada una de las personas que vemos por allí está realizando su trabajo de forma eficiente. Nadie pierde el tiempo. El conserje nos orienta con amabilidad. El jefe de prensa nos saluda cordialmente y nos da las indicaciones pertinentes. A la hora prevista, ni un minuto más ni uno menos, nos hacen pasar al epicentro del edificio: el despacho del presidente. Fraga parece cansado, está pálido, pero enseguida nos demuestra que a él tampoco le gusta perder el tiempo. Cuando termine nuestra entrevista tiene que recibir al presidente Aznar. Charlar con Manuel Fraga sobre su pasado es como asistir a una conferencia sobre la historia contemporánea de España. Su excelente memoria y la brillantez de sus argumentaciones nos dejan asombrados. Aunque nos resulte difícil imaginarlo, Fraga también fue niño, un escolar estudioso que destacaba considerablemente entre todos sus compañeros, un alumno fuera de serie al que solo se le resistía una asignatura: el dibujo.

¿Cómo se desarrolló el inicio de su escolarización?

Mi escolarización propiamente dicha comenzó en mi pueblo de Villalba, dejando claro que retorné allí pasados los cinco años después de un breve período de dos años en Cuba, donde hubo un pequeño acercamiento a la escuelita local de un pueblo llamado Manatí. Pero realmente lo primero que conservo en la memoria es una escuela privada en Villalba que llevaban entre tres hermanas. De la mayor de ellas, doña Amelia Mato, tengo un excelente recuerdo. Debo decir que tuve la suerte de que en casa se hacía un considerable esfuerzo de educa-

ción complementario al de la escuela, de modo que mi madre, que era de formación francesa, nos hacía leer muchos libros en francés y los comentaba con nosotros. Además, la hermana más joven de mi padre, que era maestra de escuela, como entonces se llamaba, y estuvo ejerciendo en varias aldeítas cercanas a nuestro pueblo, tenía mucha relación con nosotros y pasaba temporadas en casa. A medida que iba aumentando la familia —yo fui el mayor de doce hermanos—, la frecuencia y la duración de sus estancias con nosotros era mayor. De modo que tuve una buena combinación de formación en la casa, formación en la escuela y de muchas lecturas, en español y en francés, lo cual fue para mí una enorme ventaja. Mi madre nos hizo leer todo Julio Verne, porque ella estimaba, con razón, que era a la vez limpio y educativo. Además, en casa se hablaba también el gallego, mi abuelo lo hablaba prácticamente todos los días, aunque solo más tarde tuvimos libros en gallego. Por lo tanto, creo que tuve una formación muy buena para arrancar en la vida, ya de alguna manera europeo y un poco americano.

¿De dónde sacaba su madre el tiempo para complementar la formación cultural de sus ¡doce! hijos?

Mi madre, según íbamos aumentando el número de hermanos, lo tuvo más difícil, pero con los primeros se volcó. Incluso de vez en cuando hacíamos algún viaje al País Vasco francés, de donde ella procedía, a la Navarra de ultrapuertos. Allí también oímos hablar un poco en lengua vasca o euskera. Mi madre fue una gran mujer, muy capaz y trabajadora, que sacaba tiempo de donde no lo había.

¿Qué significó para usted el hecho de ser educado desde tan corta edad en varios idiomas simultáneamente?

No me supuso más que ventajas. Y creo con sinceridad que lo más importante de la formación no es lo que se acumula en la memoria, tema al cual se le daba entonces excesiva importancia, sino la apertura de la mente, el ver desde el primer momento que las cosas pueden decirse de varias maneras, y en cada una de ellas el término puede no ser exactamente sinónimo, porque cada cultura incluye su aportación de una visión algo diferente del mundo. A ello alude la famosa frase de Pascal

de que una cosa puede ser verdad de un lado de los Pirineos y error del otro. Al tema de los idiomas se viene a añadir que yo era hijo de un matrimonio mixto, porque, como ya he dicho, mi madre venía de una cultura europea diferente a la de mi padre. En Francia, el sistema educativo estaba algo más desarrollado que en España. Todas esas diversas influencias creo que sirven para flexibilizar el espíritu. El hecho de viajar de vez en cuando al sur de Francia o de haber cruzado el Atlántico a una edad muy temprana son también patrimonios que uno va adquiriendo y que a mí me han servido hasta el día de hoy. Se espabila uno mucho antes. Un viaje transoceánico en barco o un viaje en tren eran acontecimientos interesantes que no estaban al alcance de todo el mundo entonces. Tengo que decir que desde el primer momento acusé esta apertura mental y creo que fue de las circunstancias que hicieron de mí, sin esfuerzos especiales, un estudiante destacado, un número uno en la mayor parte de las ocasiones.

¿Qué suponía para usted ser habitualmente el primero de la clase?

Satisfacciones en casa, y a veces algún problema con algún compañero. Hace poco un amigo mío de Villalba me decía: «La mayor parte de los chicos te odiábamos, porque llegábamos a casa y nos decían: “Tenéis que ser como Manolo Fraga”», lo cual, por cierto, era una exageración. Pero normalmente las relaciones con mis compañeros eran muy buenas.

¿Qué tipo de alumno era usted en cuanto al comportamiento y la actitud?

Normal. Por supuesto, en aquella época la familia tenía una gran influencia en términos generales. La mía era una familia muy tradicional y profundamente religiosa. Cuando digo tradicional me refiero a la concepción de la vida, porque eran pobres emigrantes, de familias muy modestas. En la generación anterior a mis padres eran campesinos, carpinteros o albañiles de aldea. Pero lo cierto es que entendieron que la mejor forma de invertir sus pocos ahorros era en una buena educación para nosotros. Esa fue una decisión de mi familia que creo trascendental y que nunca agradeceremos bastante todos los hijos, que en general luego hemos hecho razonables carreras. En aquel tiempo la

actividad escolar estaba basada en una vieja enseñanza de tipo memorístico, pero ya con libros de texto aceptables, y por supuesto la disciplina era importante y sobre todo aceptada, no se concebían entonces ciertas rebeldías que luego se consideraron como normales o tolerables, entre otras cosas porque eran sociedades pequeñas donde todo el mundo se conocía.

¿Dónde estudió usted el bachillerato?

— Cuando yo llegué a la edad de diez años no existía en mi pueblo ningún centro de enseñanza secundaria, así que hice por libre ingreso y primero de bachillerato en el instituto de La Coruña, y tal vez hubiera continuado allí en algún internado, pero en el año 1932, como consecuencia del cambio de régimen, la República creó unos centros que primero se llamaron colegios subvencionados y después institutos elementales, en los pueblos principales. Para ello llegó a Villalba un grupo de jóvenes profesores nombrados con gran acierto por la Administración, ya que todavía no había oposiciones. Eran personas que habían demostrado en sus carreras y en sus tesis doctorales capacidad para la docencia. Y así estudié yo segundo, tercero, cuarto y quinto de bachillerato.

¿Cómo era la vida de un niño en un pueblo como Villalba?

En primer lugar hay que tener en cuenta que vivíamos en una sociedad que, aunque estaba convulsa políticamente, no había llegado al grado de inestabilidad que luego conoció. En los colegios no había conflictos de disciplina; los mayores problemas eran que alguien empezaba a fumar a escondidas un pitillo o se tomaba una copa el día del patrón. Por ejemplo, en los años treinta en mi pueblo, como en toda España, entró en vigor la ley del matrimonio civil, la ley del divorcio; pues no hubo más que un matrimonio civil y ningún divorcio que yo recuerde. No es como ahora. La sociedad de entonces estaba estructurada de un modo muy conservador. Como aquellas escuelitas entonces no tenían campos de deportes ni tenían las instalaciones que tuvieron después, pues jugábamos en el campo de la feria, entre dos interrupciones de clase, o por la tarde. En mi pueblo se podían tomar lecciones complementarias de música. Algunas de mis hermanas estudiaron pia-

no y solfeo. Yo me dediqué al violín, que fue mi gran error, porque es un instrumento que se toca muy bien o muy mal, y a mí me tocó lo segundo. En fin, había algunas posibilidades. Aquellos jóvenes profesores que vinieron al instituto fundaron un ateneo cultural que organizaba conferencias de personas muy conocidas de Santiago, La Coruña, etc. Algunos de ellos nombres famosos ya. Yo fui a todas aquellas conferencias, y también acudía a la bibliotequita del ateneo. Eso es lo que puedo contar de una época que tuvo absoluta normalidad dentro de un mundo que se movía en la anormalidad, y eso que Galicia fue una zona pacífica, y España no entró después en la segunda guerra mundial, por fortuna.

Usted tenía catorce años cuando estalló la guerra civil española. ¿Cómo le afectó?

Evidentemente no era posible librarse de ella porque había parientes nuestros en el frente. También estaba muy cercano el frente de Asturias mientras duró. Seguíamos los acontecimientos por la radio, porque entonces no había televisión y radios había pocas. Durante los primeros días sobre todo, asistí con personas mayores a alguna de aquellas emisiones llenas de confusión y de ruidos. A esa edad yo ya era bastante consciente de lo que estaba ocurriendo. Y desde luego a muchos —a mí en concreto— me dio una primera base para lo que luego habría de ser una vocación de servicio público. Yo siempre he estado intentando —como profesor, como funcionario y la mayor parte del tiempo como político— que aquello no se repitiera en nuestro país, como efectivamente ha sido.

¿Hasta cuándo estuvo viviendo en Villalba?

Hasta que terminé quinto de bachillerato. Luego ya pasé a Lugo, porque la guerra civil hizo suspender aquellas actividades, aquellos profesores fueron movilizadas y las instalaciones se deterioraron considerablemente. Así que mis padres me enviaron al internado de los Hermanos Maristas en Lugo, donde hice los dos últimos cursos, sexto y séptimo. Decidieron mandarme allí porque ellos lo consideraron de garantía y porque era la primera vez que yo vivía fuera de casa; al fin y al cabo tampoco estaba muy lejos, a treinta y tantos kilómetros del

pueblo, pero entonces no se iba los fines de semana a casa, se iba uno a dar paseos con los hermanos maristas por los alrededores del río Miño.

¿Qué tal le fue durante esos dos años de internado?

Muy bien. Era un colegio llevado por una congregación religiosa que tenía mucha experiencia educativa, incluso contaban con una editorial internacional para producir libros de texto. Tengo un grato recuerdo de mi paso por aquel internado. En ese momento también los colegios tenían dificultades, de modo que allí daban clases los primeros cursos pero no los últimos. Por eso los alumnos mayores íbamos a estudiar al instituto de Lugo, donde había un grupo de excelentes profesores, muchos de los cuales nos enseñaban a un nivel prácticamente universitario. Creo que para mí fue muy buena combinación, porque en el internado mantenía una relación agradable con los compañeros y en el instituto había un nivel científico muy alto y unas instalaciones aceptables; había incluso unos laboratorios bastante completos. Y así terminé mi bachillerato coincidiendo con el final de la guerra civil.

¿Recuerda especialmente a alguno de aquellos profesores de Lugo?

Sí, a un magnífico profesor de literatura recientemente fallecido, don José Filgueira Valverde. Fue miembro numerario de la Real Academia de Historia de Madrid, y al final de su vida llegó a ser presidente del Consello de Cultura Galega. Nunca quiso dejar la enseñanza media, aunque hubiera podido pasar a la universidad. También fue director de un gran instituto de enseñanza y creador de un magnífico museo en su ciudad natal, Pontevedra.

¿Dónde transcurrió su etapa universitaria?

Tras terminar el bachillerato en Lugo pasé a la Universidad de Santiago, donde estudié el primer curso de Derecho, pero como había también problemas derivados de la guerra —profesores exiliados, algunos fallecidos, otros que aprovecharon las vacantes para cambiar de universidad— decidí que me convenía ir a Madrid y convencí a mi familia de ello. Allí continué en la Facultad de Derecho los cuatro años siguientes. Terminé la carrera coincidiendo con el final de la segunda guerra mun-

dial. Mis episodios de juventud coinciden con sucesos históricos de alguna importancia, dentro o fuera de España, y ciertamente dramáticos.

¿Cuál es su opinión sobre la dicotomía entre la enseñanza pública y la privada?

Incluso en el tiempo en que estuve en los Maristas, como ya he explicado, yo no recibí más enseñanza que pública, y a mí me dio plena satisfacción. El tema enseñanza pública/privada se ha planteado en todas las sociedades avanzadas dentro de un contexto diferente en cada país. Mi filosofía personal, social, política, y mi experiencia me dicen que un grado de competitividad en cualquier actividad es bueno, y que los sistemas totalmente unificados y burocratizados son menos buenos. Y hay un hecho evidente: si alguien hoy tuviera que señalar los países donde en conjunto el sistema escolar funciona mejor, termina siempre en los anglosajones. Algunos podrán argumentar que es porque tienen más dinero, puede que eso sea verdad en Estados Unidos, en Inglaterra quizá lo hayan administrado mejor; pero qué duda cabe de que un sistema en el que hay una cierta libertad de opción y de competencia tiene muchas más posibilidades. Personalmente creo que la doctrina de que la futura igualdad social, que es un valor inalcanzable, se prepara mejor con una enseñanza por completo igualitaria nunca la he visto confirmada y creo que más bien ha dado lugar a una baja en el nivel general de calidad. Yo, que soy producto de la enseñanza pública, opino, con toda lealtad a ella, que una cierta competencia es buena. Por otro lado, creo que el problema de la financiación es cada vez más complejo, pues hay que hacerlo con la mayor justicia; pero el mito de que solo con un sistema único de educación se logra una sociedad estable y justa, no me parece confirmado en ninguna parte y tengo razones para pensar que los que han llevado al extremo ese sistema, como en Rusia o en China, no han conseguido la mejor formación de sus ciudadanos, lo cual no quiere decir que también allí puedan surgir sabios y premios Nobel, pero no es lo mismo.

¿Cuál fue su experiencia respecto a la educación mixta?

En los años en que estudié el bachillerato en Villalba, durante la República, estábamos en clases mixtas y no había ningún problema.

Pero después de la guerra se produjo la separación. Personalmente creo que el cambio no fue positivo, primero porque sobrecargó el sistema, ya que había que dar clases por la mañana a los chicos y por la tarde a las chicas, o viceversa. Pero además, en mi opinión, la convivencia a esas edades es absolutamente normal. Había quien tenía prejuicios excesivos sobre los impactos psicosexuales, lo cual me parecía una notable exageración. Así que en principio soy partidario de la educación mixta, aunque como es natural puede hacerse de muchas maneras. En los colegios norteamericanos los chicos y las chicas van a las mismas clases y no viven en los mismos dormitorios, como les llaman, lo cual no quiere decir que algunos no se puedan colar, pero esa es otra cuestión. La educación mixta me parece un tema natural y a ella se ha vuelto de un modo también natural.

¿Recuerda alguna anécdota relacionada con su faceta de estudiante?

La verdad es que en conjunto no tengo más que buenos recuerdos de esa etapa. Me viene ahora a la memoria un pequeño incidente que me ocurrió en el último curso de Derecho, en Madrid. Era el mes de junio y cuando me presenté en el aula para hacer un examen, un joven profesor ayudante se empeñó en que yo no podía examinarme porque no llevaba corbata. Naturalmente protesté y por fin me dejaron hacerlo. En fin, son pequeñas anécdotas que carecen de relevancia. También recuerdo que en esa época nosotros estrenamos el sistema de las llamadas milicias universitarias o instrucción premilitar superior, la IPS famosa, en aquellos campamentos cerca de La Granja (Segovia). Tengo un gran recuerdo de aquello, entre otras cosas porque allí conocí a compañeros de otras carreras, ya que en Madrid las facultades estaban un poco dispersas. No tengo ninguna queja de mi vida de estudiante, aunque estaba deseando salir de ella y empezar a hacer algo. Cuando me incorporé al mundo laboral tuve suerte en el tema de las oposiciones y demás; fueron años realmente intensos, un par de ellos los recuerdo pasando bastante hambre en Madrid, pero eso es otra historia, la pasó todo el mundo.

¿Continuó usted cultivando los idiomas que había aprendido de pequeño en casa?

Sí, seguí con esa preocupación, pero mis medios eran limitados —entonces no era fácil costearse viajes al extranjero—, así que tomé clases colectivas de inglés y de alemán, en una academia que creo que todavía funciona, Berlitz, en grupos de seis o siete alumnos, y la verdad es que avancé bastante. Más adelante tomé clases individuales de inglés y mantuve las de alemán. Lo cual me permitió entrar sin dificultad en la carrera diplomática, donde aprendí mucho también. Creo que hoy día la formación debe ser en primer lugar buena en el idioma nacional, luego buena también en la lengua vernácula, para aquellos que tenemos la fortuna de poseerla, y por supuesto una gran formación en una lengua internacional, que hoy creo que debe ser el inglés. Me considero un gran amante de la cultura francesa por la influencia de mi madre, pero reconozco que el inglés se impone cada vez más en la esfera internacional.

¿Cuál es su experiencia en el aprendizaje de idiomas en los colegios donde estudió?

Recibí clases de francés y algunas de inglés, pero la verdad es que ese tema no estaba bien resuelto entonces. Así que tenía uno que ocuparse de buscar ayuda fuera del colegio. Tampoco está resuelto en la España de hoy. ¿Por qué? Fundamentalmente porque para hacerlo bien habría que invertir mucho dinero, y luego porque se han multiplicado el número de enseñanzas. Además, enseñar en serio un idioma requeriría la presencia de profesores nativos, y los colegios no siempre están dispuestos a ello. Por último, sería muy conveniente organizar viajes al extranjero o intercambios de estudiantes, lo cual tampoco es barato. En fin, se puede hacer, pero supone una inversión y una convicción grandes. De todos modos, creo que cada vez se está mejorando más en este tema.

¿Qué asignaturas le gustaban más en sus primeros años de formación?

Me gustaban tanto las letras como las ciencias, y no me defendía mal en ninguna disciplina, salvo en el dibujo. Yo no tenía buenas con-

diciones para el dibujo y eso verdaderamente me hizo renunciar a las carreras en las que esta materia era muy importante, como Ingeniería de Caminos o Arquitectura, ya que entonces había pocas plazas en casi todas esas escuelas y el sistema de acceso era durísimo. Lo cual me ocasionó algunas dudas a la hora de elegir carrera. Incluso estuve tentado por una carrera militar; por ejemplo, me gustaba la carrera de marino. Al final acepté el consejo de que para una persona que quería estar en el servicio público y para que el país no volviese a encontrarse en circunstancias como las que habíamos conocido, lo mejor era estudiar Derecho. Y dentro del Derecho, el derecho público. Y de él fui profesor después, en la Facultad de Derecho primero y en la de Ciencias Políticas y Económicas —de la cual fui uno de los cofundadores— después.

¿Cree usted que el estudio de lenguas clásicas es importante para la formación integral del individuo?

Sobre este tema existe una vieja discusión. Desde el Renacimiento hasta muy entrado el siglo XIX, cuando empiezan a nacer las ideas sobre el romanticismo, se partía de la base de que el humanismo arranca de lo clásico y que, siendo superior el nivel de cultura alcanzado por griegos y romanos, por allí había que empezar. Voltaire es uno de los primeros que refuta esta concepción, y más tarde comienza toda una discusión en toda Europa sobre los clásicos y los modernos, con el argumento de que ya en la Francia de Luis XIV se habían puesto al mismo nivel cultural que los griegos y romanos y que habría que acercar la cultura en mayor medida a las lenguas modernas. Aun así, los países más importantes conservaron en sus programas educativos el estudio de las lenguas clásicas. En España hubo un ministro, don Pedro Sainz Rodríguez, que llevó la enseñanza obligatoria del latín a los siete cursos del bachillerato y la del griego a cuatro, en la reforma educativa de 1938. Pero aquel experimento fue abandonado pronto, por entender que, efectivamente, la cultura moderna había que construirla mirando más al inglés y al alemán, que eran las lenguas que creaban tecnología. Creo que lo ideal es una posición intermedia. A mí el latín me ha venido muy bien para muchas cosas —para entender mejor el castellano, entre otras—, pero reconozco que es un tema abierto y prefiero

no aventurar ninguna opinión concreta. Probablemente tienen razón los que opinan que hoy las humanidades ya no dependen tanto del conocimiento de las lenguas clásicas como antes, y también los que afirman que estas siguen teniendo un sitio, sobre todo en la alta cultura.

¿Fue usted alguna vez delegado de clase o lideró algún tipo de organización estudiantil? ¿Desde dónde arranca su vocación política?

Ya he dicho que siempre he tenido buena relación con mis compañeros, pero en esencia me parecía que era más importante estudiar que hacer mucha vida social. Me interesaban más los libros, las bibliotecas, que las asociaciones de alumnos. Creo que el político no nace; se hace. En mi caso concreto, si yo no hubiera crecido en un momento tan complicado como el que me tocó vivir; o si a mi padre no lo hubieran hecho alcalde del pueblo cuando volvió de Cuba —precisamente porque no era un político, sino una persona que se llevaba bien con todo el mundo y se sabía que había sido un empresario modesto pero razonable—; o si yo no hubiera visto cómo se hizo con la confianza del pueblo, que iban a pedirle consejo no solo para temas administrativos sino hasta para las bodas o las herencias, pues no hubiera tenido esa doble motivación que me llevó a la política: por un lado, ser parte del pueblo, y por otro, ver lo mal que lo estaban pasando tantos países con guerras por no entenderse, por crear sociedades equivocadas o radicales. Además, es evidente, para ser un buen político hace falta una preparación en diversos temas, sobre todo relacionados con la historia, la teoría política, el derecho constitucional, la economía, la biografía de personajes interesantes, etc. Hay países como Inglaterra que tienden a formar una clase dirigente bien preparada e insisten en esos temas, pero la verdad es que luego, a partir de un determinado momento, depende mucho también de una cierta suerte, no se puede definir el perfecto médico o el perfecto abogado igual que el perfecto político. Un médico, a no ser que se equivoque un día totalmente en una operación, va acumulando saber y prestigio; sin embargo, un político puede ser barrido en medio de su propio acierto porque hayan cambiado las circunstancias alrededor. Pero, desde luego, para mí la facultad funda-

mental del político es la seriedad, es decir, poner por encima de todo una visión de la sociedad y servirla. Por otro lado, creo que la enseñanza escolar de lo que se ha llamado de varias maneras —ética social, formación del espíritu nacional, educación cívica— no ha funcionado bien en nuestro país, y ha sido descuidada, porque debiera ser una parte muy importante en la enseñanza obligatoria.

¿Cree usted que se debe unificar el estudio de la historia de España en las distintas autonomías?

No hay duda; creo que la historia o es historia o no es nada. Si es simplemente un mecanismo de autopropaganda para unos y otros y cada uno escoge los hechos que le interesan, pues ocurre lo mismo que en los Balcanes. Eso no sirve nada más que para vivir en la atrocidad permanente, en la guerra constante, y por el otro lado es donde están las soluciones. Por lo tanto, la historia debe ser estudiada con seriedad y ser asumida como es, nos guste o no, y no estar intentando constantemente hacer lo que a uno le conviene. Cuando Cánovas pone en boca de Alfonso XII, recién vuelto para restaurar la monarquía: «Asumo toda la historia de España», una frase clave de la primera Restauración, quiere decir que asume la que le gusta y la que no le gusta, y la historia hay que asumirla empezando por tratarla en serio y luego repartiéndola entre todos. No creo que haya una historia catalana distinta de la gallega; claro está que tienen sus peculiaridades, pero con un cierto elemento común: jugamos todos en el mismo campo de fútbol, en la misma piel de toro.

¿Qué opina usted de la actual ley de educación, la LOGSE?

Creo que no es una buena ley, aunque ahora mismo es mejor terminar de desarrollarla; pero ya he dicho antes que no soy partidario de esquemas rígidos, sino de un marco general flexible donde puedan moverse distintas iniciativas y cada colegio tener su estilo. Y la LOGSE es una de esas leyes detallistas que fue hecha en un momento en el que había más interés en la idea de la enseñanza pública única. Pero en todo caso, antes de empezar a hacer otra, hay que pensarlo muy bien.

¿Teniendo en cuenta el ritmo vertiginoso al que avanza nuestra sociedad en todos los sentidos, sería usted partidario de añadir nuevas asignaturas a los programas educativos actuales?

Yo sostengo que la enseñanza ideal solo se podría dar a grandes genios y con métodos excepcionales, y por tanto hay que conformarse con lo que honestamente es posible. Por eso no soy partidario de muchas disciplinas, me importan más los profesores y los programas que el nombre de las asignaturas y creo sinceramente que al muchacho se le vuelve loco haciéndole manejar tres o cuatro textos cada año; con uno y algunas lecturas adicionales iría mucho mejor servido. Supongo que lo ideal es ver cómo podemos funcionar mejor con las disciplinas que tenemos, ampliando determinados aspectos e insistiendo menos en otros. Qué duda cabe de que cuando viene una revolución tecnológica hay que utilizar los medios que nos ofrece, pero eso más que nuevas disciplinas son nuevos aprendizajes. Repito, soy poco entusiasta de poner asignaturas nuevas. Si por ejemplo me dicen que van a crear una nueva materia sobre cultura china, pues mire usted, métalo en cultura general; y si se ve algo de China, bien, y si no tampoco se hunde el mundo. Pero deje usted al alumno posibilidad de estudiar cosas por su cuenta también, déle algún libro sobre el tema, por ejemplo.

¿Qué opina usted de la obligatoriedad de leer obras literarias en la etapa colegial?

Creo que no es malo recomendar la lectura de determinados libros. Yo tuve un profesor de literatura en Villalba que decía que teníamos que leer como fuera el *Poema del Mio Cid*, porque era la primera obra escrita en castellano; *El Quijote*, por supuesto, y *Las cien mejores poesías de la lengua castellana*, que era una antología que entonces estaba de moda de la biblioteca de bolsillo Blecua. También recomendaba, como prosa muy tersa, *La perfecta casada*, de Fray Luis de León, que a mí se me hizo un poco pesada, porque era una visión bastante distante del concepto de la sociedad española. Pero lo cierto es que con la lectura de esos cuatro libros gané muchísimo. Estamos hablando de los trece o catorce años, cuando también me tragaba todo Julio Verne.

¿Qué cualidades cree usted que debe tener un buen maestro?

Creo que, a diferencia de la dedicación política, para ser maestro en buena parte sí que hay que nacer. Hay que tomar interés verdadero por el alumno, cosa muy ingrata, y entenderle psicológicamente, supongo. Ustedes recordarán aquel chiste malévolo que se hizo tomando una frase de los pragmatistas americanos, cuando decían que «los que pueden hacen y los que no pueden enseñan»; hubo quien lo completó diciendo que los que no pueden enseñar hacen pedagogía, y los que ni siquiera saben hacer pedagogía, hacen planificación de la educación. Bueno, los chistes siempre enseñan algo, claro que suelen ser una estupidéz, como es este.

¿Piensa que la figura del maestro está suficientemente valorada en la sociedad española actual?

Me parece que sí lo está y que los padres que se ocupan de forma adecuada de la educación de sus hijos valoran a los buenos profesores, a la vez que les exigen. Pero el profesor siempre quisiera estar todavía más valorado. Creo que hoy día el catedrático de universidad o de instituto tiene una buena consideración social. No hay manera de pagar a todo el mundo para que viva como millonario, pero los niveles retributivos de los enseñantes e investigadores creo que no son malos, teniendo en cuenta la media de nuestra sociedad.

¿Sus padres tenían buena relación con sus profesores?

Bueno, en el pueblo, sí, como es natural. Luego ya, cuando me fui a la provincia o a Madrid, esa relación era más distante. Mis padres, por ejemplo, en Madrid tenían contacto con una persona que era un hijo brillante del pueblo, que llegó a ser subsecretario de Hacienda y que tenía relación con la Facultad de Derecho, y a través de él preguntaban de vez en cuando; pero realmente los medios no existían. Este sistema actual de conversaciones planeadas e incluso semanales entre padres y profesores no eran tan frecuentes entonces. Creo que las asociaciones de padres pueden hacer un buen servicio, con tal de que no quieran llevar los temas a otro sitio o politizarlos.

¿Usted personalmente ha tenido ocasión de seguir de cerca los estudios de sus hijos?

Sí, lo he hecho cuando he podido; debo decir que por el tipo de vida que he llevado durante muchos años, de mucha actividad exterior, no todo lo que yo hubiera querido. Pero tuve la inmensa suerte, hasta que la perdí hace dos años, de tener una esposa extraordinaria que también se ocupaba de eso, y que luego lo hablaba conmigo. De todos modos, me hubiera gustado poder hacer más en ese terreno.

ANTONIO GARRIGUES WALKER

«Me castigaban mucho en el colegio,
al menos esa era la sensación que yo tenía»



Antonio Garrigues Walker (Madrid, 1935). Abogado. Presidente del bufete Garrigues & Andersen. Vicepresidente europeo de la Comisión Trilateral. Presidente de España con ACNUR (Alto Comisionado de las Naciones Unidas para Refugiados). Patrón de la Fundación Ortega y Gasset. Miembro honorario de la American Bar Association. Presidente de Grand Metropolitan España. Presidente de Rolex España. Vicepresidente de IBM España y de Colgate Palmolive España. Fue presidente de la Comisión Gestora del Partido Reformista Democrático y vicepresidente de la Internacional Liberal. Autor de diversos libros de análisis político y económico.

El despacho de Antonio Garrigues en la madrileña calle de José Abascal es moderno y luminoso. Antonio es un hombre simpático, cordial y muy acogedor. Nos pregunta por amigos comunes. Se interesa por la marcha del libro. Ante las humeantes tazas de café, Antonio hace verdaderos esfuerzos por recordar aspectos concretos de su infancia. Parece una misión imposible. Ya nos advirtió al comienzo de la entrevista que es una persona que no dedica mucho tiempo al pasado. Es cierto. Antonio Garrigues es un hombre que mira hacia adelante, hacia el futuro. No obstante, no nos damos por vencidos. Tratamos de ayudarle bombardeándole a preguntas. Poco a poco el negativo de su foto infantil va cobrando nitidez. En ella vemos a sus compañeros de clase que le consuelan con su presencia en el funeral de su madre. Al alumno al que castigan con cierta frecuencia porque no renuncia a manifestar su opinión e incluso discute con sus profesores cuando no está de acuerdo con algo. Al niño fascinado ante las conversaciones de algunas de las grandes figuras literarias del momento que acudían habitualmente a visitar a su padre. Pero cuando realmente Antonio se siente como pez en el agua es en la última parte de la entrevista, cuando hablamos sobre el presente y el futuro de la educación en España.

¿En qué colegio estudió usted?

En el colegio del Pilar, adonde también iban mis hermanos Joaquín y José Miguel; en cambio, mi hermano Juan iba al de los Jesuitas. Todavía no sé por qué nos llevaron a colegios diferentes. En total éramos ocho hermanos, cuatro chicos y cuatro chicas. Otro dato importante en cuanto a mi proceso formativo es que nuestra madre muere muy joven, cuando yo tenía solo diez años, y su ausencia también marcó de manera decisiva mi educación.

¿Qué recuerdos tiene de su etapa escolar?

El recuerdo global que tengo no es solamente positivo, sino muy positivo. El problema es que soy una persona que dedica muy poco tiempo al pasado. Me admira ver cómo compañeros míos recuerdan incluso minuciosos detalles de su infancia. Yo sería incapaz de hacerlo, solo tengo recuerdos muy globales. No fui un gran estudiante, no dedicaba al estudio todo el tiempo que requería, me gustaban mucho más los deportes, en especial el fútbol. También formé parte de un equipo de hockey sobre patines, que entonces era un deporte muy peculiar en España, prácticamente desconocido. De vez en cuando estudiaba y entonces obtenía buenas notas, pero en conjunto, la verdad es que era un estudiante mediocre. En el colegio empecé a experimentar la amistad, que para mí es un tema clave. Y todos los recuerdos que tengo de la convivencia con los compañeros y con los profesores son positivos. Me acuerdo, por ejemplo, de mi amistad con Luis María Anson, que era compañero de clase. Ya entonces era una persona con un gran protagonismo: dirigió una revista, hacía crónicas deportivas y de todo tipo, incluso organizó un concurso para decidir quién era el personaje más popular del colegio. Realmente me impresionó su forma de actuar y de ser. Me acuerdo también de la luz que tenía el colegio del Pilar en su edificio de Castelló, que a mí me parecía resplandeciente; daba gusto estar allí, sobre todo cuando lo comparaba con el de los Jesuitas, donde estaba mi hermano, que me parecía un colegio muy oscuro. En el Pilar había una luz especial, una alegría especial. En el frontispicio estaba escrito el lema del colegio: «La Verdad os hará libres», que en aquella época no entendía bien, y ahora me parece que es una actitud esencial para cualquier actividad humana; es cierto que la única forma de ser libres es a través de la verdad, y la verdad es lo que más cuesta.

¿Ha vuelto a ir por el colegio desde que dejó de ser alumno?

Hace ya muchos años, unos treinta al menos, que no vuelvo por el colegio, lo cual demuestra entre otras cosas mi falta de interés por el pasado. Sé que hay compañeros que siguen trabajando muy a fondo en la Asociación de Antiguos Alumnos del colegio, como José María Agui-

re, cuya dedicación a este asunto me parece admirable. Me gustaría revivir la época colegial de una manera más intensa, porque pasé muy buenos ratos allí.

Parece que todos sus recuerdos son positivos. ¿No tuvo ninguna dificultad en sus años escolares?

Sí. También tengo algún recuerdo de situaciones de fracaso escolar, como cuando te ponían un cero o te castigaban. Yo era una persona muy habladora, y también bastante discutidora, con opiniones muy concretas sobre los temas más diversos, incluida la cuestión religiosa, y esa actitud provocó que me castigaran más de una vez. Me castigaban mucho, al menos esa era la sensación que yo tenía. Los castigos consistían en quedarte dos horas más a la salida de clase, o ir al colegio algún sábado o domingo. No había castigos corporales, yo al menos no los recibí nunca, ni observé ningún caso en el colegio, cosa que me hubiera irritado profundamente.

Entre todos los profesores que tuvo, ¿recuerda a alguno en especial?

Tengo un buen recuerdo de todos, y no me gustaría mencionar a nadie en particular, porque sería injusto; todos ellos eran profesores con mucha humanidad. Creo que el colegio del Pilar se caracterizaba por su educación humanista. Había ciertos detalles de autoritarismo, porque era inevitable en la época, pero cuando yo comparaba mis experiencias con las de amigos de otros colegios, me daba cuenta de que la nuestra no era una formación especialmente autoritaria. Nuestros profesores marianistas iban vestidos con una especie de levita en lugar de sotana, lo cual facilitaba que nuestra relación con ellos fuera menos formal, menos solemne. Por otro lado, no vivíamos en el colegio un clima muy competitivo; nos mirábamos y nos ayudábamos como verdaderos compañeros.

¿Ustedes, los alumnos, llevaban uniforme?

No. En aquella época el uniforme era un lujo absoluto. Incluso en la actualidad no me gusta mucho que los alumnos vayan con uniforme; sinceramente, me parece que es ya comenzar por un profundo error, creo que genera una sensación de colectivismo falso y peligroso. Puede

que sea más cómodo para los padres e incluso para los mismos alumnos, no lo niego, pero a mí nunca me ha gustado ir uniformado, con la excepción del deporte, donde comprendía que por razones técnicas los equipos tenían que ir vestidos del mismo color para evitar confusiones.

Comentaba usted que en alguna ocasión había discutido en el colegio sobre cuestiones religiosas.

Sí, porque el objetivo básico de la mayoría de los alumnos del Pilar era ser *congregante*, y yo no entendía que hubiera unos que lo fueran y otros que no, ni las diferencias entre ambos grupos, entre otras cosas porque siempre he tenido una especie de rechazo a las clasificaciones y a las categorías. Me acuerdo de que un día me preguntó un profesor que por qué yo no había pedido nunca ser *congregante*, y le dije que no entendía bien lo que era eso y por qué existían esas clasificaciones. Me respondió que yo no tenía por qué entender esas cosas, que tenía que pensar en por qué no lo hacía; en fin, tuvimos una pequeña discusión, pero lo cierto es que nunca llegué a ser *congregante*.

¿Qué opina de la enseñanza confesional?

Creo que en el tema religioso tenemos que avanzar hacia una sociedad más moderna. El peso de la religiosidad en la educación tendrá que ir poco a poco descendiendo, para llegar a niveles más profesionales, más objetivos, en ese aspecto. Respeto profundísimamente las razones históricas que generaron en España la preponderancia de la educación religiosa católica en todos los niveles, pero espero y confío en que vayamos poco a poco reduciendo esa presión confesional, cosa que ya se está haciendo de manera muy razonable.

¿Qué relación tenían sus padres con sus profesores?

Muy poca. Hay que tener en cuenta que en aquella época eran las madres quienes se encargaban más directamente de la educación de los hijos, y mi madre muere cuando yo tenía diez años. Mi padre, además de trabajar demasiado, tenía que ocuparse de una familia numerosa, y, por lo tanto, sus relaciones con el colegio no podían ser muy flui-

das. En otro orden de cosas, siempre me acordaré de que cuando murió mi madre vinieron al entierro algunos compañeros de clase y yo me sentí muy reconfortado por esa compañía.

¿Tuvo algún tipo de ayuda extra para sus estudios en casa?

Durante los veranos tuve algunos profesores que me ayudaban en casa a repasar y a prepararme para el curso siguiente. Uno de mis profesores fue precisamente un socio de nuestra firma que ya está jubilado, Alejo López Mellado, un ser excepcional en todos los sentidos. Podría decir que él es una de las personas que más me han ayudado a lo largo de mi vida, justamente porque fue mi profesor y luego mi compañero, mi socio y mi amigo, y sigue siendo, por cierto, un gran amigo.

¿Se aficionó a la lectura en su etapa escolar?

Mucho. Eso sí que fue para mí una buena base para el futuro. Me gustaba mucho leer, sobre todo historia. Aunque creo que, más que el colegio, fue el ambiente familiar lo que influyó en mi afición a la lectura, especialmente la figura de mi padre, que tenía una vida muy vinculada al mundo intelectual y literario de la época; era muy amigo de Federico García Lorca, de Albertí, de Vicente Aleixandre y de otros muchos escritores. Algunos de ellos venían con frecuencia por nuestra casa. Yo no tenía ni edad ni condiciones para interactuar con ellos, pero al menos los veía, sabía quiénes eran y los valoraba; de vez en cuando dejaban allí libros que yo leía. Me asombraba la seguridad con la que hablaban, las discusiones que tenían sobre temas como el amor, la guerra, la violencia o la política. Realmente me fascinaban. Recuerdo en especial, por ejemplo, la figura de Pepín Bello; me encantaba cómo contaba las cosas, cómo las humanizaba, cómo las rebajaba a mi nivel. En el colegio también se fomentaba mucho la lectura, y a mí me gustaba hablar con los profesores sobre libros que había leído.

¿Cuál ha sido su experiencia en el aprendizaje de idiomas?

Mi madre era americana, pero no aprendimos mucho inglés en casa porque ella más bien prefería perfeccionar su español hablando

con nosotros, ya que mi padre tenía relación con gente muy culta y ella quería integrarse plenamente en aquellas tertulias literarias. Yo aprendí inglés con posterioridad y lo perfeccioné en Londres en mi etapa universitaria. En el colegio estudiábamos francés, que era la lengua de moda en aquel momento, pero reconozco que para nosotros era un idioma secundario, porque además de que mi madre era anglohablante, mi padre se dedicaba profesionalmente en gran medida a temas norteamericanos. Hoy día parece que el mundo de la educación es mucho más consciente de la importancia del aprendizaje de idiomas, aunque todavía hay que seguir avanzando en este campo, porque no hay duda de que una persona tiene más capacidad de acción, de comprensión, de culturización si en vez de un solo idioma habla dos, y mucho mejor si habla tres o cuatro, lo cual es perfectamente posible; de hecho ya hay muchos europeos que hablan con toda naturalidad tres o cuatro idiomas. Los jóvenes españoles tendrán que empezar a pensar que o hablan más idiomas o realmente su capacidad de competencia va a ser muy reducida. Además, creo que el hablar idiomas es lo que te da una concepción liberal de la vida, te posibilita conocer, comprender y respetar otras culturas, porque decir que uno comprende la cultura rusa o la japonesa si ni siquiera sabe acercarse al idioma, me parece que es en la práctica un imposible. El idioma y la palabra tienen que ver decisivamente con la cultura.

¿Cree que el sistema educativo actual puede dar respuesta a estas inquietudes?

Creo que en estos momentos no se está dando respuesta. Ni desde el colegio ni desde la universidad. Y el tema es muy importante, porque hoy día una persona que no tenga conocimientos idiomáticos e informáticos profundos es prácticamente un analfabeto funcional, y por lo tanto toda educación que no insista en estos dos temas de forma prioritaria es profundamente incompleta. Son las claves básicas de cara al futuro. Solo podremos ser una nación con capacidad de competencia si nuestros líderes y nuestras personas cultas son capaces de comunicarse en varios idiomas.

¿Qué piensa sobre la educación mixta?

Creo que la educación mixta, con todos sus problemas y sus complejos misterios, es la única solución para un futuro de convivencia razonable. Envidio a los chicos y chicas de hoy que se están educando en aulas mixtas, y que tienen la oportunidad de vivir la relación hombre/mujer sin ese dramatismo, sin ese misterio, sin esa insondable oscuridad que a una gran parte de los españoles nos ha tenido absolutamente obsesionados de una manera casi enfermiza. Nuestra generación creció en un ambiente muy machista y minimalista: la mujer tenía que ser guapa, simpática y poco más; esa era nuestra visión del sexo femenino.

¿Qué opinión le merece, en términos generales, el sistema educativo actual?

Por mi profesión y mis inquietudes personales, tengo mucho contacto con diversas instituciones educativas, sobre todo de nivel universitario. Incluso soy presidente de un Colegio Mayor de Madrid, y formo parte del Consejo Social de la Universidad Carlos III. Intento seguir muy de cerca el panorama educativo español e internacional y leo mucho acerca de este tema. Estoy convencido de que los factores fundamentales para mejorar la educación en un país son los educadores y las infraestructuras, y ahí es donde el Estado debería hacer un esfuerzo titánico para que las cosas fueran mejor. La situación actual es francamente mejorable no solo en España, sino en Europa y en el resto del mundo. Hay dos aspectos básicos de la convivencia en donde las sociedades se quedan permanentemente retrasadas: la justicia y la educación. El gran problema de la educación es que ni los colegios ni la universidad educan a los niños y jóvenes para la vida de hoy, no les dan el tipo de conocimiento, de información y de experiencia que necesitan para sobrevivir con garantías en la sociedad actual. Pero la solución no es fácil ni simple. Pasa lo mismo con la justicia. Todo el mundo reconoce que la justicia española no tiene los medios materiales y humanos suficientes para generar la capacidad de acción que demanda la sociedad. Y nadie afronta este problema, nadie se preocupa seriamente por darles más medios. Con la universidad pasa lo mismo, creo que es

un fenómeno conectado globalmente con el corporativismo; hay una serie de estamentos que se resisten de una manera profunda a la renovación. Y claro, en esta época de profundísimos cambios, donde muy pronto no podrá haber educación que no sea informática, el ver, por ejemplo, los equipos que tienen algunas universidades españolas produce auténtico rubor, además de una tremenda indignación. Es un tema tan importante y complejo que requeriría un amplio debate público en las sociedades actuales, pero cada vez parece que hay mayor conformismo ante este tipo de problemas tan fundamentales, y mayores dosis de vulgaridad en su trato. No obstante, no soy de los que pierden la esperanza; creo que la obligación de todo ser humano es ser optimista y pienso seguir siéndolo.

A su juicio, ¿qué cualidades deberían ser imprescindibles en un buen maestro?

En primer lugar, la generosidad. El maestro debe ser fundamentalmente una persona generosa, que comprende la postura del otro y lo educa partiendo de sus limitaciones y de sus realidades. En este aspecto, entre los maestros españoles creo que hay muchos ejemplos, y conozco varios, de gente por completo entregada. Además de eso, el maestro debe esforzarse por comprender la época en que vive, y evitar la reproducción de esquemas del pasado. Por ejemplo, si estamos en la época de la globalización, al joven no se le puede decir simplemente que España es el mejor país del mundo y que no hay nada igual; habrá que explicarle que el mundo es global, que hay injusticias en la distribución de la riqueza, que las comunicaciones cada vez posibilitan un mayor intercambio entre los distintos pueblos del planeta. Si llevamos a cabo una educación reduccionista y provinciana, no vamos a ningún sitio. Yo abogo por una formación mucho más moderna, más activa, en donde el profesor ya no tiene por qué desempeñar el mismo papel que tenía hasta hace poco, cuando era en la práctica la única vía de comunicación entre los alumnos y la información. Ahora el profesor debería saber y orientar a sus alumnos sobre las direcciones de Internet donde se pueden encontrar determinados datos. Esta es mi modesta opinión, y conste que no soy un experto en el tema, aunque, repito, sí me gustaría que hubiera un debate intelectual muchísimo más profun-

do sobre ello. Quizá este libro de entrevistas sobre educación que están ustedes preparando sea capaz de plantear, a través de nuestras confesiones y opiniones, una serie de fundamentos comunes que sirvan para mejorar el mundo de la educación en nuestro país. Me alegraría muchísimo que fuera así.

FERNANDO JÁUREGUI

«Nunca canté el *Cara al sol*; en mi colegio no había ni camisas azules ni brazos en alto»



Fernando Jáuregui Campuzano (Santander, 1950). Periodista y escritor. Director de Comunicación de la ONCE. Analista y comentarista político en diversos programas de radio. Articulista habitual en varios periódicos nacionales. Ha trabajado como reportero, corresponsal y redactor jefe para diversos medios de comunicación españoles. Ha sido director de Comunicación del Ayuntamiento de Madrid, subdirector del diario *Ya*, director adjunto de *El Independiente* y subdirector de informativos de Telecinco. Autor de más de una decena de libros sobre historia contemporánea.

La mesa de Fernando Jáuregui en las oficinas centrales de la ONCE en Madrid está plagada de montañas desiguales de papeles. Seguro que él, como buen periodista, puede encontrar rápidamente hasta el más insignificante recorte entre tanto aparente desorden. Su teléfono no deja de sonar. «Dile que yo le llamo dentro de un rato, ahora estoy grabando una entrevista», le repite a su secretaria varias veces sin inmutarse. Resulta muy fácil conversar con Fernando de cualquier tema. Tiene agilidad verbal y sentido del humor. Probablemente ambas cualidades las ejercitó de forma considerable cuando con siete u ocho años tuvo que pasar varios meses en cama por un problema de corazón. Cuando aquel niño creció y decidió que sería periodista, como le pronosticó un profesor del colegio, le dio un gran disgusto a su padre, que quería algo «mejor» para su hijo. Finalmente Fernando estudió Periodismo, aunque también Derecho. Pero nunca llegó a ponerse la toga.

¿En qué colegio comenzó su escolarización?

Yo me eduqué en Madrid con los Jesuitas. Primero en el Colegio Areneros, que estaba en la calle Alberto Aguilera, y después en Nuestra Señora del Rosario, en Chamartín. Once años de colegio, más uno de Icade, doce en total con los Jesuitas; creo que cumplí mi cuota, ¿no? Soy el mayor de una familia de siete hermanos. Mi padre era director de un banco aquí en Madrid y mi madre una señora que se ocupó de criar a siete hijos. Una familia supongo que relativamente acomodada o, por lo menos, descendiente de familia acomodada venida a menos. Estudié Derecho y también Periodismo. Mientras trabajaba me saqué las dos carreras malamente, porque al final salí de Derecho sin saber distinguir el civil del penal, y terminé Periodismo siendo uno del

montón. Supongo que no terminé el último del curso, pero casi, porque lo que sí aprendí fue a jugar al mus.

¿Cómo consiguió salir de ese montón?

¡Ah!, pero ¿no soy uno más? A veces me sorprende la percepción que la gente tiene de mí, sinceramente. No coincide para nada con la que yo tengo de mí mismo. Creo que hay gente de mi curso a la que le ha ido mucho mejor y a otros mucho peor. A mis compañeros de Derecho les ha ido a todos mucho mejor. Yo he sido del curso, por ejemplo, de Pedro Antonio Martín Marín, y en el colegio estudié con Rodrigo Rato, a los que evidentemente les ha ido mucho mejor que a mí. Entre mis compañeros hay mucho notario, mucho registrador de la propiedad, que es lo que yo debería haber sido, lo que mi padre quería que hubiese sido. No sé si me va muy bien, la verdad. Creo que no soy un periodista de primera fila, ni mucho menos. Lo único que he hecho ha sido —durante treinta años ya— trabajar mucho y procurar cumplir con dignidad con las tareas que me han encomendado, pero tampoco me parece que haya derrochado ningún tipo de brillantez como para que alguien crea que no soy del montón. A lo mejor, como hago muchas cosas, se me ve más, y como estoy más gordito que otros, se me nota más. Creo que el triunfo se debe en un 70 por 100 a la suerte y en el otro 30 por 100 a lo que decía Picasso, que cuando llegue la inspiración te pille trabajando. Yo he trabajado muchísimo, eso sí, y he tenido muy pocas vacaciones; pero eso es más bien por el sentido calvinista de la vida heredado de mi familia. No sé por qué se triunfa o se fracasa, o se es mediocre, seguramente se debe a factores exógenos, pero los vagos nunca triunfan.

¿Se aficionó usted de pequeño a la lectura?

Muchísimo, porque tuve un problema de corazón a los siete u ocho años que me hizo estar varios meses en la cama, y como no tenía más que libros a mi alrededor, pues los devoraba. Así me habitué a leer como una bestia. No sé por qué, pero siempre hay un factor de esos exógenos que te condiciona la vida. Primero, si lees mucho supongo que aprendes a expresarte mejor, lo cual en periodismo es muy importante; y segundo, también aprendes a volar por tu cuenta mentalmente,

lo cual también es muy útil para la vida en general. Y eso supongo que fue lo único que me destacó del resto de estudiantes de mi curso, que leí más que los demás. Si no hubiese tenido ese problema de corazón a lo mejor hubiese sido tenista —yo qué sé— o alpinista o dramaturgo, pero como no podía hacer otra cosa, pues leí muchísimo, y eso es lo que de verdad me marcó. Eso y que estuve en un colegio que, a pesar de ser de Jesuitas, y por lo tanto tener una educación religiosa que, como todos los alumnos de mi colegio, abandoné en cuanto pude, como es lógico, sin embargo era una educación de talante liberal. Nunca canté el *Cara al sol* ni me enteré de nada de todo aquello, mientras el resto de los chicos de mi generación probablemente pasaron su infancia teniendo que embarcarse en aventuras políticas que a lo mejor les dejaron traumatizados. Pues yo, no. En mi colegio no había ni camisas azules ni brazos en alto. Sí que dábamos la asignatura de formación del espíritu nacional, pero muy *sui generis*; consistía en leer un texto titulado *Libro de España*, que era una cosa que nadie se tomaba en serio y los profesores que nos lo daban menos todavía.

¿Quién le orientó para elegir los libros que leyó durante su infancia?

Nadie. Mi familia era de las típicas de la época, una familia burguesa de las que ganó la guerra, sin inquietudes artísticas ni culturales. Yo, por ejemplo, nunca estudié música. Descubrí la música clásica a los treinta años, cuando empecé a poderme comprar casetes y discos, porque entonces tampoco estaba la cosa en mi casa como para comprar grandes equipos de música. Leí los libros que había a mi alcance. Todos aquellos que pueden interesar a un niño normal de siete años, los de Enid Blyton, los de *Guillermo Brown*. Había también una colección de clásicos ilustrados entre los que estaban *Tom Sawyer*, todo lo de Charles Dickens, toda la literatura infantil clásica. Además tuve la suerte de que, como estaba convaleciente, me llevaron a casa de mi abuela, donde estuve más de un año. Mi abuela era de una familia muy antigua de Santander, con una gran casona donde había libros antiquísimos. Allí me empapé del padre Coloma y de todos los libros de cuentos que podía haber leído mi madre e incluso mi abuela, y, quieras que no, todo eso también te marca. El leer libros de tapa dura y con incrustaciones doradas es una experiencia importante en la

infancia. Y el poder leer delante de un castaño de cien años no es lo mismo que hacerlo delante de una pared gris. De alguna manera te configura estéticamente.

¿Obtenía buenos resultados académicos en el colegio?

En el colegio, sí, muy buenos. Luego, en la universidad, no tanto. Me acuerdo de que en los Jesuitas te daban unas medallas, e incluso te hacían emperador o jefe de filas o cónsul, unas cosas ridículas. Obligaban a todos tus compañeros a ver cómo salías al estrado y te ponían la medalla, y llevaban a tus padres allí a aplaudirte. En la carrera estaba metido en muchos líos, al final llevaba catorce asignaturas por año, entre Periodismo y Derecho. Además tenía que estar haciendo prácticas sin remuneración en Europa Press o en *Informaciones*. Era mucho. Por otro lado, tenía la oposición de mi padre. Yo me iba al teatro la mayor parte de las noches y a mi padre se lo llevaban los diablos; no le gustaba nada que fuese a ver aquellas obras, todo aquello le parecía demasiado intelectual. Fue una época muy dura, la verdad. Claro, acabar con buenas notas haciendo todo eso era imposible, y encima teniendo alguna novia por ahí de vez en cuando.

¿Recuerda especialmente a alguno de los profesores que tuvo en el colegio?

Recuerdo a un cura que fue el que me dijo: «¡Tú, qué buen periodista serías!» Y más tarde yo decidí que sí, que sería un buen periodista, dándole un gran disgusto a mi padre, quien, como todos los padres, quería que fuese notario o registrador de la propiedad, y si no, tenista, como Orantes; pero, vamos, no se le había ocurrido que yo fuese a ser periodista. No me acuerdo de qué me daba clase ese profesor. Sí recuerdo que la química, la física y las matemáticas se me daban muy mal, y en cambio me gustaba muchísimo la literatura y me encantaba la historia. Por eso acabé estudiando Periodismo, que entonces casi no era una verdadera carrera, sino más bien un compendio de cultura general, aunque con unos profesores estupendos. Venían todos del franquismo, pero hay que reconocer que era gente de primera. Estaba Alejandro Muñoz Alonso, que era un fascista de tomo y lomo, pero sabía muchísimo. Estaba Florentino Fuego, que había sido director general de Trabajo, y era un magnífico

profesor, aunque posteriormente me tuvo procesado once años por un libro que escribí en el que le implicaba en la trama civil del golpe de estado del 23-F. Carmen Llorca, una buena profesora también. Gastón Baquero, un importante poeta cubano liberal que ha muerto hace unos años. Vintila Oria, un fascista rumano, pero fascista fascista, nada de bromas; lo que pasa es que dentro de los fascistas los hay ilustrados y los hay sin ilustrar, y este era un tipo ilustrado. Como ya he dicho, la Escuela de Periodismo era una clase de cultura general permanente con buenos profesores, y aprobar aquello era muy fácil. Y Derecho lo hice para contentar a mi familia.

¿Cuál es su experiencia del aprendizaje de los idiomas en el colegio?

Los idiomas en el colegio, nada. Pero nosotros teníamos una señora francesa en casa que nos cuidaba y que nos hablaba en francés, así que lo aprendimos casi sin darnos cuenta. Luego el inglés sí me he preocupado de aprenderlo por mi cuenta. Me fui a Inglaterra a fregar platos cuando tenía dieciséis años y por lo menos aprendí enseguida a decir *fregar* y *platos* en la lengua de Shakespeare, y algunas otras cosas también. En aquella época, el aprendizaje de idiomas había que currárselo, no había tantas facilidades como ahora, era una verdadera heroicidad.

¿Qué recuerda de su relación con los compañeros?

Creo que hice una vida muy normal. Los primeros años fueron malos porque no me podía integrar deportivamente con los demás. Más adelante sí que me integré e incluso llegué a jugar en el equipo nacional de frontón. Ahora hemos conseguido, bastantes años después, volver a reunirnos un grupo de catorce o quince amigos del colegio y nos vemos de vez en cuando. Nos hace mucha gracia vernos todos tan calvos, tan canosos, tan gorditos. Hemos convivido tantos años y tenemos una formación tan similar que nos lo pasamos muy bien juntos, y, es curioso, nuestras mujeres también se llevan bien. Pero, vamos, yo no recuerdo haber sido especialmente feliz en el colegio. Supongo que ahora se preocupan más de la felicidad de los niños. Entonces nadie pensaba que una de las metas en la vida era ser feliz.

¿Qué cualidades considera imprescindibles en un buen maestro?

Creo que tiene que ser una persona liberal, y tratar a cada alumno individualizadamente. Me parece que el peor sistema de todos es el que yo viví; supongo que cada cual dirá lo mismo, porque, claro, todo el mundo suele odiar la época de su primera enseñanza. Yo estudié durante los años cincuenta y sesenta, y la verdad es que recuerdo con bastante horror a la mayor parte de mis profesores, y eso que me libré de ese sistema en exceso jerarquizado tan común en la época, pero como tenían tanta obsesión porque triunfásemos y fuésemos importantes, pues al final eso te producía una cierta angustia por la competitividad continua. A mí me parece que las cualidades de un profesor deben ser las contrarias. Procurar, como decía antes, que el niño sea feliz adaptándose a sus propias características. Creo que el sistema de enseñanza actual —así lo veo en mis dos hijas que tienen ahora dieciséis y doce años— va más por esa línea de atención personalizada. Y los padres también vamos aprendiendo a no pretender que nuestros hijos realicen todas nuestras frustraciones. A mí me gustaría volver a una educación liberal como la de la Institución Libre de Enseñanza.

¿Qué criterios ha tenido en cuenta para elegir el colegio de sus hijas?

Un desastre. Nos equivocamos por completo con el primer colegio adonde las enviamos. Las llevamos a un colegio privado de cierto renombre, creyendo que iban a aprender más, que era una educación de élite, que les iban a enseñar muchísimo inglés, y al final lo único que les daban era una educación pija y superficial. Cuando nos dimos cuenta de que aquello no iba a funcionar, las sacamos de allí y las pusimos en un colegio que estaba cerca de nuestra casa, donde, en efecto, fueron mucho más felices. De lo único que nos preocupamos es de que no tuvieran una educación forzosamente religiosa. Tampoco las hemos inducido a cultivar unas relaciones porque les fuesen a convenir el día de mañana, cosa que hacen muchos padres y creo que es una barbaridad. Sí que hemos intentado fomentarles un cierto hábito de lectura, lo cual ha funcionado con una pero no con la otra.

¿Era público el colegio al que cambió a sus hijas?

No. Reconozco que, teniendo una ideología más cercana a la enseñanza pública, no he tenido narices para mandar a mis hijas a un colegio público, porque entiendo que de alguna manera en la enseñanza privada puedes exigir más como padre, y tienes más posibilidades de elección de centro. Por el contrario, en la enseñanza pública te toca el colegio que te toca y más o menos te lo dan todo hecho, y si te sale bien, bien; y si te sale mal, mal. Así que siempre he optado por la enseñanza privada porque quiero —como todo el mundo— que mis hijas tengan la formación más completa posible. Nosotros nos gastamos una verdadera pasta en la educación de nuestras hijas, porque después de salir del colegio van a pintar, a cincelar, a bailar, a cantar, a tocar el piano, el arpa, ordenadores, etc. Las pobres trabajan como mulas, y sospecho que esto lo fomenta la enseñanza privada más que la pública. No soy capaz de dar ninguna lección a nadie, simplemente me guío por criterios burgueses como la mayor parte de la gente que lleva a sus hijos a colegios privados, incluyendo el ex ministro de Educación socialista Maravall, que es el que más preconizaba la enseñanza pública, dicho sea de paso. Pero, al final, la selectividad la pasan con más facilidad los niños que van a colegios privados que a públicos, esa es la verdad. Contra la estadística no puedes hacer muchas cosas, por mucho que la ideología te dicte otros criterios; pero si todos siguiésemos nuestra ideología... ¡qué bien!

Como director de Comunicación de la ONCE, ¿qué opina de los colegios de integración?

Ideológicamente estoy de acuerdo con ellos, faltaría más. Pero hay que procurar integrar por arriba y no por abajo. Debemos practicar una discriminación positiva con el niño discapacitado, es decir, hay que dotarle de todos los medios que necesite para que pueda estar entre los mejores de la clase, lo cual no es una utopía. Ahora, eso sí, la sociedad tiene que hacer un gran esfuerzo para ello. Por ejemplo, a un niño ciego tienes que darle una serie de ventajas, de aparatos que le fomenten la integración, la adaptación al estudio, y todo eso cuesta dinero. Ya se está haciendo, y los resultados están siendo buenos. Conozco miles de

experiencias al respecto. Hace unos meses rodamos un vídeo con un niño ciego de la edad de mi hija pequeña, y el chaval era un fuera de serie. No sé si estamos apostando solo por los fueros de serie, pero lo que sí digo es que hay que procurarles ayudas colaterales. Y ya va siendo hora de que hagamos un sacrificio para fomentar la igualdad.

¿Qué opinión le merece la actual ley de educación, la LOGSE?

No tengo una opinión teórica formada porque no la conozco lo suficiente. Pero tengo una opinión práctica: vivo con dos «espías» que me cuentan y así me entero más o menos de lo que está pasando. Creo que el mayor problema de la LOGSE es que ha bajado muchísimo los baremos, porque, al final, procurando una integración por abajo, tiene el peligro de ofrecer una enseñanza de bajísima calidad. Por otro lado, estamos abandonando lo que es la cultura de las humanidades de una manera alarmante, y no en favor de la técnica, porque si observamos los resultados de los niños en matemáticas, por ejemplo, los españoles están ahora ligeramente por debajo de la media europea. Entonces, ¿qué está pasando aquí? Si no les estamos dando una formación técnica suficiente y no les estamos dando una formación humanística en absoluto, es que a lo mejor hemos equivocado todos los valores. Tampoco me parece bien esa vertiente tan lúdica de la educación que están recibiendo mis hijas. Todo lo que hacen procuran que sea divertido, que esté dentro de sus centros de interés, y claro, con tantas facilidades, al final ellos mismos van haciendo dejación de sus responsabilidades.

¿Qué asignaturas considera esenciales en cualquier plan de estudios?

No lo sé, porque no soy especialista en esto, pero lo que no puede ser es que un niño de diez años crea que Goya es una calle de Madrid y nada más. Yo he dado algún seminario en la Facultad de Periodismo y me encontré con que gente de tercero de carrera no sabía quién era Toulouse-Lautrec. Es decir, hay una falta grande de formación. El otro día haciendo un *casting* para televisión entre gente de veinte años, les preguntábamos que si sabían quiénes eran los padres de la Constitución. La que más se aproximó fue una chica veinteañera que estudiaba biológicas y dijo que Adolfo Suárez, que era un líder del PSOE. ¿Qué está pasando aquí? No soy capaz de atacar puntos concretos de la

LOGSE porque no tengo formación teórica para ello, pero veo que los resultados son malos. No estoy muy seguro de que yo a esa edad supiese mucho más, también es verdad; pero, en todo caso, veo lo que se sabe ahora y no me convence.

¿Cree que se debe unificar la enseñanza de la historia de España en las distintas autonomías?

Estamos hablando ahora desde el punto de vista de la enseñanza, pero creo que el problema es anterior. Estamos haciendo probablemente el país con menos concepción de Estado de toda Europa. Quizá porque nos metieron las banderas a machamartillo antes, y resulta que ahora por reacción estamos fraccionando el Estado de una manera muy peligrosa. Pero no puede ser que se explique una historia de España diferente en Cataluña que en Zamora, no tiene ningún sentido, y se está haciendo, y se está falseando la historia, y la geografía, y se están falseando los datos sobre la marcha económica del proceso autonómico. ¿Cómo puede haber unas diferencias tan abultadas entre las cifras de unos y otros? Todo eso es anterior a la enseñanza. Los planes de estudio que se están dando en las diferentes comunidades son consecuencia de este desbarajuste autonómico que tenemos y de esta falta de sentido del Estado. Y el hecho de que mis hijas, por residir en la Comunidad de Madrid, se pasen tres años estudiando el Hayedo de Montejo y el río Manzanares es una barbaridad. Creo que en este aspecto se está perdiendo mucho tiempo, y sobre todo distorsionando demasiado la historia, de manera que dentro de unos años los planes de estudios que estén dando los señores de Gerona van a ser por completo diferentes a los de Huelva. Lo cual es una atrocidad.

Los medios de comunicación han revolucionado el panorama educativo. ¿No cree que los programas educativos deberían adaptarse a la nueva situación?

No creo que los medios de comunicación hayan revolucionado nada; lo que ha revolucionado el panorama es la técnica, que es distinto. La televisión ya se ha quedado vieja, ya tenemos una televisión interactiva. Sobre todo, lo que está revolucionando el proceso educativo es el avance informático. Y yo me considero totalmente incapaz de hacer

un análisis de por dónde va a evolucionar este asunto. Lo único que puedo decir es que el hecho de que mi hija de dieciséis años pulse la tecla *a* y le salgan una serie de florituras en la pantalla, y yo le dé igualmente a la tecla *a* y con suerte me salga la *a*, ya de alguna manera indica que se está abriendo un abismo generacional importantísimo. ¿Adónde va a conducir todo esto? No lo sé. Lo que está claro es que redundará en detrimento de la letra impresa y en beneficio de los árboles, porque cada vez habrá menos libros. La manera de vivir la cultura y de trabajar cotidianamente hace diez años no tiene nada que ver con la de ahora, y nunca en la historia ha existido una revolución en los usos laborales y cotidianos tan acelerada como la que estamos viviendo en este momento. Mi hija —y vuelvo siempre a ellas porque es el ejemplo que tengo más cercano— se pasa el día en Internet intercambiando mensajes con sus amigas de Estados Unidos, cosa que hace siete años hubiese sido totalmente impensable. El que no esté subido al caballo de la técnica está perdido. Creo que la informática ya se está integrando también en la escuela, y casi todos los colegios, públicos y privados, se han subido a ese caballo de una manera u otra. Si es que además los niños ya nacen con la ciencia infusa. Por otro lado, también los padres somos conscientes de que debemos dar una educación técnica a nuestros hijos, cosa que los países en desarrollo no están haciendo porque no se lo pueden permitir, porque comprarle un portátil al dichoso niño son 300.000 pesetas, y mandarlo a estudiar un añito a Estados Unidos son dos millones de pesetas, y a ver quién hace eso.

¿Considera que la oferta educativa actual en España brinda oportunidades a todos y ayuda a convivir en la diversidad?

Creo que hay una educación retrógrada y *parvenu* —el primer colegio de mis hijas—, y luego hay otro tipo de educación más interclasista que se va imponiendo poco a poco. Lo que sí es cierto es que cada vez hay una distancia mayor entre la educación que las clases pudientes le pueden dar a sus hijos y la que pueden darles las clases medias o medias-bajas. De hecho, si se mira hoy día el listado de los que aprueban las oposiciones a los llamados cuerpos de elite, se encuentra un porcentaje de apellidos conocidos sobre los Pérez o González, que puede ser hasta del 70 por 100. Y si nos fijamos en quién está ocupando los altos

cargos en la Administración ahora mismo, casi todos son hijos de nombres más o menos conocidos y sonoros, lo cual significa que sus papás han podido enviarles al MIT o a la London School of Economics, lo cual supone una inversión económica que no todo el mundo se puede permitir. Las empresas seleccionan a sus cuadros dirigentes entre gente que aparece con dos másteres, incluso en periodismo. En mi profesión el que no puede hacer el máster de *El País* o el máster de no sé dónde —600.000 pesetas—, de alguna manera tiene una gran desventaja sobre los demás.

ANTONIO LÓPEZ

«Yo era un niño bastante dócil, no me costaba ir cada día a clase ni aprenderme la lección»



Antonio López García (Tomelloso, Ciudad Real, 1936). Pintor. Su obra, realizada con gran maestría técnica, se podría encuadrar dentro de un realismo sensible y desapasionado. Su primer maestro fue su tío, el paisajista manchego Antonio López Torres. Estudió en la Academia de Bellas Artes de San Fernando de Madrid. En 1983 se le concedió la medalla de oro de las Bellas Artes, y en 1985, el premio Príncipe de Asturias. En 1993 el Centro de Arte Reina Sofía de Madrid celebró una exposición antológica de su obra. Es miembro de número de la Academia de Bellas Artes de San Fernando de Madrid.

Antonio López ha accedido a recibirnos al finalizar su jornada de trabajo en el taller que tiene a unos cincuenta metros de su vivienda. Es invierno y la noche está muy fría en Madrid. Hemos preguntado varias veces, pero no acertamos a dar con la dirección. Se acerca la hora de la cita y nos ponemos un poco nerviosos. Por fin nos orientan en una gasolinera cercana y logramos encontrar el lugar. En el portal del edificio al que nos dirigimos hay un hombre que espera a la intemperie; aunque lleva una bufanda, va poco abrigado. Es Antonio López. Nos estrecha la mano amablemente y nos hace pasar a su estudio. Allí enciende una pequeña estufa eléctrica y empezamos a conversar. Tenemos que hacer un esfuerzo para concentrarnos dada la gran admiración que sentimos por él, pero su sencillez y cordialidad hacen posible el diálogo sereno. Antonio nos cuenta con satisfacción las impresiones de su infancia en Tomelloso, y lamenta que los niños de hoy no puedan encontrar la felicidad jugando en la calle o paseando por el campo. Considera que la evolución que ha sufrido la sociedad ha hecho mucho más hostil la vida para la infancia. Las opiniones de Antonio son firmes y contundentes, y su reflexión en voz alta sobre la educación se torna en un diagnóstico apasionado de la realidad social actual.

¿Cuáles son los primeros recuerdos de su infancia?

Nací en Tomelloso (Ciudad Real) en el año 1936. En aquella época no había guarderías y la infancia era como tiene que ser, es decir, se desarrollaba con una gran libertad en casa y en la calle. La recuerdo como una etapa muy bonita y es una desgracia que ya no pueda ser así. En mi mismo pueblo ya los niños no pueden salir solos a la calle hasta los siete u ocho años por lo menos. Mi familia era muy grande, sobre

todo por parte de mi madre. Conocí a los cuatro abuelos y a dos bisabuelas. Mis padres no eran ricos, pero vivían con cierto desahogo. Eran labradores allí en Tomelloso y tenían viñas y una casa muy grande con mulas, gallinas y otros animales.

Parece que añora esos años de su vida.

No, no es que los añore, pero reconozco que era una vida bonita, nada más. Es una cosa puramente objetiva. Yo me lo pasaba muy bien porque vivía en libertad. Ahora un niño no está libre. Allí, sí; tan solo ibas a tu casa a comer y a dormir.

¿Cuántos hermanos eran?

Soy el mayor de cuatro, dos chicas y dos chicos. Tomelloso era un pueblo muy bonito, con un tamaño muy bueno. Tenía entonces unos treinta mil habitantes, la misma cantidad que sigue teniendo hoy día. Como ya he dicho, vivíamos en una casa inmensa que era de mis abuelos, y sus hijos se iban casando y algunos se iban quedando allí. De los ocho, cuatro vivían allí con sus respectivas familias. Estábamos todos juntos compartiendo muchas cosas. A lo mejor para los adultos eso era conflictivo, pero para un niño es muy divertido. Recuerdo las riñas que teníamos. Uno de los hermanos de mi padre, que también vivía con nosotros, era un pintor muy bueno. Se llamaba Antonio López Torres. Yo me lo pasaba muy bien con él. También había unas cámaras enormes llenas de baúles con libros muy interesantes. La verdad es que tenía todo lo que un niño de esa época podía necesitar para ser feliz.

¿Cuándo fue al colegio por primera vez?

A los cuatro años. Mi padre ya me había enseñado las primeras letras y los números. Fui a una escolita privada que estaba muy cerca de mi casa llevada por dos señoras mayores. Creo que ni nos daban clase ni nada. Nos tenían allí prácticamente jugando. Ese fue mi primer colegio; el segundo ya fue la escuela pública del pueblo, no me acuerdo de qué nombre tenía entonces. Yo tendría ya los cinco y medio o los seis años. Mi primera impresión fue que allí había muchísimos niños. El primer día de clase iba yo con una chaqueta con muchos botones y un niño se me acercó, otro me pegó hebra, y cuando me quise dar cuenta, se mar-

charon y me habían dejado sin botones, porque en aquella época se jugaba mucho con los botones, presionando sobre ellos y haciéndolos avanzar. Esa fue mi entrada. Recuerdo que cantábamos habitualmente el *Cara al sol*. Pero a mí no me traumatizó ni me creó ningún conflicto, ni eso ni nada de lo que viví en la escuela. No nos apretaban demasiado, nos dejaban muy sueltos, no había esa presión que hay ahora sobre el niño. Yo era un buen escolar, no me costaba ir cada día a clase ni aprenderme la lección. Había niños que hacían novillos de vez en cuando. Yo era un niño bastante dócil. Si me tenía que levantar un poco antes para memorizar la lección, lo hacía sin ningún problema. Todo aquello no iba en contra de nada profundo de mi personalidad. Luego tenía la gran compensación de todas las horas que pasaba jugando en la calle.

¿Cómo era el ambiente de la escuela pública de Tomelloso?

La escuela en general en aquella época era muy fría, no había un trato especial, quizá porque el niño lo tenía fuera de ella. El niño era muy feliz fuera de la escuela, por lo menos yo lo fui. Podía serlo a no ser que tuviera alguna desgracia familiar o alguna circunstancia difícil, pero lo normal era que el niño estuviera muy feliz, porque el mundo era suyo. Nos íbamos al campo, a bañarnos al río. No tengo más que buenos recuerdos de esa época.

¿Qué piensa cuando oye a otras personas de su generación quejarse de los traumas infantiles que les han dejado las circunstancias en las que vivieron?

Creo que hay muchísimo cuento y gente muy bocazas. Claro que hubo dramas tremendos. Por ejemplo, al niño que le mataran a su padre en la guerra, lo pasaría mal. Pero si en casa no había tragedias y los padres tenían suficientes medios económicos para poder comer todos los días, el niño era feliz. Con Franco y con todo aquello que había. Al menos esa es mi experiencia. Quizá hubo lugares más conflictivos. En mi opinión los niños tienen una gran capacidad de adaptación y por eso pueden sobrevivir a tantas cosas y pueden vivir en una ciudad tan espantosa como Madrid y no se mueren los pobres. Eso sí que es horrible para un niño, desde que se levanta hasta que se acuesta la hostilidad de la gran ciudad está presionando malamente sobre su vida.

Entonces usted está convencido de que en los pueblos se vive mejor.

¿Para un niño? Maravilloso. Para un niño y para un anciano, que son las personas más débiles. Luego cuando el niño crece y ya es un adolescente y quiere pintar o quiere ser algo especial, tiene que salir de allí. Pero si no, es una maravilla, qué duda cabe. Tienen el tamaño y las características ideales para la vida de cualquier ser humano.

¿Hasta qué edad estuvo en la escuela pública de su pueblo?

Creo que unos dos años. A los siete años me llevaron al colegio de los Padres Carmelitas, el más conocido e importante del pueblo. Allí ya nos apretaban un poquito más, pero no recuerdo haber tenido ningún problema, ni con los compañeros ni con los profesores. Ese colegio tenía bachillerato, pero mis padres no tenían previsto que yo hiciera ninguna carrera y hacia los diez años, antes de comenzar el bachillerato, me sacaron del colegio porque pensaban colocarme en alguna oficina de escribiente. Estuve estudiando mecanografía, contabilidad y matemáticas por correspondencia con un centro de Madrid que se llamaba Cedeco, hasta que ya me vine a Madrid a los trece años a estudiar pintura.

Ha dicho que se suponía que usted no iba a estudiar bachillerato.

¿Por qué?

Porque entonces lo estudiaba muy poca gente. No era solo por una cuestión económica, sino por costumbre, porque cuando se decidió que yo viniera a Madrid, mi padre me pagó los estudios. En esa época los niños normalmente hacían lo que los padres decían, no había discusiones al respecto. Como ya he dicho, mi padre decidió en principio que yo estudiara para colocarme en alguna fábrica de escribiente o en algún banco, y acaté aquello que no me gustaba nada. Yo quería trabajar en el campo y mi padre decía que no, que era una vida muy dura. Incluso llegué a estar algunas semanas trillando y arando, pero mi padre decía que aquello no lo quería para mí. Total, que me preparé para ser escribiente y ya me estaba empezando a buscar una colocación cuando surgió lo de venirme a Madrid.

En su decisión de estudiar pintura en Madrid, ¿tuvo que ver algo su tío pintor?

Claro. Mucho. Alguien tenía que convencer a mi padre, y ese fue mi tío. Yo tenía solo trece años, y aunque Madrid no era una ciudad tan peligrosa como ahora, no dejaba de ser un riesgo. Mi padre y mi tío me trajeron y me dejaron aquí en una pensión. En aquella época Bellas Artes no era Facultad, sino Escuela Superior, de modo que no necesitabas bachillerato para ingresar, se accedía exclusivamente a partir de un dibujo. Si el dibujo que hacías les gustaba te hacían un pequeño examen de cultura general y ya ingresabas. Yo lo hice a los catorce años.

¿Le preparó también su tío?

No; me preparé yo solo aquí. Estuve un curso entero dibujando estatuas. Mi tío se había quedado en el pueblo. Puestos ya a querer ser pintor, lo mejor para mí era salir del pueblo y venir a la gran ciudad donde está el Museo del Prado y existía la posibilidad de conocer a otros pintores y a jóvenes que estaban en mis circunstancias. En fin, vivir todo lo que viví.

¿Cuándo tuvo conciencia por primera vez de que quería dedicarse el resto de su vida a la pintura?

Entonces en un pueblo —aparte de mi tío, que vivía una vida muy independiente— no había acontecimientos que te despertaran mucho en ese sentido. De modo que surgió de una manera natural. Me gustaba dibujar y en vez de dejar de hacerlo como otros niños a cierta edad, cada vez notaba más curiosidad por todo aquello. En vez de salir a la calle, me quedaba dibujando. Es el momento en el que empieza ya a surgir esa vocación de una manera difusa y sin una intención clara de ser pintor. Sencillamente, durante todos los ratos libres que me quedaban me dedicaba a copiar láminas. No trabajaba del natural entonces; copiaba. Veía una fotografía o un grabado que me gustaba y lo copiaba con una paciencia infinita. Tendría yo unos doce años. Mi tío no me prestaba ninguna atención —lo cual me parece muy inteligente—, pero cuando se dio cuenta de que yo insistía y vio ciertos trabajos míos —eso

fue en el verano de 1949— ya me cogió y me dijo lo que debía hacer. Me puso a su lado a trabajar con él y estuvimos todo el verano pintando. No sé, pero algo vio en mí que le insistió a mi padre para que me dejara ir a Madrid. Fue todo muy rápido, muy rápido. Ocurrió todo en ese verano. Yo no estaba nunca presente, pero oía hablar a mi tío con mi padre y pensaba: «Bueno, a ver si le convence», porque en muy poco tiempo me entró una pasión por la pintura extraordinaria, en cuanto ya realmente me encaminó mi tío y veía la posibilidad de seguir.

¿Hubo algún profesor del colegio que le motivase para la pintura, diciéndole que sus dibujos estaban muy bien o poniéndole buenas notas?

No, no. Incluso recuerdo que en la escuela pública de mi pueblo había un chico de mi curso que dibujaba muy bien y era el que salía a la pizarra a hacer cosas que el resto teníamos que copiar. Me parece que se llamaba Felipe, un chico gordito, y yo le admiraba muchísimo. Tenía mi edad; en aquel momento tendríamos siete años, supongo, porque la primera comunión ya la hice a los ocho años en el colegio de los frailes. O sea, que no tuve a nadie que me guiara, solo mi tío y a partir de los doce años. Hasta esa edad me dejó libre, no intervino, como hay que hacer. Hay que intervenir más o menos a esa edad, cuando ya el niño puede entender las palabras del adulto. Antes hay que dejarle que desarrolle lo que pueda él solo. Intervenir es un peligro. Incluso hasta los más inteligentes pueden meter la pata. Es mejor darle material al niño y que él se las arregle. Y se nota cuando el niño ya necesita ese apoyo del adulto, que naturalmente tiene que ser bueno porque si no casi es preferible que no lo tenga.

¿Le gustaba leer cuando era niño?

Antes de los doce, realmente no. A los doce años descubrí unas novelas sin tapas en uno de los baúles que había en mi casa, sin las últimas páginas ni las primeras. Se notaba que habían rodado mucho en las cámaras de mis abuelos paternos. Había alguna novela de Víctor Hugo —*Los miserables*, *Los trabajadores del mar*—, de Dumas, de Tolstoi —*Guerra y paz*—. Cosas que estaban muy bien. Ahí me inicié en la literatura, y me apasionaba.

¿Y se inició en la lectura también usted solo?

Sí, sí, yo solo. En el desván había muchísimas revistas de los años veinte, de *Blanco y Negro*, de *La Esfera*, incluso del siglo XIX; de *La Ilustración Española y Americana*, de los años 1870, 1880, había varios números. Hablaban de arte, hacían crítica de las exposiciones de la época. Tenían unos grabados preciosos. En una revista me acuerdo de que uno de los grabados estaba sacado de una foto de un señor que se llamaba Comba de la boda de Alfonso XII con María de las Mercedes. Estaban allí. Las compraría un bisabuelo mío, no sé.

¿Qué tipo de alumno era usted?

Muy obediente. Trataba de hacer las cosas que me mandaban. Me hubiera costado rebelarme contra todo eso. Lo aceptaba como un hecho natural que estaba por encima de mis juicios, me gustara más o menos. Por otro lado, los tiempos no estaban para muchas rebeldías. Cuando tienes en lo esencial la libertad, en lo superfluo puedes ceder. Al niño de ahora le ocurre más bien lo contrario: en lo esencial tiene que ceder y en lo superfluo le permiten ser rebelde.

Cuando empezó a pintar, ¿le llamó la atención algún pintor en particular?

No, yo no conocía más que a mi tío. No sé si era un gran artista, pero sí el mejor para mí. Había otro pintor muy bueno que hacía una pintura más difícil para entenderla un niño de esa edad. En cambio, la pintura de mi tío me entusiasmaba, y me formé con su manera de interpretar la realidad. Luego, claro, cuando ya vine a Madrid, vi el Prado, conocí otros pintores. El mundo del arte es un mundo vastísimo, no es el mundo de un solo pintor.

¿Cómo recuerda esos primeros años en Madrid?

Muy bien. Ahora me asombro porque con lo complicado que soy me pregunto cómo acepté la soledad aquí, qué bien me acomodé, enseguida hice amigos. Estaba tan deslumbrado por el descubrimiento del mundo del arte, tan agradecido a mi destino por haberme librado de las oficinas de Tomelloso. Iba solo al cine a ver las películas que me

apetecía. Era todo maravilloso. Gran parte de mis compañeros de clase eran mayores que yo y me trataban con mucho cariño, me apoyaban y les hacía gracia. A lo mejor me llevaban cinco o seis años.

Entre todos los profesores que tuvo, tanto en esa etapa en Madrid como en su pueblo, ¿recuerda a alguno especialmente?

Recuerdo a todos, a todos los recuerdo muy bien. Ahora, recordarlos en el sentido de que me dijeran o me revelaran cosas muy importantes, la verdad es que, salvo uno, poca cosa.

¿Puede hablarnos de ese profesor?

Era uno que tenía fama de ser brusco. Mucha gente se salía de clase cuando él entraba. Era un andaluz de Granada. Se llamaba Soría Aedo, un pintor que tuvo primera medalla. En aquella época casi todos los profesores de la Escuela de Bellas Artes de Madrid eran gente ya muy en decadencia. Estaba Eugenio Hermoso, que en sus tiempos de juventud fue una revelación. Eran todos pintores con primeras medallas, con mucho prestigio en su momento, pero ya la gente joven deseaba otras cosas, admiraba otras cosas. Se les respetaba, no había ni plantés ni actitudes desdeñosas ante ellos, pero no se les hacía mucho caso. Yo le tenía un gran respeto a Soría Aedo, y a veces me decía cosas que no entendía y tampoco me atrevía a preguntarle. Me insistía mucho en una corrección: «Más entero, más entero», me decía. Y yo pensaba: «¿Más entero?, ¿qué me querrá decir este hombre?» Y cuando lo entendí me fue muy útil. Claro, quería decirme: «No te detengas en detalles. Vete a lo esencial.» Está constantemente en mi cabeza. Es de las cosas importantes que me han dicho en la vida.

¿Le enseñaron sus profesores de la Escuela de Bellas Artes a mirar lo esencial?

No, no; eso ya no. Para eso hacía falta un tipo de profesor más cercano y de alumno más preguntón. Yo estudié desde 1949 a 1955, y en esa época había demasiada distancia entre el alumno y el profesor. Para enseñar estas cosas hay que hablar de una forma muy coloquial, tener mucha paciencia y que el alumno no le tenga miedo al profesor.

De todos modos, el que no desea verdaderamente aprender, da igual lo que le pase, lo que le digan. Yo deseaba aprender, y aprendí, claro. Todo lo que me interesaba estaba en los libros, pero tampoco te los dejaban en la mesita de noche, tenías que buscarlos. Cuando tienes necesidad de saber, acaba llegando el conocimiento a ti. De eso estoy convencido.

Pero, en general, ¿guarda recuerdos de agradecimiento a sus profesores?

No, de agradecimiento a los profesores, no; de agradecimiento en todo caso a mi destino y a mis padres. Los profesores estaban allí ganando su sueldo y tampoco se esforzaban gran cosa, igual que ocurre ahora. El que se tiene que esforzar es el alumno, sobre todo en el mundo del arte. Aquí no hay una manera de medir el conocimiento, en realidad tu futuro está en tu propia pasión por saber.

¿Pero no cree que los profesores tienen también mucho que decir en el proceso de formación de un artista?

Claro que tienen, pero el profesor puede ser un compañero tuyo, puede ser un libro que leas. La revelación puede surgir de muchos sitios, no solo del profesor «oficial».

¿Cómo se enseñaba la creatividad cuando usted estudiaba?

Ni siquiera se hablaba de la creatividad. Entonces se hablaba de pintar bien, de pintar mal, de aprender a dibujar. La creatividad se suponía que estaba como posibilidad dentro de nosotros. Ahora, enseñar la creatividad... pues no sé cómo se puede hacer. Se puede desarrollar, se puede alimentar, pero siempre tiene que estar. Cuando yo estudié había muy buenos pintores. Ahora, con la cantidad de actividades culturales que hay, no surgen más pintores mejores que antes. Hay un nivel medio superior, pero no pasa la cosa de ahí. Ese milagro que es el hecho artístico se da cuando Dios quiere. Y está bien que sea así, porque si no sería una injusticia para las gentes de generaciones anteriores que no tenían una cultura tan a la mano y, sin embargo, ahí están Velázquez o Goya. En arte es así; en ciencia no, pero en arte es así.

¿Cómo fueron sus primeros años después de haber terminado los estudios de Bellas Artes?

Pues difíciles, muy difíciles. Acabas los estudios y se supone que tu familia no puede seguir manteniéndote económicamente. Yo me las arreglé muy bien, fui muy listo y a la vez muy prudente. Empalmé con el servicio militar voluntario que hice durante dos años en Madrid. Tuve mucha suerte. La verdad es que los que hemos sobrevivido de mi generación, yo no sé la de ahora, pero entonces tenían que coincidir muchas cosas y tenías que hacerlo todo muy bien para poder seguir trabajando, para que no acabaras en la enseñanza. Yo no quería acabar en la enseñanza.

¿Por qué?

Pues porque no. Yo quería pintar.

¿No podía compatibilizar ambas actividades?

Sí, mi tío lo hizo compatible, pero yo no quería esas distracciones. Yo quería pintar. Los artistas que admirábamos eran aquellos que conseguían vivir de su pintura: Picasso, Miró, toda esta gente. No es que quisiéramos ser famosos y ricos, pero queríamos vivir de nuestro trabajo. Queríamos pintar, sin andar con encargos ni sucedáneos. Ese era nuestro norte y, bueno, cuando había que ceder se cedía. Yo hice algunas cosas para sobrevivir; por ejemplo, junto con Lucio Muñoz, dábamos color a unas ilustraciones para unos libros que nos entregaban en blanco y negro. Nos pagaban un duro. Otra vez me presenté a ver si me cogían para pintar carteleras de cine. Era realmente muy difícil. No se vendía un cuadro ni a la de tres.

¿Cuándo logró usted llegar a vivir en exclusiva de sus cuadros?

A mí me facilitó las cosas el hecho de empezar muy joven. Si esa lucha me hubiera cogido mayor, como a algunos compañeros míos que ya querían casarse y formar una familia, lo hubiera tenido mucho más difícil. La vida se les complicó en un momento y ya tuvieron que echar mano de lo que pudieron. Yo salí de la escuela a los diecinueve y no me casé hasta los veinticinco; fueron cinco o seis años que pude vivir

de una manera muy libre. La cosa salió. Ya a los veinticinco, empecé a vender cuadros aquí en Madrid, en una galería muy importante que dirigía Juana Mordó y se llamaba Bioska. Al poco tiempo me compré el piso con ayuda de mi padre y me casé. Todo iba saliendo como por milagro, pero iba saliendo. Siempre estaba a punto de no salir, pero salía.

¿Qué características cree que debe tener un buen profesor de educación estética de una escuela primaria?

Primero, tener talento; después, generosidad. Si no se tiene talento, la generosidad puede darle calor y un cierto apoyo al alumno, pero no le da conocimientos, no le enseña. Y si sabe mucho pero es una persona demasiado difícil o poco generosa, tampoco vale, tampoco debe enseñar. El problema de la enseñanza de las Bellas Artes es que es muy dura y normalmente solo se afronta desde una situación económica difícil. Quiero decir que a Picasso no se le ocurre ir a enseñar y luchar con cincuenta jovencitos. El artista que puede se dedica a producir obras y no a enseñar a niños que la mayoría de las veces no están motivados para ello. Ahora está surgiendo algo que está muy bien, que son todos estos cursos de arte que permiten a algunos grandes artistas estar en contacto durante una o dos semanas con gente joven que quiere aprender. Ya no es la lucha de la enseñanza obligada de un mes y otro mes, un año y otro año. Quizá sea un buen complemento porque más de una o dos semanas no se puede conseguir de esos artistas que todos admiramos, ya que nunca lo harán por dinero.

¿Usted ha tenido alguna experiencia como profesor?

Sí. Estuve cinco años en la Academia de Bellas Artes de San Fernando de Madrid. No lo necesitaba demasiado, la verdad, pero me hizo mucha ilusión cuando me llamaron allá por el año 1964. Yo era muy joven y me encargaron de la cátedra de Bodegones, que se estudiaba en el primer curso de pintura. Hice unas oposiciones al segundo año, las declararon desiertas, y ya al quinto curso lo dejé porque me cansé. Vivía de la pintura y notaba que la experiencia mía como docente se había agotado. Tenía veintiocho años cuando empecé, es decir,

que era casi tan joven como los alumnos. No me volvería a meter ahí ya. Sí que he impartido algún cursillo de los que he comentado antes. En el Círculo de Bellas Artes de Madrid, en La Coruña, en Jerez de la Frontera.

¿Y qué tal la experiencia?

Muy bien. Los alumnos son muy variados, desde el pintor que ya ha acabado Bellas Artes hasta artistas autodidactos. Los cursos suelen tener plazas limitadas y los profesores que lo van a impartir escogen a los alumnos de entre las solicitudes recibidas. Está muy bien porque generalmente se habla mucho. Ya no es cuestión de pintar un desnudo más o un cuadro menos, sino de conversar y conversar. Se supone que los alumnos están preparados y deseosos de escuchar lo que tienen que decirle sobre su trabajo grandes artistas de la talla de Luis Gordillo, Lucio Muñoz o Chillida. Es decir, personas que no suelen estar en las facultades como profesores oficiales.

Volviendo al tema de la enseñanza primaria y a los alumnos que probablemente nunca se van a dedicar a la pintura, ¿no cree usted que el profesor debe enseñarles a mirar y a disfrutar de un buen cuadro?

No, no; creo que no. Eso, o se hace muy bien o es contraproducente. Es muy peligroso. El arte es muy diferente de las matemáticas, que te las puede enseñar cualquiera. Cualquiera te puede decir «dos y dos son cuatro» y unas cuantas fórmulas más o menos elementales, dependiendo de tu nivel. Pero para educar artísticamente a un niño hay que saber hacerlo con una delicadeza, una sensibilidad y una sabiduría extraordinarias. Pienso que la mayoría de la gente que está metiendo mano ahí está estropeando las cosas mucho. Es mejor dejar libre al niño de cuatro, de cinco o incluso de diez años. Quizá en otra época era conveniente decir «mirad, niños, os voy a traer un libro de pintura, ¿sabéis lo que es la pintura?», a lo mejor no sabían ni lo que era la pintura; pero si ahora los llevan de continuo a los museos y les dan una lata horrorosa. Pueden acabar aborreciendo todo eso. Yo pienso que el niño lo que tiene que hacer es jugar e ir aprendiendo las cosas de una manera natural. Nada de que el adulto meta ahí sus morros. Me refiero al arte, claro.

Un niño que viva en un pueblo puede tener acceso a una biblioteca, pero tiene más difícil el poder acudir a una buena exposición de pintura, por ejemplo.

Sí, pero se supone que en la biblioteca habrá algún libro de Velázquez. No vas a llevar allí la exposición de Velázquez o de Kandinski para que la vea el niño. Pero todo está en los libros. Así nos hemos formado todos, con libros. Libros de escultura griega o de pintura egipcia. Yo me he formado así, nadie me dijo que los mirara, yo los miraba porque me interesaban. En todas las épocas ocurre así, la gente conecta con las cosas cuando las está buscando, cuando está atento, entonces le llegan a la mano. No se puede imponer las cosas en el mundo de la cultura, me parece un error terrible. Otra cosa es en el mundo de la educación, de las buenas formas o de otro tipo de enseñanza, pero justamente el arte es un terreno que tampoco es necesario para todo el mundo. Si hay gente que no necesita escuchar a Bach, para qué le vas a obligar a estar en una silla tres horas para que escuche la *Pasión según san Mateo*.

¿Pero si una persona quiere entender por ejemplo un cuadro de Tàpies habrá que darle pautas sobre un cierto código de interpretación?

No. No hay que dar códigos. Ya los daría Tàpies en último caso. Si no los da el artista, ¿quiénes son los demás para darlos? Yo creo que el arte se tiene que digerir y tomar, el que quiera tomarlo, en la dosis que quiera y de la manera que prefiera. A mí eso me parece que es ya perverso, porque es muy fácil hacerlo mal, y sobre todo con el arte contemporáneo. Ya hay demasiada gente que lo hace. Hay montones de gente que intentan constantemente explicar ese misterio. Hombre, entre pintores, se podría aceptar, pero coger a un niño en la escuela y decirle lo que está bien y lo que está mal, eso no. El que tiene interés en comprenderlo, ya lo logrará cuando llegue su momento. No puedes adelantarle acontecimientos, es como hablarle de la muerte demasiado pronto. No, hombre, no; ya se le morirá su abuelo o su perro.

¿Qué opina de la influencia de la televisión en la infancia?

Creo que ejerce una influencia nefasta. Parece que estoy en un plan absolutamente cenizo, pero es lo que pienso. Yo me defiende bien porque la sé apagar, pero mucha gente se lo traga todo y se envenena, o le ponen al niño la televisión para tenerle distraído. Esta sociedad lo que quiere es que tú consumas, que te gastes el dinero, y ya desde la más tierna infancia. No tiene misericordia ninguna, y cuando parece que enseña, no es así, esa es la impresión que tengo yo.

¿No cree que el consumismo también ha contaminado el mundo del arte, porque cuando uno ve los precios de algunos cuadros en las galerías se lleva las manos a la cabeza?

No, porque todo eso está hecho para los adultos. El mundo del adulto es otra historia, que se apañe como pueda; sin embargo, el niño es una materia muy delicada y con muchas posibilidades, por eso hay que tratarlo con mucho cuidado. Pero el adulto con dinero, que es el que va a la galería de arte, allá él. Si se equivoca y compra un cuadro malo, pues que se aguante, no le va a pasar nada.

Pero si nos hubieran enseñado desde niños en la escuela a mirar un cuadro y a tener criterios estéticos...

Pero ¿qué idea tienen ustedes del arte?

Bueno, nosotros no somos expertos, no somos nadie en el mundo del arte, pero...

No, si nadie es nadie. El arte es maravilloso, pero nadie es nadie.

Pero hay cuadros que te gustan más y otros te dejan indiferente...

Pues eso está muy bien, para eso está el arte, para que sienta eso todo el que quiera, todo el que tenga esa inclinación. Actualmente hay muchas ayudas para los que quieran disfrutar del mundo del arte: museos a punta pala, conferencias todos los días, libros, tantas exposiciones que ya no tienes tiempo de verlas. Por eso creo que la educación estética o se hace desde un nivel muy elevado o es mejor el silencio y la libertad.

¿Suprimiría entonces la asignatura de educación estética en la enseñanza obligatoria?

Mal impartida, como se da normalmente, sí. A mí me parece que al niño lo corrompen, lo estropean, le quitan toda su gracia, toda la espontaneidad y la frescura. Recuerdo que cuando estaba en la escuela pública de mi pueblo teníamos dibujo el sábado por la tarde. Era un rato muy bonito. El profesor no nos decía nada y estábamos todos allí dibujando como si fuera un juego. Para eso ya habíamos hecho un esfuerzo durante toda la semana estudiando de memoria la lengua, la religión, las matemáticas. Hay que darle al niño ese espacio suyo, y si muestra mucha curiosidad entonces reclamará la atención del adulto. Entonces hace falta un profesional muy preparado. Es más difícil enseñar a un niño que enseñar a un adulto. El adulto se puede defender, pero el niño no. Entonces, un mal pintor de estos que ha aprendido cuatro cosas, una persona sin sensibilidad y adocenada debe callarse más que nadie, y, justamente, la mayoría de la gente que está enseñando en este momento es así. Se están ganando su pan así, lo cual es muy respetable, pero no por eso son buenos maestros de arte. Pero, bueno, tampoco pasa nada, los niños con talento ya sobrevivirán a todas esas dificultades. En este momento todo es más fácil que antes porque el que necesite medios los va a tener, le llegarán pronto, con más facilidad que en otras épocas. Supongo yo, vamos.

¿Qué le parece la situación de la educación hoy día?

Me parece muy mala, pero no solo la educación. La educación es una de las cosas que no me parecen bien, pero como consecuencia de todo lo demás. El hombre está equivocado, está haciendo las cosas mal, y al niño lo tratan como a una pequeña fiera, parece que lo tienen ahí para domarlo. Me parece mal resuelto. A lo mejor resolverlo bien es muy difícil.

¿Qué solución podría tener?

Supongo que no obligar a la gente a estudiar de una manera sistemática, sino solo hasta cierto punto. Ahora que se habla tanto de libertad, veo que es cuando menos libertad hay. Los niños tienen que pasar por el

aro y hasta los no sé cuántos años, aunque lo odien y les cree unos conflictos terribles, tienen que seguir estudiando, y eso me parece mal. Creo que tiene que haber otras opciones. A mí no me gusta estudiar; cuando he encontrado un trabajo que me gusta, me he dado cuenta de que no me gusta estudiar, porque para mí los cinco o los seis años de formación en Bellas Artes no fue estudiar, fue otra cosa, y lo notaba porque cuando tenía que estudiar las asignaturas teóricas y examinarme lo hacía con muchísima desgana. Yo viví la diferencia entre el aprendizaje desde el apasionamiento y el aprendizaje desde la obligación. Vivimos en un mundo muy institucionalizado y ahora el niño no ve oficios manuales, no ve otras alternativas. Antes todo estaba a la vista, un niño podía de repente descubrir que le gustaba ser carpintero. Ahora desde muy pequeños aprenden las cuatro cosas que les enseñan en la guardería y después, ¡hale!, al talego, a la escuela, todo el día arrastrando una cartera inmensa llena de libros. Tengo la sensación de que es como una comida que no está bien hecha.

Una percepción más bien pesimista.

Bueno, a lo mejor es exagerar. Lo que no me gusta, sobre todo, es el mundo en que se vive. Quizá si los colegios fueran malos como antes, pero la calle fuera buena, sería mucho mejor, porque la calle compensaría las carencias de la escolaridad. Pero ahora la calle no me parece buena.

¿No cree que la escuela, la educación, puede ser un medio eficaz para mejorar el estado de la sociedad, de la calle?

La escuela, no. Únicamente se puede transformar la sociedad desde la alta política. Los dirigentes de las naciones son los únicos que pueden hacer algo, pero como no están dispuestos... Son servidores del capital, no hay nada que hacer, solo consumir. Se salvará el que pueda salvarse, la persona con mucha inteligencia y que use bien su rebeldía, porque si usas mal la rebeldía, acabas haciendo el gilipollas por ahí o atropellado por un coche. Ahora sí que está todo atado y bien atado, no en la época de Franco. Además todo tiene muy buen aspecto, los chicos parece que están muy libres, todo parece que está muy bien, pero no es así.

¿Ha pensado alguna vez en volver a vivir en su pueblo?

No, porque ya mi pueblo no es el que era. Mi pueblo está plagado de semáforos y hay más coches casi que en Madrid. Los animales han desaparecido. La vida es ya como en un pequeño Madrid y la mayoría de la gente está encantada con todos esos cambios. Han cambiado lo de antes por lo de ahora con mucho placer, con mucho gusto, pensando que salen ganando; y en algunas cosas han salido perdiendo. En otras ha ganado, por ejemplo, tener un cuarto de baño es mejor que tener un retrete allí con un agujero.

¿Y en qué cosas cree que han salido perdiendo?

Pienso que ahora hay una obsesión por disfrutar, por gozar de la vida, por el dinero, una ansiedad que antes desde luego no había, y a mí me parece peligroso. La sociedad de consumo lo ha hecho muy bien y ha engatusado a la mayoría de la gente. Claro, ya sé que hay mucha gente que de todo eso se ríe, pero luego cae en la trampa. Van con sus coches, muy contentos, y no se dan cuenta de que la situación echa humo. Todos los riesgos, todos los inconvenientes, ni los huelen. No hablo ya de las consecuencias de nuestro tipo de vida para el futuro, sino del presente. Me parece que en Madrid la contaminación, la incomodidad de trasladarte de aquí para allá, la vida que se lleva es verdaderamente horrible, aunque luego se vayan un mes al año a Ibiza. Creo que nos están engañando a todos y les está saliendo muy bien.

¿Usted se incluye entre los que están siendo engañados?

En parte, sí; pero al ser un pintor más o menos de éxito estoy salvado, estoy fuera de toda esa batalla. Naturalmente vivo en Madrid y respiro desde Madrid, pero podría vivir fuera de aquí si quisiera. Vivo en Madrid porque está aquí mi familia, por razones personales, pero no tengo necesidad profesional. El verdadero problema lo tiene la gente que no puede elegir.

A usted se le considera el pintor de Madrid.

Sí, yo pinto Madrid.

¿Por qué?

Hombre, el pintor, como el periodista, como el médico, trabaja sobre lo que hay. Si vives en Madrid, haces Madrid. Delibes vive en Valladolid y trabaja sobre Valladolid. ¿De qué habla el cine? El americano, me imagino, habla de los problemas americanos. ¿Por qué pinto yo Madrid? Porque lo estoy viendo y es lo que me sale, no es que lo considere una obligación ni mucho menos. Mientras viva en Madrid, trabajaré sobre Madrid, tratando de no inventar ni exagerar nada. El que vea uno de mis cuadros en el futuro, hará un diagnóstico de lo que es la vida de esta época en Madrid, verá una ciudad enorme, con pocos árboles, con unas masas de casas colocadas muchas veces de cualquier manera y con contaminación. Igual que podemos saber cómo era la España en la época de Baroja leyendo una de sus novelas. Incluso aunque no hagas figuración. Pienso que viendo un cuadro de Tàpies está toda esa suciedad actual, ese basurero. A lo mejor Grecia también era un basurero, pero el alma del hombre griego antiguo estaba en la luz, tenía esperanza en su futuro, una esperanza que el hombre de nuestra época ha perdido. Desde luego el arte del siglo XX así lo expresa, con un pesimismo terrible. Porque el arte es una especie de *esperanto* maravilloso. Por ejemplo, tú no sabes cómo hablaban los iberos, pero ves la Dama de Elche y dialogas con ella en otro nivel. Es una cosa maravillosa.

¿Destacaría de entre todos sus cuadros alguno del que se sienta especialmente satisfecho?

Hay algunos de los que estoy satisfecho, en concreto los que pinté entre los dieciocho y los veintidós años. Recuerdo que en esa época trabajé con placer, sintiendo que estaba encontrando cosas, que me habían servido todos esos años de enseñanza y que percibía ya un mundo a representar al alcance de mi mano. Lo recuerdo con mucha emoción porque pintaba con una exaltación extraordinaria. Después ya te profesionalizas, coges muchísima experiencia y aprendes a hacer muy bien tu trabajo, pero hay un momento en que estás viviéndolo como una aventura que puede salir o no, y cuando notas que te está saliendo es muy emocionante. Yo lo viví así.

JOSÉ LUIS MANZANARES

«Le respondí al profesor que él no podía hacer
que una injusticia fuera algo justo»



José Luis Manzanares Samaniego (Málaga, 1930). Miembro permanente del Consejo de Estado. Magistrado de la Sala de lo Penal del Tribunal Supremo. Abogado del Estado. Profesor titular de Derecho Penal. Ha sido vicepresidente del Consejo General del Poder Judicial. Es uno de los tres miembros españoles de la International Penal and Penitentiary Foundation. Director de la revista *Actualidad Penal*. Autor de siete libros de temas jurídicos y participante en otros dieciséis de carácter colectivo. Entre otras condecoraciones, ha recibido la cruz de honor y la gran cruz de la Orden de San Raimundo de Peñafort.

Después de recorrer varios pasillos larguísimos acompañados por un ordenanza en el edificio del Consejo de Estado en la madrileña calle Mayor, llegamos por fin al despacho de José Luis Manzanares. Nos recibe con simpatía y amabilidad, y nos ofrece una taza de caldo caliente que está realmente sabroso. El rostro de José Luis llegó a ser muy conocido en la época en que ocupó la vicepresidencia del Consejo General del Poder Judicial. Sus declaraciones sobre asuntos más o menos polémicos menudeaban por aquel entonces en las distintas cadenas de televisión. Siempre ha tenido fama de no tener pelos en la lengua. Durante nuestra entrevista podemos comprobar que esa fama es ciertamente merecida. Se expresa con plena libertad, sin ningún tipo de trabas, llamando a las cosas por su nombre e implicándose con detalles concretos. Esa desinhibición y su rebeldía ante la injusticia le costó más de un disgusto con sus profesores en el colegio. Pero José Luis no es un hombre de rencores; al contrario, sabe reconocer y agradecer todo lo bueno que sus educadores hicieron por él.

Si le parece, podemos comenzar hablando de sus orígenes familiares.

Soy el mayor de los nietos de mis abuelos maternos y durante mi infancia viví con ellos más que con mis padres, con los que pasaba sobre todo las vacaciones. Porque cuando yo nazco mi abuelo es magistrado y está en sitios más importantes y con mayores posibilidades escolares que mi padre, que es más joven y es juez. Así hasta que muere mi abuelo, cuando yo estoy terminando el bachillerato. Mi familia, tanto la materna como la paterna, procede de la zona de Burgos y Valladolid, pero yo nazco, por casualidad, en Málaga, porque mi abuelo materno era magistrado allí, al igual que el hermano mayor de mi pa-

dre, y mi progenitor, que era juez en Priego de Córdoba, iba a pasar los días de permiso y las vacaciones a casa de su hermano mayor, y allí conoce a quien más tarde sería mi madre. Esa es la razón de que yo nazca en Málaga.

¿Cuáles son sus primeros recuerdos escolares?

El primer colegio del que tengo recuerdo es el de unas monjas de Valladolid que llamaban *las francesas*, con las que estuve en el jardín de infancia. Cuando yo tenía ocho años, en plena guerra civil española, nos trasladamos a Almendralejo (Badajoz), y recuerdo los problemas en pleno invierno para buscarme un colegio. Finalmente tuve que ir a un colegio de niñas, y ahí estaba yo al fondo de la clase rodeado de compañeras; bueno, había otro «desgraciado» como yo, y allí estábamos los dos entre todas las niñas. Después pasé otro año en el Puerto de Santa María (Cádiz). En 1939 vuelvo a Valladolid e ingreso en un colegio de unas señoritas francesas solteras, no religiosas, hermanas entre sí e hijas de un catedrático de un liceo francés que ya había muerto. Las tres llevaban el colegio muy bien, y usaban un texto de su padre en castellano que se llamaba *Libro ideal de la infancia*, que para mí ha sido siempre un modelo porque allí se explican ya muchas cosas elementales de tipo jurídico que por desgracia no se estudian hoy en el bachillerato. Era un sistema de preguntas y respuestas; decía, por ejemplo: «¿Cómo se llama la persona que está al frente de un ayuntamiento? El alcalde.» Hablando del ayuntamiento, luego les contaré un hecho peculiar al respecto. En fin, supe entonces por primera vez algo de lo que era la Administración, de lo que era el Gobierno, y recuerdo también las etimologías. Muchas veces comparo lo poco que aprendí entonces de las etimologías griegas con lo poquísimo que me han dejado a mí las horas dedicadas al griego. El griego que he estudiado varias horas a la semana durante dos o tres años, al final no me ha dejado más poso que las tres páginas de etimologías del librito ese. Sigo sabiendo que *tanatos* es muerte, que *tele* significa lejos, lo cual estaba en el aquel librito.

¿Cuánto tiempo estuvo en ese colegio?

Seis o siete meses. Luego ya pasé a los Jesuitas de Valladolid para hacer el bachillerato. Y tengo que agradecer a los Jesuitas dos cosas

que han sido muy importantes a lo largo de toda mi vida: un cierto amor al trabajo y un cierto aprecio a la disciplina. Eran los tiempos duros de la posguerra, en los que al colegio se entraba a las ocho de la mañana, había misa y rosario todos los días, salíamos a la una, y por la tarde volvíamos desde las tres o tres y cuarto hasta las nueve. O sea, que aun prescindiendo de la misa y del rosario quedaban muchísimas horas para el trabajo. Los programas se veían completos. Los profesores eran muy exigentes. Recuerdo que había tres notas semanales de cada una de las asignaturas, una de aplicación, otra de aprovechamiento y la tercera del resultado de ambas. Allí estuve seis años. Mi abuelo muere cuando yo estoy en sexto curso y el séptimo lo hago en el único instituto que había en Teruel, donde vivían mis padres. Ese año me vino muy bien, porque fue un paso intermedio entre la rigidez de la enseñanza de los Jesuitas y la libertad para estudiar que se tiene en la universidad más tarde. Luego, cuando llega la hora de ir a la universidad, como a mí en Zaragoza no se me había perdido nada, me fui a Valladolid. Allí estuve los cinco años de carrera en un colegio del que no tengo más que buenos recuerdos, el Colegio Mayor de Santa Cruz, entonces el único que existía en Valladolid, con un número muy pequeño de alumnos —quizá una treintena— y un director admirable. La selección de alumnos se hacía exclusivamente por las notas. De manera que a los buenos recuerdos de los Jesuitas sumo los de Santa Cruz; mucho mejores recuerdos de Santa Cruz porque, como es natural, en los años del colegio de los Jesuitas hay un dogmatismo que luego desaparece.

¿A qué se refiere exactamente con el término dogmatismo?

Si quieren se lo puedo ilustrar con una anécdota. Una vez vino el padre rector a clase de religión porque el profesor encargado de la asignatura estaba enfermo o se encontraba fuera. Y trató de explicarnos por qué existían pecados mortales que debían ser castigados con el infierno eterno. Nos decía que la ofensa no solo dependía del contenido mismo de la frase o comportamiento ofensivo, sino también de la distancia entre el ofendido y el ofensor; y como la distancia entre el ofendido —Dios— y el ofensor —el hombre— era infinita, pues, naturalmente, la ofensa era infinita. Entonces yo, sin encomendarme a Dios ni al diablo, levanté el brazo e hice este comentario: «Pero bueno,

padre, es que con ese razonamiento, con esa multiplicación por un factor que es infinito, no hay pecados veniales porque todo es infinito y todo es pecado mortal.» Fui reducido al silencio y no se intentó, claro, darme ninguna respuesta. No se podía esperar otra cosa en aquella época.

O sea, que usted no era un alumno al que se convencía fácilmente de cualquier cosa.

No. Aunque ahora uno tenga cierta fama de conservador, yo era de los díscolos, tanto en el colegio como en la universidad, y creo que he cambiado muy poco desde entonces. No me he pasado largos períodos de tiempo en la cárcel, no he sido un luchador nato por la democracia como estos que ahora surgen como las setas, pero, pese a ser mi padre magistrado, alguna noche sí que he pasado en comisaría en Valladolid, porque uno formaba parte de algunas manifestaciones. Recuerdo que en cierta ocasión un compañero de universidad, muy de Falange, se hizo con una carta mía en la que yo comentaba ciertas ideas republicanas; allí no se estaba preparando un partido político ni nada por el estilo, pero sí se expresaba mi sentir republicano que, por cierto, sigo conservando y de lo cual nunca he hecho ningún secreto. En un momento dado, noté cómo se me hacía el vacío entre el resto de los compañeros, pero no sabía por qué, hasta que otro compañero —este sí verdaderamente conservador— me dijo: «Es que lo que yo nunca me hubiera imaginado es que un Samaniego pudiera ser republicano.» Lo dijo porque mi segundo apellido es Samaniego. Muchos años después, aquel compañero que difundió el contenido de mi carta tuvo el detalle de pedirme disculpas por ello.

¿Conserva usted amistades de su época de estudiante?

Muchas. Creo que los niños y los jóvenes de mi época teníamos más facilidades y estábamos más «forzados» a hacer amistades profundas, porque entonces no había televisión ni ordenadores, y el tiempo libre se pasaba con los amigos. Era rara la tarde que no pasábamos jugando y merendando en casa de algún amigo o en la propia. Y la verdad es que conservo, después de tantísimos años, muchas amistades de entonces. Cuando estoy con ellos es para mí muy agradable, y veo que

a mis compañeros les ocurre lo mismo, comprobar que parece que no ha pasado el tiempo. Tanto es así que tengo mi particular teoría sobre la escasa evolución de las personas. Si a mí me dicen ahora que fulanito de tal, compañero mío no ya en la universidad, sino en el jardín de infancia, es un señor respetabilísimo que ocupa el puesto tal, si aquel niño era el clásico chivato, yo pienso que en el fondo sigue siendo el mismo chivato. Que lo ocultará mejor o dará el chivatazo solo cuando pueda acarrearle grandes ventajas, pero yo sigo sin fiarme de él.

En su caso concreto, ¿qué rasgos de cuando era niño cree usted que todavía conserva?

Lo explicaré de nuevo con otra anécdota. Los Jesuitas distinguían entre el niño modelo y el niño de mejores notas. Yo era siempre el segundo en mejores notas, toda mi vida he sido un segundón. Como consecuencia de ser un buen estudiante, yo tenía un cargo que se llamaba —me parece— *edil*. El caso es que yo salía cinco minutos antes que mis compañeros del estudio para preparar la clase, abrir la puerta, poner las tizas, etc., y por eso me sentaba junto a la mesa del profesor. Un día entró el profesor de historia, que era hermano de un jesuita, porque teníamos la clase de historia en el aula de ciencias naturales, donde había muchos animalitos disecados. Entre ellos había un pavo real, al cual varios de mis compañeros habían quitado algunas plumas de la parte posterior y estaban soplando aquellas plumillas en el extremo opuesto al que yo me sentaba. Este señor llegó muy nervioso y al ver aquello dijo: «¡Todos de rodillas!» La sensación de injusticia fue tremenda; pensé: «¿Por qué me tengo que poner de rodillas si yo no estaba haciendo nada?» Pero, claro, no ponerse de rodillas y oponerse frontalmente al profesor era pedir demasiado para un alumno de la época. Así que utilicé un sistema mixto, que fue ponerme de rodillas pero en la silla, de manera que era el único de la clase que parecía que estaba de pie. Este señor comenzó a rezar —una oración que no le serviría para nada porque me lanzaba unas miradas terribles— y cuando terminó me dijo: «Y usted, ¿por qué no se pone de rodillas?» Yo le respondí: «Estoy de rodillas, así rezamos el rosario.» «¡Eso no es ponerse de rodillas —me dijo—, usted se pone como los demás, porque yo en mi clase hago lo que quiero!» Entonces le dije una frase que a

estas alturas de mi vida, después de cuarenta y tantos años, todavía significa algo. Le respondí: «Lo que usted no puede hacer es que una injusticia sea algo justo.» Al oír aquello se acercó hasta donde yo estaba y comenzó a balancearse a medio metro de mí. Yo, que estaba convencido de que me mataba, seguía de rodillas en la silla; por lo tanto, si me hubiera dado una bofetada, me habría caído al suelo. Después de unos segundos que me parecieron siglos, dijo: «Estoy haciendo los mayores esfuerzos de mi vida para contenerme; márchese usted a ver al padre rector, no vuelva a mi clase sin haber visto al padre rector.» Esta es la primera parte de la anécdota. La segunda es que el rector decidió que yo fuera a pedir perdón a este señor. Yo, que entonces tenía catorce o quince años, me resistía. Pero por fin le dije: «Quiero decirle, profesor, que siento mucho el incidente de esta mañana.» «Siéntese», me respondió. El padre rector, que había bajado conmigo, no insistió en que yo le pidiera perdón expresamente. Y así quedó la cosa, pero luego vino una tercera parte, donde conocí la injusticia. En los Jesuitas se sacaban las medias de las notas semanales y luego la media entre esa nota y la del examen del mes. En definitiva, yo tenía tan buenas notas que aun sacando cero en el examen del mes me daba una nota media muy alta. En el examen me hicieron una serie de preguntas —me acuerdo como si fuera hoy—: la paz de Westfalia, de Utrecht, etc.; y las contesté todas bien. Pero la nota media final fue como si me hubieran puesto un cinco bajo cero o algo así en ese examen. Aquello fue para mí un pequeño trauma, el ver que se cometía esa injusticia incluso en un colegio de Jesuitas, con el que yo podía estar de acuerdo en unas cosas o no, pero en cuya justicia básicamente yo creía. Pero tengo que decir que no le guardo ningún rencor a ese profesor, solo lo cuento como ejemplo de lo que podía ocurrir y de hecho ocurría.

¿Qué es lo que iba a contar a propósito del ayuntamiento?

¡Ah!, sí. En el colegio de los Jesuitas tuve a un profesor en el curso de ingreso muy preocupado por sus alumnos. Era un hermano jesuita cuya familia debía de haber tenido algún problema con el alcalde de su pueblo, porque todas las semanas formaba el «ayuntamiento» con los suspensos de la clase. Todos los suspensos se colocaban en dos filas; a la cabeza de una iba el alcalde, al que se le daba un gran garrote, y pre-

sidiendo la otra iba el secretario, al que se le entregaba una pluma de cartón *pelikan* muy grande, de esas de propaganda. Y así se hacía el desfile por los patios aquellos, poco menos que incitando a los demás compañeros a mofarse de los suspensos de la semana. Aunque, claro, hoy por ti mañana por mí, tampoco se hacían burlas muy profundas.

Entre todos los profesores que tuvo ¿podría destacar a alguno que le marcara especialmente de manera positiva?

Sí. El padre Portillo. Era un jesuita procedente de Santander que había hecho el doctorado en Múnich. Nos daba clase de ciencias naturales y era muy rígido. Gracias a la influencia del padre Portillo yo he tenido en mi vida dos grandes debilidades, o dos grandes pasiones: una ha sido el idioma alemán y la otra la mineralogía, y especialmente la cristalografía. Recuerdo cuando el padre Portillo me enseñó su tesis doctoral, que versaba sobre los ojos de las abejas. La tesis estaba escrita a máquina y de vez en cuando había una foto pegada, algo que hoy no llamaría la atención, pero entonces era pionero, porque se trataba de fotos del corte del ojo de las abejas. Desde entonces, toda mi vida he tenido la preocupación por aprender alemán, y siempre digo que he dedicado muchas más horas al alemán que al Derecho, y es verdad. Mis enemigos podrán decir que se me nota en el Derecho, pero es así. He estado toda mi vida estudiando alemán, primero solo, luego con alguna ayuda, después estuve en Berlín, antes de la caída del Muro, con una beca. No tengo facilidad para los idiomas, por eso durante toda mi vida he estado leyendo en alemán para no olvidar lo que aprendía. Mi mujer, que es catedrática de literatura, se indigna un poco y se sonríe cuando me ve leer, por ejemplo, a Cela en alemán, y me dice: «¡Qué barbaridad!» Yo le respondo que prefiero no coger exactamente todo lo de Cela y sin embargo de paso estar manteniendo el alemán. Creo, además, que en el terreno profesional me ha ayudado mucho. Porque, claro, ahora los profesores de universidad —sobre todo los penalistas— van mucho a Alemania, pero cuando yo empezaba se iba sobre todo a Italia. He podido publicar muchas cosas sobre el sistema alemán, he hecho alguna traducción de algún libro jurídico-penal importante, todo lo cual me ha ayudado, sin duda. Más aún, cuando llegué al Ministerio de Justicia como letrado, estoy seguro de que mi conoci-

miento de alemán fue decisivo, porque había colegas que sabían inglés o francés, pero ninguno sabía alemán. Por otro lado, todavía pienso que si volviera a nacer quizá me decantaría profesionalmente por la mineralogía. En el Derecho tiene uno tantos desengaños y tanta insatisfacción, además inevitables, porque es una labor humana de caso por caso, y pienso que en la mineralogía todo eso no se puede dar, allí las leyes se respetan siempre al cien por cien y no dependen del intérprete.

¿Su inclinación hacia el idioma alemán va paralela a una admiración por el pueblo o la idiosincrasia alemana?

Tengo un cierto afecto al pueblo alemán, pero es mayor mi interés por su idioma. La cultura europea no se puede entender sin la participación alemana. El hecho de conocer cualquier idioma y de introducirse de alguna manera en la cultura de otro país, siempre enriquece al individuo porque le proporciona una nueva visión o perspectiva de las cosas. Por ejemplo, como ya he comentado, para no olvidar el alemán yo me he leído muchos libros de bolsillo de una colección alemana de literatura universal. Y es curioso porque la selección de obras de esa colección no es la misma que la de las colecciones similares que tenemos aquí. De manera que todo eso enriquece.

¿Cuál fue su experiencia en el aprendizaje de idiomas en el colegio?

Sobre esto no me atrevo a opinar seriamente. Me parece que en aquellos tiempos el estudio de los idiomas era igual en relación con un idioma muerto que con un idioma vivo. Mucha gramática. Recuerdo cosas que ya casi nadie conoce, como la perifrástica activa, la perifrástica pasiva, etc. Esa forma de estudio producía un aburrimiento tremendo. Hoy se estudian los idiomas de una manera más ligera. Se comienza con un saludo, luego se ven las palabras de uso más sencillo, se van construyendo algunas frases breves y poco a poco se van metiendo algunas reglas gramaticales. Creo que no hubo una relación positiva entre las horas que dedicábamos a la enseñanza de los idiomas y lo que uno obtenía. Entonces se estudiaban dos idiomas vivos en el bachillerato. Había que escoger entre el alemán y el inglés, y entre el italiano y el francés. Sin embargo, en los Jesuitas estudiábamos por obligación

alemán y francés. Por otro lado, los profesores tampoco solían ser muy cualificados. Recuerdo que nuestro profesor de francés era el clásico que se leía las lecciones antes, que no tenía nada que ver con Francia ni había estado nunca en aquel país. Yo me suelto en el alemán varios años después estudiando por mi cuenta, prescindiendo de esa gramática tan complicada y yéndome a la elemental. También porque se dan una serie de circunstancias curiosas. Por ejemplo, en mis tiempos del Colegio Mayor de Santa Cruz teníamos un profesor de alemán, nativo, que nos daba una hora a la semana o así, lo suficiente para no olvidarse del todo. De manera que cuando yo iba al campamento de milicias, recuerdo que aprovechaba algunos ratos libres para repasar gramática alemana debajo de una encina con mi libro pequeñín. No es que aprendiese mucho, pero siempre estuve con la preocupación. Hasta que ocurrió algo muy pintoresco. Resulta que durante la segunda guerra mundial los alemanes forzaron a muchos jovencitos, casi niños, a luchar en el frente. Uno de ellos, llamado Herbert Imhof, fue capturado por los franceses al final de la guerra en la Selva Negra. Tenía solo dieciséis años y no había disparado ni un solo tiro durante la contienda. Después de una serie de incidencias, acabó trabajando como prisionero de guerra en una casa rural del sur de Francia. Tenía gran libertad de movimientos porque se pasaba prácticamente todo el día en el campo. Un buen día se enteró por una guía Michelin de que el río Garona, que pasaba muy cerca de donde vivía, nacía en España, y decidió seguir el curso del río por la noche para llegar hasta nuestro país. Él cuenta que llega un momento en que ve unos postes de la luz que son de madera, y como en Francia eran metálicos, piensa que ya estaba en España, lo cual resultó ser cierto. Cuando lo encontraron en Viella (Lérida), lo metieron en el calabozo municipal, donde el propio guardián le daba por la noche las llaves y una peseta para que fuera al bar a comprarse un bollo y volviera por su cuenta. De ahí lo llevaron a la cárcel de Nanclares de Oca. Con la ayuda de una organización llamada OCAU —Obra Católica de Asistencia Universitaria— consiguió salir de Nanclares con una beca para estudiar en la Universidad de Valladolid, donde yo lo conocí. Allí fuimos compañeros todos los años de la carrera, y como él no podía ir a su casa en Alemania porque estaba en zona de ocupación francesa, todas las vacaciones las pasaba conmigo.

Cuando terminó la carrera ya se había creado la República Federal Alemana y, tras una convalidación de estudios, trabajó en su país como profesor hasta su jubilación. Ahora se visitan los nietos de Herbert y los míos, y seguimos con la misma relación de amistad que tuvimos entonces, solo que familiarmente ampliada. Lo cuento porque esta circunstancia ayudó a que mi interés por Alemania y su idioma subiera muchos grados.

¿Recuerda cuáles fueron las primeras lecturas de su infancia?

Empecé a leer muy pronto, quizá porque no teníamos muchos otros entretenimientos. Aprendí a leer a los cuatro años, y todavía tengo algún libro de los que me regalaron cuando tenía cinco, de la colección Araluce, concretamente un volumen de algunos cuentos de Andersen, con la historia de Klaus el grande y el pequeño Klaus, etc. La colección Araluce tenía una magnífica selección de cuentos, de narraciones y también de biografías, más o menos adaptadas a los niños. Recuerdo que, ya más crecídito, miraba con un cierto desprecio a los lectores de Salgari, porque yo era de los lectores de Julio Verne, ya que a mí Salgari —al que también había leído— me parecía excesivamente superficial, mientras que Julio Verne era algo más serio. Después, durante el bachillerato, como tantos compañeros, leí muchos libros de la colección Austral de Espasa Calpe. Por ejemplo, no dejé de leer ninguna obra de Marañón, de Unamuno o de Ortega y Gasset, las cuales conservo todavía con sus anotaciones al margen. Pienso que un día estarán en manos de mis nietos y a través de esas anotaciones podrán conocer un poco el pensamiento que entonces tenía su abuelo. Recuerdo también que yo tenía un cine infantil que entonces era el no va más. Tenía películas de verdad —de Charlot, por ejemplo—, pero en formato pequeño. Y lo vendí para comprarme las obras completas de Ortega y Gasset. La verdad es que he leído muchísimo. Mi padre —que era también un gran lector— tenía una magnífica colección de libros que se llamaba Colección Novelas y Cuentos, y cuando yo iba a Teruel durante las vacaciones de verano —vivíamos en lo que ahora sería un chalecito adosado, entonces eran unas casas baratas— recuerdo que me pasaba las horas leyendo en un sillón de mimbre que había allí. Por las mañanas había sombra en un lado de la casa y por la tarde en el

otro. Leía muy rápido porque era prácticamente lo único que hacía, ya que el deporte nunca me ha gustado mucho. A lo mejor me leía una novela completa por la mañana y por la tarde empezaba otra. Y así durante los tres meses de verano. Mi padre me iba guiando un poco en mis lecturas, y yo le solía preguntar, aunque en definitiva yo podía leer lo que quisiera. Lo del sillón de mimbre es una costumbre que he heredado de mi padre. Ahora en mi despacho de casa, que es muy grande y muy serio, tengo también un sillón de mimbre, que es lo más cómodo que existe.

¿Por qué decidió seguir la misma carrera que su padre y su abuelo?

Como he dicho antes, soy hijo de juez, nieto de juez por las dos ramas y me parece que entre mis bisabuelos hay un notario y otros tres jueces, de manera que eso lo tenía muy metido. Pero me parece que la idea de dedicarme a la justicia no viene precisamente de ese entorno, creo que la hubiera tenido igual. Lo que les he contado del colegio de los Jesuitas de Valladolid no está relacionado con nada que yo viera en mi abuelo o en mi padre, yo era demasiado joven para seguir alguna conversación de ese tipo. A mí lo que nunca me ha gustado es que las cosas sean o dejen de ser según la opinión de una persona. Si me permiten la pedantería, diría que soy intelectualmente muy rígido, y cuando uno habla de la justicia también hay algunos aspectos en los que se puede ser rígido. Es injusto que usted me ponga de rodillas porque mis compañeros hayan soplado una pluma, eso es por completo injusto. No puede venir usted aquí con argumentaciones, eso es injusto. Y ante la injusticia me sublevo, y lo he hecho durante toda mi vida. Posiblemente lo he hecho también estando en el Consejo General del Poder Judicial más de una vez. Y confío en lo de genio y figura en este aspecto; en otros, mejor sería que hubiera correcciones.

Hablemos de la educación actual. Parece ser que los jóvenes tienen un gran desconocimiento de todo lo relacionado con el funcionamiento de la administración de justicia, ¿no cree que desde la escuela se podría hacer algo al respecto?

Quizá algo en la línea apuntada en aquel librito de preguntas y respuestas que usábamos en el colegio de las señoritas francesas, el *Li-*

bro ideal de la infancia. Porque me temo que un señor en España puede acabar la carrera de Medicina o de Ingeniería de Minas sin saber por los estudios —otra cosa es lo que pueda aprender por fuera— la diferencia que hay entre un presidente de la Diputación y un antiguo gobernador civil o un subdelegado del Gobierno, o la diferencia entre la fiscalía y el tribunal. Por eso creo que se debería adelantar, hasta los diez años posiblemente, el aprendizaje de algunas ideas elementales tanto de Gobierno, como de Administración, como de tribunales. A mí me duele mucho ver o escuchar cómo los más conocidos tertulianos de la radio española demuestran con contumacia una ignorancia enciclopédica en lo referente al funcionamiento de los tribunales. Esa formación hay que saber llevarla a cabo porque no se trata de meter en la cabeza de nadie mil ideas que no va a aprovechar, sino unas cuantas muy elementales y fundamentales. Actualmente, quizá por la tremenda influencia de los medios de comunicación, se ha ligado tan excesivamente la política a la justicia que las interpretaciones de las actuaciones judiciales no suelen llegar con nitidez al ciudadano de a pie. Dejando a un lado los posibles intereses políticos que tuercen la noticia o que atribuyen al juez unos deseos malévolos, el hecho es que todos los medios de comunicación buscan la sensación. Lo cual ha llevado a un desprestigio interesado de la justicia. Por ejemplo, cuando los jueces dictan sentencia, todo el que pierde —salvo rarísimas excepciones— piensa que el juez es malo. Sin embargo, los que ganan no dicen que el juez sea bueno, sino que ellos tienen derecho y, por lo tanto, el juez ha sido neutral.

Parece que hay algunos expertos que opinan que el actual Código Penal, aprobado tan solo hace unos años, tiene algunas deficiencias en lo referente a la protección de los menores. Usted publicó en 1996, junto con Javier Cremades, un libro titulado Comentarios al Código Penal. ¿Qué opina al respecto?

En mi opinión, este Código Penal que algunos han querido bautizar como «el Código Penal de la democracia» —y mal servicio se hace a la democracia con esa denominación— fue precisamente en lo relativo a los menores donde tuvo alguna laguna más importante e inexplicable. Por ejemplo, no es de recibo ni aquí ni en ningún país, por pro-

gresista que sea, que las relaciones incluso homosexuales con menores empezaran solo a castigarse a partir de una edad en realidad muy alta o que se dejara de perseguir la corrupción de menores. Me refiero al Código Penal que el señor Belloch tuvo tanto interés en que llevara su nombre, y que fue para mí, y sobre todo para muchos juristas mucho más competentes que yo, una ocasión histórica perdida. Porque estábamos obligados a hacer un Código Penal de verdad —llevábamos ya veintitantos años trabajando en ello—, buenísimo, y lo que hemos hecho es un producto no modélico precisamente. Pero al final hubo prisas para poner un nombre debajo y así se hizo lo que se hizo. Por otro lado, también creo que no todo es cuestión de leyes, hay que tener cuidado de no tratar de calmar la preocupación ciudadana a base de legislar y legislar. De manera que yo andaría con pies de plomo y no daría un paso sin ver con mucho cuidado lo que se ha hecho en los países de nuestro entorno y su resultado. Porque leyes que no se van a cumplir es mejor no tenerlas, y muchos problemas pueden tener mejor solución por medio de la educación de la población, empezando desde la escuela, más que por la vía represiva.

¿Piensa usted que la televisión puede ser un instrumento educativo válido?

Hace ya muchos años, cuando tener un aparato de televisión en casa era un lujo en España, me sorprendió que un amigo mío de Bilbao, una persona muy bien situada económicamente, no tuviera televisión, y le pregunté por sus razones. Me dijo: «No quiero que se me atonten los niños y menos todavía de manera dirigida.» Y estoy de acuerdo con él. Yo ahora no veo la televisión apenas, hay mucha morralla. Esto me recuerda a algo que ya las nuevas generaciones no conocen, y que también me resultaba odioso en su momento, y es que allá en los años cincuenta cuando la radio retransmitía música, a lo mejor estaba usted oyendo un concierto de Beethoven y de pronto se oía levantar la aguja y alguien decía: «Servetinal, Servetinal, Servetinal», es decir, una cuña de publicidad sin introducción ninguna, lo cual me resultaba intolerable. Mientras mejor fuera la música, más salvaje era la interrupción, y eso me ha apartado mucho de la radio y también de la televisión. Hoy día, entre tanta oferta, a veces ponen alguna película

o entrevista que merece la pena; pero, vamos, es algo totalmente prescindible.

¿Qué cualidades cree usted que debe tener un buen maestro?

Saber transmitir. En mis tiempos de universidad era algo que no solían tener los catedráticos, al menos se echaba de menos en muchos de ellos, cuyos libros eran sencillamente ilegibles. Y eran catedráticos muy afamados y es posible que con unas ideas muy estructuradas, pero lo cierto es que no sabían trasladarlas al papel. Para mí fue una gran sorpresa —entre paréntesis— encontrarme con que a pesar de esa pesadez que se les atribuye a los alemanes, sin embargo, son de una exposición —siempre en términos generales— muy clara. Y ya desviándome más del tema, recuerdo mi agradable sorpresa cuando compré mi primer libro de Kafka en alemán pensando que me iba a resultar difícilísimo y me encontré un libro casi de principiantes. La transmisión es lo fundamental en la docencia; por mucho que sepa el maestro, si no sabe transmitir, no hay nada que hacer. Porque además, en líneas generales, tampoco se trata de querer aproximarse a la sapiencia del maestro, sino de que el maestro le dé una base al alumno. Otro defecto que en España era muy grave —no sé si hoy lo sigue siendo— es el de la valoración exclusiva del pensamiento de la cátedra. A un señor que sabía mucho de derecho penal se le podía suspender porque defendía ideas que no eran las de la cátedra; y, claro, eso es intolerable. En mis tiempos había muchos apuntes, y eso me recuerda a lo que alguien decía —y yo me sumo— en el sentido de que el peor de los libros puede ser mejor que los mejores apuntes, porque está más estudiado. Además, ya por principio uno no puede aceptar que en primer curso de carrera para aprender unas nociones elementales de derecho romano, en lugar de ir a alguno de los libros ya escritos, haya que ir precisamente a las ideas particulares del profesor de turno. Luego había otra variante también lamentable y era la del profesor que cuando nosotros nos quejábamos de la cantidad de apuntes que daba y de lo deprisa que iba, nos decía: «Yo esto lo publicaría, pero no me puedo gastar mi dinero en una publicación que puede arrojar pérdidas, de manera que si ustedes están dispuestos...», y teníamos que dar una tarjeta con el

nombre, y luego cada dos meses había una entrega, y según mi experiencia se nos estafaba, porque nunca se llegaba al número de páginas que se suponía iba a tener el libro. Al año siguiente la historia comenzaba de nuevo, y otra vez había que contribuir económicamente a una supuesta publicación que no se acababa nunca. De manera que para mí la universidad, en ese sentido, no fue una experiencia grata, incluso tuve durante mucho tiempo la sensación de que cuantas más cosas conocía más desengaños sufría. No me convenció la universidad. Tampoco me convenció la experiencia en las milicias universitarias. Y eso que tuve incluso la «fortuna» de ser sargento al mando de una compañía de sargentos vascos, con los cuales mantuve una excelente relación de compañeros. Ahora recuerdo que en uno de los campamentos de las milicias me ocurrió otro hecho curioso relacionado con la educación. Yo no he copiado en mi vida, ni siquiera lo he intentado nunca. Y resulta que en un examen escrito muy fácil que hicimos en Monte la Reina, un capitán se empeñó en decirme que yo estaba copiando. Aquello no pasó a mayores, a lo mejor me suspendió aquel día, me aprobó al otro, pero de nuevo tuve esa sensación de injusticia, y pensé: «Pero, bueno, ¿este señor se puede creer que para esta estupidez alguien tiene que molestarse en copiar?»

LUIS MARTÍ MINGARRO

«He tenido mucha suerte con mis profesores, que provocaron en mí el interés general por la cultura»



Luis Martí Mingarro (Siles, Jaén, 1937). Abogado. Decano del Colegio de Abogados de Madrid desde 1992. Catedrático en excedencia de Hacienda y Contabilidad Públicas de la Universidad Complutense de Madrid. Presidente de la UIBA (Unión Iberoamericana de Colegios y Agrupaciones de Abogados). Ha sido secretario general del Consejo de la Abogacía Española. Académico de la Real Academia de Jurisprudencia y Legislación. Ha sido distinguido con numerosas condecoraciones en España y en el extranjero, entre las que cabe destacar la cruz de honor de San Raimundo de Peñafort y la de Caballero de la Legión de Honor en Francia.

Mientras aguardamos a ser recibidos, tenemos la posibilidad de pasear por la sede del Colegio de Abogados de Madrid, en el número 9 de la calle Serrano. Por la actividad que se observa bien podríamos estar en las oficinas de cualquier ministerio. El mobiliario, la decoración, la biblioteca, todo nos sorprende gratamente. Igualmente grato es nuestro encuentro con Luis Martí Mingarro, que nos recibe sonriente y nos transporta con sus palabras a una España difícil y a una infancia feliz. En ella vemos a Luis con cuatro años llevándole a don José, el maestro que le enseñó a leer, algún comestible como regalo por su santo; o disfrutando en soledad inmerso en la lectura de las aventuras de Tarzán, su héroe favorito; o jugando al fútbol de extremo o de portero en el equipo de su clase. Luis fue un alumno pundonoroso y brillante que admiraba a su padre, quien le hizo concebir el Derecho como una forma de ayudar a la gente.

¿Cuáles son sus primeros recuerdos escolares?

Empecé muy pronto a ir al colegio. Eran los difíciles años de la posguerra en Madrid, nosotros vivíamos en un pequeño chalé en el viejo Chamartín y al lado había una escuelita en la que un maestro enseñaba a los niños a leer. Se llamaba don José, y es inolvidable el recuerdo de quien te ha abierto los ojos a la lectura. Yo era muy niño, creo que tendría tres o cuatro años como mucho, y desde entonces he sido un lector infatigable; así que fíjense si le debo yo cosas a mi primer maestro.

¿Cómo era su primera escuela de Chamartín?

Era una escuelita privada, y duró muy poco mi presencia allí, ni siquiera sería un curso. Casi de inmediato fui inscrito en el Colegio Ale-

mán de Madrid, donde estuve solo otro curso porque el fin de la segunda guerra mundial hizo que se cerrara dicho centro. Recuerdo el trayecto de ida y vuelta hasta el colegio, recorrido día a día de la mano de mi madre. A pesar del poco tiempo que estuve, también guardo muy buen recuerdo.

Háblenos de don José, el maestro que le enseñó a leer.

Años después he sabido que era un maestro que se había establecido por su cuenta porque había sufrido las consecuencias de la guerra civil y había sido depurado. Por eso abrió aquella escuelita a la que íbamos los niños de la colonia Albéniz en Chamartín de la Rosa. Recuerdo su figura agradable, su aire un poquito cansado, la solicitud con que le atendían sus hijas, el calor de aquella casita para todos nosotros. Íbamos y veníamos andando, en un Madrid donde no había coches, y mucho menos en una pequeña colonia del extrarradio. Es un recuerdo imborrable.

¿Se mostraba cariñoso y cercano con los alumnos?

Sí, no creo que se pueda ser buen maestro sin ser cariñoso. A veces, supongo, tendría el gesto un poco más adusto. Sí recuerdo, por ejemplo, que en la celebración de su santo, el día de San José, y en la tristeza de unos tiempos en los que España buscaba acoplarse a una paz muy difícil, los niños de aquella colonia le llevábamos una bandeja de comestibles como regalo. En una casa alguna madre, la que podía encontrar harina o azúcar —porque no eran buenos tiempos—, le hizo un pastel; en otra casa alguien puso un queso de bola que nos parecía que debía ser un alimento maravilloso. Eran verdaderos esfuerzos que mostraban nuestra gratitud con don José.

Acaba de comentar que no se puede ser buen maestro sin ser cariñoso; ¿qué otras cualidades considera imprescindibles para ser un buen maestro?

Las que he encontrado luego, a lo largo de mi vida, en los maestros que han tenido mucho más impacto en mí. Yo preparé el ingreso en el bachillerato en la preparatoria del Ramiro de Maeztu, un instituto ejemplar que quería ser una avanzadilla en la educación de aquel

tiempo; y allí ya empiezo a recordar con nitidez el impacto de los maestros. Para los jóvenes de hoy Antonio Magariños es el nombre de un polideportivo; pero para mí y para otros muchos de aquellas generaciones es la figura de un excepcional maestro, catedrático de latín, que se ocupaba personalmente de la buena marcha de la escuela preparatoria del Ramiro, y su recuerdo lo tengo muy vivo. Luego ya pasé al colegio del Pilar y allí estudié todo el bachillerato. Recuerdo perfectamente a algunos maestros, como don José Luis Ruiz Solaguren o don Juan Carlos González de Suso, adornados con las cualidades que uno espera de los maestros: el rigor, el saber transmitir los conocimientos, el implicarte en la tarea de aprender y hacerte más llevadera la vida escolar, en la que has de aprender sacrificio, esfuerzo y convivencia. He tenido mucha suerte con aquellos maestros y con los que después tuve en la universidad.

¿Recuerda otras cosas de Antonio Magariños?

Era el alma de la escuela. Recuerdo su imagen en los recreos, su figura entrando en las clases a ver cómo iban las cosas. Había otro profesor con aire rotundo y grave, que se llamaba don Mendo. También don José Lanzas, un profesor cordial y deportista.

¿Cómo era la relación que mantenían sus padres con los colegios donde usted estuvo?

La estructura familiar no era entonces como es hoy día. Yo pertenecía a una familia numerosa de ocho hermanos. Mi padre era un gran abogado, un trabajador infatigable. El eje de la casa era la madre, y ella nos iba a buscar con frecuencia al colegio, a la salida de las clases. En el colegio del Pilar, los profesores tenían la costumbre —no sé si la conservan hoy— de acompañarnos a la salida. El director del colegio daba la mano personalmente a todos los alumnos que salían, a cientos de alumnos. Si estabas en los primeros cursos te daba la mano don Juan José Aranzábal, si estabas en los cursos de los mayores te la daba don Victorino Alegre, famoso profesor que ha dejado muchos recuerdos a todo el mundo; y ahí las madres, o los padres en algún caso —pero, en general, las madres—, se acercaban y saludaban al profesor: «¿Qué tal va mi hijo?» Naturalmente, si alguna vez las notas semanales no eran

buenas, entonces todavía se producía con mayor razón un contacto entre las madres y los profesores, y se averiguaba qué pasaba. Creo que había otro tipo de organización, menos estructurada, pero también muy fluida. A los padres siempre les han importado sus hijos, eso no es nuevo, y yo desde luego tuve la suerte de importar mucho a mis padres. Insisto en que me siento un privilegiado porque he vivido en una familia numerosa, feliz, en la que, sin faltarnos tristezas ni contratiempos, tuvimos un ambiente que, cuando fuimos creciendo, vimos que era un entorno liberal, abierto, y al mismo tiempo entrañable y riguroso. En casa se habrían visto muy mal las malas notas, pero se arreglaba siguiendo el ejemplo de trabajo que teníamos en vivo. Todos los hermanos hemos formado un grupo muy unido; con el sentimiento de que hemos tenido la buena fortuna de que nuestros padres nos hayan transmitido una buena línea de conducta, una buena actitud ante la vida. Nuestros colegios nos han ayudado mucho.

¿Qué tipo de alumno era usted?

Visto en la distancia, les he podido decir a mis hijos que he sido buen estudiante.

¿Era más bien trabajador o inteligente, o las dos cosas?

En el colegio del Pilar —para que luego digan que eran tiempos muy retrógrados— además de darte las notas semanales le daban a los padres un informe psicológico; la verdad es que se preocupaban. Recuerdo haber estado muy bien valorado. Siempre he sido pundonoroso, lo cual, además, ha ido acompañado de cierta facilidad para el estudio, y muy lector, lector infatigable.

¿Cuáles eran sus asignaturas preferidas?

He tenido mucha suerte con los profesores. Siempre me han presentado las materias de manera que han sido sugerentes para mí. Por ejemplo, cuando terminé el bachillerato con premio extraordinario, creo que tuve una de las más altas calificaciones de España en el problema de matemáticas y también en la traducción de latín, y eso quiere decir que había tenido la suerte de tener unos buenos profesores que habían provocado en mí el interés general por la cultura.

O sea, que adquirió simultáneamente el gusto por la cultura y el sentido del deber.

Sí, claro; sin esas dos cosas no se puede salir adelante. Lo del sentido del deber en mi casa era una religión, sin dureza pero con mucha convicción. Mi padre trabajó catorce horas diarias durante toda su vida. De esa misma manera aprendí a expresar el zumo del ocio espléndidamente y con pasión. Yo jugaba al fútbol en los equipos de mi clase. Era un buen «extremito», de los de regate y área; y también era muy buen portero, pero como me quedé pequeño de estatura, cuando pasaron las cosas a mayores, al fútbol grande, pues ya me cambié al balonmano, y he jugado durante mucho tiempo de portero en esa especialidad.

¿Recuerda cuáles fueron sus primeras lecturas infantiles?

Sí, me acuerdo de mis primeras lecturas aunque corro el peligro de aparecer como un pedante. Fui bibliotecario de mi clase desde primero a cuarto de bachiller, y recuerdo que incluso algunas propuestas de adquisición de libros rechinaban a los profesores pero los compraban, lo cual demuestra la calidad del colegio del Pilar. Lo digo en honor de aquellos enseñantes de primera. La prueba es que las gentes formadas en ese tipo de educación son perfectamente capaces de asumir el presente y el futuro. Libros importantes para mí cuando era niño: *El tesoro de la juventud* y, desde luego *Tarzán*, que fue mi primera lectura impactante, cuya versión, la primera versión que leí, conservo todavía; bueno, me falta un tomo y ando detrás de mis hermanos a ver quién lo tiene. También el mundo aventurero de Emilio Salgari. Pero pronto me pasé a las novelas-novelas, sin dejar de leer las novelas de acción, que me siguen gustando. A mí me gustan las novelas en las que «pasan cosas», no aquellas en las que no pasa nada, a veces ni siquiera ha pasado un escritor por ellas —que hay bastantes—. También he sido muy lector de periódicos, me recuerdo a mí mismo, muy niño, abriendo muy temprano la puerta de casa por la mañana y cogiendo el *ABC* dejado en el felpudo. Mi amigo *ABC*, escuela de libertad cívica; un amigo al que quieres aunque discrepes en ocasiones.

¿Cree que se debe obligar a los niños a leer determinados libros?

No creo en nada obligado, ni en las lecturas. Lo que sí me parece es que no se debe cerrar el horizonte a la gente para que lea, abriéndole los ojos sobre los distintos géneros; y en el maestro está el deber de orientar, pero más que nada por la complejidad, para no anticipar un proceso intelectual, aunque sin tomárselo tampoco muy a rajatabla, porque: ¿quién es el maestro para decidir entre una masa de cuarenta niños cuál está para leer esto y cuál para lo otro? Creo que las lecturas tienen que ser las que despierten la cabeza o la sensibilidad. Aprender a amar a los clásicos de la lengua castellana es una de las cosas mejores que nos pueden pasar, leer con deleite y con profundidad. Creo que muchas de las cosas que sé en esta vida se las debo a Galdós y a Balzac, no a otros libros. También he leído mucha poesía, que te descubre mil matices del lenguaje y del espíritu que solo los privilegiados saben desentrañar. Pero, en general, toda la literatura clásica española y francesa. He tenido la suerte de asomarme pronto y bien al francés, no así al inglés.

¿Cómo se asomó al francés?

Con una señorita, una *mademoiselle*, que teníamos en casa. Como éramos muchos hermanos, le sacábamos partido. No era interna, venía una o dos horas no sé si diarias o alternos. Con ella algunos de los hermanos aprendimos francés; otros, que se lo tomaban mejor en esta vida, aprendieron música.

¿Se acuerda de cómo era la enseñanza de los idiomas en su colegio?

Muy flojita. A pesar de eso tengo un recuerdo espléndido de mi maestro de francés en el colegio, pero no por lo bien que enseñaba francés, que no era así. Se llamaba don Genaro, era un pelotari fantástico, un hombre ya mayor, vasco, que jugaba de maravilla a la pelota y, además, nos desafiaba en el recreo, y como los marianistas no tenían que remangarse la sotana, porque iban vestidos en traje de paisano negro, pues podía jugar con nosotros. Solo se tenía que quitar la chaqueta, y era prácticamente invencible, al menos para mí. Pero de francés, poca cosa. Y de inglés, menos.

¿Qué importancia tenía en su colegio la asignatura de formación del espíritu nacional?

Allí esto no tenía relevancia ninguna. No se llamaba entonces así, sino *formación política*. Había un profesor que daba unas clases muy ocasionales y difusas, muy distintas de lo que me contaban de otros colegios. Creo que también era el profesor de gimnasia, y muchas veces nos íbamos al campo de deportes. Lo que no recuerdo es haber recibido ningún mensaje especialmente «estulto» sobre esas cosas, pero hay gente que lo cuenta y supongo que con razón porque sí lo habrá recibido. Lo que digo es que en mi colegio eso no tenía especial relevancia. En el colegio del Pilar había un clima muy abierto y muy liberal.

¿Cómo era la relación con sus compañeros?

Tengo los recuerdos de una pequeña piña de amigos con los que formas una pandilla y sientes que te vas a comer el mundo. Luego, el resto de mi clase, pues gente normal. He tenido la suerte de estar siempre en clase con mi hermano el mayor —con el que solo me llevo trece meses—, y eso ha posibilitado que compartiéramos amigos; pero entre la pandilla del colegio y la de Chamartín me lo pasé muy bien siempre, estupendo. Enseguida le dijimos a mi madre que no hacía falta que nos fuera a buscar al cole. Nos veníamos e íbamos andando. Íbamos en pandas, pasábamos por los portales y tocábamos a los timbres; ya cuando fuimos echando bigote procurábamos pasar por delante del colegio de monjas de las Irlandesas y del Jesús y María, descubriendo el misterioso despertar de los sentidos. De ahí a los «guateques», un paso que no tardó en llegar.

¿Qué le llevó a decidirse por el estudio del Derecho cuando acabó el colegio?

Soy un caso claro de destino en el sentido grecolatino. Nadie pensaba en mi casa que yo fuera a ser una cosa distinta a abogado. De ocho hermanos, soy el único. Mi padre era un gran abogado y yo debí de estar tan impregnado de la vida en mi casa alrededor de eso que nunca tuve demasiadas dudas, y me ha gustado siempre. A mí me encantaba oír hablar a mi padre, no ya de Derecho, sino de los proble-

mas de la gente, porque el Derecho es una forma de ayudar a la gente a resolver sus problemas.

¿Qué recuerdos tiene de su etapa universitaria?

Fue muy densa, porque yo estudié dos carreras: además de Derecho durante el curso académico, en verano estudiaba la carrera de Comercio, que era lo que entonces había como Empresariales, lo cual quiere decir que también aprovechaba el ocio del verano para estudiar. Acabé la carrera de Derecho en cuatro años, o sea, que apreté un poquito el acelerador. Terminé el bachillerato con quince, así que empecé la facultad recién cumplidos los dieciséis y acabé con diecinueve. He tenido un claustro de profesores en la universidad que la gente no se lo cree, pero es cierto: a don Nicolás Pérez Serrano, a don Juan Iglesias, a don Federico de Castro, a don Joaquín Garrigues, a don Jaime Guasp. Cuando uno ha tenido el privilegio de recibir el mensaje educacional o formativo de maestros de este tipo, pues sería un ingrato si no los recordara y un cretino si no lo asumiera. Hice la carrera bastante bien, aunque no tuve un expediente excepcionalmente brillante, y también me divertí, porque si uno no se lo pasa bien con lo que hace...

¿Cómo fue su experiencia educativa con sus hijos?

Pues otro privilegio. Mis cuatro hijos han ido al Colegio Alemán. Han sido espléndidos alumnos y cuando han terminado el colegio han sido buenos universitarios y han seguido adelante en esta vida, con cierta gracia, luchando. Creo que sabían en el Colegio Alemán que o luchaban y trabajaban por ser buenos alumnos o no lo conseguirían. Y en la universidad, igual. Tenían muy claro que las cosas que se aprenden son fruto del esfuerzo personal y de que el resto de los factores, desde el azar hasta las amistades, vayan medianamente bien. Por otro lado, creo que mi esposa ha sido el eje fundamental de mi casa. Cuando mi hija la pequeña acabó el bachillerato alemán, mi mujer pudo decir en casa comiendo: «Hoy te he ido a recoger al colegio por última vez. Hace veintisiete años que empecé a hacerlo, cuando comenzó el mayor en el *Kindergarten*.» Cuando se dan esas condiciones en una familia articulada de esa manera, con un gran esfuerzo por parte de todos, las cosas suelen salir bien.

¿Qué criterios siguió para elegir el colegio de sus hijos?

Me ayudó mucho mi suegro, un catedrático de alemán entrañable. Nos facilitó el acceso de los chicos al Colegio Alemán. El colegio debe merecer confianza y desempeñar su papel en compenetración con los padres, pero no con un rebote permanente de responsabilidades. Hay gente que dice: «Si no lo sabe el niño será porque el maestro es malo.» Pues no siempre, no siempre. Y si el niño no estudia en casa tampoco es porque los padres sean malos, necesariamente. Cada uno debe asumir su responsabilidad y tener capacidad para guiar, que es muy difícil. He dicho que me acuerdo de ser un lector de periódicos; pero ahora es casi imposible que lean el periódico porque el impacto de la imagen los emboba frente a la «caja tonta» desde que nacen. Ya incluso te retransmiten el nacimiento para que no dudes de que su vida va a la televisión. Las cosas no son fáciles hoy, pero creo que si un padre tiene que tomar la decisión de dónde llevar a su hijo tiene que buscar un sitio que le merezca confianza, sin demasiados prejuicios tampoco.

Pasemos a hablar del presente y del futuro. ¿Cómo percibe la realidad educativa española actual?

Ya no tengo un conocimiento específico. No sé muy bien lo que es la ESO ni todas esas cosas. Lo que sí creo que estoy en condiciones de decir es que noto alguna mejora sobre unos años que han sido especialmente complicados. Quizá el acoplamiento de los cambios del sistema ha sido muy complejo para todos. A mí me parece que el maestro no puede dejar de tener prestigio, no se le pueden entregar los niños a alguien a quien la sociedad no le conceda el prestigio y la autoridad para manejarse en su trabajo; después, deberá tener, además, una buena preparación, una exigente preparación. Creo que hay que ser exigente en la formación pero generoso otorgando prestigio al maestro. Sin eso, ni la escuela lo tiene, ni el trabajo en la escuela lo tiene, y la enseñanza se convierte en un complicado foro, entre burocrático y desordenado, de acumulación, a veces de sabiduría y en la mayor parte de las veces de carencias. Creo que las cosas están pendulando hacia la mejora. En estos años —y son ya muchos años desde la «reforma Villar»— las cosas están tardando en arreglarse, pero tengo siempre fe en

que si se quieren hacer bien, terminan por salir bien. No tengo elementos de juicio más que sobre lo difícil que es que mis nietos entren en el colegio que sus padres quieren.

¿Cree que la escuela es un elemento clave para el progreso de las sociedades?

En mi opinión, lo que contribuye al progreso es enseñar a leer y a pensar por cuenta propia, eso es lo que rompe el cascarón personal y ayuda a romper el cascarón de los demás. Las cosas que he aprendido me han enseñado a ir por la vida buscando mi propia dignidad y la de los que están a mi lado, permitiendo al que participaba del sistema adoptar frente al mismo las actitudes que quisiera. Por eso, si empiezas por aprender a leer y, además, te enseñan a pensar por cuenta propia, eso es lo importante. Hay que aumentar el espíritu no deliberadamente crítico, sino libremente crítico, que es lo constructivo; que nadie te diga contra qué tienes que ir o por qué tienes que ir contra algo, que sepas tú averiguar lo que hay de malo y de injusto en el mundo y tomar postura libre respecto de ello.

¿Considera importante la enseñanza de las lenguas clásicas?

Me parece que el latín —enfocado desde el punto de vista de para qué sirve— es natural que haya casi desaparecido porque, efectivamente, ya no hay lugar para dirigirse a nadie en latín. Pero el latín como gimnasia intelectual, como prodigio lógico, no sé si está siendo bien sustituido o no. La capacidad de reflexión sobre la estructura del lenguaje castellano, cuyo origen es el latín, casi se ha perdido, pero al menos debería ser relevado por un estudio de la propia lengua tan eficiente como el latín. Después de aprender latín durante un tiempo, el horizonte de la lengua castellana toma unos matices preciosos que cuesta más trabajo que los encuentres si no has pasado por él. Con esto no estoy haciendo una defensa a ultranza del latín, lo que sí digo es que las asignaturas que obliguen a la gimnasia intelectual y al esfuerzo son las más rentables. Las matemáticas, por ejemplo, son la lógica pura; si la gente no sabe descubrirlo o no lo sabe transmitir, pues se queda sin la lógica. Es necesario un conocimiento integral, por eso la

formación hasta la universidad tiene que ser muy integral, formando personas y capacitándolas para llegar a la universidad en la facultad que fuere. Pero yo no soy un experto, solo puedo hablar de mi experiencia personal.

¿Cuál es su opinión sobre la diferencia entre la enseñanza pública y la privada?

Me gustaría experimentar ahora la diferencia entre ambas. Creo que la enseñanza pública ha tenido siempre una gran categoría en España. En Madrid no sé si había cuatro o cinco institutos. Ser catedrático de instituto era una cosa muy importante y muy bonita, una gran carrera con prestigio social. Ser maestro en un grupo escolar era una cosa importantísima, era significativo para la carrera del maestro. A la gente hay que darle el prestigio y el respeto social, y la enseñanza pública se merece seguir siendo líder de la calidad. Supongo que lo quiere ser y seguirá siendo, y competir con la enseñanza privada libérrimamente sin necesidad de estar en permanente comparación. Pero debe ser un tema de opciones personales. Yo he visto gente maravillosa formada en los institutos. Siempre hay gente maravillosa en todas partes, antes y ahora, en colegios públicos y privados, y a veces lo que pasa es que el sistema no siempre permite que la gente maravillosa tenga su verdadera oportunidad, estudie donde estudie.

LORENZO MILÁ

«Uno de mis peores recuerdos es el de los profesores particulares»



Lorenzo Milá Mencos (Barcelona, 1960). Periodista y presentador de televisión. Redactor y presentador del informativo *La 2 Noticias* de Televisión Española. Ha trabajado también en diversos medios de comunicación escritos. Entre otros galardones, ha obtenido el premio Mensajero de la Paz, el premio Protagonistas de Onda Rambla, el premio al mejor presentador de la Asociación Profesional Española de Informadores y el premio Antena de Oro al mejor presentador de informativos.

Hoy Lorenzo Milá lleva una camisa rosa de manga larga y un chaleco beige abotonado. Como siempre, sin corbata. Seguramente esta noche abrirá La 2 Noticias con el mismo atuendo. La sala de redacción de informativos de Torrespaña es un hervidero. Televisiones encendidas a todo volumen, teléfonos sonando sin parar, gente que va y viene, que entra y sale. Lorenzo conserva la calma y tiene la capacidad de conversar serenamente con nosotros y seguir a la vez el noticiero del Canal Internacional de Televisión Española en un monitor cercano. La voz de Lorenzo es cálida y su discurso muy expresivo. Habla también con las manos, con el rostro, con la mirada. Seguro que triunfaría si se dedicara al teatro. Cuando alguien escucha a Lorenzo Milá podrá estar más o menos de acuerdo con sus argumentos, pero difícilmente podrá no entender lo que dice y jamás dudará de que está expresando lo que de verdad piensa.

¿Cuáles son sus primeros recuerdos escolares?

El primer colegio del que tengo recuerdo es un jardín de infancia que se llamaba Santa Clara. Estaba en una gran casa familiar con un tejado a dos aguas situada en el barrio barcelonés de Sarrià. Recuerdo un jardín delante de la casa donde jugábamos muchos niños con una especie de delantal. Después voy al centro donde estudio la mayor parte de mis años de escuela: el Betania-Patmos. Allí estoy durante más de diez años. Al repetir segundo de BUP me traslado a otra escuela llamada Academia Febrer, en la que hice hasta COU y selectividad. Después empiezo la carrera de Biológicas, la abandono pronto, me meto en Periodismo, y hasta aquí.

¿Cómo era el colegio Betania-Patmos?

Era un colegio privado, laico, muy grande, con muchísimos alumnos. Tenía desde parvulario hasta COU. Había una sección de niños pequeños y el resto estaba en varios edificios grandes en la parte de arriba. Tenía numerosas instalaciones donde podíamos practicar todo tipo de deportes.

¿Era mixto?

Los primeros años que pasé allí no lo era. Entonces había dos colegios distintos, el Betania y el Patmos, uno de niños y el otro de niñas, aunque sus muros estaban separados por tres dedos de distancia. Así fue hasta que tuve trece o catorce años. Cuando yo iba a entrar en primero de BUP, los dos colegios se fundieron en uno. Y aquella fue una experiencia bastante vertiginosa porque nosotros supimos en junio que dentro de unos meses íbamos a tener en la clase a las chicas a las que perseguíamos durante todo el día, que estaban al otro lado de la verja. Para mí, que soy una persona tímida y me siento un poco desbordado por según qué situaciones, fue una situación muy inquietante. Recuerdo muy bien a algunas amigas que hice aquel año. Nos pilló en plena adolescencia, justo cuando las chicas empiezan a tener un peso importante en tu vida.

¿Qué tipo de estudiante era usted?

Completamente normal, hacía el mínimo esfuerzo para ir pasando. A mí no me ha interesado demasiado estudiar porque, aunque me gusta mucho conocer cosas nuevas, nunca me enseñaron a aprender. Eso es algo que cuando fui creciendo les eché siempre en cara a los profesores; rara vez encontrabas a un docente que te enseñara a aprender, que te sedujera con su oficio. Lo normal era gente que se tomaba aquello más o menos en serio, con más o menos rigor y preparación, pero sin capacidad de seducir. Así que yo era un alumno absolutamente mediocre. Estaba allí porque sabía que tenía que hacerlo y pasar adelante, pero me daba un poco igual. Estudiaba lo mínimo, y no le sacaba demasiado partido a aquello. En cuanto a mi relación con los compañeros, yo no pertenecía a los grupos líderes, pero tampoco a los

marginales, por dividir a una clase en fragmentos de este tipo. Me gustaban algunas cosas más que otras, me sentía motivado por algunos temas o actividades más que por otros. Pero, en general, no era un tipo muy conflictivo, ni muy pesado; era una persona bastante disciplinada.

¿Cuáles eran sus asignaturas preferidas?

En general entendía mejor las materias de letras. Siempre he tenido una dificultad importante con las ciencias, aunque yo me metí en ciencias porque me gustaba la biología, pero nunca se me dieron bien las matemáticas ni la física ni la química. Creo que fui de esos alumnos que era de los malos de mi curso y habría sido de los buenos del curso anterior; quizá iba demasiado ajustado. No pillé bien la base matemática en sexto y séptimo de EGB, y eso lo arrastré durante el resto de mi vida.

¿Tuvo algún tipo de ayuda o apoyo escolar en casa?

Sí. Uno de mis peores recuerdos es el de los profesores particulares. Los tuve alguna vez, sobre todo de matemáticas, química o física. Llegaba del colegio, que era un suplicio, y cuando empezaba a ver la tele o a divertirme con mis primos, sonaba el timbre porque había llegado el profesor. Una sensación horrorosa. Otra cosa que me aterraba eran los deberes. Eso de salir del colegio a las cinco o las seis de la tarde y al llegar a casa tener que seguir estudiando, era espantoso. En mi familia somos seis hermanos, cuatro chicas y dos chicos; yo ocupo el penúltimo lugar. Creo que ellas, en general, han rendido en los estudios más que nosotros. Me parece que las chicas, como maduran y comprenden antes, son más serias y se manejan mejor con lo que tienen entre manos que nosotros, no solo en mi familia, sino en general.

¿Utilizaban el idioma catalán de forma habitual en el colegio?

Las clases normalmente se hacían en castellano, aunque en algunas se usaba el catalán. En aquella época la coexistencia entre ambas lenguas era mucho más equilibrada que ahora. Tengo la impresión de que ahora se ha complicado en exceso la situación. Entonces los profesores, al menos los de mi colegio, procuraban que el catalán no se olvidara, pero nunca percibí una intención de imponer. Aquello no era ningún problema.

¿Qué relación tenían sus padres con el colegio?

Buena, porque a ese colegio iban muchos de mis primos y numerosas familias amigas. Mis padres iban a ver a los profesores con frecuencia y hacían un seguimiento bastante cercano de nuestro rendimiento.

¿Recuerda en especial a algún profesor de aquella época?

Recuerdo al señor Palau, que era uno de los directores. Un tipo fantástico. De vez en cuando soltaba alguna bofetada que escocía, pero lo recuerdo con mucho cariño porque era una persona que nos cuidaba mucho, organizaba bastantes excursiones. A pesar de tener un sentido de la disciplina bastante imponente, nosotros percibíamos en él una calidez que hemos conservado en la memoria. Creo que nos daba clase de lengua y de francés. También recuerdo al señor Obiols, Miquel Obiols, que nos daba lengua, con el que después trabajé en televisión, porque él se encarga de la programación infantil de Canal Satélite Digital. Era un tipo muy cariñoso, muy comunicativo con nosotros y muy didáctico, hacía muchas obras de teatro, tenía sistemas ya muy modernos de enseñanza. Básicamente recuerdo a estos dos, pero por ahí se quedarán algunos. También a la señora Costapau, que era la profesora de ciencias naturales, una asignatura que a mí me apasionaba.

¿Le cayó a usted alguna de aquellas bofetadas?

Supongo que sí. En aquella época había muchos profesores que de vez en cuando te pegaban unas bofetadas considerables, cosa que yo recuerdo hasta con cariño, porque, aparte del dolor que produce, no me dejó ninguna huella especial. Era una práctica tan habitual que nosotros no la asociábamos con la idea de violencia.

Usted ha comentado anteriormente que tuvo que repetir segundo de BUP, ¿cómo vivió esa circunstancia tan adversa?

En mi opinión, tenía que haber repetido dos o tres años antes, hubiera sido muy positivo para mi rendimiento, pero eso lo pienso ahora, porque a esa edad, cuando el tutor se lo insinuaba a mi madre, yo le decía: «Pero ¿cómo voy a ir yo con esas ratas pequeñas?»

Claro, aunque solo te llevabas uno o dos años, los pequeños eran los pequeños, y te daba muy mal rollo tener que mezclarte con ellos. La repetición significó el cambio de colegio, lo cual en principio fue un alivio. Yo había tenido un segundo de BUP muy revuelto, todo lo gamberro que no había sido en los años anteriores salió con quince o dieciséis años. Tuve una novia de esas que le dan la vuelta al calcetín, y me aficioné mucho a las motos. Me convertí en un adolescente un poco rebelde. El cambio de centro fue una buena decisión, porque a mí no me gustaba eso de repetir en el mismo colegio, me resultaba un poco humillante. Quizá yo no se lo expresé tan nítidamente a mis padres, pero ellos comprendieron que a lo mejor no era mala idea que cambiara de ambiente. El nuevo colegio era completamente distinto, una academia pequeñita en un edificio de tres plantas, sin patio, sin jardines, sin piscina, sin campos de deporte. No conocía prácticamente a nadie. Fue una experiencia que endureció en cierta medida mi coraza.

Después de un fracaso así, ¿estaba preparado para volver a encarar los estudios?

Me sentía preparado, pero no conseguía estimularme. Recuerdo que no conseguía interesarme por lo que me contaban. Hacía los deberes, más que nada por cumplir, pero no le sacaba jugo a las cosas que tenía delante, y en eso admito absolutamente mi parte de responsabilidad, porque nunca he sido una persona demasiado capaz de implicarme en los contenidos y materias escolares, de aportar de mi propia cosecha a lo que el profesor ha puesto encima de mi mesa. Yo necesitaba motivación.

¿En algún momento de su etapa escolar vislumbró su futura dedicación profesional?

En absoluto. No tenía ni idea. Me rebelé mucho contra la obligatoriedad de escoger un camino a los quince o dieciséis años, aquello me parecía una estupidez gigantesca. Escogí la opción de ciencias porque en aquel momento era lo que creía que me interesaba más, pero luego mi profesión no fue por ahí. Al llegar a la universidad me metí en Biológicas, y en primer curso comprendí rápidamente que aquello,

más que contacto con animales y plantas, era una carrera de laboratorio, de bata blanca, igual que Medicina. Mi cabeza no estaba preparada para aquello y la abandoné. Así que en esos años de adolescencia tuve que escoger ese camino, pero me parecía absurdo obligar a un niño de esa edad a decidir con tanta antelación.

¿Qué le motivó a cambiarse de carrera?

El hecho de darme cuenta de que el mundo de la biología era muy complejo. En aquel momento no existía todavía la carrera de Ciencias Medioambientales o la de Zoología. Para acercarte al mundo medioambiental tenías que hacer ingeniero de Montes —que tenía más que ver con obras y puentes que con árboles— o Biología. Yo me sentía más un naturalista que un científico. Y cuando decidí abandonar la carrera, un amigo mío que ahora es mi cuñado, empezaba a estudiar Periodismo y me dijo que aquello estaba muy bien. Por otro lado, mi hermana ya era Mercedes Milá, el personaje, lo cual me daba un punto de vista de la profesión bastante interesante. A mí siempre me había gustado mucho escribir, así que empecé con la secreta ilusión de poder llegar al mundo del medio ambiente haciendo un rodeo por ese otro camino, y en eso estoy básicamente.

¿Cómo recuerda el ambiente universitario que usted vivió?

No tengo un gran recuerdo de la universidad, esa es la verdad. Recuerdo a algún profesor interesante en la Facultad de Ciencias de la Información de la Autónoma de Barcelona, como Benaül, Trese-ras, Mar Fontcuberta, Joan B. Culla o Joan Botella. Pero aquella falta de método de estudio que comentaba la arrastré hasta la universidad y allí tampoco encontré a ningún profesor que se preocupara por enseñarnos a aprender. La carrera fue una sucesión de asignaturas más o menos interesantes, algo deslavazadas, con grandes especialistas en algunos casos, pero pésimos desde el punto de vista didáctico.

Excepto los profesores que usted ha nombrado...

Esos que he nombrado consiguieron seducirme, transmitirme interés. Ninguno de ellos me enseñó a estudiar, pero, por lo menos, me hi-

cieron pensar que lo que ellos contaban era interesante, y eso ya te aporta un plus de interés que te motiva para estudiar. Pero yo he terminado mi etapa de formación y a mí nadie me ha enseñado a aprender, jamás. Siempre he tenido la teoría de que los planes de estudio en algunos casos los elaboran al revés de como debieran. Por ejemplo, yo de adulto me he sentido con mucha más capacidad de entender las matemáticas, la física y la química que a los quince años. Considero que algunas cosas quizá se daban de forma prematura, al menos para mi desarrollo intelectual. Cuando empecé Periodismo, después de haber abandonado Biológicas y de haber estado en la mili —que fueron dos años—, yo tenía ya veintitrés años y mis compañeros de clase tenían dieciocho; y me di cuenta de que mi acercamiento a las materias era infinitamente más confiado y capaz que el de aquellos chicos de dieciocho años. Mi cabeza estaba mucho más preparada entonces para aprehender información, para interesarme por ella, que la de mis compañeros, que lo único que querían era aprobar exámenes, y que no tenían. Alguna vez han vuelto a caer en mis manos algunos libros de mis asignaturas terribles del colegio, que fueron en general las de ciencias, y me he sentido mucho más capaz de comprenderlos. Lo cual significa que si se me hubiera diseñado un plan de estudios un poquito más acorde con mi capacidad, que es algo que creo que ocurre ahora, todo hubiera sido mucho mejor. Pero a mí nunca nadie me dijo: «Yo creo que tu cabeza rendiría más aquí o allá.» De hecho he tardado años en encontrar una ubicación en el mundo profesional, porque he necesitado tiempo para probar aquí y allá e ir orientándome por exclusión.

¿Qué expectativas tenía usted cuando empezó los estudios de Periodismo?

Ninguna, vocación ninguna, cero. Mis expectativas eran encontrar una forma digna de ganarme la vida, básicamente. No se puede decir que yo sea un periodista vocacional. No siento el periodismo como aquí a mi alrededor hay compañeros que sí lo sienten, que están tremendamente interesados por la información, que se levantan y acuestan con ella. Yo la uso como un modo de ganarme la vida, aunque con los años lógicamente me he ido implicando cada vez más.

¿Y está satisfecho de lo que ha conseguido hasta ahora en el terreno profesional?

Sí. He tenido mucha suerte. Pero ha merecido la pena por una gran dosis de fortuna, porque yo no puedo decir que haya manejado los hilos de mi destino en este aspecto; las cosas han ido ocurriendo casi por azar, aunque por otro lado es un poco injusto decir eso, porque, lógicamente, cada uno toma una serie de decisiones en su vida que a lo mejor no le parecen determinantes pero sí lo son. Pero no puedo decir que yo haya sido una persona que ha luchado con una línea clara por conseguir unos objetivos y que ha medrado y perseverado en esa dirección. Yo he ido dirigiendo con pequeños toques mis pasos hacia un terreno en el que quiero estar, pero he tenido mucha suerte, mucha suerte.

¿De qué manera le ha afectado el hecho de ser hermano de una de las grandes periodistas de nuestro país?

Como ya he comentado, cuando yo empecé Periodismo, Mercedes era una persona muy conocida en el medio. Lo cual significaba varias cosas en lo referente a mi carrera profesional. Por un lado, yo tenía un campo por delante lleno de ventajas porque ella estaba muy bien relacionada y a casa venían a cenar periodistas muy conocidos de aquel momento y de ahora, que me proporcionaban siempre un contacto fácil y una posibilidad de ayuda. Por otro lado, yo recibía de mi hermana unos consejos y unos ejemplos muy valiosos, aunque nos llevamos diez años y ella trabajaba ya muy lejos de casa y la veía poco. Y por último, también tenía el punto peyorativo que tiene todavía, eso de que como yo era «hermano de», pues era lógico que estuviera en periodismo y me iba a beneficiar de un montón de cosas. La verdad es que nunca tuve problemas para encontrar trabajo, empecé a colaborar en diversos medios a los pocos meses de empezar la carrera. En general, tengo que decir que el balance de tener una hermana con esa refulgencia por delante de mí es muy positivo. Y después, en la vida cotidiana, su presencia deja un rastro también muy positivo.

¿Recuerda cuáles fueron sus primeras lecturas de la infancia?

Yo leía mucho de joven. En nuestra casa había una buena biblioteca, porque mis padres leen mucho. Había —y hay todavía— mu-

chos libros de todos los hermanos y también algunos heredados. Empecé leyendo colecciones breves. Luego, cómics de *Astérix* y *Tintín*; me los he leído todos treinta y tres veces. Después comencé a leer unas historias noveladas que había allí sobre animales, y más adelante las clásicas colecciones de Enid Blyton, de *Los Cinco*, *Los Siete Secretos*, etc. La cosa se fue lógicamente complicando un poco con la edad, pero básicamente leía novelas más o menos entretenidas, ensayo casi nada. Y de pronto, hacia los dieciocho años, empecé a dejar de leer porque cambié de hábitos. Yo solía leer en la cama y como salía mucho más por las noches, me quedaba dormido a las tres páginas. Y fui abandonando el hábito de la lectura, que no recuperaré hasta muchos años después cuando volví a tener una vida un poco más ordenada. Me encanta la historia, y siempre que me cae algo en las manos me gusta explorarlo, aunque no soy una persona perseverante, no cojo un tratado del Medioevo en Cataluña y me lo empapo; más bien picoteo, leo un poquito de aquí y un poquito de allá. Tengo también mucha bibliografía de medio ambiente y naturaleza, de la que también picoteo. Las cosas me tienen que interesar, entonces leo un capítulo, aprendo eso y lo abandono, hasta que otro día mientras estoy pescando truchas veo un bicho que no sé lo que es y al llegar a casa estudio ese bicho en concreto. También me gusta mucho *bucear* en los diccionarios y en las enciclopedias, porque busco una palabra y de ahí me lleva a otra y a otra, hasta que me canso.

Si usted tuviera hijos, ¿qué tipo de colegio elegiría para ellos?

No lo sé. Me gustaría que fuera un colegio grande, como el que yo tuve. No sé si privado o público, eso es algo que tendría que estudiar. La decisión la tomaría en función de matices que ahora desconozco, pero sí me gustaría que fuera un colegio con muchas instalaciones y con una gran calidad de estudio, a lo mejor internacional, y mixto, desde luego.

¿Qué cualidades cree usted que debe tener un buen profesor?

Sobre todo debe tener capacidad de seducción, capacidad didáctica y entusiasmo. Los conocimientos son secundarios. Lo importante es

que sea capaz de convencer al chaval o a la chica que tiene delante. Después ya veremos lo que sabe de matemáticas o de lengua. Si consigues el equilibrio de alguien con seducción y conocimientos, ese es el perfecto. Pero si no es así, yo acentúo la primera parte.

¿Cree que la sociedad española actual valora suficientemente la función de los maestros?

Conozco a algunos profesores y no me atrevería a juzgar. No sé si están bien o mal valorados, bien o mal pagados, pero sí me parece que son una pieza por completo clave en la trayectoria vital de las personas, sobre todo en la etapa adolescente. Estoy seguro de que hay un montón de adolescentes desorientados, perdidos y rebeldes, como hemos sido todos, que si tienen la suerte de caer con un par de buenos profesores, eso les ahorra cuatro o cinco años de desorientación. Profesores que les vean como una hoja transparente y les digan: «Tú tienes que hacer esto, tienes que tirar por aquí.» Yo veo que eso no se hace. Y no culpo a nadie, estoy seguro de que yo tampoco lo haría; estamos hablando de clases de treinta o cuarenta niños, y así es imposible. Mi crítica no es destructiva, no pretendo buscar culpables, simplemente describo una situación. Ya sé que es muy complicado, porque a veces doy conferencias y me enfrento a aulas magnas con trescientas personas y es muy difícil. Y eso que yo voy un día, y tengo el atractivo de que la gente te ve, te reconoce y se calla, pero cuando tienes que estar con ellos varias horas diarias durante nueve meses al año, es otra cuestión.

¿Piensa usted que existen valores universales que se deberían potenciar en cualquier tipo de escuela?

Sí existen, y hay que transmitirlos desde muy temprana edad, en cualquier foro de enseñanza, como son el respeto, la tolerancia y quizá la libertad, aunque la libertad es un concepto tan amplio que habría que acotarlo. La libertad sería quizá una consecuencia de entender bien el respeto y la tolerancia. Creo que esos conceptos son tan amplios que ya suelen estar presentes en cualquier enseñanza, aunque habría que potenciarlos más.

¿Le parecería una idea descabellada hacer un noticiario para niños en televisión?

En absoluto. De hecho en el equipo de *La 2 Noticias* hemos estado dándole vueltas a ese asunto. Nosotros hemos hecho en este programa un esfuerzo desde el principio para conectar con el público en general, nunca diseñamos un informativo para jóvenes, la gente dice eso porque yo no llevo corbata, y porque en vez de treinta y ocho años, como no tengo barba, a lo mejor creen que tengo algunos menos. Pensamos en diseñar este informativo para conectar más con la audiencia, y dibujar cada día un guión pensando en quien nos va a ver, no en nuestros compañeros periodistas. En ese sentido hemos notado que hay una cierta demanda por construir un informativo para gente más joven, para niños quizá. Lo que pasa es que nos encontramos con una dificultad formal importante, y es que esas cosas fácilmente se convierten en productos ñoños y cursis. Por otro lado, a los niños la información les importa poco. Creo que los niños deben hacer de niños, es decir, jugar, divertirse, experimentar, etc., pero también estoy convencido de que tiene que haber una manera de transmitirles o fortalecer los valores que antes comentábamos mediante programas que con su lenguaje comuniquen a la vez información, estoy seguro de que debe haber una fórmula. Le hemos dado aquí unas cuantas vueltas y estamos en ello. Pero nos frena en cierta medida el vértigo de ser demasiado cursis, es un terreno muy resbaladizo. Yo he dado alguna charla a niños porque me lo han pedido sus profesores, y los alumnos me ven, reconocen mi cara y les entusiasma, pero les da igual lo que les cuento. No he conseguido sintonizar con ellos. Veo la misma mirada en sus ojos que la que yo tenía a los diez, doce o quince años cuando venían a darnos una conferencia; yo miraba el reloj para ver cuánto quedaba para el recreo. A veces te seducía alguna idea y te reías, pero en el fondo te interesaba aquello porque te habías saltado la clase de matemáticas. No veía en sus ojos interés, no conseguí cautivarles, o sea, que me costaría hacerlo en la tele.

¿Considera importante que en la escuela se eduque para el «consumo» de medios de comunicación?

Sí. Los niños deben aprender a ser espectadores. La presencia de los medios audiovisuales en la sociedad es tan elevada y su influencia tan determinante que no podemos pasar por alto este aspecto de la formación. Aprender a seleccionar es muy complejo porque implica una actitud crítica que un niño no suele tener. Pero igual que empiezan a colarse enseñanzas de informática en las aulas, cosa que me parece muy adecuada, quizá habría que fomentar también la educación en el acceso y la selección de los medios audiovisuales.

¿Qué diferencias encuentra entre los estudiantes de su generación y los actuales?

Creo que mi generación ya es hija de una etapa de estabilidad política y económica, pero la actual mucho más, lo cual significa que valoramos poco las cosas que tenemos. Has crecido en momentos de prosperidad y lo que te dan lo tomas como un derecho, porque no te ha faltado nunca, lo cual genera actitudes de cierta abulia, de falta de estímulo, de aburrimiento. Estoy convencido de que el pasado nunca fue mejor, y de que lo bueno está por llegar. Pero me da la sensación de que la actual generación de estudiantes está bastante desnortada en algunos aspectos; aunque también nosotros generábamos actitudes de cierta agresividad, de búsqueda de estímulos cada vez más fuertes, porque estábamos aburridos, lo teníamos casi todo. El desinterés y aburrimiento en la adolescencia son peligrosísimos. Porque son chavales con una tremenda energía y con un punto de rebeldía, que se sienten fuertes, inmortales prácticamente, y necesitan emociones que busquen donde sea, como las buscaba yo haciendo el loco en moto todo el día. Tuve suerte y aquí estoy, pero podría haber tenido accidentes muy serios, así que yo les comprendo. Al lado de mi casa hay dos o tres colegios de chicos de dieciséis a dieciocho años, y cuando los veo pienso: «¡Joder!, es que soy yo, estos tíos están aburridos como lo estaba yo.» Por fortuna hacen algo de deporte, lo cual es un mecanismo de desahogo fundamental a esa edad. Pero les veo el aburrimiento en la mirada. Están esperando a que llegue el jueves por la noche para echarse a

la calle y buscar cada día estímulos más brutales para conseguir las mismas sensaciones. Un poco adictivo eso, mal camino.

¿Qué soluciones podría tener ese aburrimiento de la juventud actual?

Lo primero es no considerar que son peores que nosotros, porque no es verdad. Cuando me oigo a mí mismo decir esto sobre los adolescentes de ahora, me parece que estoy oyendo a mi padre cuando nos decía: «Vosotros necesitáis ahora de todo para divertirlos, y yo con un aro...»; y mi abuelo a mi padre probablemente le decía algo similar. Y segundo, conseguir diseñar estímulos que sean más constructivos, menos perjudiciales, ¿cuáles? No lo sé. El deporte es una solución muy importante. Pero todos tenemos claro —y ellos los primeros— que ese es un camino que conduce al vacío.

RAFAEL NAVARRO VALLS

«No recuerdo nada en mi formación que me produjera traumas; al contrario, todo me ha parecido bastante positivo»



Rafael Navarro Valls (Cartagena, Murcia, 1940). Secretario general de la Universidad Complutense de Madrid. Catedrático de Derecho Canónico. Miembro de número de la Real Academia de Jurisprudencia y Legislación. Miembro de la Junta Directiva de la Asociación Internacional de Canonistas. Miembro de la Comisión Asesora de Libertad Religiosa del Ministerio de Justicia. Ha publicado más de un centenar de trabajos de su especialidad, particularmente sobre Derecho matrimonial y de familia, regulación jurídica de la libertad religiosa y objeción de conciencia. Es premio Arturo Carlo Jemolo al mejor libro jurídico en lengua italiana de su especialidad.

Son las doce menos cuarto del mediodía. Nos bajamos en la madrileña estación de Moncloa. A la salida del metro nos cruzamos con multitud de jóvenes que portan carteras, libros, carpetas... Imaginamos que son estudiantes de la cercana Universidad Complutense. Cuando llegamos al despacho del secretario general de la Universidad nos recibe un hombre simpático y acogedor cuya complexión enseguida nos remite a la posibilidad de que haya sido un joven muy deportista. En el transcurso de la conversación Rafael Navarro Valls nos confirma esa hipótesis: nunca olvidará su doble participación con dieciséis años en la fase nacional de los Juegos Deportivos Escolares, en lanzamiento de jabalina y como portero de balonmano. El padre de Rafael siempre tuvo muy claro que una de sus responsabilidades educativas consistía en completar la formación que sus hijos recibían en el colegio. Prueba de ello son los «concursos culturales» que organizaba durante las comidas o el plan de lectura que le sugirió a Rafael con solo doce años. La infancia de Navarro Valls transcurrió en una época en la que la disciplina era mucho más rigurosa que en la actualidad; eran tiempos en los que las bofetadas de los profesores no dolían tanto como el tener que quedarse en el colegio estudiando mientras el resto de los compañeros iban de paseo. Pero ninguna de las experiencias escolares por las que pasó Rafael han dejado en él ningún tipo de trauma, sino todo lo contrario, han sido vivencias muy positivas.

¿Qué recuerda de su primer colegio?

El primer centro educativo al que asistí fue el Colegio Alemán de Cartagena, donde estuve durante un año y medio hasta que se cerró porque Franco expropió todos los bienes alemanes en España. De ese colegio, donde asistí al *Kindergarten*, recuerdo la enorme capacidad

de organización de actividades deportivas, la búsqueda de los huevos de pascua por los jardines del colegio, así como todo un sistema de voladores donde nos columpiábamos; en uno de esos «vuelos» le rompí a mi hermano una clavícula con el artefacto, aunque ese no es un recuerdo muy grato que digamos. También me acuerdo de un libro que se llamaba *El pequeño explorador de la lengua alemana*. Son recuerdos muy vagos porque salgo de allí en el año 1945, con cinco años cumplidos. La enseñanza era siempre en alemán, ahí pude tener mis primeras conversaciones sencillas en esa lengua con las *fräulein* que nos daban clase.

¿Y del Colegio Alemán adónde se va?

Al colegio de los Hermanos Maristas en el propio Cartagena, donde curso todo el bachillerato y el preu, y del que tengo un recuerdo excelente. Recibíamos una buena formación en el idioma francés, quizá porque los propios Maristas eran de origen francés. Precisamente hace poco han canonizado a su fundador, Marcelino Champagnat. También una excelente formación deportiva. Muchos de nuestros profesores eran vascos y en el colegio existía bastante afición al frontón; aunque nos destrozábamos la mano, pero nos encantaba jugar. Allí conozco a muchos amigos. Ahora me vienen a la memoria algunos nombres como Luis Guillermo Lozano, Mercader, Puerto, etc. El ambiente del colegio era muy grato. Los profesores, exigentes. Funcionaba todo un sistema de emulación que se basaba en la existencia de dos bandos dentro de cada clase: el campo romano y el campo cartaginés. Cada uno de nosotros tenía un émulo en el campo contrario, y tanto los puntos positivos como los negativos que recibíamos repercutían directamente en nuestro contrincante.

¿Cómo vivía un niño de aquella época esa competitividad entre compañeros?

Aquello nos motivaba para estudiar bastante. Los que ganaban a sus émulos podían salir de *paseo de émulos* los jueves por la tarde, y los que perdían se quedaban estudiando en el propio colegio. No lo vivíamos como presión, era una competitividad sana, ni traumatizante ni opresiva. No recuerdo nada en mi formación de colegio o de universi-

dad que me produjera traumas; al contrario, todo me ha parecido bastante positivo.

Decía que los profesores de su colegio eran exigentes. ¿Qué otros recuerdos tiene del profesorado?

Además de excelentes profesores de francés, recuerdo que tuvimos también buenos docentes en ciencias naturales y en latín. En general el colegio tenía una clara orientación humanística, lo cual no quiere decir que no se enseñaran bien las ciencias. Recuerdo que es durante el colegio cuando yo decido hacer la carrera de Derecho, quizá por la orientación humanística del centro, además del ejemplo de mi padre que era abogado del Estado. La mayoría de los profesores eran hermanos maristas, aunque también había algunos seculares.

¿Recuerda a algún profesor en especial?

Recuerdo a muchos. Pero si tuviera que elegir a uno entre todos, ese sería el hermano Pedro Ignacio, que era toda una institución en el colegio. Murió hace ya bastantes años en una excursión a Roma.

¿Era práctica habitual entre los alumnos poner motes a los profesores?

Completamente normal. Recuerdo que a uno le llamábamos *el Cucaracha*. Casi todos los profesores tenían algún mote y me figuro que cuando lo descubría no era especialmente agradable para el interesado. Supongo que debían de tomárselo con sentido del humor también, aunque procurábamos llevarlo en secreto.

¿Cómo funcionaba la disciplina en su colegio? ¿Qué tipos de castigos había?

En aquellos tiempos, de vez en cuando, se repartían algunas bofetadas, lo cual no era nada que nos agradara. Pero tampoco lo tomábamos como algo del otro mundo. Cuando te iban a dar la bofetada mascullabas y murmurabas maldiciendo al individuo, pero aguantabas el chaparrón. A nosotros nos parecía lo más normal. Había una autoridad que se ejercía, unas travesuras que hacíamos y sabíamos las reglas del juego. Si te pillaban haciendo una travesura eras castigado y lo aceptabas, y si no, pues tan feliz y las seguías haciendo. El castigo que

más temíamos era quedarnos estudiando el jueves por la tarde o el sábado, que eran los días de asueto, mientras el resto de los compañeros se iban de paseo o se quedaban en casa.

¿Cuáles eran las travesuras que realizaban los niños de su época?

Supongo que las normales. Por ejemplo, los pupitres tenían unos agujeros donde se colocaban los tinteros, y más de una vez quitamos los tinteros y prendimos fuego en el interior del pupitre para que saliera humo por aquel agujero. Ya cuando éramos algo mayores recuerdo que una tarde de sábado al salir del colegio arrancamos un poste indicador de circulación y lo tiramos al mar en el puerto. Lo cual era una auténtica gamberrada, igual que recorrer los refugios subterráneos. En aquella época Cartagena estaba minada de túneles que sirvieron como refugios durante la guerra civil. A veces nos juntábamos una panda de compañeros del colegio y deambulábamos por los túneles, algunos de los cuales eran kilométricos. A nuestros padres no les gustaba nada que hiciéramos esto, y alguna vez incluso nos persiguió la policía municipal. Lo cierto es que era una forma tonta de jugar nos la vida, pero entonces no éramos conscientes de ello.

Su colegio no era mixto. ¿Cómo vivían ustedes esa circunstancia?

Con naturalidad. Simplemente cuando salíamos íbamos a ver a las niñas de los colegios femeninos. Veíamos en el cine, de vez en cuando, que los americanos tenían colegios mixtos, pero lo entendíamos como formas de cultura diversas.

¿Y cómo vivían el hecho de estar en un colegio religioso?

Tengo que agradecer a mis profesores que me ayudaran a asentar en mi vida los principios básicos del cristianismo, y además lo hicieron de un modo bastante liberal. Los hermanos nos daban clases de religión y nos explicaban sobre todo historia sagrada, pero la dirección espiritual de los alumnos la llevaban sacerdotes que venían de fuera. Por lo tanto, nosotros acudíamos a ellos sin estar especialmente presionados porque no eran profesores del claustro. Ya digo que los Maristas era una congregación con un talante ciertamente liberal, teniendo en

cuenta que estamos hablando de los años cincuenta, y por lo tanto de antes del Concilio Vaticano II.

¿Cómo se aficionó usted a la lectura?

En eso influyó decisivamente mi padre. Cuando cumplí doce años mi padre me sugirió un plan de lectura. Recuerdo que el primer libro que leí, aparte de los Salgari y demás, es decir, mi primera lectura cultural, fue *Tartesos*, de Schulten, una obra que trataba sobre la civilización tartesa. Además de literatura, los libros que incluía el plan de mi padre eran sobre todo de historia, memorias y biografía. Todas aquellas lecturas me han servido muchísimo a lo largo de mi vida. Por ejemplo, yo suelo escribir esporádicamente artículos de opinión en la prensa, y uno de los temas en los que me he especializado es la presidencia de los Estados Unidos de América. Pues me inicié en ese tema en mi etapa colegial al leer un libro sobre Roosevelt escrito por Arthur Schlesinger, que estaba en la lista recomendada por mi padre.

Para un niño de doce años el hecho de que su padre le hiciera un plan de lectura complementario a todo lo que tenía que hacer en el colegio, ¿no era demasiado exigente?

Nosotros no lo veíamos así. En casa había un gran ambiente de competitividad. Éramos cinco hermanos, cuatro varones y una chica, que ya murió, y durante la comida mi padre nos ponía muchas veces a concursar entre nosotros con preguntas del tipo «¿cuál es la capital de tal país?» o «¿quién es el autor de tal obra?». Ese ambiente despertó siempre en nosotros una honda curiosidad por la cultura. Y el hecho de que nos sugiriera una lista de libros a leer no me extrañó nada, me pareció lo más normal del mundo. Ni que decir tiene que yo seguí leyendo también los Salgari, Julio Verne, etc. Lo que mi padre pretendía era que nuestras lecturas no fueran anárquicas, sino bien pensadas, para que la cultura adquirida no tuviera huecos apreciables.

Podemos deducir que usted no tuvo problemas de rendimiento en el colegio.

Mi rendimiento en el colegio fue bastante bueno. Superé los cursos en junio sin excesivos problemas y con buenas notas todos los exá-

menes oficiales que tuvimos que hacer, es decir, el examen de ingreso en el bachillerato, las reválidas de cuarto y sexto, y el examen de preu. En mi clase éramos unos cuarenta alumnos. Yo solía ocupar el quinto lugar en la media de notas. Mi peor puesto creo que fue el décimo, y el mejor, el segundo. En la universidad mejoré y obtuve el premio extraordinario en la licenciatura de Derecho.

¿Qué asignaturas le gustaban más y cuáles menos?

Las que más me gustaban eran la historia y los idiomas; las que menos, matemáticas y dibujo.

Nos comentaba anteriormente que recordaba de su colegio la excelente formación deportiva. Además de las clases de educación física, ¿participaba usted en las actividades deportivas del centro?

Por supuesto. A mí me encantaba el deporte. Un recuerdo muy grato que guardo de aquella época es mi participación en los Juegos Escolares Nacionales, que fue doble: por un lado me presenté a lanzamiento de jabalina y por otro jugué como portero del equipo de balonmano. Yo tenía entonces dieciséis años. En jabalina tuve una buena actuación, pero hubo algunos problemas porque no me dieron como válido un magnífico lanzamiento de cincuenta y tantos metros. La razón fue que lo llevé a cabo al estilo «español», que lo había puesto de moda un conocido jabalinista de nuestro país que lanzaba la jabalina como si fuera un disco, la sacaba de abajo poniéndose incluso agua en la mano para que se deslizara a mayor velocidad. En esos juegos se discutió acerca de la validez de ese estilo y finalmente no se aceptó. Pero aun así quedé en buen lugar. En balonmano también quedamos muy bien, y mi actuación como portero debió de ser interesante porque cuando empiezo la universidad me busca un equipo murciano de segunda división nacional y me ficha como portero. Cosa que hago hasta que durante un partido contra el equipo de los paracaidistas de Alcantarilla, que eran muy fornidos, tiran un balonazo tremendo que rebota en el poste y me deja ciego durante un cuarto de hora. Después de eso me retiré definitivamente del balonmano.

Otro de los pilares académicos de su colegio era la enseñanza del idioma francés.

Efectivamente. Estoy muy satisfecho de la enseñanza que recibí en francés en el colegio. Por otro lado, tengo una enorme insatisfacción porque podía haber aprendido muy bien el idioma alemán en el colegio donde inicié mis estudios; pero, como ya he dicho, lo cerraron. También me habría gustado que en aquellos tiempos los colegios hubieran tenido una visión de por dónde iba el futuro y nos hubieran enseñado inglés además de francés. Porque el inglés lo he tenido que aprender posteriormente por mi cuenta, cosa que me ha resultado mucho más costosa.

¿Qué profesores de su etapa universitaria recuerda en especial?

Creo que el mejor profesor que tuve fue un catedrático de Derecho Político de la Universidad de Murcia llamado Rodrigo Fernández Carvajal. Explicaba muy bien. Lo destacaría como alguien con cierta autoridad académica sobre mí. La primera matrícula que saqué en la carrera fue en su asignatura y es probable que él interviniera decisivamente cuando me concedieron el premio extraordinario de final de carrera, porque formaba parte del tribunal. Le tengo gran afecto. También tengo en gran estima a mi maestro de disciplina, don Mariano López Alarcón, que era un juez muy prestigioso de Murcia y además estaba preparando la cátedra de Derecho Canónico. Luego, cuando la sacó, trabajé con él en su departamento y todavía me honro en ser discípulo suyo. También recuerdo a otros catedráticos muy respetados de la Universidad de Murcia, como Batlle, de Derecho Civil, Espín, de Derecho Romano, o Hurtado, de Derecho Natural. En general, con todos ellos me llevé muy bien.

Si le parece, pasemos a hablar de la educación actual. Según su propia experiencia como docente universitario, ¿cómo llegan los alumnos a la universidad?

Tengo la impresión de que los alumnos en la actualidad llegan a la universidad peor formados que en mis tiempos. Aunque quizá observe en las chicas una mayor madurez intelectual, pero la formación básica de unos y otras deja que desear. Por otro lado, también es cierto que muchos profesores universitarios no están verdaderamente motivados y conside-

ran sus clases como una desagradable obligación que les quita tiempo para la investigación. Creo que ambos factores están muy relacionados y, junto con la masificación existente, contribuyen a que la calidad de la enseñanza universitaria actualmente en España sea francamente mejorable.

¿A qué cree que se deben esas deficiencias en la formación de los alumnos?

Me parece que en general los jóvenes españoles leen poco y sus puntos de referencia en cuanto al conocimiento son más bien televisivos o cinematográficos. Lo cual repercute negativamente en la facilidad de expresión y en la riqueza de vocabulario. Por otra parte, creo que no se insiste lo suficiente en el estudio de las humanidades durante la educación obligatoria. Además, el manejo de las nuevas tecnologías está ganando la batalla a los conocimientos humanísticos en las actividades relacionadas con la educación de los niños y jóvenes. Por eso considero interesante el empeño del Ministerio de Educación en potenciar las humanidades, tanto en el bachillerato como en la universidad.

¿Qué cualidades considera imprescindibles en un buen maestro?

En primer lugar, debe tener una gran comprensión y un buen conocimiento de sus alumnos. Segundo, tiene que saber ejercitar la paciencia unida al rigor, de tal modo que no se pase ni por un lado ni por otro. Debe tender a lo que decían los viejos maestros juristas: «saber sacar del bloque de mármol la escultura que en él dormita», lo cual requiere mucho tiempo y dedicación. También debe tener un conocimiento adecuado de su propia disciplina; solo quien conoce muy bien su materia puede explicarla y simplificarla de modo que llegue a muchos. Tal vez por eso suele decirse que «un profesor joven enseña lo que no sabe, un profesor menos joven enseña lo que sabe y un profesor maduro enseña solo lo que es útil».

¿Cree que en la sociedad actual la figura del maestro está reconocida y valorada?

No se le valora lo suficiente. Creo que la sociedad es injusta con él al exigirle mucho en la educación de los jóvenes y, al mismo tiempo, no compensarle económica ni socialmente como merece.

Teniendo en cuenta la variada oferta de centros educativos que existe en la actualidad, ¿cuál sería su colegio ideal?

Personalmente me daría igual que fuera público o privado, siempre que tuviera un alto nivel en la enseñanza de las humanidades y de los idiomas, y supiera transmitir una buena formación en virtudes humanas y valores básicos.

JOSÉ LUIS OLAIZOLA

«No estudiaba lo suficiente en el colegio,
pero me remordía terriblemente la conciencia»



José Luis Olaizola Sarría (San Sebastián, 1927). Escritor. Autor de una extensa producción novelística. Premio Ateneo de Sevilla 1976 con *Planicio*. Premio de Literatura Infantil Barco de Vapor 1982 con *Cucho*, cuya traducción al francés obtuvo en 1989 el Grand Prix de *L'Académie des Lecteurs*, que se otorga en Francia al mejor libro juvenil del año, y fue la primera vez que lo ganó un español. Premio Planeta 1983 con *La guerra del general Escobar*. En 1990 publicó *La puerta de la esperanza* (con Juan Antonio Vallejo-Nágera), que ha alcanzado ya las 28 ediciones y más de 400.000 ejemplares. En 1992 obtuvo el Prix Littéraire de Bourren (Burdeos), con *El cazador urbano*, traducida al francés. En total tiene 47 libros publicados, de los que ha vendido más de dos millones de ejemplares.

Cuando le comentamos a José Luis Olaizola que siguiendo sus indicaciones hemos llegado a su casa —en las afueras de Madrid— sin ningún contratiempo, él nos responde que tendríamos que firmarle un documento para que le crea un amigo suyo que está convencido de que sus orientaciones son poco eficaces. En repetidas ocasiones a lo largo de la entrevista podemos comprobar que una de las muchas cualidades de José Luis es su sentido del humor. Nos recibe en su sanctasanctorum, en la habitación donde escribe sus tres folios diarios, ni uno más ni uno menos. Su vieja máquina de escribir, todavía en buen uso, descansa sobre una sencilla mesa. Los distintos ejemplares de sus numerosos libros pueblan las estanterías. ¿Cómo han podido salir tantos y tan buenos libros de la pluma de alguien que sacaba tan malas notas en el colegio, y que incluso se convirtió en un notable falsificador de boletines de calificaciones? Los recuerdos escolares de José Luis son un verdadero canto a la esperanza, un argumento perfecto para desarmar a aquellos que alguna vez han pensado que el niño o la niña que atraviesa por dificultades y obtiene malos resultados en el colegio nunca conseguirá nada importante en la vida.

¿Qué recuerdos tiene del comienzo de su educación escolar?

Mi escolaridad tuvo la peculiaridad de no haber tenido un maestro que me enseñara las primeras letras. Soy el pequeño de nueve hermanos, mi madre murió cuando yo tenía un año, y mi primer recuerdo en lo que a docencia se refiere es el siguiente: un día, cuando tendría unos cinco años, quizá menos, paseaba por el barrio Gros de San Sebastián, en el que nací, y me puse a deletrear rótulos de establecimientos, por ejemplo, pe-lu-que-ría; algunos de mis hermanos mayores, con los que iba, no prestaron demasiada atención: pensando que puesto que sabía

que aquel establecimiento era una peluquería, me limitaba a nombrarla. Pero cuando nos salimos del barrio seguí delectando otros rótulos, y entonces fue cuando cayeron en la cuenta que aquello no era normal. Yo no había pisado una escuela —en aquellos años no existían guarderías ni nada parecido— y mis hermanos mayores supusieron que el que me seguía a mí en edad, dos años mayor que yo, sería quien me había enseñado a leer. Pero este negó que se hubiera tomado tal molestia, y así quedó el asunto. Ya de mayor he tenido la curiosidad de indagar y parece que es posible que un niño aprenda a leer, sin un aprendizaje específico, porque intuye cómo se pueden juntar las letras. En mi novela *Planicio*, con la que gané el premio Ateneo de Sevilla en 1976, figura un protagonista que aprende a leer solo, y no me lo ha discutido nadie. Es la única habilidad natural que he tenido en la vida, y por eso he sido y sigo siendo un voraz lector. Para todo lo demás he sido siempre bastante torpe. A raíz de este suceso me llevaron a un colegio privado de señoritas, que estaba a la vuelta de la esquina, y que consistía en un pequeño chalé con unas pocas aulas improvisadas; una especie de parvulario para aprender a leer, y como yo ya sabía, me lo pasaba muy bien. En 1935 la familia se trasladó a vivir a Madrid, y me ingresaron en lo que había de ser mi colegio por excelencia, el del Pilar de los Marianistas de la calle Castelló, 50.

¿Cómo se adaptó usted al nuevo colegio y a la nueva ciudad?

El trauma fue tremendo. San Sebastián era la ciudad más hermosa del mundo, y Madrid me pareció horrible; pasé del delicioso chalé regido por señoritas que estaban encantadas con un niño tan mono y avisgado como yo, a un tétrico edificio, que creo que había sido construido para otro fin distinto, quizá hospital (por lo menos durante la guerra civil fue hospital militar), y en el que para colmo hacía frío —creo que ingresé comenzado el curso—, y los profesores iban vestidos todos de luto riguroso. Me temo que los primeros días lloré. En 1936 se produce un acontecimiento que me alegra la vida colegial: la primera comunión. En mi casa, excepto mi hermana, la única mujer entre tanto hombre, no se vivía vida de piedad de clase alguna. Mi padre era un liberal, supongo que agnóstico, y no iba a misa, y mis hermanos mayores, que yo recuerde, tampoco. Por ejemplo, a mi primera

comunión no fueron ni mi padre, ni mis hermanos mayores, solo mi hermana y ese hermano que era un poco mayor e iba también al Pilar. Pero entre todos los comulgantes, que éramos muchos, una iglesia llena, fui el elegido para hacer determinadas lecturas, así como para recitar en voz alta, subido al presbiterio, una oración a la Virgen. Esto requería una preparación, y unos privilegios como lector de elite, que me producían gran satisfacción. Por eso siempre he considerado que como escritor seré corriente, pero como lector siempre he sido muy notable.

¿En qué medida afectó al desarrollo de su escolaridad el estallido de la guerra civil española?

Sigo sin recordar nada especial en mi vida escolar durante estos primeros años, más bien sensación de desagrado por tener que ir al colegio; por eso cuando llega la guerra civil de 1936, que nos pilla en Madrid, el no tener que ir al colegio y pasarnos el día callejeando, metiéndonos en los portales cuando sonaban las sirenas, me parecía bastante mejor que ir a clase. La capital de España era un caos, había refugiados, hambre, bombardeos..., yo tenía ya nueve años, pero los niños inconscientes nos lo pasábamos muy bien. Por supuesto, nadie se preocupaba de darnos clases, pero yo seguía con mi voracidad lectora. Cuando asesinaron a Lorca en Granada, el Gobierno de la República editó en plan propagandístico alguna de sus obras, que las regalaban, y a esa edad me leía el *Romancero gitano*, y luego, como gracia, lo recitaba. Leía cualquier libro que cayera en mis manos. En noviembre de 1937 mi padre consiguió que a mi hermana, a mi otro hermano pequeño y a mí nos permitieran volver a San Sebastián, por Francia. Lo primero que hizo mi hermana fue matricularnos en una academia para que recuperáramos parte del tiempo perdido. La academia se llamaba Fides, estaba en el paseo de los Fueros, y no puedo decir si era buena o mala, porque ya se comenzó a manifestar un problema que con los años se agudizaría: era un mal estudiante. Y, sobre todo, un pésimo dibujante. El profesor, un hombre muy grueso, con cierto renombre como pintor local, no salía de su pasmo viendo mi falta de interés por su asignatura, y en cierta ocasión me reprochó mi indiferencia. Yo no sé cómo, pero me defendí, y le dije que sí servía para lo que me gustaba, por ejemplo, para correr.

«¿Y qué corre usted?» Le contesté que era capaz de dar la vuelta a los puentes —el de la Estación y el Puente de Hierro— en menos de diez minutos, lo cual me parecía una hazaña. Y a él todavía más porque ya he dicho que era un hombre grueso. «¡Imposible!», exclamó. ¡Y organizó apuestas, nunca se me olvidará! Anticipo que yo no tengo recuerdos de ningún maestro carismático, que me cambiara la vida, sino detalles simpáticos como este. Aquel gordo profesor tuvo el gesto de promocionar al peor de sus alumnos, y consiguió una cierta expectación el día de la carrera, en la que apostó contra mí. Como, efectivamente, hice el recorrido en menos de diez minutos, al día siguiente, en clase, de modo solemne, me hizo entrega del importe de la apuesta perdida, que supongo que serían unos reales, a lo más una peseta. Quizá no sea pedagógico que un profesor apueste dinero contra sus alumnos, pero de todos los profesores que tuve en aquella academia al único que recuerdo, y con cariño, es al gordo profesor de dibujo.

¿Cuánto tiempo estuvo estudiando en aquel centro?

Solo unos meses. Al curso siguiente, como no hubiera plaza en los Marianistas de San Sebastián, mi hermana nos matriculó en el de los Jesuitas de Ategorrieta, en el que discurrieron dos años a cual peor, pero no por culpa de los Jesuitas, sino mía, que no estudiaba. Algo se enderezó la situación gracias a un padre jesuita, el profesor de historia, que con verdadero sentimiento me hizo recapitular. Casi recuerdo sus palabras pese al tiempo transcurrido: «¿Pero no ha considerado usted, Olaizola, que su padre y sus hermanos están sitiados en Madrid, y que su pobre hermana, que es poco más que una adolescente, está haciendo un gran esfuerzo para que usted pueda estudiar, y usted no hace más que perder el tiempo?» Me lo dijo en un tono de dolorido asombro de que se pudiera ser tan imbécil. No me sonó a riña. Consiguió que me pusiera a estudiar, y pese a que el curso estaba avanzado, logré terminarlo con un solo suspenso: matemáticas. Aquel año se termina la guerra, en verano aparece por San Sebastián mi hermano José Mari, que ya era ingeniero de Caminos, y cuando se entera que me han suspendido en matemáticas me echa una bronca. «Es que a mí las matemáticas se me dan fatal», me defiende. «¿Ah, sí? Eso vamos a verlo.» Me tomó por su cuenta y durante los tres meses de verano me daba clase

diaria, me ponía problemas, y no me pasaba una. Llegan los exámenes de septiembre, que en aquellos años en los Jesuitas eran orales, ante un tribunal presidido por el rector. Comienzo a exponer, a contestar a todo, a resolver problemas en la pizarra, y los examinadores no salían de su asombro. «¿Pero quién le ha dado a usted clase este verano?», me preguntó en el colmo del pasmo el padre rector. Y cuando contesté que mi hermano, pensaron que me refería al que era un poco mayor que yo y no se lo podían creer. Me dieron sobresaliente, cosa insólita en unos exámenes de septiembre en aquel colegio. Al curso siguiente, al regresar con la familia a Madrid, ingresé de nuevo en el colegio del Pilar y, sin que encuentre explicación que lo justifique, vuelvo a las andadas: no estudiaba, sacaba unas notas desastrosas —incluso con orla negra, que era la máxima descalificación para un alumno—. En los Marianistas, a la sazón, cada semana se daban notas, que leía solemnemente el director del colegio, el padre Florentino Martínez (que llegaría a nonagenario), clase por clase, haciendo comentarios sobre el aprovechamiento o desaprovechamiento de cada alumno. Los boletines de las notas estaban orlados de diversos colores: orla roja, muy bien; orla azul, bien; orla verde, regular; orla marrón, mal; orla negra, muy mal.

O sea, que no guarda precisamente un buen recuerdo de aquellos años en el colegio del Pilar.

Creo, sinceramente, que fueron los cinco años más amargos de mi vida. Peor recuerdo no puedo tener de aquellos años de colegio, *pero no de los Marianistas, sino de mi estupidez*. Por el contrario les estoy muy agradecido y no sé por qué no me pusieron de patitas en la calle. Cuando hace un par de años celebramos las bodas de oro en promoción, tuvimos la clásica comida, con los habituales discursos a los postes. Les tocó hablar a los dos alumnos más brillantes, Federico Carlos Sainz de Robles, presidente que había sido del Tribunal Supremo, primero de la clase indiscutible, y a José Joaquín Isasi Isasmendi, ilustre abogado del Estado y presidente de múltiples sociedades. Y también a mí, quizá por ser el único que me había dedicado al arte de aquella promoción. Y dije, de corazón, que el que los Marianistas hubieran conseguido sacar provecho de gente como Federico y José Joaquín tenía un mérito relativo; el verdadero mérito había sido sacar adelante a

un sujeto como yo, que no les había dado ninguna facilidad. Pasaron los años y puede que en parte haya pagado esa deuda que tenía con el Pilar. Los Marianistas, a través de su Fundación Santa María, son los editores de la colección *El Barco de Vapor*, cuyo premio de literatura infantil gané en 1982, y del que se han vendido miles de ejemplares. He seguido editando en esa colección otros títulos, con bastante fortuna, por lo que me consuela pensar que si como alumno no les di ninguna satisfacción, como autor de algún modo les he compensado.

¿Entre todos los profesores a los que recuerda con gratitud, destacaría a alguno especialmente?

Recuerdo con afecto al mencionado padre Florentino, que algo vería en mí para no expulsarme del colegio. Cuando llegaba el tremendo momento de leer las notas semanales, no me podía decir nada agradable delante de los restantes alumnos, pero si luego me encontraba por los pasillos, se mostraba cariñoso, y resignado a que fuera tan mal estudiante. Había otro profesor, don Serafín, muy aficionado al fútbol, que, como yo jugaba de portero en el colegio, me mostraba cierta predilección. Quizá no pueda hablar con gran entusiasmo de ningún profesor, porque tampoco yo era como para despertar entusiasmos, pero lo que sí afirmo es que, en conciencia, no puedo hablar mal de ninguno. Los había más o menos simpáticos, como en todas partes. Pero todos me dieron más oportunidades para ser mejor que yo a ellos para hacer de mí un buen alumno.

¿Tenía buenas relaciones con sus compañeros de estudios?

Con los compañeros de colegio me llevaba bien, pero no llegué a tener amigos íntimos entre los de mi clase. En cambio, luego en la Facultad de Derecho, dada mi afición al deporte, llegué a ser el capitán del equipo de rugby, y eso me dio la oportunidad de hacer grandes amigos, los más íntimos que he tenido. Con la hermana de uno de ellos, Paco Morales, me he casado y persevero felizmente en el matrimonio.

¿Recuerda alguna de sus travesuras escolares?

Sí; una tan perversa que casi me da vergüenza contarla. Como no me atrevía a presentarme en casa con esas notas tan desastrosas, me las

ingenié para sustraer boletines de notas con la firma impresa del director del colegio, de distintos colores, que rellenaba con calificaciones más aceptables. Supongo que alardearía de esa audacia, y otros compañeros de clase, malos estudiantes también, solicitaban mi ayuda. «¿Cómo las quieres? —les preguntaba yo—. ¿Verdes, azules?» Y les rellenaba los boletines a su gusto. Me convertí en un falsificador notable porque imitaba bastante bien la letra de los profesores.

¿Qué tipo de relación mantenían sus padres con el colegio?

Nula. Madre no tenía, y mi padre viajaba mucho, y no se le ocurría pisar el colegio, ni tan siquiera seguía muy de cerca mis estudios. Quizá porque todos mis hermanos mayores habían sido muy buenos estudiantes —ingenieros, médicos...— y daba por supuesto que yo también lo sería. Mi pobre hermana fue alguna vez a hablar con el citado padre Florentino, que era tan bueno, y la veía tan joven, que le daría pena y no le diría la verdad sobre mi inopia escolar.

¿Qué le gustaba más y menos del tipo de enseñanza que recibía en el Pilar?

Con visión retrospectiva recuerdo con agrado un tipo de enseñanza que exigía disciplina, controles semanales, etc., aunque yo saliera tan mal parado de ellos. La excesiva compasión que observo que prima actualmente hacia el alumno, creo que no es buena. No soy partidario, ni mucho menos, de eso de que *la letra con sangre entra*, pero me parece ridículo el drama que se arma si un profesor da un cachete a un niño.

¿Cree que, a pesar de los malos resultados académicos, el tipo de educación escolar que recibió ha influido de una manera decisiva en su vida?

Respuesta afirmativa. Un mal alumno en un buen colegio saca fruto pese a todo. Te movías en un ambiente de cultura, yo diría que de sabiduría, que dejaba su poso. Ahora, en alguna ocasión, debo asistir a libro-fórum sobre mi obra en institutos y colegios, y me temo que están muy lejos de aquel estilo. Se nota hasta en la forma de comportarse los alumnos con el invitado. Pero tampoco me gustaría generalizar.

¿Qué lenguas extranjeras maneja? ¿Cómo las aprendió?

Contestar a esta pregunta requiere una aclaración previa. Las lenguas extranjeras que he aprendido me han exigido un gran esfuerzo, y hasta ahora está claro que yo sólo me esforzaba para hacer el tonto o, a lo más, para la práctica del deporte. Pero cuando pretendía, conforme a las costumbres de la época, a la hermana de mi amigo Paco Morales, esta me dijo que el movimiento se demostraba andando, y que si iba en serio, y pretendía casarme con ella, tenía que estudiar. Yo llevaba la carrera de Derecho de manera desastrosa; teóricamente iba en quinto curso, pero me quedaban, todavía, asignaturas de segundo. Y por primera vez en mi vida me puse a estudiar en serio y con asombro por mi parte comencé a sacar notables y sobresalientes. Supongo que mi expediente académico merecería estar en el *Libro Guinness*. En un año creo que saqué más de veinte asignaturas con notas altas, y terminé la carrera con los de mi curso, cosa que me parecía impensable unos años antes. Desde entonces me convertí en un estudioso terrible y comencé a conocer lo que era la felicidad; porque mi caso era de verdad patológico. No estudiaba, pero me remordía terriblemente la conciencia, y no se me ocurría que el remedio estaba al alcance de mi mano: estudiar. Me entró tal entusiasmo por el estudio, que me matriculé en el doctorado, cuyas asignaturas aprobé con sobresaliente. Y aquí sí recuerdo a un profesor excepcional, Jaime Guasp, de Derecho Procesal; nos dio un curso monográfico sobre el recurso de casación, materia de suyo árida, y lo seguí con tanto afán que esperaba el día que nos tocaba su clase como el mejor de la semana. Este largo exordio es para que se entienda lo que sigue: por necesidades de mi profesión de abogado y del mundo de la empresa, en el que me movía, me di cuenta de que no me quedaba más remedio que aprender idiomas. En el colegio dábamos francés y alemán (por influencia del predominio germánico en Europa), y yo conseguí salir de allí en ese aspecto *sicut tabula rasa in qua nihilum scriptum est*, es decir, no aprendí nada. Como cuando tomé conciencia de esa necesidad estaba ya casado, y con muchas ocupaciones, no me quedó más remedio que recurrir al método más accesible: el Assimil. Es decir, libros y discos por mi cuenta y en mi casa. Empecé con el

francés y luego seguí con el inglés. Era muy sistemático: aunque solo fueran cinco minutos, ningún día dejaba de estudiar. Como complemento, y dada mi voracidad lectora, durante varios años me obligué a leer novelas solo en francés e inglés. El francés he llegado a hablarlo con soltura, y con el inglés me he defendido. Como consecuencia de mis lecturas mi vocabulario superaba a mi capacidad de expresión verbal. Mis hijos mayores —tengo tres hijas profesoras de inglés— es por una de las pocas cosas que me admiran: por la tenacidad que mostré aquellos años. Luego se me presentó la ocasión de perfeccionar el inglés (tampoco demasiado) en una especie de verano sabático, que me pude pasar dos meses en Inglaterra, en Hastings, con toda la familia.

¿Recuerda cuáles fueron sus primeras lecturas infantiles?

Recuerdo con pasión las historias de *Cuchifritín* y *Celia*. Luego las de *Guillermo el Travieso*. Las de Zane Grey. Las de Pete Rice. Y, como no, las de Emilio Salgari. Las de Julio Verne (estas nos parecían un poco más pesadas). A continuación, en la adolescencia, leía con lágrimas en los ojos las novelas rosa de Rafael Pérez y Pérez, y las de María Luisa Linares Becerra. El caso era leer. Pero, casi al mismo tiempo, me leía en las *obras completas* que editaba Aguilar, en papel biblia, las novelas de Tolstoi, Dickens, Balzac, Baroja y un etcétera que haría interminable esta contestación. ¡Ah!, también leíamos los clásicos resumidos de la colección Araluce, con verdadero deleite.

Hablemos, si le parece, de la realidad educativa actual. ¿Piensa que se debe unificar la visión de la historia de España desde la enseñanza en las distintas autonomías?

Rotundamente, sí. No soy historiador, pero sí he escrito bastante novela histórica y me parece indignante las filias y las fobias a la hora de aproximarse a lo que sucedió en el pasado. La historia no es una ciencia exacta, y es lógico que se admitan apreciaciones e interpretaciones, pero lo que es inadmisibles es que se cuente la historia en función de perspectivas ideológicas y sectarias. Y, por supuesto, las autonomías mal entendidas pueden ser veneno inacabable de tales desafueros.

¿Cree que la figura del maestro está suficientemente valorada en la sociedad española?

Sí y no. Por supuesto el maestro, funcionario por oposición, tiene un *status* económico, que le aleja de aquella imagen decimonónica, sombría, pero en la escala social sigue situado en inferioridad con relación a funciones mucho menos importantes para el conjunto social. A veces se tiene la impresión de que se dedican a ser maestros los que no sirven para algo mejor. Todo cuanto se haga para dignificar la figura del maestro, me parece poco.

Según su opinión, ¿qué cualidades deberían ser imprescindibles en un buen maestro?

Por encima de todo, la vocación. Tengo tres hijas que se dedican a la enseñanza y me parece un trabajo durísimo, casi insoportable, si no hay una auténtica vocación de enseñar, una ilusión por sacar adelante al alumno, por ver que de ti depende el que pueda ser un hombre o una mujer de bien, o un desgraciado. Según las estadísticas es una de las profesiones en que se producen más depresiones, que supongo que afectarán señaladamente a aquellos que, sin demasiada vocación, se enfrentan cada día a la ingente tarea de educar. Además sería ideal que tuvieran el don de comunicar, de transmitir entusiasmo. Quiero decir con esto que me parece más importante la vocación y el entusiasmo que la ciencia que tenga.

ANDRÉS OLLERO

«Me pasaba en el colegio desde las nueve de la mañana hasta las nueve de la noche»



Andrés Ollero Tassara (Sevilla, 1944). Catedrático de Filosofía del Derecho en la Universidad de Granada. Diputado por Granada desde la III Legislatura. Portavoz del Grupo Popular en la Comisión de Justicia del Congreso. Presidente de la Comisión de Investigación Científica y Desarrollo Tecnológico del PP. Premio Antonio de Nebrija del CSIC. Ha sido durante un decenio portavoz de Educación del Grupo Popular en el Congreso de los Diputados.

Andrés Ollero no da la impresión de ser uno de esos políticos obsesionados por figurar. Su rostro y su nombre no aparecen continuamente en los medios de comunicación. Sin embargo, en el gremio se le conoce bien por su tenacidad y su capacidad de trabajo. Un detalle significativo: durante los trámites para la entrevista hemos tenido que llamarle varias veces por teléfono a distintas horas, y siempre lo hemos localizado a la primera en su despacho del Congreso de los Diputados. Andrés nos comenta que el hábito del trabajo lo asumió desde pequeñito en el seno de su familia y lo afianzó después en el colegio. Aunque solía ser uno de los primeros de su clase, nos confiesa que fundamentalmente tuvo dos grandes pasiones en su infancia: el fútbol y la lectura. De la primera de ellas da fe la cara de felicidad con que aparece sujetando un balón en la foto que nos ha facilitado. De la segunda deja constancia el hecho de que sus primeros ahorros se los gastara en novelas de Salgari.

¿Cuándo y dónde comenzó su escolarización?

Yo crezco en una familia numerosa; somos nueve hermanos y mi padre es médico. Mi primera alfabetización tiene lugar en casa; me la proporcionó María Morán Arriero. Creo que había estudiado Magisterio y tenía cierta experiencia docente por su relación con alguna de las comunidades religiosas que solicitaban ayuda profesional a mi padre. Como consecuencia cuando, a los seis años, voy por primera vez a un centro escolar ya sabía leer y escribir. Hice la preparatoria y el bachillerato de entonces, seis años más el preu, con los Jesuitas de Sevilla. Empecé en el colegio que había en la plaza de Villasís, en el centro de la ciudad, donde estuve dos años; luego se trasladó a la entonces llamada Huerta del Rey, en las afueras; emplazamiento que hoy conserva el co-

legio de Portaceli, en la calle Eduardo Dato, bastante cerca del estadio Sánchez Pizjuán. Formaba parte del colegio entonces los que hoy se llaman Jardines de la Buhaira, que les fueron expropiados. De ahí ya pasé a la Facultad de Derecho de Sevilla; por lo tanto, toda mi escolarización propiamente dicha fue con los Jesuitas. Se dio una circunstancia personal que creo me acabó favoreciendo. Mi hermano el mayor me lleva año y medio, y eso me fue marcando un ritmo de cierta precocidad, ya que hacíamos todo juntos. Aprendimos a leer y a escribir a la vez, con lo cual yo siempre iba algo adelantado para mi edad. Me hicieron perder un curso porque, si no, hubiera empezado el bachillerato con ocho años, lo cual no era posible; aun así fui siempre otro curso adelantado. Creo que eso de la precocidad puede marcar un poco, el hecho de ir con compañeros que son mayores que tú; porque a esas edades la diferencia de un año parece tener gran importancia; luego se convierte en anecdótica.

¿Qué recuerdos tiene de María Morán, la señora que le enseñó a leer y a escribir?

A ella le debo toda la instrucción básica y la ayuda para hacer los «deberes» durante los primeros años escolares. También es ella la «culpable» —entre otras cosas— de que yo no tenga ningún acento andaluz, a pesar de ser sevillano; lo cual quizá sea una tragedia, porque hoy día parece llevarse mucho. La gente cuando me oye hablar nunca sabe de dónde puedo ser. El caso es que ella era extremeña, pero tenía el prurito de que se pronunciara bien el castellano, evitando las características más marcadas del habla andaluza.

¿Dedicaban tiempos programados y regulares a esas primeras tareas en casa?

Sí. Creo que asimilé desde entonces el hábito del trabajo. No formal, a toque de campana; pero por supuesto había una idea clara: por las mañanas había que trabajar, hacer caligrafía o cuentas. Esa idea de que había que trabajar todos los días, la verdad es que luego la he conservado durante toda mi vida. En el colegio muchísimo más, porque era todo a golpe de sirena. Ya en la universidad eso cambió un poco. Recuerdo que en mi primer mes como alumno de la Facultad de Dere-

cho probablemente fuera al cine todos los días. Menos mal que entré pronto en contacto con el Colegio Mayor Guadaira, del Opus Dei, y el trabajo volvió a primer plano. Tanta libertad era todo un descubrimiento. En aquella época, por ejemplo, en el colegio teníamos clase hasta los sábados por la tarde; había vacación solo la tarde del jueves. Luego, ya antes de acabar el bachillerato, se amplió cambiando por las tardes de miércoles y sábados.

¿Qué valores le transmitió la escuela en consonancia con los que recibía en su casa?

En el fondo creo que eran los mismos, porque mi padre había estudiado con los Jesuitas también. Había sido incluso *príncipe del colegio*, que era un asunto que seguía existiendo cuando yo empecé a estudiar y continuó en vigor —yo terminé el año 1960— hasta 1957. Cambió cuando fue rector del colegio el padre José Antonio de Sobriño, que escribía y publicaba libros para jóvenes en la editorial Escelicer: *Corazón de cristal*, *Buscando su vida...* Unos libros que parecían destinados a plantear la posibilidad de una vocación religiosa a la gente joven. Y él cambió esa nomenclatura clásica, de *príncipe del colegio*, *regulador*, *brigadier*, *sub-brigadier* (yo llegué a ser *sub-brigadier*, me parece que de ahí no pasé), y pasó a la de *jefe de curso* y cosas así; algo más al día, siempre por méritos académicos. Esa idea de la competencia, no tanto en el sentido de lo que hoy llaman «competitividad», sino como afán de superación, eso sí que me lo habían inculcado ya en casa, y luego en la formación que se daba en los Jesuitas era una pieza bastante clave. Por ejemplo, en aquellos primeros cursos, a los seis años, en Villasís, aún perduraba un recurso que no duró mucho luego. La clase se dividía en dos grupos: cartagineses y romanos, por ejemplo; o celtas e iberos; para ir preguntando a unos y otros en abierta competición. Luego, ya en segundo curso, que es cuando empezamos el latín, había una figura muy curiosa, que era en el colegio el arquetipo de profesor duro: el hermano Pascual, que nos ponía en fila y, al preguntar, iba mandando a la cola al que fallaba. Una técnica que se usaba mucho en los famosos concursos de catecismo. Era la idea de la competencia, entendida fundamentalmente como superación, con un escenario de competencia deportiva frente a un adversa-

rio. Por otro lado, se le daba también bastante importancia a lo memorístico. Yo, la verdad, siempre he tenido buena memoria, y por eso rendía bastante en cuestiones como el catecismo. Lo que pasa es que estamos hablando del año 1950, cuando tengo seis años; creo que alguno de estos elementos ya no pasaron del 1955; por ejemplo, lo de esas competiciones. Cobraban, a veces, una escenificación pública; lo que se llamaba «concertación», ante las familias como público, con motivo de algún día muy señalado; aunque esto ocurría rara vez. Recuerdo incluso en el patio de Villasís alguna competición con un sistema con el que, tras las preguntas falladas, nos ponían una especie de banda que, según el color, indicaba que uno quedaba herido, prisionero o muerto; unas cosas muy curiosas.

Una terminología muy relacionada con lo militar, ¿no?

Sí, quizá consecuencia un poco todavía del ambiente de posguerra, aunque en ese aspecto nuestro colegio era algo peculiar. Por ejemplo, allí nunca cantamos el *Cara al sol*, ni hubo ningún tipo de ceremonia de esas que en las escuelas públicas —según he oído, porque yo no lo viví— parece que aún se estilaban; sino que había un planteamiento bastante más liberal. Iba por allí un profesor de *formación política*, que sí que era del Movimiento, pero se notaba mucho que estaba en territorio ajeno.

¿Qué recuerdos tiene de los profesores de su colegio?

Los profesores que tuve no solían ser licenciados, eran jesuitas —*maestrillos*, como ellos mismos se llamaban en su argot— que estudiaban teología todavía y vivían ese período de formación personal, que parecía incluir el «aguantar» niños durante una temporada; más tarde se ordenaban sacerdotes. Creo que fueron algunos compañeros míos de colegio, que son jesuitas hoy día, los primeros —si no los de mi promoción, los de la anterior— en ir a la universidad, después del noviciado, para hacer una licenciatura. En aquel momento, recibíamos una enseñanza con efectos oficiales reconocidos, pero sin que se exigiera todavía una específica cualificación profesional al profesorado. No deja de ser curioso que, sin embargo, el colegio tuviera un claro prestigio de calidad en la ciudad. En Sevilla era, sin duda, el colegio más demandado; quizá por razones no solo académicas, sino vincula-

das a la formación religiosa o, a veces, a las relaciones sociales. El más prestigiado por motivos estrictamente académicos era el San Francisco de Paula, que estaba en la misma calle en que yo vivía; pese a su nombre, era un colegio privado laico. Además, el instituto; en aquella época, masculino solamente había uno en Sevilla: el San Isidoro. Luego vendrían otros y, mucho después, la enseñanza mixta. Portaceli era el colegio de la burguesía sevillana, seguido quizá en parte por el de los Maristas; luego, ya años después, empezó a funcionar el Claret en la zona donde está el campo del Betis.

¿Los profesores eran todos jesuitas?

En su mayoría, sí. En los primeros cursos, en la preparatoria, había algunos profesores seculares, y durante el bachillerato recuerdo también algún otro; pero la proporción podría ser de uno a cinco, como mucho. Aquellos profesores seculares tampoco tendrían una titulación necesariamente. Ya hacia el final del bachillerato sí que empezó a haber alguno titulado. Otra cosa que me llama la atención de esa época, y que luego he lamentado, es la poca importancia que se daba a los idiomas; por otra parte, era un momento de claro predominio del francés. Creo que, entre mis hermanos, por lo menos los dos primeros estudiamos francés; quizá a partir del tercero o cuarto ya empezaron a estudiar inglés. Al principio era minoritario, pero poco a poco —lógicamente— se acabó imponiendo. Además, las clases de idiomas eran muy poco rigurosas. Los profesores no solían ser nativos, pero cuando con el tiempo hubo alguno fue peor el remedio que la enfermedad, porque en las clases se armaban unos líos espantosos. Recuerdo un belga que nos dio francés, cuando estábamos en quinto de bachillerato, y me parece que ni siquiera llegó a terminar el curso por los *bollos* que se montaban en clase; con muy poco sentido común por parte de los alumnos, que no valorábamos en absoluto lo que nos estábamos jugando. Aquello era un auténtico caos. Siempre en los colegios cuando hay algún profesor al que se le ve con la moral más comida es fácil que se ensañen con él y que haya más follón en sus clases. El comportamiento del alumno en las clases dependía siempre, en gran medida, de la capacidad de aplomo del profesor.

Luego, claro, en ese aspecto de los idiomas tuve que organizarme por mi cuenta.

O sea, que el problema estaba en los profesores y en la didáctica que empleaban.

Sí, claro. Imperaba por encima de todo la didáctica del libro; no había otro elemento. La pronunciación no se cuidaba mucho. Todo consistía en estudiar verbos y, en el fondo, seguir el mismo modelo con el que habíamos aprendido el latín; sin que hubiera ninguna diferencia entre el modo de estudiar una lengua muerta y otra viva. Por entonces, no se conocía ni por asomo algo así como un laboratorio de idiomas.

También habría buenos profesores en su colegio...

Por supuesto. Recuerdo, por ejemplo, a José Luis Fernández Trespalacios, que nos dio la filosofía muy bien. Sus explicaciones sobre Kant se me han quedado muy grabadas. Según creo, es catedrático de universidad ahora. En el profesorado había calidad. Hay que tener en cuenta que eran personas bastante selectas, que se habían apartado hacia estudios de teología y de filosofía por razones vocacionales; pero eso no significaba que no tuvieran una gran capacidad intelectual, sino todo lo contrario, en la mayoría de los casos. También recuerdo al profesor de griego. No sé por qué, pero los hábitos mentales que adquirí en el estudio del griego me sirvieron mucho para estudiar alemán después. Además, éramos muy pocos los de letras —solo trece— y eso permitía un tipo de educación mucho más personal. Este era un robusto vasco: el padre Uriarte, muy aficionado al rapé; la verdad es que aprendimos mucho griego con él.

¿Qué otros idiomas domina usted?

Aparte del francés —que puedo leer sin mayor problema, porque además de lo que estudié en el colegio lo he ejercitado después—, luego, por razones profesionales, he estudiado alemán, en sedes del Goethe Institut en Alemania a lo largo de varios años; y más tarde italiano, a base de vivir en Italia porque he tenido becas y he estudiado algún tiempo allí, así que también maltrato el italiano con bastante soltura. En inglés, sin embargo, puedo leer sobre todo, cosas de mi espe-

cialidad sin mucha dificultad, pero hablarlo es mi asignatura pendiente, y lo noto muchísimo; por eso añoraba que alguien me hubiera advertido a tiempo de que el inglés era el idioma del futuro.

¿Qué tipo de alumno era usted?

Era de los primeros de la clase, pero no necesariamente el primero ni el segundo; aunque sí estaba en el grupo de cabeza, entre el tercero y el quinto más o menos. Eso sí, como comenté antes, con bastante afán de superación y dándole mucha importancia a las calificaciones. Lo de las notas era un asunto serio. Había que llevarlas a casa y en el ambiente familiar, con los mayores, se vivía una tónica de bastante exigencia. Ni siquiera el hecho de que uno sacara mejores notas que otro servía de excusa, porque se nos decía que cada cual tiene su capacidad y no se trataba de compararse continuamente, sino que cada uno debía rendir a su nivel. Luego, cuando fueron entrando en juego los pequeños, aquello fue cambiando.

¿Cómo vivía usted, con su mentalidad infantil, la realidad del colegio, ese interés por sacar buenas notas, por superarse cada día?

Era una época donde el colegio era todo. Primero por el horario; que además en mi caso se acentuaba, porque en el colegio, además de internado, había un asunto que se llamaba la «permanencia»: alumnos que no éramos internos, pero nos quedábamos unas horas a estudiar con ellos al acabar la jornada escolar. Supongo que esto mis padres lo hacían porque éramos una familia muy numerosa con una vivienda reducida, sobre todo en algunos momentos; luego nos mudamos varias veces y al final vivimos en una casa antigua de estas de Sevilla, con patios y tal, donde habían vivido los abuelos; pero inicialmente era más complicado estudiar y trabajar tantos niños a la vez. Así que, para garantizarnos un cierto ambiente de estudio, yo me pasaba en el colegio desde las nueve de la mañana hasta las nueve de la noche. Íbamos a comer a casa, porque en aquella Sevilla no había muchas distancias. El colegio, pues, era todo. Los amigos eran los amigos del colegio. Aunque en el verano se rompiera eso un poco, se daba un fenómeno curioso: cuando los amigos del verano se encontraban luego durante el invierno casi no se saludaban; eran amigos de temporada y cuando se

cambiaba el *chip* ya era una cosa distinta. Pasé muy buenos ratos en el colegio. Recuerdo que en los últimos años en la clase de letras, en la que coincidía con Antonio Burgos, hacíamos una especie de panfleto que titulábamos «La grafía, revista redactada sin faltas de ortografía», simplemente por entretenernos. Nos lo pasábamos muy bien. Éramos muy pocos los de letras y teníamos un gran contacto mutuo.

¿Le gustaba hacer deporte?

Sí, el deporte allí era el fútbol. Jugábamos sin ropa deportiva, con la de calle; si llovía, como había charcos, volvíamos a casa totalmente embadurnados de barro. Para hacer gimnasia tampoco utilizábamos ningún tipo de indumentaria especial, sino que se hacía con el *babi* que llevábamos; o con el *comando*, un poco más corto, que llevábamos luego, pero sin mayores complicaciones. Recuerdo que ya estaríamos en quinto de bachillerato y llegó un profesor de gimnasia un poco innovador que introdujo el balonmano en el colegio. Alejandro Rojas Marcos, que estudiaba algunos años por delante de mí, fue de los primeros en apuntarse. Ya entonces se apuntaba a un bombardeo... También empieza a hacerse algo de baloncesto por el año 1958. Pero, hasta ese momento, el fútbol era el único deporte existente. No sé si influía la proximidad del viejo campo de Nervión. Sí había algún alumno del colegio hijo de futbolista —de Araujo, por ejemplo, que era entonces muy popular— y su padre iba a veces a entrenar o a arbitrar partidos; lo cual hacía que aumentara aún más la afición futbolística.

Ustedes eran niños de clase media alta en una época de carencia generalizada en España, ¿recuerda que en el colegio les educaran en la importancia de ayudar de alguna manera a los que no estaban tan bien?

Sí. Por un lado, estaba la cuestión del Domund, con esa cierta competencia entre los cursos a ver quién recaudaba más. En el fondo, aquello realmente era lo que hoy llamaríamos una «movida»; una cosa divertida, pero nada que provocara en nosotros sentimientos especialmente profundos. Sin embargo, lo que también se hacía —y esto lo recuerdo porque me impresionó, cuando estaba en cuarto de bachillerato, o sea, con unos doce años— era ir a zonas de Sevilla donde se vi-

vía en unas condiciones realmente calamitosas; como hoy día no existen. Algo como lo que fue en Sevilla el Vacie, aunque en este caso se llamara la Cruz de la Vereda o Palmete. Era una zona que estaba más allá de Hytasa, donde se acababa Sevilla. Era curioso porque en Hytasa acababa el tranvía, y se notaba porque los raíles se levantaban curvándose, como diciendo «ahí quedó». A partir de allí había unas chabolas increíbles en medio de un barrizal espectacular. Nosotros íbamos a dar catequesis a los niños y fue nuestro primer contacto con la existencia de un mundo muy distinto del que estábamos acostumbrados a ver. Creo que aquella experiencia me inutilizó para hacer más en el futuro fórmulas económicas demasiado «liberales». Cuando oía lo de la «mano invisible» recordaba inevitablemente aquella miseria invisible, para todo el que se metiera en el barro hasta los tobillos. Me acompaña desde entonces una sana mala conciencia ante la desigualdad social, que me parece comparte la mayoría de los españoles. Los Jesuitas, en colaboración con otros grupos cristianos, intentaban remediar algo aquella situación de emergencia. En el colegio existía, a la vez, un asunto que con el tiempo choca. Era la figura de los «gratuitos», que cursaban enseñanza aparte. Imagino que se trataría del ingreso en bachillerato y quizá algunos cursos de formación profesional. La verdad es que no llegué a enterarme muy bien, porque estaban en un edificio ajeno, en el que hoy es el parque de la Buhaira, una especie de castillo mudéjar que hay por ahí. Funcionaban aparte, tenían incluso un *babi* de distinto color, y no había contacto alguno entre unos alumnos y otros. Todas estas cosas nos ayudaban a tomar conciencia de la existencia de unos problemas sociales serios, aunque aún no se había llegado sin duda al grado de conciencia social que luego se experimentaría dentro del mismo colegio de los Jesuitas después de 1960. Las ocasiones de contacto eran a través de variantes de tipo benéfico. En Navidad, por ejemplo, se organizó alguna vez que lleváramos regalos a un centro que tenía un jesuita muy conocido en Sevilla, el padre Trenas, al margen del colegio; también allí debía de impartirse alguna enseñanza de formación profesional. Indirectamente, todo esto puede ayudar a entender las dificultades que aún reviste cualquier intento de plantear la formación profesional como una enseñanza tan digna como otra cualquiera, e incluso con mejores expectativas prácticas.

¿Hay algún germen de su vocación política en la etapa escolar?

No sé. Quizá sí de una cierta actuación pública. Tampoco había mucha oportunidad, aunque ya en nuestro curso empiezan a producirse fenómenos propios de una nueva época. Por ejemplo, nuestro curso es el primero en el que surge un conjunto de música moderna, del que formarían parte figuras luego conocidas. El que tocaba la batería era Josele Rojas Marcos, hoy más conocido como el doctor Luis Rojas, psiquiatra en Nueva York, por decirlo al modo lorquiano. El vocalista era Manolo Fombuena, que fue senador con la UCD. También se puso en marcha un pequeño periódico a ciclostil, que era toda una novedad. Por otro lado, los Jesuitas nos repetían mucho una idea, que nos acostumbramos a oír pensando que más adelante se vería en qué consistía aquello. Se trataba de hacernos reflexionar sobre el hecho de que los que estábamos allí íbamos a ser los que dirigiríamos la sociedad en un futuro. Al terminar el colegio y llegar a la facultad, por ejemplo, sí que se iba ya con la mentalidad de que algo habría que hacer. Yo, por ejemplo, en primero de Derecho ya me presenté a unas elecciones y fui elegido por mis compañeros representante del curso. Aunque en mi caso particular pueden haber influido también otros aspectos de tipo familiar. Mi tío Carlos Ollero, que era miembro del Consejo Privado de don Juan de Borbón, catedrático de Teoría del Estado y con el tiempo sería senador real; era un hombre políticamente muy activo, con el que por razones familiares tenía esporádicos contactos que me dejaban clara huella y con el tiempo se fueron haciendo más frecuentes. Luego, estaba Juan Antonio, un hermano de mi padre, que era abogado del Estado. Con frecuencia en familia me lo ponían indirectamente como ejemplo a imitar, sobre todo mi madre; con el tiempo fue director general de lo Contencioso y más tarde subsecretario de Obras Públicas, con Silva. También esporádicamente conocí a otros políticos de cerca. Mi padre era tan amigo de Luis Ortiz Muñoz que fue padrino de bautismo de una de mis hermanas. Catedrático de instituto de gran prestigio, fue subsecretario con Ibáñez Martín; su hijo es diputado ahora y fue ministro: Luis Ortiz González. Tuve ocasión de verlo por casa con frecuencia y, de pequeño, he estado presente en tertulias —un género típico de familias numerosas— oyendo lo que decían los mayores; sin entenderlo

del todo, pero quedándome con lo fundamental. Mi padre era «juanista» confeso, de lo que daba fe una foto dedicada que ya por los cuarenta presidía la sala de estar; así como otra de la infanta (en Sevilla no hay que precisar cuál), abuela del actual Rey de España, enmarcada en plata con la firma de sus hijos, porque mi padre la había atendido como médico durante años. Por un lado o por otro, lo político no fue elemento totalmente ajeno a mi vida infantil.

O sea, que los Jesuitas de algún modo pretendían prepararles desde pequeños para servir a la sociedad en el futuro.

Los Jesuitas no hablaban de servir, su idea era más bien la de la responsabilidad. El término *servicio*, por aquella época, pertenecía más bien a la fraseología de Falange, y ya he comentado que la ideología falangista no estaba muy presente por allí. Los Jesuitas nos hablaban sobre todo de responsabilidad. Nos decían, como algo normal y natural, que nosotros acabaríamos teniendo entre manos asuntos de cierta importancia social y, por lo tanto, debíamos prepararnos para estar a la altura. Se daba por supuesto que todo ello acabaría ocurriendo en beneficio de los demás; es decir, que en modo alguno se fomentaba ningún tipo de individualismo o competitividad agresiva; al contrario. Recuerdo una encuesta que nos hicieron un día en clase —quizá estaríamos en cuarto de bachillerato— donde nos preguntaban qué pensábamos ser cuando fuéramos mayores. Tal vez aquello formaba parte también de alguno de los sistemas para descubrir posibles vocaciones religiosas. Y a mí me hace gracia recordarlo porque ya en aquella época contesté que quería ser catedrático de universidad, que quería ser periodista —la verdad es que me encanta todo lo que pueda ser comunicación— y alguna otra cosa que luego he visto que se ha ido, en cierta medida, cumpliendo.

¿Qué grandes diferencias encuentra entre el ambiente educativo que usted vivió y el actual?

Creo que actualmente hay dos factores que han cambiado por completo el panorama educativo. El primero es la televisión, sin duda ninguna. Actualmente los chavales se pasan horas delante de la televisión y eso puede más que cualquier profesor por mucho magnetismo

que tenga. El segundo es la mucha menor influencia de la familia en la educación. Ya he comentado que el colegio se había convertido en tópicamente presentarlo como una «prolongación del hogar». En cierta medida lo era; había una gran continuidad entre una cosa y otra. Recuerdo que los jueves por la tarde —cuando la vacación aún era los jueves— me iba con un primo hermano mío a su casa a leer juntos, cosa que curiosamente ponía muy nerviosa a mi tía, que consideraba más saludable que saliéramos por ahí, como todo el mundo. Mis primeros ahorros me los gasté en novelas de Salgari. Había una colección entonces muy bien editada por Bruguera, y llegué a tener veintitantos volúmenes; me los bebía. Es un vicio el de la lectura que cogí muy pronto, además del de jugar al fútbol.

¿Favoreció el colegio su afición por la lectura?

En parte, sí. Tuvimos un excelente profesor al que Antonio Burgos, con toda justicia, evoca mucho en sus escritos. Era un jesuita —el padre Lorenzo Ortiz, ya fallecido— que nos daba clase de literatura y nos dio a conocer una serie de autores que no eran del todo políticamente correctos por entonces, desde Juan Ramón Jiménez o García Lorca hasta Salinas o Cernuda, pasando por el resto de la generación del 27. Esos autores y su forma tan viva de enseñar nos hizo cogerle gusto a la literatura. Habíamos tenido otro profesor en cuarto de bachillerato con el que nos habíamos tenido que aprender de memoria títulos y autores; pero no nos enfrentábamos a los textos, como con el padre Ortiz. Recuerdo los versos de Juan Ramón Jiménez sobre la poesía pura, desnuda, para siempre. Incluso, a veces, dábamos un pequeño grupo paseos con él al acabar la clase, y nos hacía mirar el malva de la tarde del que habla Juan Ramón; en fin, una serie de situaciones que a la larga resultaban bastante formativas.

¿Qué cualidades considera usted imprescindibles en un buen profesor?

Yo —que al fin y al cabo me he dedicado a esto también— creo que, en primer lugar, debe pasarlo bien haciendo lo que hace. En el fondo, la enseñanza es un contagio; se trata de contagiar una afición y para eso es imprescindible, ante todo, tenerla. Afición por lo que se trabaja y por lo que se enseña. Cuando uno ve a alguien que disfruta

con una cosa es fácil que se contagie e intente participar. Enseñar es una profesión que no se puede ejercer de forma forzada; el que llega a dar clase por obligación acaba siendo un verdadero desastre. Sin embargo, alguien capaz de contagiar su afición es un educador perfecto. A la hora de la verdad, la transmisión de valores y hábitos es más fruto del ejemplo que de los discursos.

Su colegio no era mixto, ¿cómo vivió usted esa circunstancia?

No creo que eso supusiera ningún tipo de trauma para ninguno de nosotros. Recuerdo que había una especie de simetría entre determinados colegios; estaba por un lado el de los Jesuitas y por otro el del Sagrado Corazón, donde estudiaban mis hermanas y las hermanas de muchos de mis compañeros de colegio. Luego coincidíamos en los guateques, en casa de unos y otros. Como, por otra parte, el horario escolar era bastante intenso, no se echaba mucho de menos esa cuestión. Lógicamente, en los días de vacación surgía el contacto, casi siempre en el ámbito familiar, con las madres estando sin estar. Tampoco en aquella época había aún discotecas, ni sitios donde encontrarse chicos y chicas en la calle; salvo que se fuera al cine en pandilla. Ya cuando estábamos en tercero o cuarto de bachillerato entra en juego el «picú», con *Volare* y Domenico Modugno; todo un mundo. Recuerdo que cuando uno se quedaba enfermo en casa y ponía en la radio los programas de disco dedicado solo se oía copla española. La primera vez que oí en una radio algo que no fuera eso fue cuando llegó Paul Anka cantando *Diana*. En Sevilla fue por cierto una emisora de los Jesuitas, Radio Vida, que luego se integró en la COPE, la primera en poner música moderna española y de conjuntos sudamericanos. Lo que había en Radio Sevilla era lo más comercial; la mayoría de la gente pedía oír a Antonio Molina y a Conchita Piquer, y de ahí no los sacaba nadie.

Además del padre Lorenzo Ortiz, el profesor de literatura que ha nombrado anteriormente, ¿a qué otros profesores recuerda especialmente?

Es curioso, porque mi experiencia es que el profesor duro y poco simpático a la larga suele dejar casi siempre un aire más entrañable; no

solo en el colegio, también en la universidad. Había un profesor muy pintoresco —incluso para los tiempos aquellos—, un famoso catedrático de Derecho Romano, don Francisco de Pelsmaeker, que nos colocaba en puestos fijos en clase para pasar lista visualmente y abroncaba de vez en cuando al vecindario. Ese tipo de profesor acaba siendo un tanto entrañable, visto luego en la distancia. Hubo muchos profesores que me aportaron cosas muy positivas. Ya he hablado también antes de mis profesores de filosofía y de griego en el colegio; quizá los recuerde en especial porque luego me he dedicado a la filosofía del derecho. Pero son muchos los profesores de los que guardo grato recuerdo.

¿Cuál es su opinión sobre la enseñanza confesional?

Como ya he dicho anteriormente, sin duda, para la mayor parte de los alumnos el motivo fundamental de que nos hubieran llevado a los Jesuitas era la formación religiosa que íbamos a recibir; porque en Sevilla no faltaban colegios laicos muy considerados con similar o mejor preparación profesional. Puede que hubiera padres que llevaran a sus hijos a ese colegio para mantenerse o acceder a un marco social determinado, pero creo que eran los menos. Para nosotros, aquello era lo normal, porque la mía era una familia cristiana, muy vinculada por otra parte a todo el mundo cofradiero sevillano, desde siempre. Creo que, para mí, la catequesis han sido las cofradías. Yo pertenezco desde que nací a la cofradía de San Juan de la Palma, donde sigo saliendo de *nazareno* todos los años. Para darse una idea de lo que eso supone tendría que recordar un fenómeno realmente curioso. Durante años, mientras vivía una hermana de mi padre que era monja, abadesa de un convento muy cercano a la iglesia de San Juan de la Palma, el Domingo de Ramos nos llegábamos a reunir ciento veintitantos Olleros, de tres o cuatro generaciones, a comer allí antes de que saliera la cofradía. Muchos de ellos venían de Madrid o de Cádiz; de sitios diversos de España. Si uno ve las listas que se exponen en la sede de la Hermandad, verá Olleros por todas partes. Solo de mi generación, somos cincuenta y tantos primos-hermanos, ya casi todos con hijos. Como decía, para mí la principal catequesis ha sido el que me hayan llevado a los cultos de la Hermandad de pequeño. Recuerdo que contaba los años que me faltaban para poder salir de *nazareno*, porque en mi cofradía solo

se salía a partir de los doce años, lo cual cobraba aires de rito de iniciación.

Parece que la cofradía y todo lo relacionado con ella fue un aspecto importante en su vida infantil porque usted habla de ella con verdadera pasión.

Por supuesto; además se trata de una cofradía a la que llaman el *Silencio blanco*, porque salimos el Domingo de Ramos vestidos de blanco pero con el rigor, el silencio y la seriedad propios de las hermandades que visten de negro. El paso del Cristo representa la escena del silencio ante el desprecio a Herodes. Es una cofradía muy querida en Sevilla, con mucho sabor y mucho arraigo; como pasa, por ejemplo, también con la de la Virgen del Valle, que sale el Jueves. No está entre las más famosas fuera de Sevilla, ni entre las más folclóricas, pero sí tiene un peculiar peso en la ciudad.

Hablemos ahora de la situación educativa actual española. ¿Cree que en la práctica se ha conseguido la libertad de elección de centros de enseñanza y la pluralidad que establece la Constitución española?

Creo que la solución a la que se ha llegado parece muy favorable. Cuando se redactó la Constitución era uno de los temas más complicados; pero luego las dos sentencias del Tribunal Constitucional, tanto la que se pronuncia sobre el recurso que el PSOE plantea al estatuto de centros de la UCD, como la posterior respecto al recurso de AP relativo a la LODE, dejan bastante bien enmarcado el campo de juego. Por un lado, se ha escolarizado a todo el mundo, y por otro hay libertad de elección; luego se podrá discutir el detalle. Indudablemente, en las comunidades autónomas gobernadas por los socialistas suele haber más impedimentos y complicaciones respecto a la libertad de elección que, por ejemplo, en Cataluña, en el País Vasco o en Galicia. A mi entender se ha llegado a una solución bastante razonable, que respeta la libertad de cada cual; el ambiente político de «guerra escolar» va haciéndose excepcional. Me parece que el problema ha quedado bastante bien resuelto, sobre todo por la interpretación que del artículo 27 ha hecho el Tribunal Constitucional.

¿Cuál es su opinión acerca de la LOGSE y de su proceso de implantación?

La verdad es que soy muy escéptico respecto a las leyes de educación. A la hora de la verdad, la educación tiene como protagonista al profesor. En ese aspecto, es curioso el fenómeno que se ha producido con la LOGSE. En principio, es un proyecto socialista, que cuenta con el apoyo implícito de la enseñanza pública. Sin embargo, hoy día, quienes la mantienen viva son, sobre todo, los centros privados. Son los que de verdad le están sacando partido y se la han tomado como cosa propia, aprovechando los ámbitos de libre configuración que deja abiertos. En el fondo, tampoco hay ningún tipo de control especial respecto a los contenidos. Yo he observado, con alguna sorpresa inicial, especialmente cuando desde la oposición me ocupé de los temas de Educación en el Parlamento durante diez años, en qué medida los principales valedores de la LOGSE han sido al final los centros religiosos integrados en la FERE. En concreto, la propuesta que manejaba el Partido Popular de modificar el bachillerato ampliándolo a tres años, acaba pareciendo inviable en buena parte, porque no suscita particular entusiasmo en ese sector, presuntamente crítico. A esos centros parecía interesarles mucho más disfrutar de concierto durante los cuatro años de la actual secundaria que correr el riesgo de perder un año de concierto si, al no ser obligatorio el bachillerato, se hubiera pasado a un sistema de gratuidad diverso, apoyado en becas o fórmulas por el estilo. Mientras, en la enseñanza pública he observado un cierto desánimo y, en general, menos querencia a tomarse la reforma como cosa propia. Creo que a esta paradójica situación contribuyen dos razones. Por un lado, la enseñanza pública está siendo la víctima fundamental de la pérdida de un factor decisivo para la educación: la familia. En la actualidad, a muchos centros públicos situados en la periferia de las ciudades llega un tipo de alumno sin ningún modelo de formación previa en el ámbito familiar; faltos, por ejemplo, de todo concepto de la autoridad. Esto genera una especie de rompeolas que los estrella contra el profesorado, que es el llamado a ejercerla por vez primera, empezando casi desde cero. Por otro lado, puede faltar a veces la mentalidad de trabajar en cosa propia. En ese sentido, en la última ley socialista sobre organización de los centros ya se apuntaban atisbos,

criticados como encubiertamente «privatizadores», que luego no se han continuado porque ha habido cierta parálisis legislativa, dada la situación de reducida mayoría parlamentaria en la que estamos. Pienso que es una vía inevitable, si se quiere que la enseñanza pública tenga un mínimo de calidad: que las cosas se organicen de modo que pueda haber una impronta personal por parte de los gestores de la enseñanza pública, respecto al tipo de centro que quieren hacer de acuerdo con su entorno; que no se encuentren al frente de un asunto cortado burocráticamente en serie, en el que además —al no reconocerse el esfuerzo personal— da igual hacer una cosa que no hacerla. Así, en más de un caso, los profesores lo que están deseando es acabar para poder salir corriendo.

Hay sectores del profesorado de la enseñanza pública que achacan el mal funcionamiento de la LOGSE en sus centros a la falta de financiación para ello.

Hombre, supongo que un incremento de financiación viene bien para cualquier actividad; pero no creo que hoy día sea ese el principal problema. Es más, en muchos centros, lejos de estar infradotados, hay elementos a los que no se les saca razonable partido. También en la enseñanza pública puede acusarse otro fenómeno, satisfactorio por tantos otros motivos: el mayor acceso de la mujer al mundo del trabajo. Van abundando los matrimonios donde trabajan ambos en sitios distintos, lo cual genera cotidianamente una mayor «movilidad» del profesorado, urgido por los obligados desplazamientos. En los centros privados, que suelen estar en zonas urbanas, los profesores viven en la misma ciudad, libres de esa presión. Conozco bastantes profesores en Granada, por ejemplo, que pueden estar dando clase en Guadix; los cuales al terminar el horario marcado, cogen el coche y adiós muy buenas. Antes el profesor, a poco que se descuidara, vivía en el centro. Creo que eso afecta más a la enseñanza pública. O sea, que a esta le toca al final siempre bailar con la más fea.

¿En términos generales cree que el sistema educativo actual ha mejorado con respecto al que usted vivió como estudiante?

Desde luego, tiene muchos más medios. Como ya hemos visto antes, el profesorado está bastante mejor preparado. Diríamos que las condiciones objetivas no admiten comparación alguna, a favor de lo

actual. El resultado práctico ya es otra cuestión. Insisto en que esos dos factores, familia y televisión, han alterado por completo el panorama y pueden echar a perder —por defecto y por exceso, respectivamente— esos medios materiales y personales muy superiores. Si no se cuidan esos dos ámbitos, me parece muy difícil que el proceso educativo pueda tener resultado positivo. En mi opinión, debería haber más conexión entre el colegio y la familia; lo cual exige un centro escolar menos burocrático y más personalizado, también en su gestión, aunque sea público. Es indudable que tanto la familia como los profesores tienen que abordar juntos el papel de la televisión; no, desde luego, desde una óptica represiva, pero sí orientativa. Creo que el porcentaje de fracaso escolar es similar al que había en otro tiempo; pero la selección acababa más condicionada por motivos económicos, aunque también hubiera muchos menos alumnos listos que fracasaran, por estar más atendidos. Hoy, sin embargo, hay afortunadamente en España una clase media muy amplia —e incluso media baja— muy consciente de que la enseñanza de sus hijos tiene la máxima importancia. A veces, por falta de información, pueden enfocar mal esa preocupación. Por ejemplo, en el ámbito universitario y en lo que a la enseñanza privada se refiere, se puede acabar produciendo —en algún caso— el timo de la estampita. La gente a veces traslada el cliché heredado de la enseñanza media, que atribuye por rutina a la privada la calidad, y eso le lleva a meterse en unos huertos inconcebibles. Pero, por lo menos, hay esa preocupación; esa idea clara de que la mejor forma de gastar el dinero es dedicarlo a la educación; eso es muy positivo, los padres van entendiendo la educación como inversión.

Los profesores actualmente tienen un poco de confusión, porque todo va cambiando muy deprisa.

Sí. En la enseñanza pública, en concreto, un profesor situado quizá en un ambiente hostil; sí, además, las condiciones en que la gestión del centro se produce no le brindan marco para ningún tipo de creatividad, la verdad es que tiene difícil sacar el asunto adelante. De todas maneras, conozco centros públicos donde sí se ve esa impronta. Por ejemplo, en Madrid el centro de formación profesional La Paloma —por decir uno donde he tenido oportunidad de dar alguna conferen-

cia— funciona con cierto aire de colegio privado. Por allí me encontré, por ejemplo, a Gómez Llorente, que es profesor del centro. Creo que hay que ir a centros públicos con una gestión más personalizada, donde el profesorado pueda sentirse motivado. Recuerdo que en Granada hubo unos años en que los catedráticos de la universidad mandaban a sus hijos masivamente al instituto Padre Manjón, que era un centro experimental que había montado Federico Mayor Zaragoza. Muchos quitaron a sus hijos de los colegios religiosos y los mandaron allí, porque cobró gran prestigio de calidad profesional y aparecía muy vinculado a la universidad. Esa será la solución para la enseñanza pública: crear unas condiciones que permitan ofrecer calidad. Pero insistiría en la idea de que los protagonistas del sistema educativo son los profesores. La clave está en que el docente transmita al alumno esa sensación de que lo que hace lo haría también gratis, porque le gusta. En la Universidad de Granada, uno va un domingo a la facultad y no es infrecuente encontrar a compañeros trabajando, simplemente porque les gusta. A esos profesores, cuando den clase el martes o el miércoles, seguro que se les notará que disfrutan.

LOYOLA DE PALACIO

«Ir a clase y aprender era como un juego para mí; me gustaba adelantarme a las explicaciones de los profesores»



Loyola de Palacio del Valle-Lersundi (Madrid, 1950). Comisaria de Transportes y Energía y vicepresidenta segunda de la Comisión Europea, encargada de las Relaciones con el Parlamento Europeo. Fue presidenta fundacional de las Nuevas Generaciones de Alianza Popular. Fue senadora y diputada por Segovia y miembro del Consejo de Europa. Ha sido ministra de Agricultura, Pesca y Alimentación de 1996 a 1999.

No ha sido fácil encontrar un hueco en la apretadísima agenda de la todavía ministra, a pesar de su interés por sumarse a nuestro reconocimiento de la figura del maestro. Por fin fijamos la cita en el Congreso de los Diputados. Nos reunimos con ella en el llamado Salón de los Pasos Perdidos aprovechando uno de los descansos de la sesión parlamentaria. Su jefe de prensa nos sugiere amablemente que aprovechemos bien el tiempo porque Loyola de Palacio solo dispone de unos minutos para conversar con nosotros. Enseguida centramos el tema y Loyola comienza a sonreír mientras regresa a las aulas y los patios del Liceo Francés de Madrid. Se siente muy satisfecha de la formación que recibió allí: rigurosa, bilingüe, liberal, tolerante y mixta. Algo muy de agradecer si tenemos en cuenta que estamos hablando de los primeros años cincuenta. También tuvo la suerte de nacer en el seno de una familia con gran inquietud cultural. Fue una niña inquieta y habladora que pudo compartir sus juegos y travesuras con sus hermanos y hermanas. Loyola se muestra profundamente agradecida a sus educadores, que supieron inculcarle el difícil equilibrio entre la libertad y la responsabilidad.

¿Cuáles son sus primeros recuerdos del colegio?

Mis primeros recuerdos son un túnel profundo y un patio lleno de luz, porque para acceder al Liceo Francés de Madrid había que entrar por un túnel y luego ya pasabas a un inmenso y luminoso patio adonde daban todos los edificios del colegio. Yo tenía entonces cuatro años. Tengo que decir que agradezco muchísimo a mis padres que me mandaran allí, que era y es un colegio magnífico, muy liberal, con unas características bastante especiales para la España de la posguerra, porque estamos hablando de los primeros años cincuenta, concretamente yo

entré en 1955, y supongo que sería octubre, porque entonces el cole empezaba en octubre, recuerdo también que las vacaciones de verano me parecían larguísimas. Desde el primer día de colegio empezabas a hablar francés, y un niño es como una esponja que lo absorbe todo. A lo largo de los años sin duda te inculcaban un espíritu y una mentalidad un poco especial, basados en la lógica, en el análisis, en el espíritu crítico, en el racionalismo y el cartesianismo. Te daban instrumentos para construir, pero no te imponían ningún modelo, lo cual a veces ha podido tener algunos efectos negativos en algunas personas, por ejemplo en algunas compañeras mías que no fueron capaces de asimilar y utilizar correctamente esos elementos que nos daban. En casa decidieron enviarme al Liceo Francés porque mi madre —fundamentalmente fue una decisión de ella— quería que fuera a un colegio extranjero para que aprendiera idiomas desde niña. Ella hablaba perfectamente inglés y bastante bien francés, mis abuelos hablaban también idiomas. En ese momento el Colegio Alemán estaba cerrado y el Británico y el Italiano no ofrecían el bachillerato español completo.

Además de eso, el Liceo Francés era un colegio mixto, cosa poco común en los centros privados de esa época. ¿Cómo vivió usted esa realidad?

Fue a partir de los trece años cuando empezamos a tener clases mixtas, y lo viví como lo más natural. En casa nos educaron siempre de una manera muy abierta, sin distinción entre chicos o chicas; lo que contaba era la persona. En eso mis padres eran muy liberales. Mi hermano Fernando, por ejemplo, cocina y prepara las salsas mucho mejor que yo, y mi hermano Pepe, también. Cuando había que poner o quitar la mesa todos teníamos que echar una mano, tanto chicos como chicas. No había ningún tipo de discriminación. En el colegio pasaba tres cuartos de lo mismo. Sencillamente lo que contaban eran las personas. Y no por ser chico eres más listo y no por ser chica eres más lista. Es verdad que en los deportes puede haber diferencias, aunque en natación durante muchísimo tiempo yo les ganaba también a los varones y en pesca submarina he seguido haciéndolo. Pero en la cuestión intelectual, en absoluto. Eso me ha hecho estar siempre muy cómoda con mis compañeros varones en las tareas que he tenido que desempeñar a lo

largo de mi vida. Son compañeros. Son personas, siempre me gusta hablar de personas. Por otro lado, mi colegio era un centro laico donde había plena libertad religiosa. La mayoría éramos católicos, pero también había protestantes, mahometanos, judíos e incluso recuerdo que lo que más me sorprendió, cuando tenía once años o así, fue que apareciera una niña que era atea. Y he de confesar que me pareció muy triste. Pero, en cualquier caso, ese ambiente te educa en la tolerancia, en ver otros criterios, comprender otras posiciones, y a la vez reafirmarte en tus propias creencias después de un análisis de una serie de cuestiones. Pero he de decir que si el colegio me marcó mucho, hubo otro pilar importantísimo en mi educación que fue mi familia, sin el cual no se puede entender mi proceso educativo.

¿En qué medida el ambiente de su familia complementó la educación que recibió en el colegio?

La mía era una familia monárquica y liberal, muy preocupada por la historia, por la filosofía, por la literatura, por el arte, por la pintura, es decir, por la cultura en general. Mi madre pintaba muy bien, había trabajado en el estudio de Chicharro. Mi padre era también una persona muy de analizar y desmenuzar todas las cosas, de buscar el porqué de todo; él fue quien me enseñó a nadar. La figura de mi abuelo materno, Fernando Valle-Lersundi, también es clave en mi familia. Un personaje absolutamente genial, un tiarrón altísimo, fortísimo, que había sido jugador del Athletic de Bilbao en su momento, y un gran nadador. Aunque era ingeniero industrial y abogado, a lo que de verdad se dedicaba era a la historia. Era académico de la Historia y se dedicaba a la investigación histórico-literaria. Entonces, sin duda, el Liceo Francés solo no basta, hay que enmarcarlo también en el componente de la educación familiar con un contacto muy estrecho con las figuras que he nombrado. Quien me enseña a amar la historia es mi abuelo. Quien me enseña a amar la pintura y el arte es mi madre. Quien me enseña a buscar siempre el porqué de las cosas es mi padre. Verdaderamente es una lástima cuando hoy día ves que en tantos hogares españoles la parte familiar de la educación está casi abandonada a la televisión y no existe esa relación personal tan enriquecedora. Porque en el tiempo que pasa fuera del colegio, el niño o la niña lleva a cabo el aprendiza-

je de la vida, que es clave y está muy relacionado con la enseñanza reglada.

¿Qué tipo de estudiante era usted?

Tengo que decir que estudiar, estudiaba bastante poco, pero atendía muchísimo en clase, hacía todo el trabajo que nos mandaban para casa —que no era poco—, y obtenía muy buenos resultados. Era una estudiante brillante, aunque de repente tenía a veces ciertos altibajos o irregularidades, no era la empollona repelente de la clase ni mucho menos, pero en conjunto tenía unos resultados digamos que buenos. En algunas cosas destacaba un poco más; por ejemplo, era muy buena en matemáticas. Hice voluntariamente varios cursos de griego y de latín porque me divertían las lenguas clásicas. Recuerdo que tenía un compañero que más tarde llegó a ser premio extraordinario de Ingeniería de Caminos, que aunque lo normal era que me ganara en matemáticas, más de una vez y más de dos le arrebaté el primer premio. El asunto es que me divertía estudiar, aprender, escuchar a los profesores. Teníamos un profesorado fantástico. Ir a clase y aprender era como un juego para mí. Rara vez había algún profesor que me aburría o no me interesaba. Lo que más me gustaba era adelantarme, adivinar; por ejemplo, en matemáticas, descubrir una teoría o una demostración antes de que me la explicaran, descubrirlo yo misma. Además tenía la suerte —y la sigo teniendo— de tener una memoria muy notable. Yo me leía una cosa y si no era capaz de repetirla con las mismas palabras, sí podía reproducir perfectamente todas las ideas y destacar los elementos esenciales de forma sintética. Todo eso me servía muchísimo, y así me podía permitir el lujo de estudiar mucho menos y tener unos resultados muy buenos. En gimnasia yo era la mejor de la clase; tan solo había una compañera —se llamaba Berta Torres— que me ganaba algunas carreras porque era más rápida, pero yo le superaba en fondo. En baloncesto y en natación también era muy buena. En cuanto al comportamiento era bastante revoltosa, a veces montaba follones, y me castigaron en numerosas ocasiones. Me acuerdo de que había unos cuadernos que tenía que llevar todas las semanas a casa donde solían escribir apreciaciones sobre mí y notas sobre las lecciones que me habían tomado. Y muchas veces ponía: «No deja de hablar en clase.» Era una cosa curiosa porque hablaba como una cotorra

pero a la vez atendía. Era muy inquieta y tenía mucha vitalidad. En casa también era muy traviesa. Soy la tercera de siete hermanos y me gustaba sobre todo jugar con los mayores. Inventábamos todo tipo de distracciones, algunas realmente peligrosas. Por ejemplo, en una ocasión nos dio por lanzar por la ventana cohetes fabricados con la funda de un puro rellena de pólvora. Nos inventamos un juego al que llamamos *los fletes*, que consistía en cargar un barco pequeño de distintos productos y transportarlos. Recuerdo cuando descubrimos que en la casa había un lugar oscuro y misterioso: el desván, y nos metimos a explorarlo sin el menor reparo; después salimos por una claraboya al tejado, y allá iba yo con mis cuatro añitos gateando por las tejas sueltas sin ningún tipo de protección. Lo del ángel de la guarda está claro que existe, y conmigo tuvo que hacer horas extra, de lo contrario no estaría hoy viva. Otras veces atábamos con un hilo de pescar una de esas monedas de dos reales que tenían un agujero en el centro y la bajábamos por la ventana hasta la calle. Cuando algún transeúnte se agachaba a cogerla tirábamos del hilo y se quedaba con dos palmos de narices. Estábamos casi siempre organizando carreras en los lugares más inverosímiles o subiéndonos a los árboles. Más de una vez me pegué un trastazo tremendo.

¿Está satisfecha de haber crecido en una familia numerosa?

Estoy muy contenta. Creo que lo ideal para cualquier niño es tener hermanos con los que poder jugar y compartir, es mucho más divertido y enriquecedor. Para empezar, evidentemente, no duermes solo, tienes que dormir con otro hermano, y eso ya te marca. Compartir te marca. Siempre pensaba que los pobres hijos únicos me daban mucha pena, se debían de aburrir un montón. Yo con mis hermanos y con mis hermanas me lo pasaba bárbaro. Mi hermana Ana me lleva un año y es con la que siempre he compartido más juegos y actividades. Pero igual con mi hermano Fernando, que es el que me sigue. La verdad es que tener unos hermanos con los que jugar, con los que hacer trastadas, con los que pensar y compartir aventuras, me parece genial.

¿Recuerda especialmente a alguno de sus profesores del colegio?

En general tengo unos recuerdos muy buenos de los profesores de mi colegio. Podría citar a un gran profesor de matemáticas, Monsieur

Viandel. La mayoría eran franceses. También recuerdo a uno que era español, republicano, y había pasado muchos años en Francia, Monsieur Locutada. La profesora de latín, griego y francés, que se llamaba Madame Santpere, también era muy buena. Yo hacía el bachillerato español y el francés a la vez, y en el español había dos profesoras estu-pendas. Una se llamaba Carmen, ahora no me acuerdo del apellido; su apodo era *la Cachachi*, era una profesora de literatura fantástica. Y la otra se apellidaba Elorrieta, encantadora y majísima, me daba historia y arte. Repito que en mi colegio había un profesorado extraordinario. La asignatura central de todo nuestro sistema de estudios era el francés, y se le daba una importancia tremenda, mucho más que a la asignatura de lengua española en el sistema español. A los alumnos del Liceo Francés se nos nota que hemos pasado por allí porque sabemos redactar bien, nos enseñaron a expresar y ordenar de forma lógica unas ideas sobre el papel y a darle una estructura inteligible. Cosa que a veces nos falla en el sistema de estudios español; yo me he encontrado a muchas personas que se explican razonablemente bien de forma oral pero luego no saben hacerlo por escrito. El Liceo Francés te inculca una serie de hábitos de lógica interna para el análisis y la exposición de las cuestiones, te da una serie de instrumentos para poder, tú mismo, responder ante todas las situaciones. Y eso no se podría llevar a cabo sin un profesorado eficiente. La calidad de este se nota mucho. Yo también he sido profesora. Me saqué el título y cuando estudiaba en la universidad me ganaba unas pesetas como profesora de francés en el Colegio de Huérfanos de la Armada.

¿Qué tal le resultó esa experiencia como profesora?

Era un colegio solo de chicos y yo era la única profesora en todo el colegio. Daba francés a los últimos cursos y muchos de mis alumnos tenían mi misma edad, incluso había algunos mayores que yo. Recuerdo la necesidad de mantener la distancia con el alumnado a la vez que ser capaz de llegar a ellos. Era una cuestión complicada que conseguí superar y resolver, entre otras cosas con un cierto «disfraz»: me peinaba con un moño peculiar y tenía una pinta algo extraña, lo cual motivó que me pusieran el apodo de *doña Urraca*. Dicho todo lo cual, creo que una de las mayores satisfacciones para un profesor es tener buenos

alumnos. Cuando ves unos niños que entienden lo que dices y puedes enseñarles un aspecto del mundo, es algo muy grande. Recuerdo aquella época como enormemente satisfactoria. Tengo que decir que al final no suspendí a nadie en los dos años y medio que estuve allí. Solo hubo uno que se lo había merecido, pero en el claustro de profesores me pidieron como un favor especial que lo aprobara, porque tenía unas circunstancias peculiares y de lo contrario tendría que repetir curso solo por mi asignatura. La verdad es que mi método resultaba revolucionario en aquella época, porque desde que entré en clase el primer día les hablé a los alumnos siempre en francés, nunca en español. Y eso les chocaba porque estaban acostumbrados a la clásica enseñanza del idioma usando la lengua materna como soporte inicial. Además les exigía que ellos también usaran el francés para comunicarse en clase, aunque fuera de una manera muy coloquial, y aquello funcionaba. El examen consistía en que yo les repartía una serie de novelas y me tenían que hacer una exposición, una especie de análisis del libro en francés. Ese era el examen final. Y conseguí muy buenos resultados con ellos, porque no se aburrían en las clases; yo procuraba contarles cosas y hacer actividades para que se lo pasaran bien a la vez que aprendían. Mantener un ambiente de respeto y disciplina en clase no es fácil. Los alumnos tienen bemoles. Lo primero que hacen es medir distancias con el profesor, tantean el terreno, pero una vez que consigues superar eso en los dos o tres primeros días, les queda muy claro dónde están ellos y dónde estás tú. Si te han comido por pies ya no tendrás nunca solución. A mí no me pasó, pero lo veía en alguno de mis colegas. Entiendo que el enseñante, el profesor, el maestro es una figura clave en la sociedad, porque es el que de alguna manera enseña el mundo a las nuevas generaciones de niños. Un buen maestro es el que sabe enseñar las distintas posibilidades de mirar el mundo.

¿Cómo puede un buen maestro enseñar a un niño a mirar el mundo?

Lo primero que tiene que hacer es saber mirar él o ella, o sea, un buen maestro tiene que saber amar la vida, y después querer enseñar y por supuesto saber; si no sabes es imposible enseñar a nadie. En el fondo esa es la gran cuestión del ser humano, lo que explica todo, la capacidad de transmitir nuestras experiencias a los otros. Esa es una de las

múltiples diferencias entre nosotros y cualquier otro animal de la creación. A partir de ahí entiendo que hay cierto tipo de cosas que a un niño tampoco le puedes dar. Soy contraria a esas teorías que dicen que a los niños no hay que exigirles, no hay que castigarles; lo que pasa es que hay que castigarles en muy pocas ocasiones y cuando esté plenamente justificado, porque el niño tiene también su propia idea de la justicia. A la vez hay que darle un modelo básico, no puedes educar a un niño en una anomia total. Partiendo de que existe un modelo, que hay un análisis y una interiorización de dicho modelo, puedes abrir ventanas para enseñarle que hay otras posibilidades, y que luego él mismo elija. Creo que hay elementos como esfuerzo, disciplina, exigencia personal, respeto a la calidad y a lo bueno, que hay que transmitir a los niños y a los jóvenes. O el valor de la emulación, que no se trata de competición, aunque claro que la hay; pero a la hora de la verdad la competición es la de los talentos, la tienes que hacer contigo mismo, intentar superarte cada día, ser un poco mejor que el día anterior, ir un poquito más lejos. Todo eso hay que enseñárselo al niño desde el principio.

Por lo que cuenta, usted se siente afortunada porque le enseñaron a mirar y a entender el mundo de la cultura desde que era muy pequeña.

Pues sí, yo por ejemplo empiezo a oír hablar de Pedro I con siete u ocho años, que no era el Cruel sino el Justiciero, según me explicaba mi abuelo. La historia era como un cuento para mí. Me acuerdo de ir con mi madre al Museo del Prado a los cuatro o cinco años. Ella me explicaba *La Anunciación*, de Fra Angèlico, o la historia de la barca de Caronte por la laguna Estigia. Y luego me llevaba a comer patatas fritas. Son recuerdos muy vivos que tengo de mi infancia. Tampoco se me olvidarán nunca esos veranos larguísimos en una Galicia rural adonde comenzamos a ir después de haber pasado temporadas en el País Vasco. Son recuerdos estupendos.

¿Cómo empezó su afición por la lectura? ¿Qué factores influyeron?

Aunque, como ya he dicho, yo estudiaba mucho menos de lo habitual cuando era niña, lo que sí hacía era leer como una fiera, devoraba

los libros. Fácilmente me podía leer un libro en un día, sobre todo novelas de aventuras, y desde luego un mínimo de dos o tres libros a la semana. Cosa que ahora ya, por desgracia, no tengo tiempo para hacer. Aprendí a leer en francés antes que en español. En el Liceo Francés te motivaban mucho para leer. Mis primeras lecturas fueron libros tipo Enid Blyton en francés. También en casa mi madre nos leía cuentos por las tardes y por las noches, y nos hacía leer un poquito con ella. Era una colección de cuentos que tenía unas tapas anaranjadas y unas ilustraciones de Arthur Racan con cuentos de Grimm y de Andersen. Y la verdad es que me encantaban. Es más, ahora tengo libros de cuentos en mi mesilla de noche y de vez en cuando los leo. Me divierten. En el colegio, cuando obtenías un premio, cuando eras buena alumna, te regalaban un libro. Uno de los primeros que conseguí se llamaba *La chèvre de Monsieur Chevian*, de Alphonse Dodé, todavía lo conservo, con ilustraciones. Me acuerdo incluso de cómo empezaba: «*En un champ très joli, la petite chèvre...*» El libro, la lectura, era un elemento de premio y no al contrario. La entrega de premios tenía lugar al final del curso, era muy solemne. Lo máximo era ser *prix de excellence*, cosa que yo nunca conseguí, pero sí otro premio que se llamaba *encouragement*, y me regalaron un lote de libros. Un dato que no hay que olvidar es que entonces no había televisión. Mi familia tenía en Madrid un piso muy grande en la calle Marqués de Riscal, y, además de las travesuras que ya he comentado, buscábamos en los libros otra manera de vivir aventuras. Yo me lo pasaba bárbaro leyendo. Primero fueron aventuras y luego empecé a leer novelones más serios.

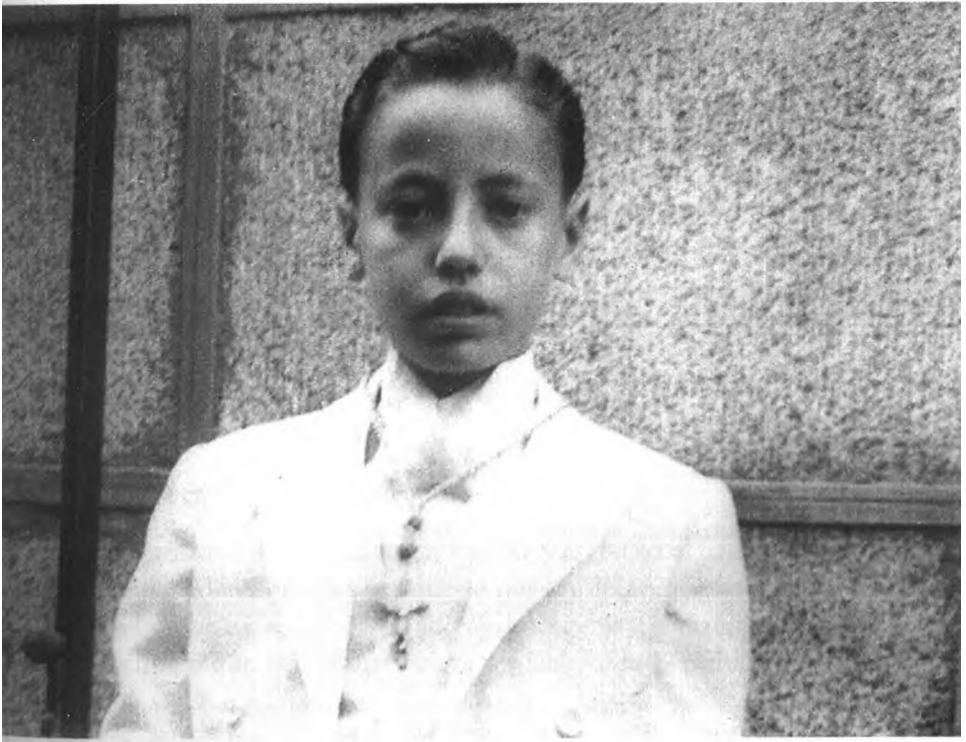
¿Cuándo pasa del francés al español?

Empiezo a leer en español libros serios ya con quince, dieciséis, diecisiete años. A Unamuno, Ortega, Maeztu, Baroja. Y por supuesto, a Cervantes. Recuerdo que durante un curso entero en el colegio nos dedicamos a traducir *El Quijote* al francés, cosa nada fácil. Pero con el paso del tiempo vas evolucionando en la lectura, descubriendo lo que más te divierte y dejando lo que te gusta menos. Y, por ejemplo, ahora las novelas, salvo raras excepciones, soy incapaz de leérmelas enteras, me aburren. Sin embargo, me divierten más los libros de ensayo. Y una última cosa con respecto a la lectura: un libro que has leído de jo-

vencita o en un momento determinado de tu vida, cuando vuelves a leerlo quince o veinte años después te encuentras con otro libro completamente distinto, por lo menos a mí me pasa. Pero hoy día todo ha cambiado muchísimo con el fenómeno de la televisión. En el libro el lector es una parte activa de todo el resultado final. El texto aporta una parte, y la otra la aporta el propio lector, que completa y rellena la información que falta. Y, por lo tanto, se da una interacción. Mientras que en el caso de la televisión te lo dan todo hecho. Es una situación totalmente pasiva, te dan hasta el color del traje, el sitio, el entorno, si había flores o no; es algo por completo distinto.

GREGORIO PECES-BARBA

«Por más que se esforzó mi profesor de dibujo, jamás consiguió que yo pintara una guitarra entera dentro del papel»



Gregorio Peces-Barba Martínez (Madrid, 1938). Rector de la Universidad Carlos III de Madrid. Catedrático de Filosofía del Derecho. Miembro de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas. Presidente de la Sociedad Española de Filosofía Jurídica y Social. Fue uno de los siete ponentes de la Constitución de 1978. Fue presidente del Congreso de los Diputados desde 1982 hasta 1986. Miembro del Consejo del Instituto Internacional de Derechos Humanos de Estrasburgo y doctor *honoris causa* por varias universidades españolas y extranjeras. Autor de numerosos artículos y monografías de temática jurídica, entre los que destacan sus trabajos sobre ética y derechos humanos.

Aunque fue un alumno destacado, cuando una asignatura se le atragantaba le costaba un mundo sacarla adelante. Le pasó con el dibujo y la física en el colegio y con el derecho financiero en la universidad. Gregorio Peces-Barba nos recibe en su despacho de la Universidad Carlos III de Madrid. Mientras conversa con nosotros se deleita fumando uno de sus puros. Cuando le preguntamos sobre los hitos que marcaron sus primeros años de formación responde sin titubear y va al grano, no pierde el tiempo en detalles irrelevantes ni en circunloquios inútiles. Se nota que no es la primera vez que habla de ello de una manera formal, cosa que comprobamos varios días después cuando, entre la documentación conseguida sobre su vida y su pensamiento, encontramos un libro titulado La democracia en España, cuyo primer capítulo contiene muchos de los datos que nos ha contado de viva voz. La motivación recibida en el colegio y su propia curiosidad infantil hicieron de Gregorio un incansable lector de temas históricos que a los trece años de edad «devoró» las memorias completas de Winston Churchill. Aunque recuerda agradecido a algunos de sus profesores del Liceo Francés, confiesa que la persona de la que aprendió el verdadero significado de la palabra maestro fue el catedrático de filosofía del derecho Joaquín Ruiz-Giménez, cuyo talante dialogante y sus buenos consejos marcaron de un modo muy determinante la vida de Gregorio Peces-Barba.

¿Cuáles son sus primeros recuerdos infantiles?

Mis primeros recuerdos son las visitas a la cárcel a ver a mi padre, que había sido condenado a muerte por un delito que se llamaba «auxilio a la rebelión», que se estableció con carácter retroactivo para los que lo único que habían hecho era ser leales a la República durante la

guerra civil. También recuerdo que yo solía tener unos regalos muy buenos por Reyes —caballos de madera, trenes de cuerda—, probablemente mejores que los de la mayoría de los niños de entonces. Y mi madre siempre me decía: «Creo que tú tenías unos *reyes* tan buenos porque los amigos de tu padre pensaban que te ibas a quedar huérfano.» Felizmente no fue así, algo contribuyó a ello el desembarco de Normandía, y cuando mi padre salió de la cárcel en 1945 tomó, yo creo, dos decisiones sobre mi futuro muy acertadas. Dijo: «Este niño no va a ir a un colegio de frailes», y me llevó al Liceo Francés de Madrid, y me hizo socio del Real Madrid. Fueron dos decisiones estupendas. En relación con la segunda, sigo siendo aficionado, pero tengo que hacer un esfuerzo para ver el fútbol como el niño que era cuando me hicieron socio. Si lo viera como catedrático de universidad, posiblemente tendría una posición más crítica de la que tengo, porque yo me sigo disgustando cuando pierde mi equipo y sigo pensando que estos señores a los que pagamos tantos millones son gente que juega por entusiasmo y defensa de unos colores.

¿Qué impresiones le quedan de su paso por el Liceo Francés?

Tengo muchos y muy buenos recuerdos de mi colegio. Entré en el curso *dixième*, es decir, el siguiente al jardín de infancia, e hice allí todo el bachillerato. Antes de eso estuve en un colegio de monjas que se llamaba La Divina Pastora, del que no tengo ningún recuerdo malo; las monjas eran buenas gentes y se portaron bien conmigo, supongo que me trataban con cariño porque sabían que mi padre estaba en la cárcel. Mi paso por el Liceo Francés me ha dejado una formación muy francesa. A mí jamás me van a hacer firmar nada contra Francia, porque conozco perfectamente su sistema educativo, su cultura, su idiosincrasia. Con ellos tuve la experiencia de un colegio que era mixto —desde el principio estábamos niños y niñas juntos—, donde la mentalidad de los profesores era muy republicana, no en el sentido de forma de gobierno, sino del republicanismo francés, es decir, muy abierta y democrática. Recuerdo a algunos profesores, como Baudry, Tinel o Bertelengerau. Este último era profesor de historia y me regaló el primer libro de lo que luego sería mi biblioteca: se titulaba *L'Espagne et le Royaume d'Etrurie*. De todos ellos, el que más me influyó personalmente fue Feli-

cien Baudry, porque me enseñó a pensar por mí mismo de una manera liberal. Nos daba francés y era un escéptico, volteriano y relativista, pero a la vez sabía hacerse cercano y era muy apreciado por los alumnos. Por lo demás, el Liceo era un colegio muy disciplinado. Entrábamos en fila hasta los dieciséis o diecisiete años. Había buen ambiente entre los compañeros, y con las chicas teníamos una relación muy normal. Me acuerdo de que con trece años ese curso acompañaba yo todos los días a una chica que fue un poco no digo que la primera novia, pero sí la primera amiga íntima que tuve. También recuerdo cuando comenzó a rumorearse por el colegio: «Dicen que va a venir el rey de Bulgaria.» El día en que entré por primera vez a clase, vino acompañado del director, que nos dijo: «Les presento al señor Simeón Rilsky. No olviden ustedes que este es un colegio de la República Francesa y aquí rigen los principios de libertad, igualdad y fraternidad.» Esas cosas me impresionaban mucho. O cuando hacíamos las fiestas de fin de curso, nos solíamos reunir en el Palacio de la Música, en la Gran Vía, y allí se cerraba todo para que no trascendiera cuando tocaban *La marsellesa*, cosa que hacían todos los años. También recuerdo que en el colegio jugaba mucho al fútbol, y no era malo.

¿Cuál ha sido su experiencia en el aprendizaje de idiomas?

El francés lo aprendí sin problemas desde pequeñito porque lo usábamos en el colegio. Después, siendo universitario, aprendí académicamente el italiano, idioma que hablo y escribo muy bien. Pero he tenido siempre dificultades para aprender el inglés. Suelo decir en broma que me he pasado la vida haciendo planes de adelgazar y perfeccionando el inglés. Lo primero lo he conseguido, pero lo del inglés no del todo; lo leo bien, pero me cuesta muchísimo trabajo hablarlo, no sé si será un tema vinculado a las diversas estructuras de las lenguas. En el Liceo, el inglés era la primera lengua extranjera, o sea, que, así como cursé seis o siete años de latín y tres o cuatro de griego, estudié también inglés durante muchos años, todos los cursos de bachillerato. Pero no era mi asignatura preferida.

¿Recuerda cuáles fueron sus primeras lecturas infantiles?

En la formación francesa se le daba mucha importancia a la lectura, y a los doce años ya leíamos obras literarias importantes en clase.

Bueno, yo antes leía también, sobre todo novelas de aventuras, de los que llamaríamos clásicos juveniles, como Julio Verne o Daniel Defoe. Algo más tarde, pero siendo aún muy jovencito, me aficioné mucho a la historia. Me acuerdo, por ejemplo, de que me «bebí» una cosa casi incomprensible para un niño de trece años, las memorias de Winston Churchill, y me conocía la historia de la segunda guerra mundial perfectamente.

¿Qué factores influyeron en esa afición por la lectura histórica?

Teníamos unos buenos profesores de historia, tanto española como francesa, y a mí me gustaba mucho. Ese interés lo he mantenido después, porque en el ámbito de la filosofía del derecho soy muy crítico con los que hacen solamente una aproximación analítica y abstracta, y dejan de lado la historia. Todos mis planteamientos están muy vinculados a los estudios históricos porque me parece que la razón no se entiende si no es en la historia. En ese sentido soy bastante orteguiano. Volviendo a las lecturas, me conozco muy bien, desde mi época colegial, primero por obligación y después por placer, a los clásicos franceses. Por ejemplo, no sé cuántas veces me habré leído los ensayos de Montaigne, o el teatro clásico francés y español. Luego, siendo ya un poquito más mayor —el año antes de salir del colegio—, descubrí la maravillosa literatura española de los siglos XIX y XX, desde Pérez Galdós hasta Pío Baroja. Siempre les digo a mis alumnos de Derecho —porque esa es mi experiencia— que un jurista es mucho mejor si ha leído a Baroja que si no lo ha hecho. Un libro que a mí me impresionó muchísimo cuando lo leí en primero de carrera fue *La Regenta*, de Clarín. Incluso me atrevería a decir que no sé si el hecho de que Leopoldo Alas fuera profesor de filosofía del derecho tendría algo que ver con que yo me dedicase luego a esa misma disciplina. Luego ya empecé a leer cosas de filosofía, pero eso fue a partir de segundo de carrera.

¿Qué tipo de estudiante era usted?

Era buen estudiante, los profesores tenían buena impresión de mí. Era un poco maniático, porque cuando se me metía entre ceja y ceja que una asignatura no me gustaba, no había manera de sacarla adelante. Eso me pasó con la física en el colegio y con el derecho financiero en

la universidad. En el resto de asignaturas siempre tenía muy buenas notas. Me acuerdo de que el director de bachillerato español, el señor Pausa, que era mi profesor de física y me apreciaba mucho, me perseguía casi por los pasillos para que me examinase de física; al final la pasé. También era malísimo en dibujo, jamás conseguí dibujar una guitarra entera, siempre se me quedaba una parte fuera del papel. Teníamos un gran profesor de dibujo, un gran pintor de los años treinta, don José Manaut Viglietti, discípulo de Sorolla, y por más que se esforzó jamás consiguió que yo pintara toda la guitarra dentro del papel. Más tarde, en la facultad tuve buenas notas, excepto un suspenso en derecho financiero porque me pasó lo mismo, no me gustaba, y me sigue sin gustar.

¿Qué asignaturas le gustaban más?

En el colegio me gustaban mucho la literatura y la historia. Las matemáticas las soportaba. Me gustaban también el latín y el griego. Y en la universidad, las de derecho público. Tuve un maravilloso profesor de derecho político, don Nicolás Pérez Serrano, el año en que se jubiló; un magnífico profesor de derecho procesal, Jaime Guasp; un gran profesor de derecho mercantil, don Joaquín Garrigues, aunque esa materia ya me gustaba menos; y, sin embargo, tuve malos profesores en derecho natural y en derecho administrativo. Luego tuve un profesor que había sido ministro de la Gobernación con Franco, don Blas Pérez González, catedrático de derecho civil, que yo recibí muy mal por mi convicción antifranquista, pero me tuve que rendir ante sus conocimientos; me produjo muy buena impresión como civilista, aunque no me causaba ninguna buena como ministro. Cuando estaba en el último año de carrera, un amigo y compañero, Ignacio Camuñas, me aconsejó que fuera a ver al nuevo catedrático de filosofía del derecho que había llegado de Salamanca, don Joaquín Ruiz-Giménez. Me recibió muy cariñosamente y me dijo: «Hombre, solo tengo a un joven que acaba de llegar de Bolonia, que en cuanto venga se lo presentaré; puede usted quedarse conmigo.» Ese mismo día me presentó a Elías Díaz, que realmente se convirtió en mi segundo maestro. Siempre comento que Joaquín Ruiz-Giménez ha sido como un segundo padre para mí. Su talante dialogante y moderado, sus buenos consejos y su apoyo incondicional han marcado mi vida de una forma muy determinante. De

él he aprendido, entre otras muchas cosas, el verdadero significado de la palabra maestro.

Además de las que ya ha comentado, ¿qué otras cualidades considera imprescindibles en un buen profesor universitario?

Creo que debe ser una persona abierta, tolerante, respetuosa. Si quiere que sus clases sean amenas, cosa que está muy bien, nunca debe ser a costa de los estudiantes. Yo siempre le comento esto a mis discípulos, y lo practico; en clase gasto muchas bromas, pero siempre sobre mí mismo; les digo, por ejemplo: «Los lunes tened mucho cuidado conmigo porque puedo venir indignado si el Madrid no ha ganado»; o «Hablad más fuerte, que uno ya es viejo y la arterioesclerosis no perdona». Pero jamás me permito bromas sobre ellos. También debe ser una persona que sepa explicar, que tenga capacidad de desmenuzar las cosas, de repetir las; tiene que ser muy paciente y al mismo tiempo debe saber mantener la autoridad; un profesor debe dominar la clase, no puede consentir que se le suban a las barbas, porque los alumnos pueden llegar a ser de una crueldad tremenda. Al mismo tiempo, el profesor universitario debe transmitir a sus alumnos el espíritu crítico, hacerles ver que nada de lo que se explica debe ser aceptado sin más si no pasa por el tamiz de su propia autocrítica.

¿Qué opinión le merece el sistema educativo actual?

En principio me parece que ha habido una preocupación excesiva por lo utilitario, por los intereses del mercado, y se han abandonado algunas dimensiones de formación básica que considero imprescindibles. Hoy, por ejemplo, he tenido clase con unos alumnos de último curso de filosofía del derecho, y comentando el tema del poder político que rompe con el sistema anterior, he empezado a hablarles de la II República y me he encontrado con que no sabían casi nada sobre ella, ni siquiera cuándo tuvo lugar, lo cual me produce una cierta preocupación.

Según su experiencia, ¿cree que los alumnos que llegan a la universidad están suficientemente preparados para afrontar con éxito esa nueva etapa de formación?

Creo que los alumnos llegan con una visión integral y una capacidad de entender no demasiado grandes, aunque a lo mejor saben de

actividades concretas; seguramente sabrán mucha informática. Tengo la suerte de que mi asignatura se da en primero y en último curso. El primer cuatrimestre lo doy en primero y el segundo en cuarto. Realmente te das cuenta de que la universidad forma, que los chicos han cambiado muchísimo y han adquirido una buena formación jurídica. Comparándolos con alumnos de otras carreras en los cursos horizontales de humanidades, he notado que tienen un nivel de comprensión suficiente, aunque de vez en cuando te alarman hechos como el que acabo de contar. Su capacidad de expresión escrita tampoco está mal, aunque en sus construcciones hay mucha influencia anglosajona y de viejos galicismos, pero no creo que sea algo alarmante.

Una de las críticas más frecuentes a la universidad española es su tendencia a la endogamia en la selección del profesorado. ¿Qué opina usted como rector de una de las universidades más importantes de este país?

Esto es algo que hay que matizar mucho. Hay una endogamia mala y una endogamia buena. Me da la impresión de que muchas de las personas que hacen esas observaciones son profesores frustrados que han sido rechazados por la universidad; en algunos casos ese rechazo ha estado justificado y en otros no; es lo que yo vinculo con la endogamia mala y la buena. La universidad tiene un componente medieval que es difícil de superar, que supone una relación muy personal maestro/discípulo, escuelas, equipos de investigación, etc. Cuando esa relación es decente, el que se apoye a las personas que se han formado en una escuela determinada es positivo. Cuando el propio maestro no es decente, entonces todo se estropea. Hay un elemento personal y moral difícil de sustituir por normas y criterios para la selección del profesorado. Si no se soluciona el tema de una manera más moral, es imposible.

AMPARO RIVELLES

«Del colegio no me gustaba nada, ni la merienda»



Amparo Rivelles Ladrón de Guevara (Madrid, 1925). Actriz de teatro, cine y televisión. Galardonada, entre otros muchos, con el premio Lope de Vega (1983), premio Goya a la mejor actriz (1987), medalla del Círculo de Escritores Cinematográficos, premio Miguel Mihura, medalla de oro de las Bellas Artes (1990), premio Mayte (1996) y premio Nacional de Teatro (1996).

Amparo Rivelles tiene la elegancia en el gesto, en la palabra y en su mirada cálida y tierna. Su carga expresiva puede registrar y plasmar todos los sentimientos que se dan cita en un ser humano. Es una mujer de teatro, lo lleva en su código genético, en su voluntad y en su forma de sentir y vivir. El teatro ha sido la fragua de su aprendizaje y su madre, doña María Fernanda Ladrón de Guevara, su figura de apego y su maestra. Su paso por la escuela formal fue breve para las posibilidades que el bienestar de su familia le brindaba. Amparo decidió que lo que la vida le tuviese que enseñar sería impartido y asimilado desde las tablas del teatro. Y es en el teatro Alcázar de Madrid donde nos cita para la entrevista, entre función y función de la obra Los árboles mueren de pie, de Alejandro Casona. Con el maquillaje intacto y la peluca de abuelita recién quitada nos recibe cordialmente en su camerino para charlar sobre su infancia y sus primeros maestros. Recordar su paso por el colegio no parece entusiasmarle, pero cuando habla de las figuras tan significativas de su madre y de su abuela se llena de ternura, porque Amparo fue una niña muy querida.

¿En qué colegio fue escolarizada?

Fui a un colegio de monjas francesas en Madrid, San José de Cluny. Estaba en la plaza de Emilio Castelar, en la Castellana. Entré a los cuatro años. Mi abuela ya me había enseñado a leer y a escribir un poquito. Yo odiaba el colegio, tengo que confesar que lo odiaba. Cuando salía de mi casa por la mañana y venía el autobús del colegio a buscarme me sentía la más desgraciada del mundo, porque pensaba que la vida fuera seguía pasando y yo me iba a meter en «aquella cosa».

¿Por qué la llevaron a ese colegio?

Porque era uno de los mejores que había entonces. Casi todas las educandas eran aristócratas. No resultaba fácil entrar en ese colegio. A mí me admitieron por recomendación de una amistad de mi madre perteneciente a la nobleza.

¿Qué tipo de estudiante era usted?

He sido muy mala estudiante. Muy mala. Pero tenía muy buena memoria. Cuando nos iban a preguntar, las compañeras me decían la lección que tocaba, me la leía tres veces y aprobaba; pero, claro, al día siguiente no recordaba nada. He tenido, sin embargo, una infancia muy feliz, porque tuve una madre y una abuela maravillosas. Fui una auténtica niña mimada, me daban todos los caprichos. Mi madre venía a acostarme entre función y función. Siempre la veía entre sueños, como si fuera un hada, pues venía maquillada, arreglada y a veces vestida con el mismo traje de escena, cuando no tenía tiempo de cambiarse. Después tuve una temporada en la que me sentí muy desgraciada porque mis padres se fueron a Hollywood. Yo tendría cinco o seis años. El no ver a mi madre todos los días era para mí algo tremendo. Me acostaba llorando. Tenía pasión por ella.

¿Le queda algún recuerdo concreto del profesorado de su colegio?

Sí, recuerdo a la profesora de gramática, Mère Thérèse. Era cariñosa y muy tierna. Antes de ser monja había estado casada y había tenido un hijo que murió junto a su padre en un accidente. Había otra a la que llamábamos Mère Leoni porque era antipatiquísima. Era profesora de matemáticas, quizá por eso ando yo fatal de números. Muy bien en gramática y muy mal en matemáticas. Creo que la relación que se tenga con los profesores influye muchísimo en el rendimiento. Si no te tratan bien los maestros, si no son tiernos, cariñosos, no puede haber buenos resultados. Deben comprender que una niña de seis o siete años no puede ser un genio, tiene que fallar en cosas. Más tarde tuve una época, estando también en este colegio, en que me dio por ser santa. Creo que a todas las niñas nos ha dado alguna vez por eso. En una ocasión cometí una diablura y castigaron a una de mis compañeras cre-

yendo que había sido ella. Aclaré la confusión y pedí que me castigasen a mí. A la monja le agradó mi postura y me ensalzó muchísimo. Quedé entusiasmada de tal forma que a partir de ahí yo misma me echaba la culpa de todo lo que pasaba en el colegio. Hasta que una vez Mère Thérèse me dijo que era imposible tener tiempo para hacer tantas diabluras. Me descubrió y me recomendó que pasase el recreo jugando con las niñas y no en la capilla rezando, porque en esa época tomé la costumbre de pedir permiso para ir a rezar durante el recreo.

¿Recibió una buena formación en lo referente a los idiomas?

Las monjas del colegio eran francesas. Las clases eran en castellano y en francés. Querían que hablásemos en francés siempre, pero no lo hacíamos casi nunca. Era una forma de rebeldía que a veces incluso me llevó a pasar sed, pues nos exigían que pidiéramos agua en francés. Es algo de lo que me arrepiento, pues podría dominar este idioma a la perfección. Aun así hablo y me entiendo bien en francés. También tengo nociones de italiano. Hice una película en Italia en ese idioma. En inglés me desenvuelvo en el *english-shopping* y a veces me hago el propósito de estudiarlo a fondo, pero de repente digo: «Bueno, ya para qué, con tantos años como tengo y con tantas cosas como he hecho, para qué voy a meterme más cosas en la cabeza»; pero a lo mejor lo hago algún día.

¿Qué le gustaba más y menos del colegio?

No me gustaba nada del colegio, ni la merienda. La clase de gramática, sí, porque era amena, y la monja, encantadora; una mujer mayor pero muy guapa. Recuerdo nombres de compañeras: María Rosa Neira, Manolita Peláez, las dos eran amigas mías. Manolita era tan mala como yo y mi compinche en todas las diabluras que hacíamos. Pero no tengo recuerdos muy agradables de mi época de colegio.

¿Acudía su madre por el centro para cambiar impresiones con sus profesoras?

No. Mi madre por aquellas fechas estaba en Hollywood trabajando. Yo vivía con mi abuela y ella no se metía en cosas del colegio. Solo lo hizo una vez cuando me expulsaron por un conflicto con una mon-

ja; entonces tuvo que intervenir. Por otra parte yo solía llevar buenas notas a casa; no sé por qué, pero así era. De forma que no se hacía necesaria esa presencia de mi abuela o mi madre por el colegio.

¿Por qué la expulsaron?

Sucedió que una monja muy antipática, la de matemáticas, me regañó. Ese día yo no llevaba el uniforme del colegio porque estaba en el tinte. Llevaba un trajecito corto y un delantal que siempre nos poníamos sobre el uniforme. Salí a la pizarra, me agaché y, como es natural, se me vieron las piernas. Entonces me dijo: «¡Hija de artistas tenías que ser!» Me tiré hacia ella y le quité la toca. De esta forma respondí a la monja y de pasó resolví una cuestión que era un enigma para las alumnas, saber si debajo de la toca las monjas tenían pelo o no. Ese fue el motivo de mi expulsión. Mi abuela tuvo que intervenir y a ella se unieron las mamás de mis compañeras, que consiguieron que me admitieran de nuevo. Tendría yo entonces unos siete años.

Debió de ser una abuela estupenda, doña María Trápaga.

Sí. Mis recuerdos infantiles van unidos fundamentalmente a ella y a mi madre, ya que mis padres se divorciaron cuando yo tenía cinco o seis años. Yo entonces era hija única, pues un hermano que tuve murió dos años antes de mi nacimiento. Con mi abuela mantuve una relación entrañable. Era una abuela de esas que dan capones cuando haces una cosa mal. Con el nudillo me daba en la cabeza, y yo le decía: «Abuela, si es que no tienes nudillos, tienes abrelatas; me vas a abrir un día la cabeza.» Fue una persona maravillosa que se dedicó a mí por completo. Cuando mis padres estaban trabajando me quedaba con ella, era para mí una segunda madre. He estado siempre con ella hasta que murió.

¿Hasta qué edad estuvo usted escolarizada?

Hasta que empezó la guerra civil. Tenía yo diez años. La viví en Madrid y en Barcelona. Lo pasamos fatal. A mi madre la metieron en la cárcel; también a mi padrastro, el padre de mi hermano Carlos. Fue una etapa espantosa. No había nada que comer, muchas noches me acosté sin cenar. Pasé un miedo horroroso a los bombardeos. La guerra fue tremenda para todos. Afortunadamente eso ya pasó y está olvidado.

¿Y no volvió al colegio cuando terminó la guerra?

No. Mi madre me aconsejó que siguiera estudiando, pero yo decidí dedicarme al teatro. Con lo que he estudiado desde entonces podría tener seis o siete carreras, pero no volví a ningún colegio, me puse a trabajar antes de cumplir los catorce años, y hasta hoy. A partir de entonces el teatro fue mi escuela, y mi madre, mi maestra.

¿La sometió a alguna disciplina especial?

Sí. Mi madre me dijo que si quería dedicarme al teatro tenía que conocer a los clásicos españoles. Cada semana leía a uno y el domingo se lo tenía que comentar a ella. Le tomé un asco a los clásicos que no podía ni oírlos nombrar. Ahora me ocurre lo contrario, me parece que son una maravilla, que son grandes genios; pero, claro, entonces no los entendía. Leer a Lope de Vega tan joven era un rollo pavoroso. Sin embargo, cuando he hecho *Una noche con los clásicos* he vuelto a leerlos y ha sido un auténtico descubrimiento. Hemos estado dos años con ese espectáculo y lo he disfrutado día por día.

¿Podría resaltar alguna obra clásica entre las que ha leído o interpretado?

Me resulta difícil porque he leído e interpretado cientos. Puedo decir títulos importantes como *La Celestina*, *La loca de Chailot* o *La Regenta*; sin embargo, hay otras funciones, como por ejemplo *Hay que deshacer la casa*, que hice con Lola Cardona, y que sin ser una obra literaria de la altura de las anteriores fue para mí una función preciosa y muy significativa. También destacaría *El abanico de Lady Windermere*, *Rosas de otoño*, *Los árboles mueren de pie*, etc. Son muchas, es que no he parado de trabajar en toda mi vida.

¿Qué le puede enseñar el teatro a una jovencita de solo catorce años?

Lo que sé ahora profesionalmente lo empecé aprendiendo entonces. Mi madre era una persona estupenda, pero como directora era muy dura. A veces decía aquello de que «la letra con sangre entra». De forma que me tuvo haciendo papelitos de criada, prácticamente sin frase, algo así como dos años y pico. Después me decía: «Ya sabes

sostenerte con los tacones sobre el escenario, ahora vas a hacer algo más.» Y me fue dando papeles pequeños y así me fue enseñando. Mi formación escolar fue corta, pero la vida te enseña tanto como el colegio. Y el teatro ha sido mi vida desde entonces. Lo disfruto muchísimo, me parece que soy una privilegiada al poder trabajar en lo que me gusta y que además me paguen.

A su madre le resultaría difícil conformarle con esos «papelitos»; ¿no tenía usted prisa por hacer de protagonista?

Sí. Siempre le reprochaba, me enfadaba con ella y le decía: «Soy tu hija y no me das papeles importantes.» Ella me respondía: «Cuando sepa que puedes hacerlos bien, te los daré, pero mientras tanto sigue haciendo las doncellitas.» Eso sí, me hacían unos uniformes preciosos. Yo no tragaba con eso, me enfadaba mucho, lloraba y le suplicaba, pero ella me repetía: «Cuando yo considere que estás capacitada y dispuesta para hacer un papel importante, te lo daré, no te preocupes.» Efectivamente, así fue. Mi madre era tan buena actriz como directora, era espléndida sobre todo como directora de actores. Todo lo que sé me lo ha enseñado ella, y luego lo he ido perfeccionando a través de sesenta años de profesión.

¿Considera en la distancia que fue positivo someterse a la disciplina marcada por su madre?

Muy positivo. Lo más importante para una carrera es empezar como se debe, de abajo arriba. Puede ser fácil coger un buen personaje y empezar teniendo un éxito tremendo, pero después, ¿qué?, ¿vas a seguir toda tu vida teniendo esos éxitos? Llegar es fácil, mantenerse es muy difícil.

¿Cree usted que su experiencia de aprendizaje es trasladable a los jóvenes de hoy? ¿No puede ser un poco prematuro empezar a trabajar desde tan joven en el mundo del espectáculo?

Los niños siempre deben tener una persona responsable y saber dónde y con quién se meten. La familia debe estar al tanto. También hemos de tener en cuenta que una niña de catorce años hoy es como una mujer de veinticinco años de antes. Sabe prácticamente lo mismo.

De pequeñita a mi madre no le gustaba que yo estuviera en el teatro, pero con catorce años ya no era una niñita, ya iba siendo consciente de lo que hacía. De todas formas, quien se vaya a dedicar al teatro debe tener presente que esta profesión no es nada fácil. Esto es un trabajo muy duro, no es una diversión. No se puede empezar desde arriba, como un carpintero no empieza haciendo un mueble de estilo Luis XV, sino lijando una tabla. También es cierto que no todo el mundo que pretende dedicarse al teatro sirve para ello. Pero cuando un actor o actriz tiene la oportunidad —aunque sea pequeña— de demostrar que lo sabe hacer bien, probablemente le ofrecerán otra cosa después. Lo que no puede permitir uno que comienza es que lo engañen y que lo tengan entretenido para luego decirle que no vale. Hay mucha gente que se mete en el teatro sin saber que es una profesión dura y seria. Recuerdo una anécdota de un señor que vino a pedirle a mi madre que contratara a su hijo, un chico joven, y le dijo: «Mire usted, yo soy carnicero y a mi hijo no le gusta esto de la carnicería, pero como además es muy bruto y no sabe hacer nada, pues he pensado que se podría dedicar al teatro.» Mi madre le mandó... ya pueden imaginar dónde. Hay gente que se mete en el teatro porque no tiene otra cosa que hacer, y esos son los que no llegan.

¿Qué sugerencias daría a quienes empiezan en el teatro?

Desde el patio de butacas puede parecer fácil, pero la dedicación al teatro requiere muchas horas de estudio, no poder acudir a ningún sitio, porque no tienes tiempo más que para estudiarte las funciones. El teatro requiere exclusividad, y a esto debemos añadir que en la actualidad las compañías no hacen tantas funciones como antes. Entonces había muchos más papeles y, por lo tanto, más posibilidades de darse a conocer y coger tablas. Ahora resulta más complicado; por ejemplo, muchas veces se hace la misma función durante una o dos temporadas con los mismos actores y hay menos posibilidades de entrar en un reparto. Antes se hacían funciones con dieciocho o veinte personajes, ahora se hacen comedias con el menor número de personajes posibles. Quizá porque en la actualidad es más costoso económicamente montar una obra; recuerdo que cuando yo comencé los decorados eran de papel; ahora, por ejemplo, la lámpara que aparece en esta representación

cuesta un millón y pico de pesetas. Montar un espectáculo cuesta igual que un chalé en El Viso. Por eso, para presentarlo como se debe, hay que reducir costes, y si pueden quitar personajes, lo hacen. Por otra parte, en la actualidad existen escuelas y conservatorios que preparan a los actores, es una posibilidad que antes no teníamos, aunque yo sigo creyendo que «se aprende a machacar hierro en la herrería». Se puede aprender mucho en la escuela, pero no es lo mismo actuar delante de un profesor que delante de un público. Los que empiezan deben tener paciencia, estudiar y esperar la oportunidad, que puede llegar de repente.

¿No cree que las ayudas oficiales pueden suponer mayores posibilidades para la gente que empieza?

Las ayudas oficiales no sirven para el actor de teatro, porque básicamente repercuten en el empresario, que puede contratar a actores más conocidos y presentar un espectáculo mejor. Con lo cual no podemos decir que las ayudas oficiales contribuyan para hacer buenos actores o actrices. Cuando yo empecé, existía una vía llamada *meritoriaje*, que consistía en estar de seis a doce meses trabajando sin cobrar, haciendo papelitos con frase y sin frase, más largos o más cortos, pero sobre el escenario. Esa era nuestra enseñanza, y al final de la misma recibíamos el carné que nos expedía el sindicato de actores.

¿Tiene usted alguna experiencia docente en el mundo del teatro?

Las he tenido, pero no es una cosa que me guste mucho. No me gusta el trabajo de director, en todo caso de directora de actores; ensayar con ellos sí me gusta, pero montar una función no. Me lo han ofrecido, pero no tengo tiempo.

¿Qué ha aprendido de sus compañeros de reparto durante todos estos años?

Todos enseñan algo y todos aprendemos, por mucho tiempo que llevemos en esto. No podría decir nombres, ¡he trabajado con tantísimos compañeros! Con unos lo he hecho más a gusto, con otros he tenido que hacer más esfuerzo; pero siempre terminamos compenetrándonos, pues de lo contrario no saldrían bien las funciones. Tengo

infinidad de recuerdos magníficos de muchos actores que han trabajado conmigo. La mayoría de ellos, desgraciadamente, ya no viven.

¿Existe hoy día mayor acercamiento entre el mundo escolar y el teatro? ¿Se fomenta la presencia de los estudiantes en las representaciones?

Se está haciendo mucha labor en este sentido. Suelen venir muchos estudiantes a los espectáculos, y vienen organizados desde sus colegios. A la obra que ahora estamos representando suelen venir bastantes, y les gusta a rabiar. Cuando estaba haciendo con María Jesús Valdés y Marsillach *Una noche con los clásicos*, los teatros estaban llenos de gente joven, desde los catorce a los veintitantos años. Les encantaban los clásicos. Algunos decían: «Estamos estudiando justamente ahora a Quevedo o a Lope y por fin nos hemos enterado de lo que querían decir.» El hecho de que acudan tantos jóvenes es un buen indicador, y me parece muy importante porque el teatro es una parte de la cultura.

¿Qué cualidades cree usted que debe tener un buen educador?

Debe tener paciencia, debe tener ojo y una educación que le permita decir las cosas sin ofender. En el mundo del espectáculo hay muchos directores que en vez de decirte: «Mira, esto sería mejor así», te dicen directamente que no sabes hacerlo, y te hacen polvo. Hay que tener mucha paciencia, entender, tener humanidad y ponerse siempre en el lugar del otro. No creerse en posesión de la verdad y evitar las impertinencias con los educandos.

MIQUEL ROCA

«Nunca tuve la sensación de que mis profesores fueran
mis adversarios»



Miquel Roca Junyent (Cauderan, Francia, 1940). Abogado. Presidente del bufete Roca Junyent Abogados Asociados. Concejales y presidente del Grupo Municipal de Convergència i Unió en el Ayuntamiento de Barcelona. Presidente del Consejo Social de la Universidad Politécnica de Cataluña. Ha sido diputado por Barcelona, presidente del Grupo Parlamentario Catalán en el Congreso, secretario general de Convergència Democràtica de Catalunya, miembro de la Comisión que redactó el Estatuto de Autonomía de Cataluña y presidente de la representación de la Generalitat de Catalunya en la Comisión de Cooperación Bilateral con la Administración del Estado. Fue uno de los siete ponentes de la Constitución de 1978.

Miquel Roca es un hombre organizado. En los márgenes del cuestionario que le hemos enviado antes de la entrevista trae anotadas las ideas clave de sus respuestas. Además de tener una buena memoria, expresa sus opiniones con una claridad meridiana y sintetiza sus pensamientos de forma muy didáctica. «Los lectores se lo agradecerán», pensamos durante nuestra conversación en la sala de reuniones de su bufete de abogados en Madrid. Miquel Roca nos cuenta que su militancia catalanista y su espíritu democrático los adquirió en su familia, pero los desarrolló en su escuela. Durante sus primeros años de formación supo exprimir el zumo del tiempo al máximo. En la universidad, por ejemplo, además de sacar una matrícula de honor tras otra, le quedaba tiempo para ejercer como delegado de clase y para asistir a manifestaciones y reuniones clandestinas. A los veintiún años, con el título de licenciado recién estrenado, comenzó a impartir clases en la universidad. ¿Cómo pudo correr tanto? ¿De dónde sacaba tiempo para todo? Según él, la clave está en la organización. Basta echar un vistazo a su currículum para comprobar que su «vida productiva» no había hecho más que empezar.

¿Cree que su educación escolar ha sido decisiva en sus posteriores logros profesionales y personales?

Soy fruto y resultado de un tipo de educación no solo escolar, sino también familiar, pero no tengo ningún inconveniente en reconocer que mi educación escolar ha tenido una influencia muy decisiva en mi manera de ser, no tanto en mi carrera, sino en mi formación personal. Tuve la fortuna de ir a una escuela muy peculiar, oficialmente laica, aunque también íbamos a misa y hacíamos ejercicios espirituales. Era una escuela muy liberal, muy arraigada en el país, con profesores

muy abiertos que tuvieron gran influencia en mi formación. Con la inmensa fortuna de que el entorno familiar encajaba con el ambiente escolar. Para mí, escuela y familia no fueron nunca una contradicción ni un contraste, ir a la escuela era una prolongación del ámbito familiar.

¿A qué escuela se refiere?

Escuelas Dirltelia. Era un colegio de base catalanista y democrática, que en los años cuarenta y siguientes tenía un ambiente muy crítico respecto al sistema. El director era el señor Llongueras, que pertenecía a una familia de gran tradición cultural y sobre todo musical, muy ligada al Orfeó Català. Para ellos la escuela era un compromiso pedagógico serio, tenían verdaderamente voluntad de servicio; ahí no había un empresario que se enriqueciera, sino que mantenía un proyecto. En cierto modo, Dirltelia era heredera del espíritu y la ideología de una escuela llamada Lanquerra, que tenía mucha fama antes de la guerra. Al ser privada, teníamos que pagar; pero, por ejemplo, nosotros pagábamos muy poquito, porque éramos una familia numerosa, mi padre había sufrido el impacto de la guerra, y en la escuela tuvieron una gran consideración al respecto. Nunca nadie notó, ni siquiera yo mismo, que mis padres pagasen más o menos. En el régimen escolar no existía ningún tipo de discriminación. Lo cual es algo muy de agradecer.

¿Segue existiendo ese colegio en la actualidad?

Sí, pero en otra ubicación distinta, cosa que me apena mucho cuando paso por donde estaba, en la Vía Augusta, donde ahora hay una empresa de informática. El colegio sigue funcionando, pero ha perdido la significación histórica que tenía entonces, lo digo con todo el cariño y con todo el respeto hacia el colegio.

¿Toda su escolaridad transcurrió en el mismo colegio?

Toda. Desde párvulos hasta el preuniversitario. Después ya empecé la facultad con dieciséis años recién cumplidos, porque iba un curso adelantado. Lo cual me daba una gran tranquilidad, ya que en un momento determinado, si era necesario, yo hubiera podido perder un

curso y no pasaba nada. Esto ahora no podría ser, pero durante varios años me iba examinando del curso anterior en el instituto, hasta que estuvo reconocido oficialmente el colegio. De modo que a los veintinueve años yo había acabado mi licenciatura en Derecho y acto seguido empecé a dar clases en la universidad.

¿A qué profesores del colegio recuerda especialmente?

La verdad es que los alumnos a ciertas edades se ven muy influenciados por algunos profesores porque ven en ellos a personas con muchas virtudes, casi heroicas. A mí me pasó con dos profesores. Uno se llamaba Francesc Gummá i Muste, que nos daba filosofía. Un hombre de grandes cualidades y gran entusiasmo pedagógico que luego llegaría a ser decano de la Facultad de Filosofía. Yo hice todo mi bachillerato de ciencias hasta que me percaté de que aquello no era lo mío, así que al acabar el bachillerato en un verano tuve que prepararme para hacer el preuniversitario de letras y aprendí griego, latín, etc. El examen me salió bien. Y el hombre que en aquel momento entró en mi vida estructurando mi cabeza fue este Francesc Gummá, un aristotélico muy especializado que tuvo una influencia extraordinaria en la articulación de mi pensamiento.

¿Y el otro profesor?

Fue Ramón Fuster Rabés, profesor de literatura, que luego también fue decano de Filosofía y Letras. Un excelente pedagogo de gran calidad humana que nos mostró el mundo. Con él descubrimos a Ibsen, supimos quién era Nietzsche, leímos a Molière y a Voltaire. Por supuesto, a todos los literatos españoles de la generación del 98. Y la literatura catalana. Todo esto fue entre los catorce y los dieciséis años. Este hombre nos motivaba para leer, por eso digo que nos mostró el mundo. Mi pasión por la lectura se la debo a él. Algo que le agradeceré toda la vida.

¿Recuerda cuáles fueron las primeras lecturas de su infancia?

Seguramente eran libros infantiles en catalán que mi padre tenía y me regalaba, libros de Folch i Torres, que era un gran escritor de antes de la guerra, sobre todo en literatura juvenil. Y luego ya pasé rápidamente a literatura más adulta, porque resulta que yo era el pequeño de

siete vástagos, y me llevaba siete años con mi hermana anterior. Quiero decir que siempre he vivido en una familia adulta; cuando yo era muy pequeñito mis hermanos estaban en la universidad o a punto de empezarla, así que los libros que circulaban por casa no eran excepcionales para mí, yo me apuntaba a las lecturas de la familia. Tuve la fortuna de vivir muy inmerso en un ambiente donde se leía mucho. En casa hablábamos en catalán, pero leíamos mucho en francés y en castellano. De manera que yo de pequeño ya manejaba estas tres lenguas con soltura.

En su biografía figura que usted nació en Francia.

Sí, nací allí circunstancialmente, y solo estuve ocho meses. Pero mi familia era muy afrancesada; además de tener familiares y amigos franceses, nos gustaba la cultura de Francia. En una época de carencia de revistas en España, si alguna entraba en casa era francesa. Así que el francés que yo sé no lo he aprendido de forma académica, sino en la práctica. Mi inglés es más deficitario porque lo tuve que aprender con posterioridad y de forma mucho más teórica.

¿Era usted un buen estudiante?

Tengo que reconocer que era un empollón. Pero fui más empollón en la universidad que en el colegio. Porque tuve la suerte de encontrar una carrera —Derecho— que era lo mío, en la que la estructura cartesiana te ayudaba mucho. Por otro lado, siempre he tenido la gran ayuda de una memoria bastante privilegiada, lo cual creo que es un dato meramente genético, y no implica ningún mérito por mi parte. En la universidad saqué muchas matrículas de honor. Nunca me costó estudiar; no tiene mérito, yo disfrutaba estudiando.

Sí, pero por muy buena memoria que se tenga, el estudio requiere tiempo y dedicación...

Por supuesto, pero había tiempo para todo. Por ejemplo, en la universidad yo estudiaba y a la vez dedicaba muchas horas a la «revolución»; para entendernos, a manifestaciones y a reuniones clandestinas. No digo que las carreras fueran fáciles, no es verdad, pero yo era sistemático, y tenía muy claro que cada tarde, además de la «revolución», había que estudiar. Así que yo no era el típico empollón que se en-

cerraba en casa y no salía. Yo disfrutaba mucho con mis compañeros. Incluso llegué a ser elegido delegado de curso por votación democrática, lo cual quiere decir algo. Nunca tuve problemas con los compañeros, los teníamos más con la policía.

Para obtener tan buenos resultados también le ayudaría el ambiente de su casa.

Sí, en casa el ambiente era de gente que estudiaba. Cuando yo llegaba del colegio mi madre siempre estaba allí, así que en mi familia era muy fácil llegar y cumplir. Y otra cosa importante: mi padre jamás valoró mis notas, ni durante el colegio, ni durante la carrera; se informó de ellas, pero nunca hizo ningún comentario valorativo. Mi deber era estudiar, y si eso se traducían en buenas notas, mejor; si se traducían en notas menos buenas, pues qué se le va a hacer. Tampoco mi padre intentó influir jamás en mi actitud política o ideológica. En este sentido tuvimos unos padres tremendamente respetuosos con nuestra manera de pensar o de vivir las creencias, y nunca nos faltó el cariño ni ningún tipo de ayuda por su parte.

Si tuviera que resumir en pocas palabras el poso cultural que le queda de sus estudios de bachillerato, ¿qué destacaría?

Supongo que saber leer, escribir, un cierto deseo de conocimiento histórico y la conciencia de pertenecer a una civilización concreta. El resto es más bien anecdótico. Creo que es muy importante tener clara tu identidad, tus raíces. Nosotros sabíamos qué significaba formar parte de la civilización greco-romana-judeo-cristiana. Conocíamos la historia de Roma y Grecia, sabíamos lo que representaba la Biblia, y el mundo cristiano, la Reforma, la Contrarreforma, etc. Tengo mis dudas de que hoy día exista esta base formativa que te sitúa en la civilización a la que perteneces. Lo cual no es contrario a la universalidad y a la globalización.

¿Cree que el estudio de lenguas clásicas es importante para la formación integral del individuo?

Como disciplina intelectual puede ser muy válido. El ablativo absoluto es una barbaridad recordarlo de memoria, pero lo cierto es que

nos estructuraba la cabeza. Es decir, era más fácil para nosotros aprender la gramática con un cierto paralelismo con el latín. No quiero hacer una valoración simplista, pero en la escuela yo aprendí fundamentalmente a redactar, a construir y a sintetizar. Todo lo cual me ha servido mucho en la vida.

¿Se aprendió de memoria las normas de ortografía?

Sí. En aquella época había una sacralización de las faltas de ortografía. En mi examen de ingreso me hicieron un dictado en el que una sola falta de ortografía suponía prácticamente un suspenso. Yo tenía entonces nueve años, y no podía cometer ni una sola falta.

¿Considera que esa sacralización de las faltas de ortografía era positiva?

Sí, muy positiva. Ahora estamos en una etapa opuesta. Hoy socialmente no tiene una valoración muy perjudicial cometer faltas de ortografía y creo que esto es dramático, porque significa que no dominas tu lengua, lo cual tiene consecuencias fatales para todo lo demás. Para mí no es un problema de prestigio social, sino de falta de formación y deficiencia en la comunicación. Recuerdo que mi escuela tenía mejor estructura de letras que de ciencias. Se le daba mucha importancia al estudio de la sintaxis, la ortografía, la gramática, la etimología de las palabras, etcétera.

¿Cómo era el ambiente entre sus compañeros de colegio?

El ambiente era bueno. En el colegio trabé amistades que han durado mucho tiempo con unas sintonías muy afines. Los compañeros de escuela son aquellos con los que puedes verte al cabo de veinte años —ya más calvos, más gordos, más viejos— y sigues teniendo una complicidad muy especial, la misma intimidad que tenías durante aquellos años de escuela. Tuve algunos compañeros de colegio que luego han ocupado puestos de responsabilidad, como Pasqual Maragall o Federico Mayor Zaragoza. Jordi Pujol no estudió en mi escuela, pero fue cofrade mayor de la cofradía de la Virgen de Montserrat, que estaba muy vinculada a nuestro centro.

En el colegio, ¿estudiaban en catalán o en castellano?

Las clases eran en castellano, no había otra posibilidad; pero, por ejemplo, cuando yo me acercaba al profesor para pedirle una cosa, lo hacía en catalán. Y con nuestros compañeros de clase hablábamos casi siempre en catalán. Con lo cual nosotros cultivábamos el catalán con normalidad. No lo aprendíamos formalmente porque estaba prohibido, pero lo vivíamos; y aprendimos un buen castellano, sin ningún problema. Recuerdo que cuando hice la primera comunión en el colegio, y tuvimos la misa en catalán, y con mis recordatorios también en catalán, yo tenía sensación de que aquello era un acto de afirmación. Las raíces se defendían ahí. Era un acto beligerante. Y tú sabías que esta escuela lo aceptaba. O cuando teníamos la fiesta de fin de curso, había un recital y se cantaban canciones en catalán, también lo vivíamos como un acto de afirmación de nuestra identidad.

¿Cuál es su opinión sobre el problema del bilingüismo en Cataluña?

Creo que desde Madrid hay una falta de comprensión absoluta sobre este tema. La lengua propia de Cataluña es el catalán, no hay carga política en esto, y lo peor que podríamos hacer los que nos expresamos en esta lengua es no hacer de esto una obsesión, porque si no generalizamos la enseñanza en catalán estaremos construyendo una sociedad de dos capas, en la que la catalanohablante será la mejor pagada y la que tendrá más oportunidades. Por lo tanto, si queremos integración social, económica, permeabilidad y funcionalidad, necesitamos facilitar a todo el mundo el acceso al catalán. A pesar de todo, el catalán sigue siendo una lengua muy minoritaria en los medios, y creo que se debe invertir en ella, porque el castellano tiene muchas más facilidades para llegar a la población. Por consiguiente, todo el problema que se ha planteado desde fuera de Cataluña en relación con esto es falso. En Cataluña el problema no existe. Hoy en Cataluña hay familias en las que el marido habla en catalán, la mujer en castellano, la mujer habla con sus hijos en castellano, los hijos entre sí en catalán... y esto funciona. La lengua no es problema hoy en Cataluña. Si se quiere crear desde fuera, ese es otro tema.

¿Cómo se podría mejorar la calidad de la enseñanza en el futuro?

Creo que en la escuela necesitamos reforzar una enseñanza básica de humanidades que nos defina en nuestra pertenencia a la civilización en la que están inmersas la historia de Cataluña y la historia de España. No es negativo que los jóvenes conozcan la historia y la geografía de Leganés a la perfección, pero si no conocen básicamente la historia de España no les hacemos ningún favor. Y es bueno que la gente sepa de la historia de Cataluña, pero tendrán que ponerla en relación, como mínimo, desde el Compromiso de Caspe, con la historia de España, porque si no, nos quedamos anclados. Claro, como es lógico, habrá visiones distintas de la historia. Se podrá valorar el Compromiso de Caspe de una manera o de otra, pero hay una historia común, como también es historia común la de Europa. No puedes explicar la historia de Cataluña, ni de España, sin entender lo que representaron los Borbones en Francia, o Napoleón, o la Revolución francesa. Lo hemos de saber, la historia del Imperio británico no es la historia de los británicos, es también un poco mi historia. Y la historia de Flandes, por descontado, condicionó muchísimo la historia de España. Por lo tanto, si no tenemos bases muy sólidas y vamos localizando cada vez más los conocimientos, estaremos formando gente muy poco apta para enfrentarse con la globalización, que precisamente requiere tener identidades muy sólidas, pero capacidad de comprensión de lo que es el fenómeno en general. Y esto creo que no lo estamos haciendo bien. Yo siempre digo que soy partidario de la enseñanza laica, lo cual no significa desconocer lo que es la Biblia. Usted irá a misa o no, se querrá confesar o no, creerá en la Iglesia católica o no, pero usted forma parte de una civilización que sin la Biblia y sin Jesucristo no tiene sentido. Insisto, no se trata de enseñar los diez mandamientos como religión, pero los diez mandamientos son una base muy sólida de la civilización greco-romana-judeo-cristiana. Todo esto forma parte de los valores de la vida, de los valores de la libertad, muy propios de nuestra civilización.

¿Qué opina de las diferencias entre la enseñanza pública y privada?

Soy partidario de lo que ya defendí en la elaboración de nuestra Constitución, de la libertad de enseñanza, que quiere decir que todos pueden poner centros escolares pero no exime a los poderes públicos

de su obligación de garantizar un sistema público de enseñanza de calidad. ¿Este sistema público tiene que hacerse a través del sistema de concertos o no?, esto será opinable. Yo defiendo el sistema de concertos, compatible con otros que quieran tener sus escuelas totalmente privadas. Ese es el sistema que tenemos en Cataluña, y me parece bueno. Pero no me preocupa tanto la organización del sistema como la calidad de la enseñanza.

Usted fue uno de los ponentes de la Constitución de 1978. ¿En qué medida considera importante que los escolares españoles conozcan nuestros principios constitucionales?

Siempre explico que la Iglesia católica ha durado dos mil años sobre la base de diez mandamientos, que luego incluso se reducen a dos. Si las grandes filosofías no se pueden reducir a dos principios básicos, malo. Nuestros estudiantes, nuestros jóvenes, tienen que conocer los grandes principios de la Constitución. Tienen que saber que fundamentalmente nuestra Carta Magna consagra un sistema de libertades en un marco de reconocimiento y respeto al pluralismo, en una situación que garantice la convivencia. Esta es la base. Es decir, quiero ser libre, pero mi libertad debe respetar la de los demás, porque vivimos en una sociedad plural, de individuos plurales, de colectividades plurales, y todo esto tiene que resolverse sobre la base de la convivencia. A partir de aquí nos podemos organizar como mejor nos parezca. Pero los escolares españoles deberían tener muy clara esta idea, y deberían saber que llegar hasta aquí nos ha costado mucho, y que estos veintinueve años de vida constitucional son los primeros de estabilidad democrática que España vive en su etapa moderna y contemporánea.

¿Dónde situaría el origen de su vocación política?

En mi familia he vivido en un ambiente politizado, que no quiere decir militante, sino de interés y vivencia profunda de la política. Mi padre sufrió el exilio como consecuencia de su vocación política. Nos sentimos comprometidos durante la segunda guerra mundial por la causa de los aliados contra Hitler. Éramos antifranquistas, y yo viví siempre un compromiso democrático y catalanista. Por eso siempre he dicho que nunca tomé la decisión de dedicarme a la política, sino que

me encontré inmerso en ella. Ya en la escuela tenía la sensación de pertenecer a un grupo de resistencia, viví las primeras huelgas de los tranvías como un hecho próximo, el gobierno se tambaleaba, el régimen parecía que llegaba a su fin. Todo eso lo vivía con ilusión. Entré en la universidad y me encontré manifestándome y haciendo la resistencia. Cuando terminé la carrera, seguí comprometido con la causa, bien intentando construir respuestas sólidas ante el franquismo, bien defendiendo a gente en consejos de guerra o lo que fuere. Me encontré diputado. Posteriormente me encontré haciendo la Constitución. En realidad la única decisión que he tomado conscientemente con relación a la política ha sido abandonarla. Dejarla en cuanto al activismo político. Otra cosa es que yo me sienta comprometido con el proyecto de mi partido y con las grandes ideas que todos defendemos.

¿Y por qué decidió abandonar la política activa?

Porque creo en la renovación política. Por eso pensé que para mí no era bueno instalarme definitivamente en el paisaje político. Si en realidad esto era una vocación, cumplí con ella, trabajé, hice lo que tenía que hacer en política, y ahora es bueno que vengan otros, que al principio nos parecerá que lo hacen peor, siempre pasa, pero que luego lo harán mejor. Yo soy representativo de un momento y no tengo por qué intentar perpetuar mi forma y mi manera de pensar en situaciones que pueden requerir otros estilos. No critico a los que no lo quieran hacer o a los que lo hacen de otra manera. En mi caso, teniendo este pensamiento, seguir actuando en la política hubiera sido una incoherencia grande.

Volviendo al terreno de la educación, ¿qué cualidades cree usted que debe tener un buen maestro?

Sobre todo, paciencia y vocación. Si la enseñanza se convierte en un mero ejercicio burocrático de la función, resulta insoportable. La pedagogía requiere mucho amor hacia el alumno, y mucha paciencia, porque el chico no aprende fácilmente, el chico lleva a la escuela los conflictos de casa, sus problemas psicológicos, sus debilidades, sus emociones, lo lleva todo, y el profesor tiene que tener una antena muy especial para ir captando el momento psicológico del alumno y ayudarlo. Esto sin voca-

ción es imposible. A partir de aquí, si saben más o menos, y si tienen que aprender la lección antes de entrar, no lo valoro tanto como la actitud. Es una cuestión de generosidad, de entrega a sus alumnos, de vivir con ellos esta aventura tan apasionante que es construir personas.

¿Qué tipo de relación mantenían sus padres con sus profesores?

Tenían una sintonía total tanto con la dirección de la escuela como con los profesores. Eran, más que conocidos, amigos. Tenían con el colegio una complicidad personal, social e incluso ideológica que hacía las cosas más fáciles para mí. Por ejemplo, el domingo por la mañana, en los jardines de las escuelas, solía haber una audición de sardanas y allí iban mis hermanos, sus amigos, y a veces mis padres. O el domingo por la tarde íbamos también allí a una sesión de cine abierta al público. Yo nunca tuve la sensación de que mis profesores fueran mis adversarios. Nunca se me ocurrió poder decirle a mis padres que un profesor me trataba mal, porque no lo hubieran creído.

Usted es padre de cuatro hijos. ¿Qué diferencias ha observado entre su educación escolar y la de sus hijos?

Muy poca diferencia, porque también tuve mucha suerte con la escuela de mis hijos, que fue el Instituto Técnico Eulalia. Allí les fue de maravilla, y solo tengo motivos de agradecimiento, porque les formaron bien. Creo que la máxima aspiración de un programa educativo es la formación básica. No soy partidario de una disciplina muy rígida, sino de educar a los jóvenes en unas normas que ellos mismos aceptan y se comprometen a cumplir con responsabilidad. Yo nunca me preocupé de si mis hijos estudiaban o no. He tenido la suerte de que les ha ido bien. Y en parte el mérito se lo atribuyo a la escuela. Lógicamente, puede ser que ellos fueran de buena pasta, que nosotros acertáramos como padres, pero la escuela les ha enseñado a ser responsables.

Aunque a sus hijos les ha ido bien, usted reconocerá que sigue existiendo un alto porcentaje de fracaso escolar; ¿no cree que se debe en parte a los centros educativos?

En cierta ocasión, el presidente Pujol se enfrentó con unos maestros porque dijo que pretender que el fracaso escolar es solo responsa-

bilidad de la Administración o de los padres es un absurdo. Es decir, todos tenemos algo que ver. Los padres, que se desentienden excesivamente o contradicen el programa de la escuela. La Administración pública, que no resuelve con eficacia ciertos problemas de funcionamiento de los centros educativos. Y los maestros también tienen una parte de responsabilidad. Es evidente que el fracaso escolar es un grave problema, yo lo puedo decir por mi experiencia como profesor universitario. A mis alumnos no les exijo demasiadas cosas, necesito que me entiendan cuando hablo, que sepan decirme lo que no entienden, que sepan explicar lo que entienden, que sepan redactar, que sepan leer, que tengan interés por descubrir, por opinar, por polemizar. A partir de aquí, si saben más o menos leyes —y así se lo digo a mis alumnos—, no me parece tan importante, ya las aprenderán después. Y hemos de reconocer que a la universidad nos llegan muchos alumnos muy limitados, con una formación básica insuficiente, que la estructura universitaria a veces no tiene condiciones ni medios para subsanar.

JUAN CARLOS RODRÍGUEZ IBARRA

«Cuando le enseñé al maestro lo primero que había escrito en mi vida y me dijo que estaba bien, me sentí muy orgulloso»



Juan Carlos Rodríguez Ibarra (Mérida, Badajoz, 1948). Presidente de la Junta de Extremadura desde 1983. Diputado de la Asamblea Autónoma por Badajoz. Secretario general del PSOE de Extremadura. Profesor titular de la Facultad de Ciencias de la Educación de la Universidad de Extremadura. Ha sido diputado por Badajoz en el Parlamento español. Fue consejero de Sanidad y Seguridad Social del primer gobierno preautonómico y participó en la elaboración del Estatuto de Autonomía para Extremadura. Fue presidente de la Junta Regional de Extremadura hasta la aprobación de su Estatuto de Autonomía en 1983.

¿Es posible que entre las prioridades de todo un presidente autonómico estén el acompañar cada mañana a su hija al colegio o el sentarse con ella un rato cada tarde para ayudarle con sus deberes, siempre que sus ocupaciones le dejen tiempo? La respuesta es sí. Juan Carlos Rodríguez Ibarra lo hace. Quizá las dimensiones tan humanas de la ciudad de Mérida le ayuden a ello. Quizá el hecho de haber ejercido como maestro le haga ser consciente de la importancia que esos pequeños detalles cotidianos tienen en el proceso educativo de cualquier niño. Rodríguez Ibarra nos ha citado en la sede de la Presidencia de la Junta de Extremadura, que está en un bello edificio del siglo XV construido sobre una de las esquinas de la alcazaba árabe de Mérida. Desde el primer momento de la entrevista podemos comprobar con agrado que el presidente es un gran conversador. Disfruta hablando y también sabe escuchar. Basta sugerirle un tema para que espontáneamente comience a explorar todos sus matices. En sus experiencias infantiles, tanto escolares como familiares, encuentra los orígenes de su futura militancia política. Creció en el seno de una familia con escasos recursos económicos, pero gracias a la capacidad de sacrificio de sus padres pudieron salir adelante con dignidad. Su primera gran decepción no se produjo por no poder disfrutar de los juguetes que sus padres vendían en casa por Reyes, sino cuando se enteró de que Don Quijote y Sancho no eran seres reales, sino personajes de ficción.

Si le parece, podemos comenzar hablando de sus primeros recuerdos de la infancia.

Procedo de una familia republicana de Madrid. Mi padre, tras perder la guerra, termina en un campo de concentración, y cuando sale tiene que dejar Madrid porque allí no puede vivir. Y entonces mi ma-

dre, que ya tenía dos hijos, piensa que le gustaría irse a un sitio donde hubiera muchas flores, porque a ella le gustan mucho. En Madrid le dijeron —alguien que no conocería muy bien Extremadura— que aquí había muchas flores, y se vinieron a Mérida, donde nací yo. De modo que soy el primer extremeño de mi familia. Éramos una familia humilde, con muchas dificultades, porque mi padre tenía el famoso carné de depurado político, lo cual le impedía en gran medida el acceso al mercado laboral. Mi padre se ha ganado la vida fundamentalmente haciendo pólizas para un agente de seguros. Él no figuraba en la nómina de la compañía, pero hacía el trabajo para otra persona que cobraba la comisión y después le daba una parte. Así hemos vivido. No hemos pasado hambre, porque creo que en aquel tiempo la gente hacía virguerías para darle de comer a sus hijos y porque mis padres han tenido siempre una gran capacidad de sacrificio. Mi padre no ha ido al fútbol nunca, no ha ido de vacaciones en su vida. Recuerdo que en mi casa vendíamos juguetes para los Reyes; aquello era tremendo, tú veías los juguetes cómo iban saliendo todos los días y no te quedabas con ninguno. En fin, vivíamos como se podía, pero con decencia, en un barrio maravilloso de Mérida, al que llamaban «el barrio rojo», donde habitaban los ferroviarios. Mérida en la República era el gran centro de una red ferroviaria importantísima porque cubría prácticamente todo lo que hoy es Castilla-La Mancha, Extremadura y Andalucía. Y aquí estaba lo que llamaban *el depósito*, adonde venían todas las máquinas de entonces a repararse. Era un barrio republicano, pero muy solidario, muy solidario. Los muchachos a veces comíamos o merendábamos en casa de los vecinos. Con el tiempo me di cuenta de que aquello podía significar una gran ayuda para una familia en paro o con el marido enfermo. Siempre he recordado aquel ambiente con mucho agrado. La prueba es que cuando vine a Mérida otra vez a presidir la Junta busqué un sitio para instalarme que está justo al inicio de aquel barrio donde transcurrió mi infancia. No lo hice conscientemente, pero allí vivo ahora.

¿A qué edad fue a la escuela por primera vez?

A los seis años, como la mayoría de los muchachos en una época en la que no había posibilidad de educación infantil, ni de guarderías; existía lo que se llamaba la «escuela de los cagones», adonde se iba lle-

vando la sillita de tu propia casa, pero costaba algo de dinero, y por lo tanto yo no lo hice. Así que a los seis años fui a la escuela del Calvario, que estaba enfrente de mi casa. Actualmente sigue existiendo en el mismo sitio y se llama colegio Federico García Lorca. Allí tuve profesores que más tarde descubrí que eran de izquierdas, porque en ese momento no podías apreciarlo, con seis años no sabías lo que era la izquierda ni la derecha. Recuerdo que había uno que se llamaba don Fermín, y tenía auténtica obsesión con *El Quijote*; con sus explicaciones nos metía muchas ideas de izquierdas. Por cierto, a mí con *El Quijote* me ocurrió una cosa curiosa. Durante muchos años yo estaba convencido de que Don Quijote y Sancho eran seres de verdad, y a los dieciséis o diecisiete años me llevé una auténtica decepción al enterarme de que eran personajes de ficción; me sentí como engañado. Después, coincidiendo con el *boom* de la literatura hispanoamericana, leí algunas cosas de García Márquez que me recordaron lo que me pasó con *El Quijote*. También llegué a la conclusión de que el fenómeno del *boom* tenía que estar no solo permitido, sino incluso incitado por Estados Unidos, porque es posible que a muchos lectores del mundo entero les ocurriera con las grandes novelas hispanoamericanas lo que me ocurrió a mí de niño con *El Quijote*, pero en el sentido contrario, o sea, considerar la realidad de las dictaduras latinoamericanas como una ficción, que, por ejemplo, cuando lean *El general no tiene quien le escriba*, piensen que ese generalote bruto y ceporro no existe, que es simplemente una ficción de García Márquez. Por eso yo pensé: «¿No será que Estados Unidos está potenciando que esta literatura se venda como ficción cuando está haciendo una denuncia de la realidad?» Volviendo al tema, tengo muy buenos recuerdos de aquella escuela y de sus maestros. Allí aprendí a leer y a escribir. Me acuerdo perfectamente de mi primera experiencia con la escritura. Cuando yo lo hice y se lo enseñé al maestro, a don José, y me dijo que estaba bien, fue muy importante para mí, me sentí muy orgulloso. En mi casa no había mucha tradición de lectura o escritura porque bastante tenían con sacar adelante a la familia.

¿Cuánto tiempo estuvo en la escuela del Calvario?

Desde los seis hasta los once años. A esa edad mis padres tomaron una decisión creo que acertada y equivocada a la vez, que fue llevarme

como externo al colegio de los Salesianos de Mérida, que abrió ese año con un internado y un externado. Allí experimenté la terrible discriminación que había entre los que eran hijos de gente con recursos y los externos, que la mayoría procedíamos de familias humildes a las que costaba mucho pagar las mil y pico pesetas que me parece costaba la enseñanza en ese tiempo. Recuerdo que de vez en cuando aparecía el prefecto en el estudio y decía en voz alta: «Fulano, Fulano y Fulano llevan tres meses sin pagar.» Con doce o trece años te querías morir o meterte debajo del pupitre. Al rato volvía y decía: «Que salgan Fulano y Fulano, que el director va a tomar las pastas con ellos porque le han traído un regalo por el día de su cumpleaños.» Aunque por otro lado, en los Salesianos había una parte positiva: teníamos dos horas de estudio al día por la tarde, lo cual me ha dejado para toda la vida la costumbre y el hábito de leer y estudiar. Ese método de ejercicio diario me ha servido para mucho, aunque también me ha creado una cierta mala conciencia: parece que el día que no trabajas estás engañando, estás defraudando. Pero aquel colegio no era mi sitio; por lo tanto, no guardo buen recuerdo. En algunas ocasiones digo que yo me hice de verdad de izquierdas allí, a pesar de que venía de una familia de izquierdas. Allí vi la gran diferencia que había entre los que tenían y los que no tenían. Y vi también cómo los que tenían, aunque fueran unos zoquetes perdidos, estaban por delante. Es decir, el dinero compraba la educación.

¿Aparte de esos estudios de la tarde, qué tal era la calidad de la enseñanza en ese colegio?

Muy mala. Ahora ya no es lo mismo porque tienen a profesionales dando clase. Precisamente estuve allí no hace mucho en la inauguración del curso, y no volvía desde que salí. Pero en mi tiempo era horrible, porque nos daban las clases los hermanos, yo creo que no eran curas siquiera, seguramente estaban todavía terminando su formación. Aunque a principio de curso llegaba el jefe de estudios y nos leía la plantilla de profesores: «Química, Fulano de Tal», un químico de Mérida, pero a ese no lo veías nunca; supongo que era por si venía el inspector y preguntaba quién nos daba química, poder decir: «El profesor Tal»; pero después la química nos la daba un hermano. A veces el mis-

mo profesor nos daba matemáticas por la mañana y literatura por la tarde. O sea, una enseñanza mala. La prueba es que cuando fuimos a examinarnos del preuniversitario a Sevilla, de treinta y uno que éramos en clase, aprobó uno. Y la mayoría sacábamos buenas notas en el colegio. No sé cómo está la enseñanza privada ahora en cuanto a conocimientos. Siempre he pensado que el profesor que está en la pública es porque ha aprobado unas oposiciones, que no es garantía de nada, pero es más garantía que no aprobarlas. No quiere decir que el que tenga oposiciones es mejor profesor que el que no las ha aprobado, pero tampoco al contrario. Lo que sí es cierto es que en los colegios públicos no hay directrices de nadie para aprobar o suspender, cosa que no siempre ocurre en los privados. Y lo sé por la experiencia de mi mujer, que estuvo trabajando un tiempo en la enseñanza privada. A mi única hija, que tiene ahora nueve años, la tengo en un colegio público porque creo que dispone de mejores medios y mejores profesores, con más experiencia y con menos movilidad, que llevan muchos años enseñando lo mismo; he tomado esa decisión no solo por razones ideológicas, que también, sino por convencimiento desde el punto de vista educativo. No tomaría yo una decisión ideológica que perjudicara a mi hija. Aunque reconozco que es muy difícil decir que toda la enseñanza pública es tan buena, porque en el colegio de mi hija, el Giner de los Ríos, supongo que habrá profesores buenos y malos. Hasta ahora he tenido la suerte de que las profesoras que ha tenido ella han sido magníficas.

¿Le dejan sus responsabilidades políticas seguir de cerca la educación de su hija, hablar con los profesores de vez en cuando?

Para sorpresa del resto de los padres, sí. Voy a todas las reuniones de padres de alumnos salvo que, excepcionalmente, tenga un viaje muy importante. Llevo a mi hija a la escuela todos los días. No empiezo mi actividad profesional hasta las diez de la mañana, porque las nueve y media es la hora de llevar a la niña al cole, también la voy a recoger y hago los *puñeteros* deberes con ella; yo creía que estaban prohibidos, pero parece que siguen en todas partes, la prueba es que incluso el PSOE llevaba en su programa electoral último el que se eliminaran las mochilas y se sustituyeran por un carrito, porque los

niños tienen que llevar los libros y los cuadernos a casa para hacer los deberes. Así que, a pesar de que no dispongo de mucho tiempo, sigo muy de cerca la educación de mi hija; no lo hago obsesivamente para que sea muy competitiva y la primera, cosa que a ella no le gusta nada; no sé si tiene algo que ver con que es hija de quien es, asunto que no tiene totalmente catalogado, pero no le gusta el protagonismo.

Según esa observación tan directa y concreta, ¿qué opina, en términos generales, de la educación escolar actual?

Creo que no está muy bien. En mi opinión habría que cambiar el currículum a marchas forzadas, hablo de lo que conozco más directamente, de los cursos de primaria. Hay excesivas materias. Yo tuve la experiencia de dar clase en Francia durante un año, y a esos niveles —estoy hablando de hace veinte años— no había ni la mitad de las materias que hay aquí. Allí en Francia se potenciaba mucho la lectura y la interpretación de textos, cosa que no ocurre aquí en España porque atiborramos excesivamente a los niños con conocimientos. Con nueve años se estudia *conocimiento del medio*, una asignatura amplísima que incluye lo que era ciencias naturales para nosotros y también sociales. Hace unos días estuvieron estudiando los glaciares, ¿qué falta le hace a mi hija conocer con detalle los glaciares si seguramente nunca los va a ver? Creo que habría que potenciar más su capacidad de lectura. Yo intenté inculcarle a mi hija la lectura desde muy pequeña, con cuentos y demás, y lo conseguí; pero este año ya la ha abandonado por completo porque después de los deberes ya no tiene más ganas de ver un libro. A mí me parece que la lectura es una actividad mucho más instructiva para ir desarrollando las neuronas que no estar aprendiéndose el libro de memoria; porque además los niños, ellos mismos, quieren aprenderse las cosas de memoria, sin pensar, y cuando tú intentas explicárselo dicen que no, que así no es, que hay que aprenderse como lo dice en el libro. La maestra tampoco quiere que memoricen, pero ellos están obsesionados con la memoria, no entienden nada de lo que dice el libro, pero se lo aprenden de memoria. Para mí es una pérdida de tiempo. Estoy observando en mi hija que a medida que va teniendo más tarea incluso va perdiendo la belleza de la escritura, y estoy guar-

dando sus cuadernos. Y creo que es por la velocidad, por las prisas; antes se recreaba haciendo una letra preciosa y unos dibujitos al lado, y ahora ya no; ahora va descuidando la letra, se va esmerando menos, va leyendo menos. Esto lo he visto también en algunos compañeros y compañeras suyas.

¿Qué tipo de estudiante era usted?

En la escuela del Calvario no tengo yo memoria de haber sido ni bueno ni malo como estudiante, porque aquello era una cosa muy homogénea. No recuerdo gente que destacara sobre los demás. Teníamos otros intereses también, aprendíamos porque teníamos que ir a la escuela por obligación; íbamos sin problemas, pero el objetivo era salir y jugar; entonces, ya fuera de la escuela, éramos bastante revoltosos e inquietos; en parte porque vivíamos de otra forma, las calles eran de los peatones, eran nuestras. Por nuestro barrio pasaban muy poquitos coches. La calle era nuestra segunda casa, como un gran patio común. Y además no había diferencias de edad, allí desde los seis años hasta los quince o dieciséis jugábamos todos a lo mismo. También se daba un fenómeno que no existe hoy: entre el mensaje de la casa, de la sociedad y de la escuela no había diferencias. El aborto era malo en la escuela, en la sociedad y en la casa. Hoy el aborto es malo o bueno en función de mil mensajes que te lleguen de lugares o personas diferentes. Eso provoca un mayor despiste pero mucha más información. Es decir, creo que los jóvenes de ahora, respecto a la información que reciben, deben sentirse como cuando entran en una discoteca y empiezan a recibir numerosos impactos luminosos y acústicos de todas partes que les dejan un poco aturridos. También es cierto que al disponer de mayor información pueden decidir más libremente. Antes era impensable que en escuelas distintas se dijeran cosas distintas; ahora, sí. O sea, que se ha ganado muchísima libertad, aunque también desconcierto; antes lo teníamos más fácil, era todo más lineal. Así que no sé si era buen o mal estudiante. En los Salesianos, sí, recuerdo que no era mal estudiante, pero tampoco tengo muy claro que fuera bueno, porque una cosa era lo que decían las notas del colegio y otra el resultado de los exámenes oficiales; lo digo porque yo fui uno de los que cayó cuando nos examinamos de preu en Sevilla.

¿Echa de menos la Mérida de sus años infantiles cuando las calles eran su segunda casa?

Para nosotros, los muchachos de mi tiempo, Mérida era una ciudad en ruinas, incluso teníamos la sensación de que aquellas ruinas eran consecuencia de la guerra que había habido hacía pocos años. Después descubres que no es verdad, que no está en ruinas, sino que es una ciudad monumental y las verdaderas ruinas de la guerra estaban en Badajoz, donde tuvo lugar la gran masacre. En aquel momento la ciudad parecía que se estaba haciendo o que se estaba destruyendo, incluso los propios emeritenses de aquel tiempo llamábamos a nuestros monumentos espectaculares *las ruinas romanas*, y parecía que las estaban tirando pero no terminaban nunca de hacerlo. No teníamos conciencia de vivir en una ciudad con una historia milenaria. Creo que somos los socialistas los que le damos el contenido monumental a Mérida, recuperando precisamente esas ruinas y convirtiéndolas en valor histórico, cultural, turístico. Porque para los que gobernaban antes de la democracia las ruinas romanas eran un obstáculo que se intentaba eliminar lo antes posible. Se oía mucho en Mérida aquello de que «aquí no se puede construir ni hacer nada por las dichosas ruinas». Incluso hubo una masacre de monumentos porque lo importante era construir una torre de doce pisos. Me acuerdo de cuando se hizo la Torre de Mérida, un monstruo, pero aquello era «parecernos» ya a ciudades importantes. Todo eso lo hemos cambiado nosotros, con la ayuda de ecologistas, urbanistas, etcétera. Hemos logrado inculcar en la población esa sensibilidad histórica.

¿Qué opinión le merece la actual ley de educación, la LOGSE, que fue elaborada y aprobada cuando su partido estaba en el Gobierno central?

Respecto a la LOGSE, diré una cosa algo heterodoxa en mi partido: no creo que lo hayamos hecho bien en el tema de la democratización de los centros. La democracia es lo mejor, pero hay que saber aplicarla en cada sitio. No me parece buena la idea de la elección del director de un centro por votación. Creo que es mucho más coherente que sea la Administración la que nombre al director como su representante en el centro. Porque no me entra en la cabeza que pueda haber un director del Partido

Popular poniendo en práctica la política educativa del gobierno socialista, o viceversa; no lo entiendo. Y como creo que la política educativa es eso, *política*, pues hay que aplicarla en función de lo que la mayoría ha decidido, y si la mayoría ha decidido que se aplique la LOGSE con todas sus consecuencias, no puede depender de que alguien lo quiera hacer o no. Por eso estamos viendo que la LOGSE ahora no se pone en práctica porque el ministerio no quiere, pero cuando estaba el gobierno socialista, que sí quería, tampoco se estaba aplicando en algunos sitios. Claro, ¿quién sería el contrapeso para que eso no ocurriera? El consejo escolar; pero no nos engañemos: el consejo escolar es muy poco participativo. Los padres no participan, otra cosa es que estén allí presentes dos o tres representantes de ellos, pero no hay impulso de los padres hacia esos representantes que eligen a principios de año y con los que ya nunca más hablan hasta que terminan su mandato. Así que tenemos unos centros supuestamente democratizados, pero donde no participa realmente la comunidad educativa, sino una parte de ella, que son los profesores, que a su vez eligen al director. Por otro lado, la aplicación de la LOGSE tiene sus ventajas y también algunos inconvenientes. En el aspecto puramente mecánico, no sé si está bien pensado que un crío con once años tenga que desplazarse en autobús a un centro de secundaria. Muchos padres del ámbito rural se quejan, y con razón. Se sienten más seguros si el niño se queda varios años más en el pueblo, con el profesor de siempre. Desde el punto de vista de la calidad, es posible que sea mejor que el niño de once años acuda a un centro de secundaria donde el profesor que le va a dar las clases se supone que tiene una preparación científica superior que el maestro de primaria, y también hay que suponer que tiene mayores conocimientos pedagógicos, lo cual ya es mucho suponer. Respecto al currículum, creo que es una reforma muy bien pensada, una racionalización de lo que había antes. Pero lo cierto es que, al menos en Extremadura, donde todavía no tenemos competencias autonómicas en educación, no se está aplicando correctamente, y por eso no está dando buenos resultados.

¿Por qué decidió usted hacerse maestro?

Después del preu, mi padre, con buen criterio y con poco dinero, me dijo que hiciera algo que él pudiera costear y que me sirviera después para hacer lo que quisiera. Por eso estudié Magisterio. Primero y segun-

do los hice por libre en Mérida en un solo año, porque entonces se podía acceder a Magisterio con cuarto y reválida, y como yo tenía preu, pude hacer dos cursos en uno. Ese año me examiné de treinta y tantas asignaturas, un disparate. Al año siguiente, mi padre me aconsejó: «Sería bueno que te fueras a estudiar tercero a la Normal de Badajoz porque para las oposiciones es interesante que los profesores te conozcan.» Y así lo hice, con un cierto esfuerzo económico de mi familia. El mismo año que acabé Magisterio, aprobé las oposiciones y me fui un curso de maestro a la Puebla de la Reina, un pueblecito que está a 40 kilómetros de Mérida, pero que entonces, con las comunicaciones que había, era como si te fueras a la otra punta de España. Recuerdo que cuando me iba, me despedía de mi familia hasta uno o dos meses después. Allí estuve un año en una escuela semiunitaria donde ejercíamos tres maestros; yo tenía dos cursos, segundo y quinto, lo cual tiene mandanga. Fue un buen año porque aprendí muchas cosas nuevas. Cuando terminé el curso decidí marcharme a Sevilla a estudiar Filosofía y Letras. Pude costearme los estudios y la estancia con lo que había ahorrado ese año —mi sueldo era de 11.500 pesetas al mes—, más la ayuda de mi padre y lo que sacaba con algunos trabajillos que me salieron en Sevilla, vendiendo libros o haciendo sondeos para Alfonso Guerra, que entonces hacía encuestas para empresas norteamericanas. En el último curso me expedientaron, junto con una serie de compañeros de la universidad, entre los que estaban Paco Fuentes, Carmen Hermosín, etc., y decidimos irnos como lectores a Francia, donde pasé un año magnífico. Yo daba clases de español en Nantes, en un instituto llamado Lycée Clémenceau. Volví en junio, aprobé los exámenes y terminé la carrera. Después del verano fui a Badajoz para solicitar mi reingreso en el Magisterio, y allí me encontré con la directora de la Normal, que había sido profesora mía. Cuando le conté que había acabado la licenciatura, me ofreció quedarme en la Normal como profesor. Y allí estuve cinco años. Los dos últimos alternando las clases con mi trabajo de diputado. Allí tuve de alumna a la que hoy es mi mujer. A los cinco años lo dejé para dedicarme exclusivamente a la política.

¿Le gustó la experiencia de dar clase en la universidad?

Muchísimo. Casi más que enseñar, me gustaba prepararme las clases. Todos los días después de comer me sentaba tranquilamente en

casa mientras el sol entraba por la ventana. Me encantaba. Yo tenía un horario de clases muy cómodo: daba nueve horas a la semana, dos horas al día aproximadamente. En aquel entonces la Escuela Normal estaba en un edificio muy cochambroso, no teníamos ni despachos, solo había una pequeñita sala de profesores con una mesa camilla donde tomábamos el cafelito. Recuerdo que yo daba unas clases bastante revolucionarias para la época, lo cual me causó algunos problemas con los demás compañeros. En lugar de sesenta minutos, mis clases eran de cincuenta, y los cinco últimos minutos me iba y dejaba a los alumnos solos para que me examinaran como profesor en lo referente a pedagogía, método, contenidos, etc. Al principio no se lo tomaban muy en serio, pero después lo hacían muy bien. Si algún lunes yo llegaba un poquito en blanco, ellos lo notaban y me suspendían. A mí me servía mucho porque me obligaba a prepararme bien las clases a diario y a elaborar exámenes coherentes. Claro, si ellos me puntuaban en contenido con un ocho o un nueve, significaba que la mayoría de la clase captaba mis explicaciones. Cuando venía alguien y me decía: «Yo no me entero», ya sabía que sería problema suyo porque el resto de la clase no tenía dificultades. Algunos de mis compañeros no estaban de acuerdo con esta novedad, y decían: «Este, porque viene de Francia se cree que va a descubrir las Américas.» Algunas veces también avisaba a mis alumnos: «Esto hoy lo voy a hacer por primera vez; por lo tanto, puede salir bien o mal», y ellos lo entendían; si salía mal ya no lo repetiría más. La docencia es mi vocación, y me ha servido mucho en la política, mucho. Cuando estoy hablando con la gente en un acto público, solo con mirarles a las caras ya sé si me están entendiendo o no. Disfruté mucho con la enseñanza y espero volver a ella algún día.

¿Dónde están los orígenes de su vocación política?

De vocación política institucional, en ninguna parte. Nunca había sido mi intención dedicarme de lleno a la política. Siempre comenté que a mí me pasó —y creo que a muchos de mi generación de izquierdas— lo que les ocurre a los que van a los toros solo por el placer de meterse con el torero. Nosotros estábamos en política por meternos con el torero, es decir, con el régimen, con Franco, y cambiarlo. Pero jamás se me había ocurrido que alguien me diría: «Hombre, déjese usted

de meterse con el torero, póngase un traje de luces y a torear.» Y la prueba es que yo no iba de candidato en las listas de 1977 para el Congreso de los Diputados. Alfonso Guerra, que era amigo mío y compañero de curso, me impuso como número tres con la promesa de que no saldría elegido, porque había que rellenar la lista, ya que entonces éramos pocos militantes. Pero tuve la mala suerte de que salí elegido. Y ahí empieza ya todo a complicarse hasta ahora. Repito que ni he tenido ni tengo vocación de político activo. Incluso creo que nosotros somos de una generación que nos moriremos siendo progresistas, es decir, estando en contra del poder, porque lo que nos gusta es estar en contra del poder. Vocación no tengo, pero tampoco he querido eludir las responsabilidades. Y no me arrepiento, estoy muy satisfecho de haber podido contribuir a estabilizar este país y a hacer de esta región lo que es hoy.

¿Cree que se debe unificar la visión que se tiene de la historia de España desde las distintas comunidades autónomas?

Lo que hay que hacer es no traficar con la historia buscando explicaciones que no son ciertas. Fundamentalmente en las comunidades autónomas nacionalistas se está haciendo una utilización de la historia muy tergiversada, lo cual es malo, porque si se fuera capaz de explicar la historia común de España no de la forma doctrinaria en la que nos la explicaron a nosotros, sino de una manera mucho más libre y abierta, sabiendo que todo ha formado parte de un colectivo, es posible que muchos de los problemas que tenemos se arreglaran. Si fuéramos capaces de que los alumnos en esas comunidades tuvieran una interpretación de su región y su nacionalidad dentro del concepto de una España diversa, todo sería más fácil. Creo que la ministra Aguirre llevaba razón en el fondo cuando quiso potenciar las humanidades, aunque políticamente lo planteara con torpeza. El intentar demostrar que no existe una cultura española creo que es un disparate pernicioso incluso para aquellos que tienen otra cultura además de la española. Hoy, para que alguien fuera un español de verdad, auténtico, debería saber castellano, vasco, gallego y catalán. Pero si empiezan a hacer exclusión de la principal cultura que ha habido y hay, que es la castellana, están provocando rechazo y, por lo tanto, un empobrecimiento terrible de algo que ha sido común durante muchísimo tiempo.

¿Piensa usted que la figura del maestro está suficientemente valorada en nuestro país?

No lo está ni desde la consideración social ni desde el punto de vista económico. Creo que es un disparate que hoy el profesional de la educación cobre lo que está cobrando frente a otras profesiones que tienen un nivel de formación equiparable. Si de mí dependiera, entre un maestro y un catedrático de universidad no habría diferencias salariales, y si me apuran, quien más responsabilidad tiene es el maestro. Es una figura clave. Lo que salga de los primeros años es fundamental, y de ahí además se beneficiará la universidad. Y el nivel retributivo que tiene el maestro hace que tenga muy poca consideración social. Y otra cosa también, los gobiernos deberíamos hacer ciertas campañas explicando exactamente cuál es el trabajo y la responsabilidad del profesional de la educación. Probablemente esté hablando ahora desde mi corporativismo, pero eso de que los maestros no trabajan, que tienen muchas vacaciones, etc., habría que explicarlo desde el punto de vista pedagógico. Sería un disparate que los niños tuvieran un año seguido de clase; los niños necesitan descansos, no los maestros, sino los niños; pero es que también la enseñanza es una de las profesiones que más estrés provoca. En el cuerpo, como en todas partes, hay gente que se preocupa de verdad por su profesión y otros que no, pero en líneas generales creo que hay mucha más gente entregada, que lucha y que intenta estar al día a pesar de los continuos cambios de sistema educativo. Porque a veces tengo la sensación de que cada ministro intenta hacer su plan. Habría que intentar no mover ya los planes de estudio en mucho tiempo y centrarnos en terminar con lo que yo llamo el «éxito del sistema», es decir, el fracaso escolar. El papel del maestro es fundamental en la sociedad. Buenos maestros hacen una sociedad diferente, pero para que haya buenos maestros tienen que estar mejor pagados y valorados. Y el que crea que la enseñanza es fácil, que se meta en un aula con veinticinco muchachos, les enseñe y les inculque lo que en la mayoría de sus casas no hacen: el placer de la lectura, el amor por la ciencia y la cultura, sin el apoyo de la familia y con el enemigo de la televisión.

FRANCISCO RUBIO LLORENTE

«En el internado a veces hacía problemas de matemáticas o traducciones de latín para mis compañeros a cambio del bocadillo»



Francisco Rubio Llorente (Berlanga, Badajoz, 1930). Catedrático de Derecho Constitucional de la Universidad Complutense de Madrid. Director del Programa de Estudios Europeos del Instituto Universitario Ortega y Gasset. Doctor *honoris causa* por la Universidad de Oviedo. Ha sido director del Centro de Estudios Constitucionales, secretario general del Congreso de los Diputados y magistrado y vicepresidente del Tribunal Constitucional. Dirige, desde su fundación, la *Revista Española de Derecho Constitucional*. Autor de numerosos estudios de Derecho Constitucional publicados en libros colectivos y en las más destacadas revistas de la especialidad, tanto españolas como extranjeras, de cuyos consejos editoriales forma parte en muchos casos.

Era casi el momento de terminar y aún no le habíamos preguntado por su etapa universitaria. El tiempo ha transcurrido en un abrir y cerrar de ojos. Las vivencias escolares de Francisco Rubio Llorente fueron tan intensas y su forma de narrarlas tan cautivadora que no nos hubiera importado quedarnos otra hora más charlando con él. Imposible. El profesor Rubio Llorente tiene una mañana ocupadísima. Mientras bajamos las escaleras del Instituto Universitario Ortega y Gasset de Madrid nos asaltan dos sensaciones: que nos ha sabido a poco y que lo que nos ha contado podría ser la base de un magnífico guión de cine. Los escenarios serían muy variados: la escuela de un pueblecito extremeño llamado Berlanga, la habitación de un padre enfermo que pide a su hijo que le lea novelas, un vagón de tren con un niño que regala viandas a un soldado para que le ayude a trasladar su equipaje, un internado en Valladolid en el que ocurren todo tipo de hechos pintorescos. El protagonista sería un muchacho inteligente, trabajador y apasionado por las matemáticas que cuando termina el bachillerato decide inexplicablemente hacer la carrera de Derecho.

¿Cuáles son sus primeros recuerdos infantiles relacionados con su educación?

Mi educación comenzó, como la de todos, en el seno de la familia. En mi caso, una familia de clase media: mi padre era médico y mi madre venía de una familia de agricultores acomodados, bien arraigada en la comarca. Cómo se produjo esa educación en los primeros años de mi vida es cosa que naturalmente no sabría precisar, aunque tengo recuerdos muy vivos de algunas conversaciones y escenas. Hay una en la que, muy pequeño, capaz apenas de tenerme en pie, apoyado en el

quicio de la puerta, miro a las niñas de las escuelas pasar cantando por mi calle; llevan baberos blancos y, me parece, flores de papel. Yo creo que esa escena guarda alguna relación con la proclamación de la República, cuando yo tenía ya algo más de un año, pero nadie me lo ha confirmado (aunque tampoco negado). Supongo que esas escenas que recuerdo y quizá otras que no recuerdo y que solo el psicoanálisis me permitiría traer a la conciencia, han influido en la formación de mi personalidad, y por lo tanto son parte de mi educación, quizá la más importante. Como la educación suele identificarse con un proceso deliberado de transmisión de conocimientos y formación del carácter, dejaré de lado sin embargo en lo que sigue este proceso «espontáneo», aunque en mi educación, como en la de todos los «niños de la guerra», la vivencia de esta ha sido decisiva.

¿Cuándo comenzó a asistir al colegio?

El primer aula que pisé fue el de la escuela pública de mi pueblo, Berlanga, una pequeña localidad del sur de Extremadura. Tengo un vago recuerdo de haber ido todavía algún día a la escuela antes de que empezase la guerra civil, pero es un recuerdo muy difuso porque entonces tenía yo unos cinco años. Comencé a ir a la escuela de don Marcial, que era un maestro con fama de severo, amigo de mi padre y republicano. Fue por poco tiempo y seguramente en los meses previos al comienzo de la contienda. Inmediatamente después vino la guerra y durante los primeros tiempos creo que no hubo clases. Después se reabrieron las escuelas públicas y en los primeros meses al menos, quizá durante el primer curso, lo que teníamos eran maestras porque los profesores estaban en el frente. Yo tuve una maestra que se llamaba doña Pura, de la cual también tengo recuerdos muy vagos. El grupo escolar de mi pueblo tenía cinco aulas de chicos y otras cinco de chicas. Todavía no había terminado la contienda cuando apareció por allí un maestro que venía a dar clase en un aula que no era la mía, y me llamó mucho la atención porque vestía un uniforme que ahora llamaríamos paramilitar. Después, con la desmovilización vinieron unos maestros que, de hecho, la mayoría habían estado ya allí, y a mí me tocó uno que se llamaba don Nicolás. Algunos, como mi don Marcial, no volvieron jamás.

¿Cómo era don Nicolás como maestro?

Era un hombre serio, cordial pese a la seriedad, que se ganaba la vida honestamente. Fumaba mucho, lo recuerdo liándose cigarrillos durante las clases. Creo que se tomaba su tarea o profesión en serio, sin extremos. Era un maestro que cumplía de forma razonable su función. Yo tenía con él una relación muy cordial, y siempre me pareció una persona entrañable. Él fue quien me preparó para el examen de ingreso de bachillerato, que lo hice en el instituto de enseñanza media de Badajoz.

Decía que Berlanga, su pueblo, era pequeño. Pero no lo sería tanto si en 1939 tenía una escuela con diez aulas.

No sé exactamente qué población tenía mi pueblo, porque ha ido decreciendo como ha ocurrido en muchos otros lugares de España con el correr de los años, con el paso de gran parte de nuestra sociedad del sector primario a la industria o al sector servicios. Ahora tiene unos tres mil habitantes, no llega. Entonces es posible que tuviera más, pero no puedo asegurar la cifra.

¿Qué tipo de estudiante era usted?

Era buen alumno. Tenía cierto interés y había aprendido a leer muy pronto, casi sin necesidad de ayuda. Y tan pronto como supe hacerlo, comencé a leer. Primero, creo, las páginas infantiles de revistas (*Estampas, Blanco y Negro*) que se recibían en mi casa o en la de un tío mío, farmacéutico, en la que yo pasaba mucho tiempo. Pronto, también libros, de los que había gran acopio en casa de mi abuela, unida por el patio con la mía. Aunque, como es natural tenía preferencia por los libros de aventuras, me convertía en un lector glotón que se lanzaba sobre todo lo que se ponía a su alcance. Me temo que como todo glotón, asimilaba mal, pero algo ha quedado. Se produjo mi adicción a la literatura en la última enfermedad de mi padre, que murió en 1938 y que ya en los últimos meses de su dolencia me pedía que le leyera novelas porque él tenía dificultad para hacerlo. Recuerdo haberle leído varias novelas de Galdós y de Pereda. También me impresionó mucho *La casa de la Troya*, de Alejandro Pérez Lugín, cuando la leí con

seis o siete años. Mi voracidad lectora me daba ya cierta facilidad para el aprendizaje en la escuela. Por lo demás, era un alumno bastante normal, me peleaba con mis compañeros de clase, en el recreo jugaba con ellos a las cosas que jugábamos los niños de los pueblos.

¿Qué tipo de juegos?

Pues a los que se juega en toda España; eran estacionales, en cada época del año eran distintos. Con el otoño empezaba la época de lo que aquí en Madrid se llama *las canicas* y nosotros llamábamos *los bolindres*, y de lo que aquí en Madrid se llama *pidola* —que consiste en saltar por encima de un muchacho encorvado— y nosotros llamábamos *candaje*. Después, no me acuerdo en qué momento, pero había otra época ya más entrado el invierno en la que se jugaba a un juego precioso que se llama *la billarda*, y era muy complejo; para explicar en qué consiste tendría que describir incluso los instrumentos que se utilizan para jugar y ello nos llevaría más tiempo del que podemos disponer y además sería difícil hacerlo sin el apoyo de medios gráficos. También estaban los juegos que reproducen las tareas del campo —como llevar carritos o arar— y un juego de última hora de la tarde que era *el marro*, más o menos el equivalente a lo que aquí en Madrid se llama *policías y ladrones*. A todo eso jugábamos normalmente en la plaza del pueblo.

Decía que fue a examinarse de ingreso en Badajoz. ¿Qué tal le salió el examen?

No me planteó grandes problemas, lo aprobé sin esfuerzo. Lo que sí recuerdo es que me había llevado mi madre a Badajoz, y al salir del examen compró el periódico *Hoy* en el que venía un gran titular: «Francia se rinde.» Es decir, que me examiné de ingreso el mismo día del armisticio de Francia, el 18 de junio de 1940, lo cual me permite fijar la fecha sin esfuerzo. Después ya se trataba de hacer el bachillerato y eso planteaba unos problemas muy complejos porque mi madre había quedado viuda, éramos tres hermanos, los médicos entonces no dejaban pensión de viudedad y mi madre solo tenía unas poquitas tierras heredadas de sus padres, muy poca cosa; lo cierto es que no teníamos medios económicos. Mi madre estaba angustiada con esa cuestión por-

que quería que nosotros estudiásemos. Hubo suerte y conseguimos que me dieran una beca para un colegio de huérfanos de médicos que funcionaba entonces en Valladolid y también recibía a los huérfanos de la Guardia Civil. Los locales del colegio podían albergar razonablemente quizá a unos trescientos alumnos internos, y estábamos unos mil doscientos. De manera que había un tremendo hacinamiento. Cuando yo llegué allí el colegio pertenecía a un empresario independiente, y en realidad era un colegio extremadamente pintoresco. Lo más parecido que he encontrado a ese colegio son algunas escenas o descripciones de las novelas de Dickens, pero prefiero no entrar en detalles.

¿A qué se refiere exactamente con el adjetivo pintoresco?

No sé. Es difícil definirlo en pocas palabras. Simplemente les diré que la primera vez que vi un preservativo fue a los once años cuando lo saqué con la cuchara del plato de la sopa; supongo que como rasgo pintoresco no está mal. Era un lugar caótico, duro para un muchacho de mi edad. Pero aquello cambió muy pronto. No sé cómo sucedieron las cosas porque naturalmente yo era un niño, pero el Patronato de Huérfanos de Médico debió de darse cuenta de que esa situación era insostenible, y como era el principal cliente del colegio supongo que presionó para que el centro fuera vendido a la congregación religiosa de los Hermanos Maristas. Y en ese mismo colegio, pero ya dirigido por los maristas, concluí mi bachillerato.

¿Se notó mucho el cambio de titularidad?

Fue radical, y creo que para bien. Comenzó a haber un orden razonable, probablemente un orden que ahora nos parecería excesivo en muchos aspectos, y mucha disciplina; pero un mínimo de orden era por completo imprescindible. Pasó de ser un colegio pintoresco a ser un colegio normal, con los defectos que tenían los colegios religiosos de la época y que no sé si siguen teniendo. Allí tuve algunos profesores que recuerdo muy bien. Por ejemplo, el hermano Eduardo, que nos daba clase de historia y era un hombre bondadoso; tengo de él un recuerdo espléndido. Sobre todo era un melómano fanático, ponía un empeño realmente notable —con los pocos medios de que se disponía— en hacernos entender la música y aficionarnos a ella. También

tuve un profesor de griego al que después me he encontrado en alguna ocasión que a mí me parecía excelente. Y ya en los últimos años dos profesores jóvenes, uno de literatura y el otro de matemáticas, con los que me sentía muy bien. Eran hermanos maristas y probablemente los dos estaban haciendo sus respectivas licenciaturas en ese momento, no me acuerdo de los nombres, creo que uno se llamaba José. Recuerdo sobre todo al de matemáticas; a mí me gustaban mucho las matemáticas y a él también, por supuesto. Teníamos una relación que se salía de lo normal porque me traía con frecuencia los problemas de la facultad y los comentábamos y analizábamos juntos.

¿Y la relación con sus compañeros? En un internado como aquel debió de ser especialmente intensa.

Claro. Fueron siete años de un internado intensivo porque, como en mi casa faltaban medios económicos, yo solo iba de vacaciones en Navidad y en verano, de manera que me pasaba allí de octubre a diciembre y de enero a junio. Entre nosotros —chicos que conviven a lo largo de siete años, día y noche, sin apenas vacaciones— se establecían relaciones prácticamente fraternales. Aún conservo muchas amistades de aquella época. Por ejemplo, el médico que en teoría se cuida de mi salud aquí en Madrid es un compañero de colegio. Aunque no ha sido fácil mantener las relaciones porque, como era un colegio al que acudía gente de toda España, después como es natural nos hemos dispersado aún más de lo que es habitual.

¿Sigue existiendo ese colegio en la actualidad?

Sí; lo que pasa es que ya está en otro edificio en otra parte de la ciudad, más a las afueras. El viejo se vendió y el actual es mucho más amplio y suntuoso, con grandes campos de deporte y otras instalaciones. La sede del colegio donde yo estudié estaba en la calle Torrecilla, en el centro de Valladolid, muy cerca de la casa en la que nació Zorrilla, en una zona que tenía también su «picante», pero, en fin, no habremos de eso ahora. Allí pasé el examen de reválida con el que se culminaban entonces los estudios de bachillerato. Yo había sacado sobresaliente en dicho examen y me quedé en el colegio cuando acabó el curso para presentarme a otro examen para la obtención del premio

extraordinario. Recuerdo esos quince días en los que me quedé solo en el colegio esperando dicha prueba, en la que por cierto no conseguí el premio. Esa memoria la tengo muy viva y en especial el momento en el que después de haber hecho ese último examen salí del colegio como a las seis de la mañana para coger el tren que me llevaría de vuelta a casa. Me quedé un rato frente a la fachada del colegio pensando que allí terminaba una etapa fundamental de mi vida y que probablemente no volvería nunca más allí, como así ha sido.

Era el último viaje de los numerosos que tuvo que realizar durante los siete años de internado.

En efecto. Los viajes de alguna manera también fueron parte de mi educación. Para ir de Berlanga a Valladolid en tren yo salía de mi pueblo aproximadamente a las doce de la mañana para coger el tren en Llerena, que está a 15 kilómetros de mi pueblo, un tren que pasaba hacia las dos de la tarde y me llevaba de Llerena a Mérida, que son casi 100 kilómetros pero tardaba cinco horas. Entonces, en Mérida hacía una parada de tres horas, y reanudaba el viaje a las diez de la noche para ir hasta Cáceres, adonde llegaba alrededor de las doce de la noche, y allí tenía que coger otro tren que salía a la una de la madrugada para ir desde Cáceres a Salamanca; ese tren también hacía una parada larguísima en Plasencia, esperando un expreso que venía de Lisboa o algo así, y llegábamos a Salamanca hacia las ocho o las nueve de la mañana, y entonces tenía que pasar el día entero allí porque ya no había un tren hasta la noche, que llegaba no a Valladolid, sino a Medina del Campo, donde había que esperar desde las tres a las seis de la madrugada, cuando cogía otro tren que ya me dejaba en Valladolid a las ocho o las nueve de la mañana. De manera que yo tardaba como treinta y seis horas o casi dos días en hacer el viaje, y además llevaba mucho equipaje, porque no solo necesitaba ropa de invierno, sino para pasar el año entero allí. También llevaba vituallas, porque en los colegios entonces —por lo menos en el mío— la comida era insuficiente y casi todos los internos llevaban algunas viandas para complementar. Yo los primeros años no podía con todo el equipaje. Después, cuando tenía catorce o quince años, sí, pero en los primeros años no tenía fuerzas para cargar con todo; entonces mi madre me solía proveer de una caja

de zapatos, de cartón, con unas tortillas y unos trozos de embutido y jamón, y cuando yo llegaba al tren me apresuraba a obsequiar a algún soldado —los trenes de entonces estaban llenos de ellos— que me ayudaba después en los trasbordos a trasladar mi equipaje. De esos viajes tengo muchas anécdotas.

¿Puede contarnos alguna de esas anécdotas «ferroviarias»?

En el tren siempre viajaba con gente muy diversa, sobre todo en el trayecto de Cáceres a Salamanca. En aquellos años hacían ese trayecto gran cantidad de lo que llamaban estraperlistas, y que en realidad eran contrabandistas de café, pobres mujeres que se ganaban la vida trayendo café de Portugal, y eran perseguidas más o menos por la Guardia Civil. Por lo tanto, ellas tenían que tomar sus precauciones, que redundaban frecuentemente en graves molestias para los pasajeros, sobre todo para los chicos. Uno de los trucos habituales era que vestían dobles faldas y allí llevaban metidos los paquetes de café, con lo cual ocupaban un volumen inmenso, y cuando le tocaba a uno al lado en el asiento pues no solo tenía que viajar muy encogido, sino que además protestaban violentamente en cuanto uno se movía por el temor de que le pudiera reventar alguna de aquellas bolsas de café. Pero, bueno, esto ya se sale un poco del tema.

¿Podría describir la rutina de un día normal en la vida de un internado de la época?

Nos levantábamos a las siete y media o así, temprano. Había un tiempo para lavarse y asearse. Una de las cosas que nos sorprendió muchísimo cuando llegaron los maristas es que nos dijeron que el aseo personal había que hacerlo en silencio, porque el año anterior aquello era un guirigay. Después de asearnos bajábamos en filas a la capilla, donde había misa diaria.

¿La misa diaria también era otra novedad con respecto al curso anterior?

Sí, sí, por supuesto. Después de la misa teníamos el desayuno y luego había un pequeño recreo en el que jugábamos al fútbol, aunque ya en los últimos años yo jugué mucho al baloncesto. A continuación

venían las clases, que debían de ser aproximadamente de tres cuartos de hora, pero se agrupaban de manera que había recreos de un cuarto de hora cada varios períodos de clase, así hasta la hora de comer. Tras la comida había un recreo un poco más largo, de una hora, donde de nuevo jugábamos al fútbol, y después seguíamos las clases hasta las cinco y media o seis; no sé si la hora de finalización de las clases cambiaba con las épocas del año. Había una hora de estudio todavía antes de cenar. Estos períodos de clase o estudio de la tarde estaban sincopados también por recreos. Y creo que antes de cenar se volvía a la capilla y se rezaba el rosario. Después de la cena había todavía otro rato de recreo aprovechable en el verano y muy escasamente en invierno, tras el cual nos íbamos ya a la cama. Ese era más o menos el ritmo habitual. Los jueves por la tarde íbamos a jugar al fútbol a un campo de deportes y salíamos del colegio, o a dar un paseo en fila por los alrededores de Valladolid. Los sábados por la tarde creo que había clases todavía, y ya el domingo era de asueto entero.

¿Tenían posibilidad de salir libremente del colegio a pasear por la ciudad los días de vacaciones?

No, no. Para eso se tenía uno que espabilar. Siempre había formas de buscarse la vida. Por ejemplo, uno de los medios que yo utilicé era ofrecirme para dar catequesis en una parroquia de los alrededores, San Martín creo que se llamaba; eso lo autorizaba a uno para salir, y una vez que estaba fuera, carretera y manta. Luego siempre se encontraban procedimientos y pretextos para no volver al colegio hasta la hora de comer. Después, cuando estábamos en cuarto o quinto de bachillerato, nos autorizaban también para ir a ver el fútbol al campo del Valladolid, y esa era otra forma de salir solos. También había otras vías. Recuerdo a este respecto una anécdota que tengo muy viva. Estando en quinto o sexto de bachillerato se estrenó en Valladolid aquella famosa película de Rita Hayworth, *Gilda*, y había entre mis compañeros un entusiasmo tremendo por verla. Entonces un jueves en que habíamos ido a jugar al fútbol debía de haber dos partidos y nosotros jugábamos el primero, así que cuando terminamos otros dos amigos y yo nos escapamos y nos fuimos corriendo a ver *Gilda* al cine Zorrilla. Allí estábamos tan tranquilos disfrutando de la película cuando vino

un hermano marista a buscarnos. Recuerdo que venía con el acomodador y le pidió a este que iluminase los pies de la gente, y claro, vio tres tíos con botas de fútbol y eso le permitió identificarnos sin esfuerzo alguno. Nos sacó a mitad de la película. Fue un verdadero chasco porque no pudimos verla entera.

Aparte de esas pequeñas travesuras, por lo que ha comentado antes, usted sería uno de los primeros de la clase.

Sí, habitualmente lo era. En los Maristas nos daban cada quince días las notas y el *ranking*. Lo normal es que fuera el primero o el segundo. Incluso a veces utilizaba mis habilidades académicas para complementar la dieta. Por ejemplo, les hacía problemas o traducciones de latín de vez en cuando a los externos a cambio del bocadillo.

¿Cuáles cree usted que eran las claves de su excelencia académica?

No lo sé. A mí me ha gustado siempre estudiar y supongo que lo hacía bastante o las horas de estudio las dedicaba con más intensidad que otros amigos o compañeros. La verdad es que sí tenía gran afición al estudio, y un interés que quizá no tenían mis compañeros por las matemáticas. Esta materia me divertía mucho. Recuerdo haber pasado en más de una ocasión la hora de la capilla, de la misa —aunque está feo que lo diga—, haciendo problemas; me lo pasaba bien realizando demostraciones y cosas por el estilo.

O sea, que las matemáticas era su asignatura favorita; ¿cuáles eran las que menos le gustaban?

La verdad es que mi desgracia en este mundo es que me ha gustado siempre todo. He tenido no una curiosidad goethiana, pero sí una curiosidad universal. Solo me aburrían especialmente las ciencias naturales, una asignatura a la que no le encontraba ningún sentido con toda esa serie de sistemas taxonómicos, de rocas, de insectos. Pero en general el resto de las cosas que había que estudiar en el colegio me divertían mucho. Creo que lo fundamental de mi aprovechamiento es que tenía una curiosidad muy viva por todo lo que se nos enseñaba.

Además de su propia curiosidad, ¿le influían los profesores en el hecho de que alguna asignatura le gustara más que otra?

Seguramente, sí, porque recuerdo que mi desinterés por las ciencias naturales quizá se debiese en parte a que el pobre señor que nos las enseñaba era muy lerdo y tampoco le interesaba mucho aquello. En cambio, es probable que mi interés por las otras materias en parte estuviera apoyado por la personalidad de quien nos las enseñaba. Pero yo tenía una curiosidad tan genérica que incluso cuando el profesor me parecía mediocre yo mantenía el interés; eso me pasó, por ejemplo, con la asignatura de historia, que a mí me divertía pero el profesor que nos la enseñaba me parecía muy cursi, no era una personalidad que me resultase atractiva.

¿Cómo decide un bachiller apasionado por las matemáticas como usted hacer la carrera de Derecho?

Está claro que a mí me hubiera gustado estudiar matemáticas en la universidad, pero la idea en el horizonte de mi familia y de la gente de un pueblo perdido de Extremadura de que las matemáticas o la física eran una cosa que servía para ganarse la vida no estaba muy presente. Entonces, lo más parecido a mi afición eran las ingenierías. Pero en aquella época la ingeniería era —o al menos mi familia y yo lo pensábamos así— una carrera para ricos, porque había que pasar el ingreso en la escuela, que era en realidad la parte más dura, y eso requería estar en Madrid dos o tres años pagando una academia, lo cual escapaba de nuestras posibilidades. Eso me hizo desechar ese género de salida. Pensé en hacer medicina y mi madre casi me lo prohibió; no lo hizo porque no era mujer de prohibir las cosas, pero me lo desaconsejó muy enérgicamente porque recordaba la vida tan sacrificada de mi padre que había sido médico rural y estaba de servicio las veinticuatro horas del día. Entonces, por exclusión de esas otras cosas, hice Derecho, pensando que era una carrera que ofrecía con rapidez oportunidades para ganarse la vida. De manera que llegué a mi profesión actual casi por exclusión, aunque después le he encontrado encanto.

¿Destacaría por su buen hacer a alguno de los profesores que tuvo en la universidad?

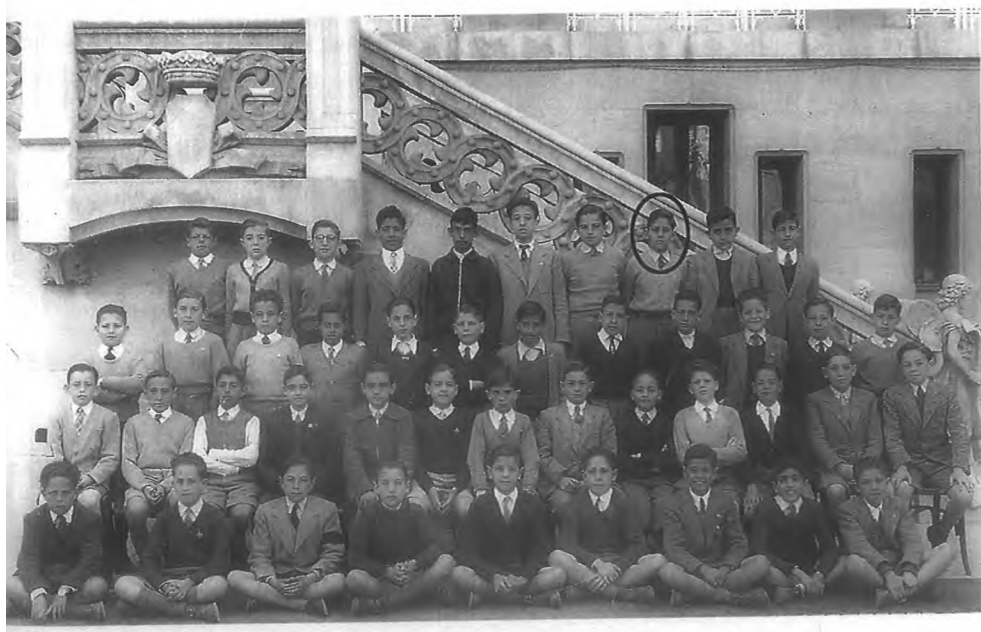
A mis grandes maestros de Derecho los he conocido después de acabar mis estudios. En la carrera solo tengo un recuerdo como profesor importante de don Joaquín Garrigues, catedrático de Derecho Mercantil, y de don Jaime Guasp, catedrático de Derecho Procesal, del que más tarde fui amigo. Después de terminar la carrera entablé una relación mitad amistosa mitad discipular con Eduardo García de Enterría y también con Manuel García Pelayo. A este lo conocí en Caracas y mantuvimos una relación profesional muy intensa a partir de entonces.

¿Qué cualidades considera imprescindibles en un buen maestro?

En la universidad un profesor al que no le interese la investigación difícilmente será bueno, pero aquel que se deje absorber por ella —como en cierta medida es mi caso— tampoco es necesariamente un buen profesor. Hay que tener un deseo de comunicarse; quizá una pasión por la comunicación con los demás sería el rasgo común para ser buen profesor en cualquier nivel. La pasión por comunicar equivale en buena medida a la pasión por enseñar. Y por otro lado la renuncia absoluta a toda pretensión de brillar; en otras palabras, la sencillez. El profesor que quiere quedar bien ante sus alumnos —que con frecuencia significa incurrir en la pedantería— es un desastre.

FERNANDO SCHWARTZ

«Yo sabía más francés que mi profesor del colegio»



Fernando Schwartz Girón (Ginebra, Suiza, 1937). Escritor y presentador de televisión. Codirige y presenta en televisión el magacín diario *Lo más plus* de Canal Plus. Durante veinticinco años ejerció la profesión de diplomático. Fue embajador en Kuwait y en los Países Bajos y portavoz del Gobierno para Asuntos Exteriores. Ha sido miembro del Consejo Editorial del diario *El País*, profesor en la Escuela de Periodismo de El País/Universidad Autónoma de Madrid y director de Comunicación del grupo PRISA. Autor de diversas obras de narrativa y ensayo histórico, en 1996 ganó el premio Planeta por su novela *El desencuentro*.

La simpatía, la naturalidad y el sentido del humor de Fernando Schwartz consiguen rápidamente hacernos olvidar que estamos grabando una entrevista con un personaje muy relevante. Nuestra conversación en una tranquila cafetería madrileña discurre con la fluidez de una charla entre amigos. Fernando tiene la capacidad de analizar su pasado sin prejuicios ni venganzas, con la apertura mental que le han dejado sus prolongadas estancias en el extranjero y su paso por diversos sistemas educativos. Fernando reconoce que tuvo la suerte de vivir una infancia privilegiada en la España de la posguerra. Su familia no conoció las privaciones que en aquellos años asolaron a gran parte de la población de nuestro país. Pudo estudiar en buenos colegios, viajar y perfeccionar las lenguas extranjeras que conocía. A medida que avanzamos en nuestra conversación nos sorprende comprobar que el afamado periodista y escritor que tenemos enfrente es también un padre muy preocupado por la formación cultural de sus hijos. Prueba palpable de ello son sus apasionados comentarios sobre las estrategias que utilizaba para ayudar a su hijo menor a descubrir el gusto por la lectura o cómo le enseñaba a buscar la documentación necesaria para realizar sus trabajos escolares.

Háblenos de su experiencia escolar ¿Cuándo comenzó su escolarización?

Soy el producto de algo así como catorce o quince colegios. Mi educación es atípica por ser hijo de diplomático. Desde el arranque en Ginebra (Suiza), donde nací, hasta que vine finalmente al colegio y a la universidad en España fui siguiendo las pautas que imponía la carrera de mi padre.

Es decir, cambio continuo.

Y tan continuo. Primero asistí al jardín de infancia en Viena, luego inicié la escolaridad en Berna (Suiza), después estuvimos en San Remo (Italia), y allí no fui al colegio, pero tuve una profesora particular. Luego fui al Liceo Francés en Roma. Ingreso y primero de bachillerato también lo hice en Roma, pero en un instituto español de monjas. Más tarde vine al colegio del Pilar de Madrid e hice segundo de bachillerato. Tercero y cuarto en los Marianistas de Santa María de Aldapeta, en San Sebastián, y ya el resto de la escolaridad de nuevo en el colegio del Pilar de Madrid. La universidad también la hice en Madrid. Además, muchas de esas sesiones eran interrumpidas por largos viajes a Inglaterra o Francia para mantener los idiomas. En fin, un lío.

¿No le descolocaba excesivamente tanto cambio a tan corta edad?

Esa pluralidad produjo en mí una cierta dosis de desarraigo respecto de cualquier sistema de educación. Pero que, en mi caso particular, me parece beneficioso. Porque la variedad de sistemas educativos, no la confusión de sistemas, ¡ojo!, sino la variedad, me enseñó a pensar por mi cuenta, a buscarme la vida, a no particularizar en ningún contexto cultural, y todo ello de manera instintiva, sin ser consciente de ello. No me encajé en ningún contexto cultural específico y además me enseñó a refugiarme en la lectura como estructura de reserva.

¿Podría hacer un breve análisis comparativo entre los diferentes sistemas educativos que ha experimentado?

Bueno, uniré los recuerdos míos y los de mis hijos, que son cinco, entre los de mi mujer y los míos. Porque ellos han vivido ese mismo ambiente otra vez. Han ido al colegio en Inglaterra, en Nueva York, etcétera. Hasta que yo dejé la carrera diplomática, cuando eran ya mayores. Ahora tengo uno de diecinueve años que está en Oxford. El sistema francés, por ejemplo, era muchísimo más exigente desde el punto de vista académico, muchísimo más duro; era un sistema tan basado en la memoria como el nuestro y, sin embargo, extremadamente exigente en la necesidad de crear un intelectual. El Liceo Francés crea intelec-

tuales. Recuerdo que nos asombrábamos porque *Le Monde* publicaba todos los años los dos ensayos más importantes del *baccalauréat* —el Examen de Estado para ingresar en la universidad—, y nos preguntábamos cómo se le podía ocurrir a un chico una cosa así. Era como la antigua reválida o la actual selectividad. Ellos siguen teniendo ese examen que les franquea la entrada en la universidad. Les cae un texto sobre autores como Racine o Víctor Hugo y tienen que hacer un comentario. Generalmente dicen cosas inteligentes, aunque bastante pedantes. Se les nota que han trabajado a lo largo de los años, que han estudiado a fondo sus autores. Les enseñan a escribir y a digerir lo que leen. Leen mucho más de lo que leíamos nosotros. Nosotros no hacíamos comentarios de texto, ni nada que se le pareciera, ni escenificábamos tragedias españolas, ni cosas por el estilo, nada de eso.

¿Y el sistema anglosajón?

El sistema inglés es mucho más suave, mucho más abierto en la creación de estudiantes. Cuando llegan a lo que llaman ellos los *A levels*, es decir, los tres exámenes superiores que necesitan para pasar a la universidad, les buscan sencillamente lo que les apetece, les orientan y les dicen, por ejemplo: «Tú deberías hacer un *A level* en literatura y lengua o en ciencias de la comunicación.» Es decir, no es un currículum tan rígido como el francés o el español; les buscan las cosquillas para hacer de ellos universitarios satisfechos y muy especializados. El sistema universitario anglosajón es muy completo, muy intenso; hacen muy buenos universitarios, pero la suma de conocimientos de un estudiante español bueno de bachillerato es probablemente superior a la de un estudiante equiparable inglés y desde luego muy superior a la de un estadounidense. Dos de mis hijos fueron al colegio público en Estados Unidos y uno de ellos se hizo luego ingeniero aeronáutico allí. La diferencia es grande. Sin embargo, después se produce el desfase universitario, que es una cosa que a mí me tiene sorprendido.

¿Tuvo durante sus años de colegial algún apoyo en casa o algún profesor particular?

No lo tuve, y además no me satisface. Opino que el colegio debe dar al muchacho o muchacha lo suficiente como para estimularle para

que las actividades que realiza en casa tengan una consecuencia sobre su formación cultural y moral. Si en realidad se produce una catástrofe educativa, es decir, que el chico no atienda o se atrase considerablemente, entonces podría ser conveniente un profesor particular. No todos los niños tienen la misma estructura mental; por consiguiente, no todos entienden igual de bien las matemáticas, por ejemplo. Aunque siempre he sostenido que el fracaso en esta materia tiene mucho que ver con los malos profesores. Y no solo en matemáticas; también en latín, por ejemplo. Yo hice siete años de latín. Si en cuatro meses puedes aprender un idioma como el inglés, ¿cómo es posible que en siete años no puedas hablar de corrido latín! Porque los profesores eran muy malos, no sabían latín, y no les interesaba. Y yo aprendí latín pero lo odiaba, ¡una lástima!

¿Qué profesores de su infancia recuerda con especial cariño y por qué?

Tuve sobre todo en el colegio del Pilar de Madrid a dos o tres profesores que, más que luminarias de la educación, eran gente con corazón, dispuestos a comprender los problemas, incluso a falsificarte las notas si eso te iba a librar de algún problema específico en tu casa. Me viene a la cabeza de inmediato un hombre muy encantador que se llama Joaquín Roa, al que no he visto desde entonces. Siempre estaba dispuesto a ayudarte y además no utilizaba sus favores como chantaje para conseguir la salvación de tu alma. Era religioso marianista. Lo recuerdo como uno de esos ejemplos raros en la España franquista e intolerante, una persona cuya configuración moral era lo suficientemente buena como para no hacer chantaje a los jóvenes.

Dice que este profesor estaba dispuesto a falsificar las notas para ayudar a un alumno. ¿Le ocurrió con usted?

Sí. Yo siempre había sacado muy buenas notas en el colegio, y en cierta ocasión, no sé lo que me pasó, hice novillos, me pillaron y me pusieron un cero. Además unos novillos bastante inocentes, porque fuimos a remar al Parque del Retiro, ¡vaya idiotez! Esto fue en sexto de bachillerato, yo tendría unos dieciséis años y era ya muy consciente de lo que hacía. Total, que me pusieron cero en conducta y aquella semana saqué

notas negras —se llamaban así por el color del boletín—. Eso era como un rejón de castigo. Le dije al profesor: «Si llego a mi casa y le enseño esto a mi madre no sé lo que me va a pasar, me mandan...» Y este hombre, sin pensárselo dos veces, cogió un boletín de notas azules, de segunda categoría, que era el equivalente al notable, me cambió todas las notas y me dijo: «¡No te quiero volver a ver!» Esto se me ha quedado grabado en la memoria, y hace ya cuarenta y tres años; es impresionante, ¿no? Recuerdo muy bien a aquel profesor, moreno, de cara agradable y con gafas.

¿Cuántos colores distintos podían tener los boletines? ¿Cómo funcionaba el sistema de notas?

En el Pilar había boletines semanales y además el director venía los viernes a la clase con la carpeta debajo del brazo y leía todas las notas en público. Si no recuerdo mal, las materias se calificaban sobre 50. Las notas de sobresaliente, es decir, los que tenían una media entre 40 y 50, que eran los cuatro o cinco primeros de la clase, iban en un boletín rojo. Luego venían los segundos, los de notable, que solían ser diez o doce; estos tenían notas azules. Después los más que regularcillos, que tenían notas verdes. Luego los suspensos sin duda de ningún tipo, que eran moradas, y de ahí creo que me viene la aversión al color morado. Y en último lugar las negras, cuando la suma de todas las notas era inferior a diez, ¡una catástrofe universal! Luego en los Marianistas de Aldapeta, en San Sebastián, donde había el mismo sistema, tenían un boletín más, el dorado, que era el primero de la clase, único e individual. Era un modo de calificar como otro cualquiera, lo peor es que te hacían depender siempre de esta lectura espantosa cuando venía el director cada semana a la clase.

¿Ese sistema de calificación les motivaba a ustedes para mejorar su rendimiento?

Hombre, a los que sacábamos buenas notas sí nos motivaba, porque es verdad que yo normalmente sacaba buenas notas. ¿Cómo? Supongo que por un milagro de la divina providencia y por una combinación de que jugaba en el equipo de baloncesto del colegio y hacía bien la pelota. Y el sacar buenos resultados te producía un cierto orgullo *inter pares*. Para los que sacaban notas verdes o peores, era un palo moral.

¿O sea, que usted no era precisamente lo que se entiende por un estudiante modelo?

No era un empollón, no. Me sabía las cosas porque me las aprendía, tenía buena memoria y sabía salir del paso. Tenía suerte y salía del paso bien; pero, vamos, no era un empollón.

¿Tenían algo que ver las materias y los contenidos que recibían en el colegio con la vida real, con lo que más tarde la sociedad iba a demandar de ustedes?

Nosotros éramos niños bien. Mi familia, por ejemplo, era burguesa y acomodada; mi padre era un alto cargo en la Administración. No éramos conscientes de la situación que existía en el país y eso no entraba mucho en nuestra formación. Pero, ayudados por la ausencia de televisión entonces (luego hablaremos de la televisión, porque me parece que es lo que verdaderamente ha hecho a los profesores la vida imposible), aunque la enseñanza fuera un poco mecánica, sin embargo, en mi caso concreto, mis educadores tuvieron la virtud de despertar una cierta curiosidad que considero ausente en los estudiantes colegiales de ahora. En aquellos años yo leía como un descosido todo lo que caía en mis manos. En mi casa siempre han sido muy lectores. Yo soy sobrino-nieto del poeta León Felipe Camino, y aquello tenía una cierta aura de intelectualidad. Mi madre, que nació en 1913, había ido al Instituto-Escuela de la Institución Libre de Enseñanza en los años veinte, pero después no pudo ir a la universidad y probablemente reflejó en mi hermano mayor, Pedro, el economista, un muchacho muy inteligente, todas las «frustraciones intelectuales» que ella no pudo culminar. Entonces aquello fue una cadena, porque mi hermano era y es muy lector, y yo como es lógico tendía a emularlo. En fin, un popurrí de influencias que me llevaron a no tener dificultades con los estudios. De modo que lo pasé bien en el colegio.

¿Cree que la educación que recibió en el colegio tenía un enfoque utilitarista, es decir, estaba orientada a facilitarles una buena posición social y económica posterior?

No, no. Había dos lemas fundamentales. Uno está en el frontispicio del colegio del Pilar: «La Verdad os hará libres», que en aquellos

momentos era un verdadero sarcasmo, porque la verdad lo que hacía era llevarte a la cárcel. Por otro lado, el colegio tenía la clara intención de crear líderes. Y es verdad que crearon líderes: los Solana, Pradera; en fin, Aznar, creo que también estudió allí. Pero el acento no estaba puesto en los logros económicos posteriores, porque la sociedad española estaba en una etapa de supervivencia más que de enriquecimiento. Querían hacer líderes sociales, gente de orden, padres cristianos. Más tarde, cuando al terminar en el Pilar fui al Colegio Mayor San Pablo, también allí había una vocación clara de formar líderes que controlaran la sociedad. No era cuestión de dinero; el dinero se nos suponía. Y a nosotros nos motivaba mucho esa necesidad de triunfar. En cambio, en la sociedad actual, aparte de la angustia que produce la necesidad de encontrar trabajo, he notado en los jóvenes una mucha menor ambición de triunfo, les motiva mucho menos. Por ejemplo, mi hijo mayor tiene treinta y tres años, es ingeniero, tiene un trabajo muy bien remunerado, está encantado y vive muy bien. Hace poco ha rechazado un trabajo mejor en una enorme compañía. Lo llamaron, dijo que no le interesaba porque percibió que la gente que le estaba ofreciendo el trabajo tenía una actitud equivocada. Es decir, son menos ambiciosos y más deseosos de ser felices.

Volviendo a su infancia, ¿cómo era su relación con los compañeros del colegio?

Teníamos una piña de amigos y hacíamos mucho deporte juntos. Era una educación realmente viciada porque no era mixta. Te veían intentar salir con una chica de la Asunción o de las Ursulinas y te mataban; bueno, la mataban sobre todo a ella. Pero teníamos un ambiente muy feliz, no había problemas en el Pilar en aquellos años, a finales de los cincuenta. Eso sí, había cierta presión religiosa aunque no en lo que era estudio en sí, y eso que todos nuestros profesores eran religiosos marianistas. Se me ha olvidado si rezábamos un avemaría al principio de la clase, creo que no. Había religión, claro, como asignatura; pero había mucha menos presión religiosa de lo que cabía esperar en la enseñanza. En cambio, en todo el resto de las actividades colegiales había un ambiente muy religioso. Recuerdo que existía una cierta escala de valores, una especie de aristocracia religiosa, que eran los *cruzados* y los *hi-*

jos de María. Y una cosa disparatada que se llamaba el *estado de perfección*, que eran unos cuantos escogidos de los hijos de María en los últimos cursos. Todo aquello contrastaba mucho con la vida que nos íbamos a encontrar poco después en la universidad. Yo salí de allí a los follones universitarios de 1956. Con lo cual todo aquello se desmoronaba enseguida.

¿Qué recuerda de la asignatura de formación del espíritu nacional?

Una auténtica jugera. Era una *maría* en el colegio y nos la daba un profesor de fuera, de Falange, gordo y poco serio, no le importaba nada aquello. Nos lo tomábamos como una jugera. La Falange organizaba campamentos, pero yo nunca fui, ni la mayor parte de mis compañeros. También es verdad que nosotros teníamos una situación de privilegio en aquella época porque salíamos con frecuencia al extranjero, y eso en la España de aquellos años era excepcional.

¿Le queda algún recuerdo menos positivo de su etapa colegial?

No; quizá lo único, la presión moral en la pubertad. Presión moral y religiosa extracurricular, insisto. Esa la recuerdo como insoportable, y era casi exclusiva sobre el sexto mandamiento. Una lata, un coñazo espantoso. Creo que a una generación entera de españoles nos hicieron crecer torcidos. Yo era un chico normalmente constituido y, por ejemplo, si me masturbaba como cualquiera, tenía el convencimiento absoluto de que esa noche me iba tocar el rayo divino y me iba a ir derecho al infierno.

¿En la familia no recibía otro tipo de formación moral? ¿Era la misma que en la escuela o se obviaba?

En la familia, nada; se daba por supuesto que la formación moral la daban en la escuela, para eso íbamos a un colegio religioso. Mi padre era un tibio religioso como muchos de su generación. Mi madre era y es católica practicante intensa. Y tenía la neurosis religiosa que le producía su educación liberal y el hecho de ser a la vez una católica practicante. Además, tenía la fuerte influencia de su tío materno, el poeta, así que aquello le estiraba por todos lados.

¿Qué relación tenían sus padres con el colegio?

Mi madre iba con frecuencia; mi padre, no. Era una relación fluida. Éramos tres hermanos: Pedro, una hermana pequeña que iba a un colegio de monjas que había en la calle Caballero de Gracia, de Madrid, y yo. Como éramos buenos estudiantes, ella iba sobre todo a recabar buenas impresiones.

¿Considera importante una cooperación fluida entre los padres y los profesores?

Muy importante, pero para mí es absolutamente esencial que esa cooperación no sea a espaldas de los estudiantes; el estudiante tiene que saber qué es lo que tienen que criticar, tiene que ser consciente de las razones del cabreo de su padre o de tal queja del profesor. Tiene que estar siempre involucrado en su propio proceso educativo. Claro, yo he sido un privilegiado desde el punto de vista escolar, porque supongo que en la enseñanza pública es todo mucho más complicado. ¿Cómo convences a unos padres de que tienen que involucrarse en la enseñanza? El caso es que tampoco les cuesta tanto trabajo, es una vez al mes, una hora, y entonces ellos comprenderán mejor los problemas de sus hijos; porque los chicos no se lo van a contar, vamos, al menos los adolescentes... Es una tarea difícil.

Hablemos, si le parece, de los idiomas. ¿Cuál fue su experiencia con el aprendizaje de estos en el colegio?

Terrible. No lograban enseñar idiomas. No lo entiendo, mira que llevo años intentando dilucidar la razón. Yo crecí en tres idiomas. En francés, alemán y español; luego le añadí el italiano, más tarde el inglés y por último el portugués. Creo que hay momentos, supongo que cuando creces en varios idiomas, en que hay algún interruptor que abre la espita que te permite acumularlos con gran facilidad. La mente se acostumbra. Yo soy absolutamente trilingüe, y casi cuatrilingüe. Hasta el punto de que me confunden con un inglés, con un francés o con un italiano, con un acento perfecto, porque la musculatura está hecha cuando tienes tres años y no es lo mismo aprender un idioma extranjero más tarde.

¿Por qué cree que los profesores no conseguían enseñar idiomas?

Por ejemplo, para empezar, yo sabía más francés que el profesor, que no estaba bien preparado. Además nos enseñaban los idiomas desde el castellano y no desde dentro. Probablemente la enseñanza de los idiomas debe ser impartida por profesores nativos, y quizá empezar a más temprana edad. Creo que la asunción del idioma no se hace desde la traducción externa, sino desde la adaptación intelectual del concepto filosófico del idioma. Creo que ese es el fallo fundamental. Cuando pienso, por ejemplo, en sistemas educativos como el holandés, recuerdo que, siendo yo embajador en Holanda, mi hijo mayor empezó allí a estudiar ingeniería, que luego terminó en Estados Unidos. Llegó a la universidad y sus compañeros manejaban y empleaban el holandés, pero la enseñanza de las asignaturas más técnicas se hacía en inglés, y también hablaban alemán y otros idiomas porque se ponían desde pequeños. No tenían ningún problema en el manejo cruzado de varias lenguas. En España tenemos un grave problema con los idiomas, empezando por los nacionales. Creo que la clave del desarrollo del catalán o el euskera está en la ausencia de exclusividad. Me parece muy bien que se construya un idioma como el euskera. Los judíos han creado una lengua como el hebreo en cien años. Arrancaron en los años noventa del siglo pasado y construyeron un idioma, ¡fantástico!; que se haga lo propio con el euskera, pero no me excluya usted el castellano, ¡qué disparate! A mí me enseñaron que un nuevo idioma enriquece, no empobrece al anterior. Me parece tan importante conocer la literatura de otros países en su propia forma de expresión o ver las películas en su idioma original. ¿Por qué tenemos que privarnos de cómo habla y cómo le suena la voz a un Anthony Hopkins, que maneja la expresión verbal y la glotis con tanta perfección?

*Volviendo al tema de la lectura que usted considera tan importante.
¿Cuál es su opinión sobre la obligatoriedad de leer ciertas obras literarias en edad escolar?*

A nosotros nos obligaban a leer los textos completos, pero luego te comprabas los libros de la colección Austral con los resúmenes y salías del paso. También es muy duro decir a un chaval de quince años que se tiene que leer *El Quijote*, y es más duro aún convencerle de que *El Quijote* en rea-

lidad es una novela de caballería con sentido del humor. Y más ahora con la feroz competencia de la televisión, que es lo más destructivo que hay en el mundo. Es imposible. No sé cómo se hace ahora, pero recuerdo que tuve una profesora de inglés muy buena, una irlandesa, espléndida, y con ella representábamos en clase obras de Shakespeare. Ensayábamos, actuábamos, y al final, después de haberte leído varias veces *Julio César*; te lo sabías y te había encantado. Porque la profesora paraba, y a lo mejor te decía: «No entiendes nada, este hombre está apasionado por la muerte de Julio César y se quiere vengar. No lo entiendes». Entonces te forzaba a elaborar tus sentimientos sobre lo que leías, lo cual me parecía muy positivo. Claro, nos enamoramos de Shakespeare, y teníamos diecinueve o veinte años.

¿Cómo cree que se puede estimular la lectura recreativa para que un niño se habitúe a leer sin imposiciones?

Como no teníamos televisión, yo a los nueve y diez años me leí Salgari entero, de cabo a rabo. Me viene ahora a la memoria que había un profesor que muy de vez en cuando sustituía la clase que tenía que dar por la lectura de unos cuentos de Calderón. Si de repente, como un regalo que produce un alivio extraordinario en la población infantil, el profesor correspondiente dice: «Hoy no va a haber clase normal, os voy a leer una aventura de Salgari, *Sandokán* o *Los piratas de la Malasia*.» Y después de haberla leído, les comenta a los alumnos: «¿Qué os parece si dentro de tres días leemos el capítulo siguiente y cada uno de vosotros es un personaje y hay uno que lee el núcleo de la historia»; y más adelante: «¿Os ha divertido? Pues en la biblioteca tenéis el resto de la colección, ¿por qué no os la leéis?» Eso quizá podría funcionar. Si yo fuera profesor intentaría algo parecido. Y después coges a Lope de Vega, o algunas de las cosas más divertidas de nuestros clásicos, sobre todo novela o teatro, y allí les corriges la pasión a los chicos: «No, no; oye, que este tipo se acaba de cargar a ese otro por defender su honra...»

¿Cuál ha sido su experiencia como padre para conseguir que sus hijos adquieran el hábito de la lectura?

Ha sido una lucha terrible, porque han crecido en plena era de la televisión, una lucha tremenda por llevarles al teatro, y no los he convencido; ha sido menos difícil hacerles leer.

¿Con qué «armas» ha luchado?

Ellos han tenido una influencia muy poderosa y es que yo escribo libros. Eso despierta un cierto deseo de mimesis. Por otro lado, me ven leer mucho. Me ven en medio de un programa de televisión levantarme y decir: «Oye, chico, esto es un coñazo; me voy a leer.» De los cinco, tres han escrito y escriben historias. Una empezó de una forma muy rara a leer. Creo que por influencia de los demás, porque los veía. Y cada uno se puso a leer cosas distintas. No he intentado orientar sus gustos, porque es imposible. Yo, que no soy educador, no tengo las claves de lo que determina una afición a un determinado tipo de literatura. Al mayor le gusta la lectura de esparcimiento, es un gran lector de *thrillers*. La segunda es poco lectora. La tercera es una genialoide, lee filosofía. Se zampó Kant enterito a los dieciocho años. Creo que no se enteraba mucho, que se aburría bastante y que era más bien una pose. El último es el que más ha padecido la televisión. Tiene diecinueve años ahora. Nos costó enorme trabajo empujarle. Empezamos por la literatura de evasión más fácil; le decíamos: «Léete esto, que te va a divertir.» No había leído nada mío y de repente cogió una de mis novelas sin decirme nada. Dos o tres días después me dice: «¿Sabes que está bien esto?»

¿Cree que el tener una buena biblioteca básica en casa ayuda?

Es fundamental. Por ejemplo, el pequeño venía a pedirme ayuda para trabajos del colegio. Me decía: «Oye, ¿qué es esto de la corteza terrestre?» Yo lo mandaba a consultar la *Enciclopedia Británica*, y no sabía cómo buscarlo. Entonces mi función consistía fundamentalmente en ayudarle a comprender el mecanismo de una enciclopedia porque las primeras veces él fusilaba tal cual los artículos. Le he comprado muchísimos libros de referencia. En un momento dado que le dio por ser piloto, ¡plas!, le regalé una historia de referencia de la aviación. Que tenía que hacer un trabajo sobre la segunda guerra mundial, pues en casa había una enciclopedia específica. O si tiene que hacer un estudio comparativo sobre varias religiones y no sabe por dónde empezar, hay en casa una enciclopedia comparativa de las religiones. Contestarles y darles la información que ellos te piden para salir del paso, no es lo mejor.

¿Cuál ha sido el papel de la memoria en su educación?

Ha sido importantísimo, y creo que tengo buena memoria. Sin embargo, no recuerdo poesía. Salvo unos versos de Echegaray que siempre repito para hablar de nuestro premio Nobel: «Hermoso lugar es este, / y esta estatua es de Minerva, / y cómo crece la hierba, / con este viento sureste.» Pero porque no he hecho un ejercicio consciente de memoria para aprender versos. Y sin embargo sí he representado teatro, amateur por supuesto. He representado a Shakespeare en inglés y me lo he aprendido. Los versos shakespearianos son extremadamente complejos para nuestra estructura vocal.

¿Ha llegado a estudiar para un examen sin comprender, a utilizar la memoria sin entender lo que estudiaba?

No, no; si no entiendo, no memorizo. Hombre, cuando estudiaba la carrera de Derecho y te tocaba el célebre *Castu* en derecho civil, no había más remedio. Te parecía espantosamente aburrido y además estéril, pero te lo aprendías de memoria y también lo comprendías. No recuerdo haber aprendido nada que no hubiese comprendido. Sin embargo, Sebastián, mi hijo pequeño, lo hacía muchas veces y yo le repetía: «Pero ¿qué quiere decir esto que me estás diciendo?» Le forzaba, nos poníamos los dos a verlo, para saber de qué diablos estábamos hablando.

¿Qué tipo de travesuras infantiles recuerda usted de su época de colegio?

¡Bueno...! *Chuletas*, por ejemplo, hemos hecho todos. También hacíamos mucho el gamberro en clase, pero con travesuras bastante inocentes, como traer un botijo a clase y romperlo, provocando la caída del agua que contenía. O reírnos del profesor. Recuerdo que había una revista llamada *Soy Pilarista*, creo que todavía se publica. La dirigí durante solo un breve período porque escribí un artículo sobre un héroe ficticio del Oeste al que bauticé como *Paco Jones*. La clásica broma que yo creí que pasaría; pero, ¡qué va!, ¡madre mía la que se armó! «Vosotros sois idiotas», nos decía el profesor que me fulminó de la dirección de la revista. Le llamábamos *el Paella*, y cuadraba per-

fectamente con su carácter de arrocero. Había otro al que llamábamos *el Buscapisos*, porque siempre se paseaba por la clase con las manos detrás de la espalda mirando hacia arriba. Me acuerdo porque tengo buena memoria y además he escrito mucho sobre mi vida. No para publicar, al menos por ahora. Algún día lo ordenaré todo por conservar recuerdos divertidos, no porque me parezcan sustancialmente importantes.

¿Su gran sentido del humor le viene de familia o es algo adquirido?

Creo que el sentido del humor es tanto más grande cuanto más amplia sea tu tolerancia y tu cultura. Mi padre era un hombre que, por cierto, tenía muy poco sentido del humor; era un auténtico caballero decimonónico, muy rígido. En cambio, mi madre tiene mucho más, aunque también con una gran propensión a la tragedia. Pero creo que la capacidad de tomarnos el pelo entre los tres hermanos, de reírnos de nosotros mismos, fue lo que nos hizo tener un sentido del humor grande. Probablemente la enseñanza singular más importante que hemos recibido de nuestros padres, y no creo que fuera consciente, fue el no tomarnos en serio. Tal vez tomaban en serio el trabajo que estuviésemos haciendo en un momento determinado, pero no a nosotros. Ninguno de los tres somos vanidosos, no. La única vez que tuve un amago de vanidad, recuerdo que fue en una conferencia del Dalai Lama en Mallorca, que pudo venir gracias a que yo había conseguido el visado y gestionado todo el papeleo. Y no me dejaban llegar a las primeras filas para sentarme y poder verle de cerca. «¿Usted con quién cree que está hablando?», le pregunté al acomodador, que le importaba un carajo aquello, y en ese momento, al oírme a mí mismo pronunciar aquella frase, me entró tal risa que pensé: «Bueno, me voy; venga, me da igual.» Me di media vuelta y me marché sin parar de reírme.

¿Qué opina usted de la valoración de la figura del maestro en nuestra sociedad actual? ¿Qué diferencias encuentra con su época de estudiante?

Creo que su función está hoy menos valorada que antes. Y sobre todo considerando lo absolutamente esencial que es la figura del pro-

fesor entre los siete y los diecisiete años, es que le ves más que a tus padres. La base de datos que él o ella constituye para ti es casi más importante que tus padres. También es cierto que he conocido a muy pocos profesores —aquel que me cambió las notas fue una excepción— que estuvieran dispuestos a comprender en profundidad el enorme papelón que tienes al ser adolescente. La tragedia que es ser adolescente, lo mal que se pasa. Lo he experimentado personalmente y lo he visto con mis hijos mayores. He tenido que esperar hasta que el pequeño fuera al colegio Santa Ana para conocer a una profesora de matemáticas que no trabajaba como una funcionaria casi autómatas, sino que era una mujer que en realidad tenía sentimientos, y Sebastián la sacaba de quicio. Recuerdo que nos reuníamos los tres y ella decía: «Sebastián, siéntate lejos de mí porque te quiero matar.» Lo decía con sentimiento y a mí me daba la risa, pero comprendí que era una persona que se preocupaba en serio por mi hijo. Creo que se debe exigir a los educadores la comprensión de los problemas del chaval más que conseguir un acopio de datos en su cabeza. Comprendo que es difícilísimo con clases tan numerosas, imposible; pero me pregunto si es verdaderamente tan imposible.

O sea, que usted cree que existe cierto déficit vocacional entre el profesorado actual.

Sí, sí. Y además ni hay dinero para formar buenos profesores, ni a los profesores se les orienta a enamorarse de los niños, entre otras cosas porque si te enamoras de una niña y eres profesor resulta que te metes en un lío con la justicia, y las hay bien monas; algunas a los dieciséis años te funden los plomos... Bromas aparte, creo que las dificultades fundamentales de los educadores actuales nacen sobre todo de la competencia del ocio y la televisión. Me considero un gran defensor del ocio y estoy poco a poco llegando a no trabajar, pero cuando los niños piensan en lo divertida que puede ser la vida fuera de las aulas y del estudio, probablemente la única forma de combatir eso que tienen los profesores es con una dosis feroz de paciencia y comprensión.

ELÍAS YANES

«Mis maestros me enseñaron con la paciencia y constancia de la gota de agua que horada la piedra»



Elías Yanes Álvarez (Mazo, Tenerife, 1928). Arzobispo de Zaragoza. Miembro del Comité Ejecutivo de la Conferencia Episcopal Española. Ha sido presidente de la Conferencia Episcopal Española de 1993 a 1999. Licenciado en Derecho Canónico y doctor en Teología por la Pontificia Universidad Gregoriana de Roma. Fue vicepresidente de la Comisión de Conferencias Episcopales de los países de la Unión Europea.

Cuando monseñor Elías Yanes nos cita para la entrevista todavía le quedan varios meses para terminar su segundo y último trienio como presidente de la Conferencia Episcopal Española. Mientras esperamos a ser recibidos saboreamos el ambiente de calma y silencio —casi monástico— que reina en la sede de la Conferencia Episcopal. Elías Yanes es un hombre sencillo y afable. El bajo tono de su voz contrasta con la solidez de sus ideas. Mientras acaricia con delicadeza la gran cruz episcopal que le cuelga en el pecho, recuerda su niñez como una época de austeridad en la que la imaginación suplía muchas de las carencias comunes a toda la sociedad española. Elías fue un niño despierto que disfrutaba leyéndole a su padre el periódico en voz alta, y que a los quince años entró en el seminario dispuesto a consagrar su vida a Dios y a los demás. Después de tanto tiempo, reconoce agradecido la decisiva influencia que sus profesores tuvieron en la primera etapa de su vida.

¿Cuáles son sus primeros recuerdos escolares?

Mi familia era muy sencilla, trabajadora, con un grado de preparación cultural bajo aunque de inteligencia despierta y con el saber que da la experiencia de la vida —mi padre había sido emigrante en Cuba en distintos períodos— e interesada en la formación escolar de sus hijos. El ambiente familiar en que yo vivía era agradable, estimulante. Desde muy pequeño tuve especial interés en estudiar. En el período de mi infancia, en pocos años tuve diversas experiencias educativas: primero una modesta escuela de carácter privado, en la que había un solo maestro; después una escuela mixta también privada, regida por una profesora; posteriormente una escuela pública; más tarde una escuela privada de características semejantes a las anteriores; a continuación

hice los primeros cursos del bachillerato de entonces en el instituto de Santa Cruz de la Palma, y después de breves estancias en Las Palmas de Gran Canaria y Santa Cruz de Tenerife, el año 1943 ingresé en el Seminario de La Laguna (Tenerife), donde seguí el plan de estudios habitual en los seminarios de la época. Algunos de estos cambios de escuela se debieron a los traslados de mi familia y a otras circunstancias que ahora no son del caso.

¿Cómo eran esas escuelas por las que pasó antes de llegar al seminario?

Eran escuelas muy populares, que han servido para crear lazos de amistad duraderos entre alumnos de diverso rango social, dentro de la misma ciudad. Eran escuelas unitarias: en la misma clase había niños de todas las edades y de diversos niveles educativos. A veces los alumnos mayores tenían que hacer de maestros de sus compañeros más pequeños y en una misma sala se llevaban a cabo simultáneamente actividades escolares distintas. Se usaba como libro de texto en los primeros cursos la «enciclopedia», un libro único en el que estaban agrupadas y sintetizadas todas las materias. En cursos superiores había algunos libros más, pero no tanto como ahora. La impresión que guardo de todos esos colegios a los que acudí durante mi educación primaria es muy positiva, sobre todo por los maestros que tuve. Eran profesores apasionados por la enseñanza, por la educación, atentos a cada alumno. Sus técnicas podían ser más o menos acertadas, pero en general eran aceptables. La prueba es que conseguían resultados satisfactorios. Por ejemplo, el grupo que nos preparábamos para el ingreso en el instituto, apenas cometíamos faltas de ortografía. Cuando muchos años después he sido profesor en la universidad, me sorprendía leer exámenes escritos de universitarios que cometían faltas graves de ortografía y me preguntaba cómo habían podido llegar a la etapa universitaria. Esto demuestra que aquellos métodos de la escuela primaria que yo conocí no eran tan malos. La experiencia me enseña que es preferible un método defectuoso si el profesor está preparado para aplicarlo y pone entusiasmo en su tarea docente, que un método excelente aplicado por un profesor que no se entrega a su tarea de enseñar y educar.

¿Podría usted decir que tuvo una infancia feliz?

Yo la recuerdo como una etapa feliz. El ambiente entre los niños de mi edad con los que yo me relacionaba en los juegos y deportes era de mucha alegría, un ambiente en general sano en el aspecto moral, en mi caso amparado positivamente por mi familia y la parroquia. En aquellos años se vivía con cierta austeridad tanto en mi hogar como en general en la sociedad española. Los niños teníamos que usar mucho de la imaginación para jugar y divertirnos. Con cualquier cosa nos ilusionábamos y disfrutábamos. Reconozco que esa obligada austeridad tuvo un gran valor educativo para mi generación. Con frecuencia había que renunciar a satisfacer caprichos. Más tarde, a medida que las nuevas generaciones iban accediendo a una economía con más recursos, muchos padres han caído en la equivocación de complacer en todo a sus hijos, pensando: «No quiero que mis hijos padezcan las necesidades que yo padecí.» En la práctica esto ha llevado a una educación muy blanda que no es positiva porque los niños crecen sin la experiencia de haber tenido que renunciar a satisfacer sus gustos sin tener que sacrificarse para superar las dificultades y, lo que es peor, sin haber probado la alegría de dar algo o de hacer algo por los demás.

Hablemos de sus maestros. ¿Recuerda a alguno de manera especial?

Valoro muy positivamente la educación que he recibido tanto de mi familia como de los diversos profesores que he tenido. De cada uno de ellos guardo un recuerdo excelente. Con algunos mantuve a lo largo de los años una relación de amistad. Un dato significativo: cuando decidí irme al seminario, un profesor que se sabía que había sido masón, pero al que yo profesaba afecto y admiración especial, me transmitió sus buenos deseos para esa nueva etapa de mi vida. En general había un sentido serio de la disciplina, pero gracias a ello se podía trabajar con normalidad. En algunos casos no faltaba algún gesto de dureza con los más díscolos, y que hoy escandalizaría a muchos, pero que a nosotros no nos ha traumatizado, sino todo lo contrario.

¿En qué medida cree que sus años de instrucción escolar le prepararon para ser un buen seminarista?

Entré en el seminario en el año 1943, con apenas quince años de edad. La educación recibida en la familia y en la parroquia, donde ejercí a veces de monaguillo, facilitó una respuesta favorable a la invitación que me hizo el párroco de que ingresara en el seminario para ser sacerdote. De mis educadores recibí por una parte, en el saber: las nociones básicas de la geografía, de la historia, de la gramática, de las matemáticas, el vocabulario, la ortografía, el catecismo y la historia sagrada; por otra, aspectos de la personalidad que se adquieren como por ósmosis, en la convivencia: la relación con los compañeros, la honradez, la seriedad en las tareas, la conciencia de que las cosas no se deben hacer mal ni dejarlas a medias, las prácticas religiosas. Mis maestros me comunicaron todo esto poco a poco, con el ejemplo, con la paciencia y constancia de la gota de agua que horada la piedra.

¿Qué tipo de alumno era usted?

Creo que un alumno normal. Recuerdo que desde pequeño tenía una gran afición a la lectura. Disfrutaba mucho cuando mi padre —un pequeño comerciante de origen campesino— me pedía que le leyera el periódico en voz alta para enterarse bien de lo que pasaba en España y en el mundo. Cuando ya era un poco mayor acudía con frecuencia a bibliotecas de la ciudad para leer libros y temas que no entraban en los programas escolares.

¿Cuáles eran las asignaturas que le gustaban más y cuáles menos?

Me gustaban tanto las materias de ciencias como las de letras. En el seminario ya me decanté por las materias de tipo humanístico y filosófico. Las lenguas extranjeras se estudiaban mal. Predominaba el estudio del francés. No lográbamos aprender lo suficiente para sostener una conversación. Pero posteriormente cuando hube de ampliar mis conocimientos en lenguas, sobre todo en Roma, cuando por razón de los estudios universitarios tenía que consultar o leer obras escritas en idiomas distintos del castellano, me ayudó mucho el haber tenido de niño buenos maestros en gramática castellana. Esto me facilitó también el estudio del latín en el seminario.

¿Que destacaría de su experiencia formativa en el seminario?

En el seminario lo más importante era un estilo de educación orientada a la formación integral de la persona en la vida espiritual, en las relaciones con los demás compañeros, con los superiores y formadores, en el estudio, la colaboración en la limpieza de la casa, los deportes y excursiones, la música, la iniciación en experiencias concretas de pastoral como la catequesis; todo esto dentro de una disciplina seria, con unos horarios que obligaban a levantarse temprano y a aprovechar bien el tiempo. Conservo un recuerdo muy grato de esta etapa de mi vida. Las asignaturas que predominaban, según los cursos, primero el latín, después la filosofía, finalmente la teología (en latín), con materias relacionadas con ella como la Sagrada Escritura, la patrística, la historia de la Iglesia, el derecho canónico, la liturgia, la teología espiritual, la arqueología y arte sacro, la pedagogía catequética, etc. No faltaba una cierta iniciación teórica y práctica en el arte de hablar en público. Como es lógico, se trataba de un sistema que preparaba para el futuro ministerio sacerdotal. Muchos de los que no llegaron a recibir la ordenación y que siguieron después otros estudios recuerdan con gratitud la formación recibida.

Hablando de la importancia de la formación, ¿cree usted que la profesión docente tiene un claro componente vocacional?

Por supuesto. A lo largo de toda mi vida, desde los primeros años de mi ministerio sacerdotal, y después especialmente durante mis años como presidente de la Comisión Episcopal de Enseñanza y Catequesis de la Conferencia Episcopal Española, he tenido que relacionarme con maestros y maestras de muchas regiones de España, he podido conocer de cerca sus problemas e inquietudes. He tratado con maestros dotados de una vocación docente y educativa extraordinaria. He conocido a algunos que hacían maravillas aunque tuvieran que enseñar en condiciones materiales muy deficientes. Considero de especial importancia el aspecto vocacional para enseñar y educar con alegría, para transmitir a los demás un ideal de vida. Bien es verdad que la vocación con la que se nace no lo da todo hecho. Es preciso cultivarla. Los alumnos intuyen cuando el profesor disfruta enseñando. Pero no se

trata solo de comunicar un saber, sino sobre todo de educar, y para ello es preciso amar a los alumnos buscando su bien, de forma desinteresada y generosa. Estas actitudes surgen más fácilmente cuando el educador siente una verdadera vocación. En cierto modo la vocación si es auténtica es como un elemento esencial de la propia identidad personal. No se realiza uno como persona sino siendo fiel a esta vocación que en último término es un don de Dios, una llamada que Él nos dirige para ponernos al servicio de los demás.

¿Considera que la autoridad y la disciplina son elementos importantes en la tarea educativa?

Pienso que es muy importante que el profesor y el educador ejerzan una autoridad moderada. No es igual el tipo de autoridad que hay que ejercer con un niño de diez años que con un adolescente o un joven. Pero un maestro o formador que sepa ejercer la autoridad con suave firmeza hará un gran bien a sus alumnos. Una actitud en exceso permisiva es negativa para la enseñanza y para la educación de cada alumno y del grupo. Una actitud exageradamente autoritaria es asimismo negativa y en vez de suscitar respeto suscita rebeldía. El diálogo paciente es siempre necesario, para motivar, para ayudar a comprender el sentido de lo que hay que hacer. Pero el diálogo no resuelve todos los problemas. Los alumnos deben saber que hay unas normas que deben ser respetadas por todos. A veces hay maestros o educadores a los que les cuesta decir algo que desagrada, sobre todo si no cuentan con el apoyo de los padres de los alumnos, o de la autoridad superior. Pero por otra parte son muchos los profesores y educadores que se ven impotentes para lograr el mínimo de disciplina exigible, sobre todo cuando tienen a su cargo un porcentaje elevado de alumnos con serios problemas psicológicos, o cuyo ambiente familiar está muy deteriorado.

Pasemos al problema de las clases de religión. En el actual sistema educativo, aunque la LOGSE respeta el Acuerdo preexistente entre el Estado español y la Santa Sede señalando que la enseñanza de la religión católica sea de oferta obligatoria de los centros docentes y voluntaria para los alumnos, sin embargo la ley

no contempla la ética como alternativa obligatoria para los alumnos que no eligen la religión. ¿Cuál es su punto de vista?

En el Acuerdo entre la Santa Sede y el Estado español de 1979 sobre la Enseñanza y Asuntos Culturales se establece, entre otras cosas, que la enseñanza religiosa católica ha de impartirse «en condiciones equiparables a las demás disciplinas fundamentales» y que se ha de organizar la enseñanza de modo que «el hecho de recibir o no recibir la enseñanza religiosa no suponga discriminación alguna en la actividad escolar» (art. 2). En la actual legislación y en la práctica escolar no se respeta esta parte del Acuerdo, puesto que el alumno que asiste a la clase de religión católica está discriminado de la actividad escolar. Para los que no asisten a clase de religión se ofrece recreo, vídeos o actividades de mero entretenimiento, o deberes de materias pendientes. La enseñanza de la ética o una información sobre historia de las religiones serían alternativas válidas a condición de que se realizaran con seriedad académica y con calificaciones, de modo que el alumno entienda que estas materias no son menos importantes que las demás.

¿Cree usted que la televisión puede llegar a ser un enemigo de la educación?

Podría ser un aliado. Muchos programas de historia, de geografía, de astronomía, sobre la vida de animales y plantas, etc., ofrecen posibilidades educativas. Pero de hecho es con frecuencia la televisión un enemigo de la educación. Existen investigaciones estadísticas y sociológicas que demuestran los riesgos de la adicción de niños, adolescentes y jóvenes a la televisión. Es imprescindible la presencia y atención educativa de los padres.

¿Qué nuevas asignaturas incluiría usted en los programas escolares de cara a los nuevos retos que nos plantea el siglo XXI?

La escuela no debe ser tan solo un espacio donde los alumnos adquieran destrezas y un saber que les permita en el futuro ganarse la vida. En la escuela deben también aprender a vivir como personas y a convivir en sociedad. Me parece especialmente importante que los alumnos adquieran un conocimiento más profundo de los derechos

humanos fundamentales, de forma razonada, de modo que suscite actitudes arraigadas de respeto incondicional a la dignidad de la persona y de verdadera solidaridad. Me parece absolutamente rechazable la actual trivialización del derecho a la vida en cuestiones como el aborto voluntario, la eutanasia, la procreación artificial de seres humanos. En la educación del futuro no se podrá eludir la educación en el respeto a la dignidad de la vida humana. Otra cuestión importante es la educación para la paz. En el Acta constitutiva de la Unesco se dice: «Las guerras nacen en el espíritu de los hombres, y es en el espíritu de los hombres donde se deben elevar las defensas de la paz.» Para ello hay que plantearse un modo de estudiar la historia que no fomente los conflictos y la guerra, sino el diálogo y el buen entendimiento. Eso supone reconocer que la verdad y la justicia casi nunca están solo en una de las partes en conflicto, y admitir que la paz no se construye sin la justicia, pero tampoco sin el perdón. Considero que en los planes de enseñanza no debe faltar la introducción a una lectura crítica de la prensa y en general al lenguaje de los medios de comunicación, para defenderse, en lo posible, de la manipulación. Es necesaria sobre todo una educación ética, con más exactitud una educación en la virtud, si se quiere evitar que el predominio de la civilización técnica no se reduzca a un crecimiento en el poder, especialmente a un aumento en el poder destructivo. La técnica nos hace más poderosos; pero no nos hace mejores en el aspecto moral. Si se quiere llegar a las cuestiones fundamentales no se podrá evitar la gran pregunta: ¿Es posible desarrollar la fraternidad entre los hombres olvidando a Dios Padre? ¿Puede el hombre dominar sus tendencias egoístas, su inclinación al mal, solo con la instrucción, sin la gracia de Dios?

THERESA ZABELL

«Cuando llegábamos del colegio no nos metíamos en casa a ver la tele, sino que sacábamos las bicicletas y nos íbamos a dar vueltas»



Theresa Zabell Lucas (Ipswich, Inglaterra, 1965). Medalla de oro en vela (clase 470) en los Juegos Olímpicos de Barcelona (1992) y Atlanta (1996). Cinco veces campeona del mundo, tres veces de Europa y doce veces de España. Mejor regatista del mundo en 1994, según la Federación Mundial de Vela. Cuatro veces mejor deportista española. Ha sido embajadora española del deporte en el Consejo de Europa. Entre otros galardones, posee la medalla de oro al Mérito Deportivo y la Orden Olímpica. En la actualidad es diputada del Grupo Popular en el Parlamento Europeo.

Theresa Zabell ha trasladado su residencia habitual de Barcelona a Madrid. Ha cambiado el mundo de la vela por el de la política. El alegre salón de su casa es testigo de que en el deporte lo ha logrado todo. Los trofeos, las fotografías y los motivos marineros abundan en sus repisas. Theresa tiene el aplomo y la sencillez de una gran campeona que ha entrado en la leyenda y ya no necesita demostrar nada a nadie. Mientras conversamos plácidamente sobre sus recuerdos escolares, irrumpe en la estancia un ser diminuto de cabello muy rubio y andar tambaleante. Es Olimpia, la única hija de Theresa y Manolo. Su madre la llama Oli y se dirige a ella en inglés. Su nombre será el mejor recuerdo de las dos medallas de oro conseguidas por Theresa en sendos Juegos Olímpicos. En la prehistoria de esos grandes triunfos aparece el recuerdo de don Lucas, el profesor de educación física de Theresa en el colegio. Ella fue una niña muy activa que disfrutaba haciendo ejercicio físico. Lo mismo jugaba al fútbol con sus hermanos que practicaba el atletismo en su colegio o se apuntaba a un curso de tenis en un club cercano. El único «deporte» que no le gustaba era tener que hacer diariamente los deberes en casa.

¿Dónde comenzó su escolarización?

Después de la guardería entré en el colegio San Francisco de Asís, un centro privado de Fuengirola, el pueblo de Málaga donde me crié. Nací en Inglaterra, pero con dos años me trajeron ya a España. En aquella época, a principios de los setenta, Fuengirola aumentó de población muy rápidamente y en los colegios públicos tuvieron que poner dos turnos, unos alumnos iban por la mañana y otros por la tarde. A mis padres aquello les pareció algo incómodo y decidieron llevarnos a ese colegio privado. Allí hice toda la Educación General Básica

(EGB), desde primero hasta octavo. Después pasé al instituto público —el único que había entonces en Fuengirola, ahora creo que hay varios—, donde cursé primero y segundo de BUP. Y los dos últimos años antes de la universidad los hice en un colegio inglés llamado Saint Anthony's College. Mis padres querían que perfeccionáramos el inglés que habíamos aprendido en casa desde pequeños, porque mi madre es inglesa y además profesora de primaria, y con ella aprendimos a leer y a escribir en inglés al mismo tiempo que lo hacíamos en español en el colegio. Más tarde estudié informática en la universidad.

¿Recuerda a alguno de sus profesores especialmente?

El profesor del que tengo mejor recuerdo es don Lucas, que nos daba clases de *deporte*, una asignatura que a mí me encantaba. También nos daba otras materias, como lengua o sociales, creo recordar. En el San Francisco de Asís hacíamos bastante deporte comparado con otros colegios. Los últimos cursos sí que íbamos equipados con nuestro chándal, pero los primeros años recuerdo que salíamos al patio con el uniforme habitual del colegio y «¡Venga, uno, dos, uno, dos...!»». Y al terminar, vuelta a clase. Ahora todo es diferente, pero entonces la asignatura de educación física era una auténtica *maría*, es decir, una materia a la que no se le daba mucha importancia. Don Lucas era un buen profesor, aunque supongo que a mí me caía tan bien porque el deporte era mi asignatura favorita.

¿Era mixto el colegio?

Sí. Pero el deporte casi siempre lo hacíamos por separado, los chicos jugaban al fútbol y las chicas al baloncesto o a otras cosas. Ya en sexto o séptimo de EGB me metí en el equipo de atletismo, donde competíamos contra otros colegios de la zona, y por ese motivo había días en que entrenábamos juntos los chicos y chicas del equipo en la clase de deporte. Normalmente hacíamos juntos todas las asignaturas menos educación física y trabajos manuales, donde a nosotras nos mandaban a coser y ellos hacían casitas de madera y cosas así. Como yo era tan mala cosiendo y me gustaba tan poco, recuerdo que en una ocasión me amenazaron con echarme de la clase y mandarme con los chicos, así que procuré portarme muy mal hasta que lo conseguí, me

castigaron a estar con los chicos y hacer lo que hacían ellos; yo estaba encantada, porque me parecía mucho más divertido.

¿Qué tipo de estudiante era usted?

Normal. Siempre aprobaba todo en junio. Lo que en realidad me molestaba era que al llegar a casa después del colegio, a las seis de la tarde, me tenía que poner a hacer los deberes que me habían mandado. Lo llevaba muy mal, porque después de todo el día en el colegio me apetecía hacer algo distinto y relajado. Así que despachaba los deberes lo antes posible, casi de cualquier manera, simplemente para que al día siguiente no me dijeran nada los profesores. Eso sí, antes de los exámenes apretaba un montón y por lo general obtenía buenos resultados. Mi madre se enfadaba cuando le consultábamos dudas del colegio, y decía: «¡Pagamos para que vayáis al colegio y venís aquí a que os sigamos enseñando!» Yo siempre pensaba que cuando tuviera hijos los enviaría a un colegio donde no les mandaran deberes para casa. Otra cosa que no me gustaba nada, aunque eso fue sobre todo en el instituto, era que los profesores solo valoraban el que nos aprendiéramos las cosas de memoria y las soltáramos en el examen como si fuéramos loros. La verdad es que yo nunca tuve dificultades para hacerlo, pero me parecía absurdo porque al poco tiempo se te olvidaba y no servía para nada. En el colegio inglés, sin embargo, tenían un sistema distinto. Allí se usaba mucho menos la memoria y más el razonamiento y la puesta en práctica de las teorías. A mí me parecía un método mucho más lógico y eficaz.

¿A qué edad empezó a practicar el deporte de la vela?

A los catorce años. El verano en que acabé la EGB, me puse de acuerdo con algunas amigas del colegio para hacer alguna actividad juntas y así no perder el contacto. Se nos ocurrió apuntarnos a un curso de vela. Al final del mismo mis amigas me comentaron que no les había gustado mucho ese deporte; a mí, sin embargo, me encantó. Así que comencé a frecuentar el club y a competir con los barcos que me dejaban. Los primeros años eran regatas en lugares cercanos, y podía compatibilizarlas con los estudios sin problemas. A veces iba a navegar al salir de clase, durante los fines de semana y sobre todo en vacaciones.

¿Dónde adquirió la preparación física necesaria para competir con éxito a tan corta edad?

Por un lado, en el colegio, don Lucas nos enseñaba técnicas y destrezas; por otro, yo siempre tuve facilidad para los deportes, y, como ya he comentado, me gustaba practicarlos todos. Además de baloncesto y atletismo en el colegio, también me apuntaba a cursos de distintos deportes que organizaba el municipio, y a clases de tenis en un club que estaba cerca de mi casa. En verano siempre iba con mis cuatro hermanos varones y mis padres a una piscina que había cerca de la playa y nadábamos muchísimo. Había días en que decíamos mi hermano y yo: «¡Venga, vamos a ver si somos capaces de hacer cien largos sin parar!» Simplemente porque nos apetecía, sin que nadie nos dijera nada. Creo que haciendo deporte vas desarrollando la facilidad para hacer cualquier tipo de actividad física. Por ejemplo, cuando llegábamos del colegio no nos metíamos en casa a ver la tele, sino que sacábamos las bicicletas y nos íbamos a dar vueltas por nuestra urbanización. Si mis hermanos jugaban al fútbol, yo me ponía a jugar con ellos. Mi única hermana nació cuando yo tenía doce años, es decir, que no hemos sido compañeras de juegos, así que yo hacía lo que hicieran mis hermanos.

¿Estudió algún otro idioma en el colegio además del inglés?

No. En nuestro colegio solo daban inglés como lengua extranjera. Fue una pena, mis padres hubieran querido que aprendiéramos francés allí, pero no pudo ser. Yo aprovechaba la clase de inglés para hacer los deberes de otras materias, con eso lo digo todo.

¿Cómo eran las clases de inglés?

Muy flojas. Mis compañeros aprendían muy poquito, porque el profesor ni era nativo ni hablaba inglés con fluidez. Yo tenía más nivel que el profesor, por eso cuando había que leer algún fragmento del libro de texto en inglés me pedía que lo hiciera yo, porque su acento era pésimo. Creo que actualmente los profesores han ido especializándose mucho más en la asignatura que imparten, pero en mi tiempo la mayoría de los profesores daban varias materias distintas, como el caso de don Lucas, que ya he comentado. La diferencia entre este y el

profesor de inglés es que al primero se le notaba que el deporte le gustaba mucho, que disfrutaba dándonos clase, y eso es muy importante.

¿Ha vuelto a ver a su profesor de educación física desde entonces?

No le he vuelto a ver, pero seguimos manteniendo el contacto. Nos hemos escrito varias veces, sobre todo con motivo de los Juegos Olímpicos, y cada año nos felicitamos por Navidad. En una ocasión me pidió que fuera al colegio —que ha crecido mucho— para la entrega de trofeos de los campeonatos internos, pero no pude ir porque estaba en competiciones. Es algo que tengo pendiente y me gustaría hacer.

¿Tiene algún recuerdo menos positivo de su época colegial?

Sí. Recuerdo cuando empecé a no ver con claridad desde lejos. Los profesores, que ya notaban algo, me preguntaban: «¿Tú ves bien la pizarra?» Yo siempre les respondía que sí, aunque no era verdad, porque no quería que me pusieran gafas; pensaba que me iba a dificultar el hacer deporte con normalidad. Un buen día, don Lucas vio cómo yo le pedía a mi compañera que me dijera lo que ponía en la pizarra, y me dijo muy preocupado: «Theresa, dile a tu madre que te lleve al oculista porque me parece que tienes algún problema en la vista.» Me sentó fatal, y me puse a llorar allí mismo, porque llevar gafas era una de las peores cosas que me podían pasar en la vida. Cuando llegué a casa, no dije nada, por supuesto. Un año después, cuando ya veía fatal y parecía que el uso de las lentillas se estaba generalizando, se lo dije a mi madre. Fuimos al oculista y tenía casi tres dioptrías en cada ojo. Me puse lentillas directamente, y pude seguir practicando deportes sin ningún problema. Pero ahora que lo pienso, lo que hice me parece una burrada por mi parte.

¿Qué tipo de castigos eran los habituales en su colegio?

Cuando éramos pequeños a lo mejor te daban con la regla en la mano. Después, el castigo más frecuente eran las copias; te decía el profesor: «¡Para mañana escribes cien veces la siguiente frase: No volveré a tal o cual...!» Pero también había muchos profesores que te felicitaban por hacer las cosas bien. Recuerdo que cuando íbamos a las

competiciones de atletismo los fines de semanas, el lunes decía el profesor en clase: «Theresa ha quedado la segunda en la carrera de 800 metros», y todos me aplaudían.

Su hija Olimpia tiene ahora unos dos años. ¿Cómo se plantea su educación escolar?

Es algo que me parece muy importante. En estos momentos me siento un poco desinformada porque he estado muchos años desconectada del mundo escolar. En una ocasión le pregunté a un hijo de unos amigos qué curso hacía y me respondió: «Estoy en primero de ESO.» Lo primero que pensé fue que «eso» se refería al colegio pero en tono despectivo. Y le respondí: «No te lo tomes así, el colegio tampoco es algo tan malo.» Después ya me enteré de que se refería a la Educación Secundaria Obligatoria. Así que en los próximos meses tengo planeado visitar con Manolo, mi marido, distintos colegios y entrevistarnos con sus directores. Creo que es una decisión que tenemos que tomar con calma.

¿En principio, en qué tipo de colegio están pensando?

Un aspecto que nos parece muy importante es el de los idiomas, así que nos gustaría que fuera un colegio como mínimo bilingüe, inglés y español. Porque en casa podrá familiarizarse con el inglés, pero si quiere dominar un idioma para utilizarlo en su profesión tiene que aprenderlo exhaustivamente. A mí me pasó eso. Yo siempre consideré que hablaba y escribía bien en inglés, pero cuando fui al Saint Anthony's College me di cuenta de lo que me quedaba por aprender.

¿Siempre le habla a Olimpia en inglés?

Sí. Para mí supone un esfuerzo y una situación algo extraña, porque hace mucho tiempo que utilizo únicamente el español en mi vida cotidiana. Desde que me fui de casa de mis padres, he notado que he perdido mucho inglés. Pero cuando nació Olimpia mi marido me insistió: «Tienes que hablarle a la niña en inglés.» Y así lo hago. Creo que merece la pena, porque aprender una segunda lengua sin ningún esfuerzo fue un verdadero chollo para mí, y quiero que también lo sea para mi hija.

¿Qué cualidades cree que debe tener un buen profesor?

Creo que debe ser una persona que sepa conectar con los alumnos, que sepa caerles bien. Y en educación física, que sepa transmitir con claridad lo que hay que hacer y el porqué. Si se dedica a largar una parrafada y luego deja que los alumnos actúen por su cuenta y riesgo, no sirve de nada. Depende mucho de las asignaturas, porque en matemáticas, por mucho que estudies, si no las entiendes, nunca vas a prosperar; sin embargo, hay otras materias en las que el estudio y la lectura personal juegan un papel mucho más importante.

¿Le gustaría ser algún día profesora de educación física o monitora de vela?

La verdad es que nunca me ha dado por ser profesora de nada, porque creo que no llevo bien lo de enseñar. Lo que sí he hecho muchas veces, y sigo haciendo, es ir a colegios, dar charlas, hablar con los niños; esas cosas sí que me gustan, pero hacerlo a diario como rutina, creo que no me gustaría mucho.

¿Cree que la práctica del deporte puede beneficiar al rendimiento escolar en su conjunto?

Por supuesto que sí. Porque el deporte es una actividad donde la disciplina es muy importante, y en los estudios también. Si educas tu fuerza de voluntad para practicar un deporte, también te servirá para estudiar. Está muy claro que si quieres aprobar un examen tienes que dedicar tiempo y esfuerzo a aprender lo que te van a preguntar. Y en el deporte, si quieres ir a la alta competición y ganar, o simplemente acabar la carrera, tendrás que esforzarte por entrenar adecuadamente. Además, el deporte también te enseña a trabajar en equipo y a ser consciente de tus propias posibilidades.

¿Podría comentar brevemente cuáles han sido las claves para su éxito en el deporte de alta competición?

Creo que el tener muy claro que nadie te va a regalar nada, que el que algo quiere, algo le cuesta. Desde muy pequeña tuve esto claro, no sé decir si me lo inculcaron en casa, o en el colegio, o en los dos sitios.

Siempre tuve claro que si quería aprobar tenía que estudiar, que si quería hacer bien un deporte tenía que entrenar duro. Son cosas que luego me han servido para todas las facetas de la vida.

¿Pero se imaginaba de pequeña que iba a llegar tan lejos, que iba a estar en lo más alto del podio olímpico por dos veces consecutivas?

Cuando empecé a hacer vela siempre iba a los campeonatos con mucha ilusión, y ponía todo mi empeño, pero jamás se me pasó por la cabeza que pudiera llegar a hacer algo importante. Cuando gané mi primer campeonato de España y me mandaron al campeonato del mundo, iba medio atacada pensando: «Seguro que habrá gente buenísima, y ¿qué voy a hacer yo allí?» Luego, poco a poco, iba comprobando que yo también lo podía hacer bien. Cuando llegaron los Juegos Olímpicos de Barcelona, tenía una ilusión doble, por la importancia de la competición y porque iba a tener lugar en mi propio país. La verdad es que cuando miras hacia atrás, una vez que ya lo has hecho, te das cuenta de que supone un sacrificio muy grande, desde irte a vivir fuera de tu casa, a estar todo el día haciendo lo mismo, o viajar con muchísima frecuencia. Pero merece la pena. Y luego, en lo que es la competición en sí, lo más difícil es aguantar la presión, porque claro, tanto en Barcelona como en Atlanta yo iba como medalla segura, según las previsiones de los expertos; entonces, si no la consigues, parece una decepción o un fracaso.

En el deporte de la vela, ustedes están en contacto frecuente con la naturaleza; ¿considera importante este aspecto en la educación?

Es curioso que estemos en un país rodeado de agua y haya muchos niños que ni siquiera conocen el mar. Creo que es importantísimo educar a los niños y a los jóvenes en el amor y el respeto por la naturaleza, y concretamente por el mar. En este sentido, estoy colaborando en un proyecto llamado La Semana del Mar que organiza desde hace varios años el Club Náutico San Antonio en Ibiza. Consiste en llevar a una serie de niños durante una semana a vivir en contacto con el mar; aprenden a navegar, por la noche miran las estrellas desde el barco, llevan a cabo alguna actividad ecológica, como la recogida de plásticos

en una playa, observan los peces y van anotando sus descubrimientos en un cuaderno. Se trata, en definitiva, de que conozcan el mar y sean conscientes de que debemos cuidarlo porque forma parte de nuestro entorno. Es una verdadera lástima que haya muchos sitios de España donde tratan el mar como si fuera un basurero.

¿En general, cree que los colegios en nuestro país están suficientemente dotados de infraestructuras para la práctica del deporte?

Creo que varía mucho de unos colegios a otros. Hay colegios —incluso públicos— que tienen unas instalaciones fantásticas, pero hay otros que no tienen casi nada. Quizá habría que compensar estas diferencias para que los alumnos en su totalidad salgan menos perjudicados. Lo que me parece de verdad urgente es que la educación física se trabaje con rigor, como una asignatura fundamental en la formación de una persona, porque en muchos colegios ha sido —y creo que sigue siendo— como un segundo recreo. Incluso en algunos centros los profesores les decían a los alumnos: «Si no os portáis bien, esta tarde no damos clase de deporte.» Eso es como si les dijeran: «Mañana no hacemos matemáticas porque hoy habéis hablado mucho.» No. La educación física debe impartirse con la misma seriedad que cualquier otra asignatura.

EPÍLOGO

Si reuniésemos a las personalidades que han colaborado y han hecho posible el reconocimiento público a la labor del maestro a través del presente libro, y les propusiésemos esbozar entre todos el perfil del maestro-educador, posiblemente aparecería un hombre o mujer que fuese depositario de las siguientes cualidades y aptitudes: respetuoso en el trato con los alumnos, riguroso en su preparación científica y con la suficiente capacidad didáctica para poder transmitir la materia de forma sencilla y simplificada. Debería tener actitud de escucha, de comunicación, y ser capaz de aprender de los alumnos mientras los acompaña en el proceso de enseñanza-aprendizaje. Alguien que fomente el espíritu crítico y el afán de superación, que enseñe a aprender, a estudiar y a investigar. Capaz de generar confianza, mostrar cercanía a los alumnos y llegar a conocerlos, saber las potencialidades que deben desarrollar para que se desenvuelvan de forma satisfactoria en el futuro. De todo lo expuesto se desprende que para ejercer la profesión de maestro es indispensable poseer la paciencia y la vocación que hagan incluso posible disfrutar transmitiendo y compartiendo el saber con los educandos.

En este perfil están compendiadas parte de las cualidades que nuestros entrevistados han señalado como importantes para llegar a ser un buen maestro. Quizá de forma consciente e inconsciente han tenido como referencia a ese profesor o profesora que fue significativo y decisivo en sus vidas y que les ha posibilitado el futuro.

A través de estas páginas no hemos pretendido dar una imagen idílica del educador. Nos ha movido únicamente la gratitud y el reco-

nocimiento a la labor de muchos hombres y mujeres que han sabido y saben transmitir la cultura con una actitud de servicio, en muchos casos en condiciones adversas, en pueblos y aldeas de difícil acceso o en barrios donde no se atreve a patrullar la policía.

No ha sido tampoco nuestra intención magnificar la labor del maestro en la escuela, pero somos conscientes de que en muchas profesiones una actuación mediocre puede no tener graves consecuencias; sin embargo, en el ejercicio del Magisterio, una acertada o desafortunada intervención educativa puede dejar una huella en el alumno que le abra o le cierre el futuro en determinados aspectos de su vida.

Hemos querido a través de este trabajo estimular a los profesionales de la enseñanza, de los que formamos parte, ante el reto que supone ejercer nuestra profesión en la España de hoy. Reto que podría comenzar por la formación permanente del profesorado y en el que la Administración pública debe mostrar mayor apoyo y cooperación. Esta formación permanente nos facilitará sin lugar a dudas la superación del anacrónico refrán que señala que «cada maestrillo tiene su librillo». La escuela pide al profesional de hoy capacidad para trabajar en equipo. Equipo del que en algunos aspectos forman parte también los padres de los propios educandos. La escuela de hoy está abierta a la participación y sin la cooperación de la comunidad educativa la tarea del docente quedaría muy menguada. Igualmente quedaría menguada si se utilizan esquemas que no están a la altura de los cambios profundos y acelerados que ha sufrido nuestra sociedad, donde la mujer, por ejemplo, va ocupando un lugar que hasta hace unos años tenía vedado. La coeducación va haciendo posible la superación de la educación por roles.

Por otro lado consideramos también como un reto deseable para la escuela de hoy la educación en valores universales que cimienten y armonicen la formación integral de los educandos y faciliten la convivencia en la sociedad plural en la que vivimos.

La escuela en cierta medida es la plataforma que garantiza el desenvolvimiento que tendrán los alumnos en el futuro. Por ello podríamos decir que desde las aulas se construye el porvenir y que la escuela de hoy es la responsable de la sociedad del mañana.

Últimos títulos publicados:

Alexander Solzhenitsin, *El colapso de Rusia*.

Lorenzo Díaz, *La España alegre. Ocio y diversión en el siglo xx*.

Arcadi Espada y Jaume Boix, *Samaranch. El deporte del poder*.

Ricardo Artola, *La conquista de la Luna*.

Jon Juaristi, *Sacra Némesis. Nuevas historias de nacionalistas vascos*.

Jesús Palacios, *Alégrame el día. El cine de Hollywood en sus mejores frases*.

Lolo Rico, *Si tu hijo te pide un libro...*

Nicolás Sartorius y Javier Alfaya, *La memoria insumisa. Sobre la dictadura de Franco*.

Antonio Escohotado, *Caos y orden*.

ESPASA  HOY

ÚLTIMOS TÍTULOS PUBLICADOS

Alexander Solzhenitsin
EL COLAPSO DE RUSIA

Lorenzo Díaz
LA ESPAÑA ALEGRE
OCIO Y DIVERSIÓN EN EL SIGLO XX

Arcadi Espada/Jaume Boix
SAMARANCH
EL DEPORTE DEL PODER

Ricardo Artola
LA CONQUISTA DE LA LUNA

Jon Juaristi
SACRA NÉMESIS
NUEVAS HISTORIAS DE NACIONALISTAS VASCOS

Nicolás Sartorius y Javier Alfaya
LA MEMORIA INSUMISA
SOBRE LA DICTADURA DE FRANCO

Jesús Palacios
ALÉGRAME EL DÍA
EL CINE DE HOLLYWOOD EN SUS MEJORES FRASES

Lolo Rico
SI TU HIJO TE PIDE UN LIBRO

NADIE OLVIDA A UN BUEN MAESTRO

RECUERDOS ESCOLARES DE TREINTA PERSONALIDADES ESPAÑOLAS

Raúl Cremades



Nadie olvida a un buen maestro es un testimonio ágil y veraz basado en las entrevistas que su autor, Raúl Cremades, ha mantenido con treinta personalidades españolas sobre los recuerdos de sus primeros años de formación.

Mediante el relato en primera persona de sus vivencias infantiles, a la vez que logran profundizar en una parte tan determinante —y a menudo inexplicablemente obviada— de su propia biografía, las personas entrevistadas rescatan del anonimato con agradecimiento

a aquellos maestros y maestras cuya influencia resultó verdaderamente decisiva en sus vidas.

Carmen Alborch, Cristina Almeida, José María Amusátegui, Julio Anguita, Fermín Cacho, Leopoldo Calvo-Sotelo, Carlos Cano, Jaime Carvajal, Luz Casal, Juan Luis Cebrián, Condesa de Barcelona, Manuel Fraga, Antonio Garrigues Walker, Fernando Jáuregui, Antonio López, José Luis Manzanares, Luis Martí Mingarro, Lorenzo Milá, Rafael Navarro Valls, José Luis Olaizola, Andrés Ollero, Loyola de Palacio, Gregorio Peces-Barba, Amparo Rivelles, Miquel Roca Junyent, Juan Carlos Rodríguez Ibarra, Francisco Rubio Llorente, Fernando Schwartz, Elías Yanes y Theresa Zabell.

ESPASA  HOY

137793



9 788423 977932